

EUGENIO AGUIRRE



# TEMPLO DE SANGRE

UNA APASIONANTE NOVELA SOBRE LOS MISTERIOS  
OCULTOS DEL TEMPLO MAYOR

 Planeta

EUGENIO AGUIRRE

TEMPLO  
DE SANGRE

 Planeta

# Índice

Capítulo I  
Capítulo II  
Capítulo III  
Capítulo IV  
Capítulo V  
Capítulo VI  
Capítulo VII  
Capítulo VIII  
Capítulo IX  
Capítulo X  
Capítulo XI  
Capítulo XII

Acerca del autor

Créditos

*A José Calafell, por su inquietante  
propuesta y su apoyo.*

## I

Pedro Chimalli tiene una vocación siniestra: le fascina degollar a la menor provocación a las personas. No se trata de una patología o de una malformación cerebral; tampoco es producto de la mente degradada propia de los prototipos criminales establecidos en las sesudas investigaciones del criminalista César Lombroso. Su comportamiento obedece a cánones que no por ser añejos, prácticamente congénitos, y con una carga legendaria que se remonta a varios siglos en el tiempo, dejan de ser sencillos. Su conducta acusa una proclividad visceral muy de acuerdo con los aires que provocan remolinos de violencia en una sociedad sanguinaria e indiferente.

Pedro sabe, porque lo vive casi todos los días, que el dolor que provocan la mutilación y la muerte, por muy escandalosas y difundidas que sean, se diluye pronto en la conciencia de los individuos, y no se diga en los conglomerados sociales. No acaba de divulgarse en los medios impresos y audiovisuales la masacre de *n* número de personas en cualquier población del país o el descubrimiento de innumerables fosas clandestinas con varias decenas de cadáveres putrefactos, cuando aparecen nuevas noticias infaustas que opacan y diluyen, con mucho, los efectos de las anteriores, las que, paradójicamente y no porque se aclaren o resuelvan, quedan olvidadas por acumulación.

A él le toca —así lo cree desde que alcanzó la pubertad y se vio involucrado en los trafiques del narcomenudeo y fue reclutado como sicario para resolver las cuentas pendientes— rellenar los huecos que van quedando en ese largo rosario de individuos asesinados, de los que la única constancia que queda es la publicación de escuetas notas que describen la aparición de un cuerpo desmembrado en los llanos de *Estaba tirado*, en las cunetas donde *Era devorado por los perros*, en los automóviles de muy diversa catadura donde *Se encontró el cadáver de un individuo descabezado*, y muchas otras variantes que salpimientan

las necrologías más que nada para darle sabor al caldo y para que la gente no se aburra.

Una responsabilidad que a pesar de ser más cabrona que bonita lo satisface y gratifica ampliamente. Educado a salto de mata en el barrio de Tepito, donde cursó hasta el cuarto año de primaria, a la vez que se desempeñaba como canchanchán de los matarifes y carniceros del rastro de la Central de Abasto, Pedro aprendió a destazar reses, puercos y a descabezar gallinas con una destreza y precisión notables. Músculos, tendones y vísceras eran seccionados por sus manos con meticulosidad de cirujano hasta dejar la carne maciza, los filetes y las costillas listos para el asadero. A pesar de que la sangre manaba a borbotones y se desparramaba por los canales del suelo, nunca le manchó el mandil y mucho menos el rostro. Un carnicero pulcro, immaculado, cuya imagen sin mancilla podría haber ilustrado la carátula del *Ventre de París* de don Émile Zola. Su fama cundió en el rastro y en muchos otros mercados donde se le solicitaba para preparar carnitas y, cuando era necesario, barbacoas que eran obleas para halagar los paladares más exigentes.

No tardó mucho —era inevitable— en llamar la atención de las bandas criminales que, como la del *Mochaorejas*, dedicada al secuestro de personas, comenzaron a hacer uso de las mutilaciones —dedos y pabellones auriculares— como forma de presión y moneda de canje para obtener las cantidades en metálico exigidas para liberar a sus rehenes. Así, fue reclutado por un grupúsculo de asesinos, apéndice de los Zetas, especializado en el desmembramiento de cuerpos, conocido entre sus pares y algunos asnos de los cuerpos policiales como los *Jacks destripadores*.

—Ya sabes, mi buen, a este fiambre hay que partirlo en cuartillos, en porciones de medio litro para que quepa en una maleta —ordenó *el Matracas*, mientras Pedro enfrentaba por primera vez una tarea que a pesar de parecerle extravagante y macabra no le provocó náuseas ni repugnancia, sino alegría. Alegría que subió de tono cuando el fulano aclaró—: ¡Ah!, separas la cabeza y la metes en este costal de yute. Para que los jefes sepan a quién nos cargamos.

Pedro Chimalli se esmeró en su trabajo. Enfundó sus manos en unos guantes de látex que había comprado en un baratillo de la Merced con el objeto de no dejar impresas sus huellas dactilares, colocó el cadáver de frente sobre una plancha de granito y dedicó unos minutos para observarlo con detenimiento. La cara aún conservaba un fruncimiento que le pareció

antipático: un rostro cubierto de arrugas prematuras en el que se entremezclaban el miedo y el asombro; una ciruela pasa de tonos ocres y amarillos en la que el rígor mortis pasó desapercibido. El cuerpo, en cambio, ya estaba duro, tieso como una lámina de asbesto perforada por dos fogonazos de grueso calibre sobre la tetilla izquierda. No quiso perder más tiempo. De un maletín que llevaba consigo tomó tres cuchillos, dos de hoja lisa y otro con el filo aserrado, una hachuela con mango corto de madera y otras herramientas que le servirían como afiladores. Cercenó la cabeza de un tajo y recogió la sangre en un tambo colocado ex profeso. Luego, antes de proceder a cortar los brazos a la altura de las clavículas, tuvo el impulso de abrir el tórax y extraer el corazón de la víctima. El órgano salió limpio y quedó dormido en sus manos. Un estremecimiento recorrió su piel a la par que se elevaba su temperatura. Tuvo que agitar su cuello e intentar sacudirse la imagen de un adoratorio ensangrentado que flotaba frente a sus ojos y reverberaba sobre un templete con pulsaciones perversas.

Unas voces proferidas con el sabor agridulce de la lengua náhuatl que había escuchado en las callejuelas del barrio pero que no comprendía, mezcladas con lamentos y el sonido rítmico de atabales y flautines de carrizo, saturaron sus oídos. Comenzó a boquear porque sentía que se ahogaba. Creyó que perdía la conciencia e iba a caer en la noche de un abismo, cuando un brazo embadurnado de tintura negra y grasosa, muy parecida al betún, atravesó los velos del espacio, los cortinajes del tiempo, y con la garra que tenía por mano le arrebató el corazón para llevárselo consigo.

Fueron tan solo unos segundos, más que suficientes para trastornarlo. Tuvo que sostenerse de la plancha para no caer al suelo. Tardó un rato en recuperar el aliento y en terminar su encomienda, pero cuando lo hizo supo que en adelante sería inmune a los sobresaltos.

—¡Te cayó el chamuco! —exclamó el Matracas al verlo tembloroso y con una palidez cadavérica—. No es fácil, vaya si lo sé, descoyuntar carne humana. Todos, hasta el más pintado, nos quebramos la primera vez. Ya, *aluego*, te vas acostumbrando y te las ingenias para pensar en algo agradable mientras les metes cuchillo. Yo, por ejemplo, imagino que estoy en la Alameda rodeado por un titipuchal de globos de todos colores, igual que el niño pintado en aquel mural del hotel que desbarataron los mochos porque tenía un letrero que decía que Dios no existe. ¡Válgame, qué barbaridad!

Pedro hizo oídos sordos. Los desplantes bucólicos del Matracas, torvo asesino capaz de apuñalar a su propia madre sin importar que estuviera embarazada, aunque sabía que los soltaba de buena leche, no solo le eran indiferentes sino que lo aburrían. Sin embargo, para su fortuna, el matón no se dio por enterado y tuvo tiempo de darle un consejo que le sería de provecho.

—Por eso creo que te caerá muy bien encomendarte a *la Señora, la Bonita* o *la Flaca*, en fin, como quieras llamarla, para que te proteja de todo mal, y en esta tu chamba de hoy en adelante te dé valor y fuerza para que no te agüites y se te aflojen los güevos.

Pedro captó de inmediato el mensaje. En Tepito todos conocen el culto que se rinde a la Santísima Muerte y la devoción que le profesan los criminales de todas raleas, entre los que se incluyen contrabandistas, pandilleros, ladrones, prostitutas, y en los últimos años narcotraficantes y presos enchiquerados en las cárceles de alta o baja seguridad, sin que a nadie le importe un carajo.

Comprendió que al igual que su cómplice y todos los implicados en el crimen organizado, necesitaba hacerse de un talismán con la advocación de una potestad que había demostrado con creces, al menos eso se afirmaba, ser más eficaz y cumplidora que los diputadillos de la Asamblea capitalina que no servían más que para robar y hacerse más pendejos de lo que ya eran. Tenía que curarse en salud y no estaba de más establecer un pacto con la «mera mera petatera», sobre todo ahora que sabía que la ocupación recién adquirida de profanador de cadáveres lo mantendría en el filo de la navaja, ya fuera de acero o de obsidiana, tanto bajo el escrutinio de los vivos como bajo la sombra de los mensajeros del pasado.



## II

El corazón, a pesar de estar frío y carente de destellos, se coloca sobre un pequeño brasero para que adquiera calor, suelte algo de sanguaza y sea ofrendado por el sacerdote, *tlamacazqui*, a la deidad solar Huitzilopochtli.

Al desmoronarse, la víscera es absorbida por la piedra porosa de la escultura que está dentro del *cu* o adoratorio y que representa al dios supremo de los guerreros, el Sol en el cenit. La sangre, aunque escasa, salpica el rostro de Tizoc, el oficiante, el suelo y las paredes del recinto sagrado. Nadie presta atención a ello. Tizoc y sus compañeros, cinco sacerdotes que lo auxilian para sostener los brazos y las piernas de las víctimas colocadas sobre la piedra de los sacrificios situada a la entrada del santuario, están acostumbrados a lidiar con esas pequeñeces propias de su oficio. Llevan varias horas enfrascados en la tarea de alimentar al Sol con el precioso líquido, *chalchihuatl*, sangre humana caliente, espumeante, cuyos efluvios garantizan, al evaporarse y ascender al cielo, la supervivencia de sus deidades así como de los hombres y las mujeres que habitan los vastos territorios dominados por los señores del Anáhuac, en especial los aztecas asentados en México-Tenochtitlan, capital del imperio.

Ellos saben, así lo han aprendido durante su esmerada educación en el *calmecac*, «que nada nace, nada vive si no es por la sangre de los sacrificados». Un arduo entrenamiento les ha dado la destreza para ejercer una función que no tiene nada de amable y que la mayoría de las veces puede ser agobiante. En esta ocasión han tenido suerte. Solo han recibido treinta y ocho guerreros cautivos de Cuetlaxtlan para ser inmolados; una dotación pequeña si se considera que en otros momentos, sobre todo durante el desarrollo de las llamadas «guerras floridas», *xochiyaoyotl*, en las que combaten los ejércitos de los señoríos de México, Texcoco y Tlacopan, agrupados en la Triple Alianza, contra los de Tlaxcala, Huexotzingo y Zempoala, con el propósito específico

de hacer prisioneros para ser ofrendados, el número de víctimas puede ser de varias centenas: cuatro mil durante el gobierno del *Huey tlatoani* Ahuítzotl, en una ceremonia memorable que aún recuerdan los ancianos con una sonrisa en la boca.

Van, pues, a terminar temprano y podrán disfrutar de los recintos que para su descanso y contento les ofrecen las edificaciones contenidas en la enorme plaza del Templo Mayor. Tizoc necesita un baño con urgencia. Su cuerpo teñido de color negro y su cabello desgreñado semejan un molote sanguinolento que, lo sabe, provoca espanto, y además apesta con el mismo hedor de los fermentos pútridos. Sin embargo, antes de dirigirse a la fuente de Tlilapan, que contiene *agua sombría* destinada a la higiene corporal de los de su clase, o al manantial llamado Toxpalatl, que suministra agua potable tanto a los sacerdotes como a la gente del pueblo, se detiene para echarle una mirada al templo del dios Tláloc, deidad de la lluvia, gemelo del de Huitzilopochtli, ambos construidos en la cima del *Coatepetl*, Monte Sagrado, nombre con el que los aztecas designan a la portentosa pirámide.

Dada la hora del día y la iluminación reinante quiere solazarse en la contemplación de ambos templos, y al mismo tiempo reunirse con su amigo Yolatl, *Agua del Corazón*, para comentarle la extraña experiencia que lo hizo pepear un corazón proveniente de otro tiempo, de una dimensión que le es totalmente desconocida.

El santuario de Tláloc, pintado de azul y blanco, tiene en su techo una crestería conformada por una hilera continua de caracoles marinos que simbolizan el agua y lo vinculan con las nubes para propiciar la lluvia. Tizoc lo considera un símbolo de la abundancia, ya que al hacer reventar las mieses procura al pueblo los alimentos que garantizan su bienestar. Le guarda al templo un cariño especial, y al dios una veneración profunda. Él hubiera preferido dedicarse a su servicio, pero la fecha de su nacimiento y su *tona* lo destinaron al culto de Huitzilopochtli y no tuvo la más mínima posibilidad de rehusarse porque ello le hubiera costado la vida. Empero, ha logrado reconciliarse con su sino y disfrutar el contraste que ambos adoratorios presentan.

Para él, el templo de Tláloc es un zafiro que al mirarlo desde donde está parado refulge con una luminosidad diáfana que se proyecta hasta el firmamento, como si fuese un espectro lunar, y le transmite cierta tranquilidad

y un equilibrio benéfico para sus emociones; en cambio, el de Huitzilopochtli, una impresionante armazón recubierta de argamasa y cal cubierta con cráneos esculpidos y pintados de blanco sobre fondo rojo y rematada por una cenefa de mariposas que simbolizan el fuego solar, es un rubí que incendia en su ser la encarnizada batalla entre la vida y la muerte. Así, mientras el primero lo une al espíritu y le permite recrear la cosmovisión de los nahuas, el segundo lo mantiene inmerso en los avatares de la guerra, el sacrificio y la sangre.

Tizoc se toma su tiempo para disfrutar del privilegio de estar en la cumbre. Recorre el templete de un lado a otro y se detiene para admirar las estatuas de figuras humanas que flanquean el *cu*, y en cuyas manos se colocan las astas de los estandartes de plumas multicolores utilizados para celebrar las fiestas más significativas del calendario azteca. Siempre le han resultado atractivas porque supone solo eso, que son las efigies de personajes relevantes en la historia de su pueblo, o quizá, las de algunos pecadores prófugos del *Mictlan*, la región donde moran los muertos.

A sus pies, rodeada por una muralla de serpientes entrelazadas que llaman *coatepantli*, la enorme plaza del Templo Mayor se extiende hasta donde fluye un canal paralelo al que bordea el palacio del *Huey tlatoani*. En su interior, a manera de «ciudad religiosa erizada de pirámides», están diseminados templos y construcciones dedicados tanto a las actividades de gobierno como al culto de diferentes deidades. No falta una que otra *tlacochcalli*, o casas de los dardos, que sirven como arsenales «no solo para la defensa de los templos, sino en general para todas las operaciones militares». Un espectáculo maravilloso que sobrecoge el ánimo de Tizoc cada vez que lo contempla.

Una señal de Yolatl lo saca de su ensimismamiento. Su amigo ha terminado con sus deberes rituales, consistentes en auxiliar al *Huey calpixqui* y a algunos dignatarios de los diversos barrios durante la penitencia que ofrecen a los dioses al pincharse las piernas con espinas de maguey y verter su sangre en una urna llamada *quauhxicalli*, «recipiente en el que generalmente son depositados los corazones de las víctimas sacrificadas».

Tizoc se calza sus sandalias e inicia el descenso de las ciento catorce gradas o escalones con que cuenta la sección dedicada a Huitzilopochtli. Desciende con lentitud y cuidado. La escalinata está embarrada con la sangre de los cuerpos de los sacrificados que, una vez extraído el corazón, son lanzados desde la cúspide a fin de ser sepultados en una fosa común o su carne

aprovechada como alimento de los *macehuales*, plebeyos o gente del común, y puede ser resbalosa. El sonido rítmico de un *huehuetl* y de varias flautas proveniente del *Mecatlan*, edificio que funciona a manera de escuela provisional de los jóvenes *tlapizque*, músicos protegidos por los altos dignatarios del imperio, lo hace detenerse a media escalera. Recorre con la mirada el espacio que lo separa hasta que identifica el edificio del Mecatlan. Es el que está a un lado del templo dedicado a Tezcatlipoca, «espejo que humea, divinidad de la noche, la guerra y la juventud», cercano al juego de pelota y a la calzada que une a la ciudad de México-Tenochtitlan con Iztapalapa. La vista es majestuosa y Tizoc queda embelesado. La transparencia del aire y los rayos oblicuos del sol le permiten admirar hasta el más mínimo detalle. Los colores que emanan del seno de la población estallan en sus pupilas y las impregnan con matices insospechados. Tizoc aspira los efluvios húmedos de la laguna donde bogan decenas de canoas, de sus riberas cubiertas por miles de flores, el rocío salado que el viento empuja desde el lago de Texcoco, la verdura, toda, de parcelas y chinampas mimadas por las manos de quienes las cultivan. Una fiesta para sus sentidos, para la piel morena que cubre su cuerpo elástico y musculoso. En ese momento piensa que a falta de una mujer con la cual compartir sus deseos, dados sus votos de castidad, la diosa de la carnalidad, el amor, el arte y la belleza, entre otros atributos, Xochiquetzal, se ha dignado venir a complacerlo para que su visión adquiriera la sensualidad de un sueño que lo recompense con una polución placentera.

El aliento de la diosa besa el pabellón de su oreja dirigida al este, acaricia su cuello y baja por la espalda hasta morder sus muslos. Tizoc oprime su tórax y exhala. Su miembro viril se inflama. Se ha transformado en la lagartija que en los códices que pintan los *tlacuilos* simboliza la lujuria. Siente el deseo de tocarla con sus dedos pero se abstiene porque comprende que si lo hace puede comprometerse, ya que le será imposible pasar desapercibido. Es más fácil y menos riesgoso dejarse poseer por la belleza del entorno hasta que sus músculos se cimbrén, y al asumir la epifanía que experimenta la lagartija escupa su simiente con la velocidad de una flecha.

Continúa el descenso. Al pie de la escalinata lo espera Yolatl embadurnado con tintura azul, las manos teñidas de rojo, y en sus mejillas unas franjas negras que denotan su ministerio en el culto de Tláloc. Ambos sonríen mientras Yolatl inquiere por qué se detuvo a la mitad de las gradas.

—No pude evitarlo —responde Tizoc sin esconder su alegría—. La plaza y los edificios que rodean nuestros *teocallis* son de una hermosura apabullante. Su traza me reconforta porque demuestra una sensibilidad profunda. No cabe duda de que cuando mi tocayo Tizoc y el *tlatoani* Ahuítzotl terminaron la última edificación del *gran teocalli* en el año 8-Caña, sus conocimientos sobre el arte de la construcción y la disposición de plazuelas, fuentes y edificios habían alcanzado una perfección sublime.

—Tanta —agrega Yolatl— que asombra a propios y extraños. Fíjate que hace unos días me encontraba parado a un costado de los edificios donde se hospeda a los señores que vienen de ciudades lejanas, a los que el *Huey tlatoani* Moctezuma acostumbra regalar mantas lujosas, collares hechos con *chalchihuitl* de jade verde y otras piedras preciosas, así como espléndidos brazaletes, cuando vi salir a Xiuhtecuhtli, el señor de *xiuitl*-turquesa, acompañado de algunos *huehuetque* del consejo de ancianos y comentarles que él, con la experiencia que tiene y el conocimiento de las ciudades más hermosas del imperio, jamás ha dudado en calificar a nuestra ciudad, y en particular al recinto donde nos encontramos, como un portento de belleza al que nada es comparable. ¡No sabes el orgullo que sentí!

Tizoc sonríe con el comentario de su amigo y le da una palmada en la espalda.

—Comparto tus sentimientos, Yolatl. Yo también estoy orgulloso. — Luego, lo conmina a que se apresuren a ir al *temazcalli* y tomar un baño, pues quiere aprovechar la iluminación de los rayos solares antes del ocaso para recorrer la plaza hasta su esquina noroeste y visitar el Coacalco, el templo de las serpientes y panteón de las deidades de los pueblos sojuzgados, como la diosa huasteca Tlazolteotl y el yopi Xipe Totec, señor de la costa, a fin de conocer la escultura, recién traída de los señoríos zapotecas, de un ser cuya mitad izquierda descarnada muestra el interior del cuerpo y la disposición anatómica de sus vísceras—. Creo, Yolatl, que es importante que conozcamos cómo está sujeto el corazón y a qué altura quedan el hígado y los riñones para que las extracciones que hacemos sean más fáciles. A veces, cuando introduzco el cuchillo de pedernal o de obsidiana en el pecho, este se atora en los músculos o en las costillas y me cuesta trabajo desprender el órgano. No sé si a ti te suceda, pero eso me hace perder tiempo y trabajar el doble.

—Sí, tienes razón, a mí me pasa lo mismo —responde Yolatl—, y no me

gustan los pellejos que quedan adheridos. Trato de que los corazones salgan limpios pues sé que a Tláloc le disgustan las cochinadas.

Se lavan con rapidez aunque concienzudamente. Los coágulos de sangre adheridos a las crenchas son una lata; sin embargo, la espuma que extraen del fruto del *copalxocotl*, de consistencia jabonosa, ayuda a que se disuelvan. Una vez limpios, envuelven su cintura con una tira larga de algodón que deslizan entre sus piernas para anudarla en el frente y dejar caer un extremo por delante y otro por detrás y conformar el *maxtlatl*, o taparrabos, y cubrir así sus genitales. Luego, se echan encima su respectiva *tilmatl*, manta de algodón que, en el caso de Yolatl, está decorada con caracoles y mariscos sobre un campo de remolinos azules que simulan la transparencia del agua marina, y en el de Tizoc está pintada con un campo leonado sobre el que están sembradas unas mariposas tejidas con plumas amarillas, y las anudan por encima de sus respectivos hombros derechos.

Así, limpios y ataviados con el ropaje elegante propio de los *pilli*, los nobles que tienen acceso a un trato privilegiado, los jóvenes sacerdotes avanzan por una calzada señorial que cruza la plaza, y al pasar frente al *teocalli* de Quetzalcóatl, el dios del viento representado con la imagen de una serpiente emplumada y distinguido como paladín de la civilización por los toltecas, se detienen a fin de admirar su forma circular, especie de cilindro elevado sobre la base de una pirámide.

—Este adoratorio me encanta —afirma Tizoc con entusiasmo, al tiempo que con sus manos delinea el contorno del mismo—. Es diferente a todos los demás y tiene una fuerza sobrecogedora.

—Es muy bello —admite Yolatl— y fue construido por los artesanos más meritorios del imperio. No en balde a los artífices notables, a aquellos personajes de cuya presencia emana un «perfume de exotismo» y están rodeados por un halo misterioso porque son diferentes, especiales, los llamamos «toltecas». Uno de ellos debió diseñar la escalera esculpida y pintada con primor que rodea el cilindro y remata en las fauces abiertas, enormes y escalofrantes de la serpiente que sirve de acceso al interior del *teocalli*.

—¡La boca siempre me ha dado miedo! —confiesa Tizoc—. Quizá porque de niño tuve un sueño en el que un viejo guerrero blanco y barbado, con el cuerpo cubierto por láminas de metal, que llevaba en la cabeza una calabaza de plata, decía, refiriéndose al templo, que este «era casa de ídolos o

puro infierno, porque tiene a la boca de la una puerta una muy espantable boca abierta y grandes colmillos para tragar las ánimas [...]. Yo siempre la llamo casa del infierno».

—¿Un sueño o un encantamiento que te hizo alguna hechicera enemiga de tu familia, Tizoc? —indaga Yolatl con una sonrisa taimada en los labios.

—Ve tú a saber —contesta mosqueado su amigo—. Lo cierto es que aunque no entendí bien el significado de sus palabras, proferidas en una lengua que desconozco, el tono de voz y sus ademanes me hicieron comprender que él temía a la serpiente emplumada sin conocer su origen y menos su trascendencia.

—¡Claro, Tizoc! Quienquiera que haya sido el fantasma de tu sueño ignoraba lo que tú y yo sabemos, que Quetzalcóatl fue el soberano más importante de Tula, la gran nación que nos precedió en estas tierras. También, que además de ser un pensador notable descubrió para los toltecas «gran riqueza de esmeraldas, turquesas finas, oro, plata, corales, caracoles y las plumas de *quetzalli* [...]. Que en su palacio tenía esteras de piedras preciosas, de plumas y de plata».

—Así es, Yolatl. Me visitó una entidad salida de mi imaginación que nunca supo que nuestros toltecas se formaron como «oficiales pulidos y curiosos [...] que todos ellos son únicos y primos entre sí, porque son pintores, lapidarios, carpinteros, encaladores, oficiales de plumas, de loza, hilanderos y tejedores. Que descubrieron las minas de turquesa, plata y oro y aprendieron a pulir y engarzar el ámbar, el cristal, las piedras llamadas amatistas, así como las perlas con las que elaboraron las joyas de los *tlatōanis*, de las mujeres *pilli* y de todos aquellos que pudieron pagarlas».

Ambos guardaron silencio por un momento, mismo que fue interrumpido por Tizoc, quien se llevó una mano a la frente y exclamó:

—¡Siempre me suceden cosas raras, Yolatl! Sucesos que no tienen una explicación coherente, racional. Para no ir más lejos, esta mañana, mientras estaba atareado en abrir los pechos de las víctimas ofrendadas a Huitzilopochtli, de pronto mi brazo, sin que mi voluntad tuviera nada que ver en el asunto, se extendió y atravesó los vapores de sangre para que mi mano pepenara un corazón que alguien, no puedo saber quién, sostenía en sus manos.

—¿Un corazón llegado del inframundo? ¿Estás seguro? ¿No te habrás

confundido? Sucede que son tantos con los que tenemos que lidiar que yo, mira que soy meticuloso y me aplico a conciencia, pierdo la cuenta...

—¡No, Yolatl! Créeme que no miento ni me estoy volviendo loco. Lo tuve en mis manos y lo restregué en la cara del dios del Sol. ¡Así como te lo digo! ¡No tengo explicación alguna!

Yolatl se aparta de Tizoc unos pasos. Se rasca la cabeza y bizquea. No solo está sorprendido sino intrigado por algo que amenaza con producirle una alergia, una comezón que sabe que lo obligará a recluirse en el *calmecac*, donde vive en comunidad con otros sacerdotes y jóvenes de familias acaudaladas, a fin de no mostrarse ridículo.

—La única explicación que encuentro, Tizoc, es que en alguna parte del espacio, en un segmento del tiempo que no coincide con nuestro calendario, los que son y viven una realidad que nos es ajena también practican sacrificios humanos.



### III

La vecindad ubicada en el número dieciocho de la calle Aztecas empieza a cobrar vida a las cuatro de la mañana, cuando los habitantes de los cuartos que bordean el quinto patio asoman sus miserias para iniciar el nuevo día. Costales desaliñados atraviesan los pasillos de la segunda planta con un pocillo medio lleno con agua caliente en la mano para ver si alguien, un anciano famélico, una gorda desgredada o cualquier alma caritativa les arroja un puñito de Nescafé, un mendrugo de piloncillo, o lo mejor, un chorrito de tequila con el que puedan soportar los reclamos de la panza hasta que, cerca del mediodía, logren hacerse de alguna sobra pepenada debajo de las mesas de una fonda, entre los miasmas de un basurero, o de plano en la banquetta. Nadie, por muy curtidas que tenga las tripas, se atreve a enfrentar la rutina diaria con la barriga vacía.

El barullo que hacen los inquilinos más pobres, más jodidos, cesa alderredor de las cinco, hora en la que Pedro Chimalli, que tiene el privilegio de vivir en el patio de ingreso, cerca de la pileta de agua y de la accesoria donde se venden fierros viejos, se levanta, abre la cortinilla del ventanuco que da a la calle, y sin importarle si la mañana está radiante o nublada, hace reverencias al Sol y agradece a un nutrido santoral, surgido de cien trompicones y unos ocho catecismos, por haberlo protegido durante la noche y permitirle despertar como Dios manda: libre de legañas, heridas punzocortantes, y lo más importante, sin los accesos de angustia que lo traen acojonado.

Hace días, a raíz del palpito que lo impulsó a desprender el corazón del fiambre que tuvo que decapitar por instrucciones del Matracas, y la desagradable e inexplicable experiencia sufrida, padece escalofríos y tiene pesadillas atroces, y en cierta manera repugnantes que, quiéralo o no, no han sido gratuitas. Él ignoraba, y no podía adivinarlo, que los miembros del grupo

de los Zetas, en un principio brazo armado del cártel del Golfo dirigido por Osiel Cárdenas, una vez que decidieron separarse y actuar por la libre habían adoptado en los ritos de iniciación de sus sicarios el consumo de carne humana, y que las vísceras, en especial el corazón, servían para adobar el mondongo favorito de los jefes. Tampoco que estos iban a reclamarle al Matracas con un celo excesivo que su *Jack destripador* hubiera escamoteado el órgano para, supuestamente, destinarlo a su deleite personal. Los mandones de la banda, sin conocer la verdad o siquiera preguntarle, dieron por sentado que Pedro lo había esquilado para devorarlo solo y amenazaron:

—Matracas, dile a tu pinche caníbal azteca que si quiere tragar corazones que se los procure por sus propios medios. Que no abuse de nuestra confianza. Que lo hemos contratado para que decapite y descuartice los cadáveres de nuestros enemigos y no para que, a la malagueña, se quede con lo más sabroso. ¡Carnicero, hijo de su rechingada madre tenía que ser!

—Se pusieron como locos, Pedro. Creo que al primo de *la Barbie*, al que le dicen *Chayote*, se le andaba antojando meterme un fierro caliente por el culo. La libré de puro churro, gracias a que el patrón, Nazario Moreno, alias *El Más Loco*, llegó a apurarnos para que fuéramos a darle doctrina a esos trastornados que se dicen *Caballeros Templarios* y a enseñarles a comer carne humana para que «pierdan el miedo al terror y fortalezcan la conciencia de grupo», y también para que cuando hagan chingaderas no los apañe la chota. Yo te voy a pedir, cabrón Chimalli, que por tu madrecita santa, que te parió, *asegún* contaste, a resultas de la cogida que le dio un toro disfrazado de soldado, no la hagas de pedo con nuestros muertitos. Si quieres paladear mollejas, pues cómprate unos higaditos de pollo, pero no me chingues robándote los corazones. La próxima vez —remató irritado el Matracas—, te juro que yo mismo te parto en dos con la sierra eléctrica que nos acaban de mandar del otro lado.

Pedro prefirió tragar camote, pedir perdón y prometer que no lo volvería a hacer, por más que el recuerdo táctil del corazón le provocara ganas, ahora sí, de continuar expropiándolos por causa de utilidad pública. ¡Faltaba más, bola de ojetes!

Dos días se pasó en ayunas, hasta que el Matracas se dejó caer para decirle que la siguiente semana iban a tener trabajo:

—Unos peladitos de Michoacán que el pendejo de Godoy dejó que se

alebrestaran y ya quieren ser dueños. Cuatro o cinco, no lo sé con precisión, mi Pedro. Pan comido porque sabemos que son bien culeros.

Faltaban aún cinco días, tenía tiempo de sobra, y decidió acudir al Santuario Nacional de la Santa Muerte, localizado en la casa marcada con el número treinta y cinco de la calle Nicolás Bravo, en la delegación Venustiano Carranza, para entrevistarse con David Romo Guillén, arzobispo primado de la Iglesia Santa Católica Apostólica Tradicional Mex-USA, e indagar qué era lo que debía hacer para vincularse con aquel entuerto de la Santísima Muerte.

Provisto de una mochila en la que guarda sus instrumentos de trabajo, Pedro camina hasta el Eje Uno Norte, que los tepiteños aún llaman Rayón, y aborda una pesera que lo deja a una cuadra de la calle Bravo. El edificio del santuario es un bodegón cuyas cortinas de acero han sido bajadas hasta media altura para permitir el acceso de los feligreses que acuden a rezar y a solicitarle favores a la Santa Muerte. El arzobispo no está, anda por Sonora, le informa un fulano tuerto que vigila un puesto repleto de chucherías sobre la acera, colocado a un lado de la entrada.

—Pero qué se te ofrece, don.

Pedro lo mira con desconfianza. El tuerto es un sujeto de facciones turbias, vestido con una camiseta deslavada y percutida hasta volverse gris rata que alguna vez fue blanca y tuvo impresa la leyenda «YoSoy132», misma que apenas se adivina; un pantalón de mezclilla del año de mamá canica con lamparones de grasa en las asentaderas y las rodillas, y un saco de ropavejero al estilo Clavillazo, provisto de unas bolsas enormes en las que, cree adivinar Pedro, carga ganzúas, limas y pinzas para desbocar candados, y quizás hasta un soplete de acetileno para derretir bisagras o cualquier obstáculo de metal que le impida colarse al interior de las viviendas y accesorias donde perpetra sus robos. Calza unas rudas botas de minero que hace mucho perdieron los estoperoles, y cuyas lengüetas agujereadas apenas cubren la piel de unos pies curtidos con costras que semejan ostiones: un *tianguista changador*, califica, que lo mismo hace de carterista en los transportes públicos que de ratero en casas habitación, y si es necesario, encaja un picahielos en las partes blandas de sus rivales aleatorios.

La mirada de Chimalli provoca ñañas en el tuerto.

—¡Órale, pues qué tanto me ves, carnal! ¿Qué, tengo moscas en la cara o qué?

Pedro sonríe para aliviar la tensi3n y pregunta:

—¿Aquí me pueden decir c3mo le hago para que la Flaca me proteja?

—¿La Flaca...? —responde el tuerto—. Dir s la Niña Blanca o la Santísima Muerte. ¡No seas igualado, t !

—¡S , esa mera! ¡Es que soy nuevo, no me lo tomes a mal! —afirma con voz titubeante. Luego recapacita y arremete con hosquedad—: ¿Pero, tú quién eres, cabr3n, que te das tantos pinches aires?

—¡Yo soy el sacristán, pendejo! Sobrino de No  Guillén Ib n ez. Ese, mi mero valedor, al que por andar de mitotero y reclamar a la Secretaría de Gobernaci3n que nos hayan quitado el registro para funcionar como iglesia expulsaron los seguidores del *Chipote*, un pinche cura dizque aliado de Caro Quintero y los Fonseca, con el que se agarr3 a madrazos.  l me lo dijo: «T , *Ojo Parado*, te me quedas aquí, con David, y me cuidas las espaldas. No vaya a ser que hasta me cuelguen el milagrito de haber asesinado a Jonathan Legaria Vargas, el *Comandante Pantera*, al que le metieron doscientos cincuenta balazos de AK-47, AR-15 y otros de calibre .45 milímetros, cuando todos saben que nuestras diferencias eran doctrinales y que esas armas las controlaba *el Señor de los Cielos*».

—¿Todo eso te dijo? —interrumpe Chimalli, porque Ojo Parado est  encarrerado y quién sabe a qué horas se le canse el hocico—. Entonces, según entiendo, tú me puedes orientar... ¿Llevarme con la Santa Muerte?

—S , pero antes tienes que comprarme unos puros de tabaco negro para que se los ofrezcas y como quien dice le entres con el pie derecho. —Como ve que Pedro es desconfiado y duda, lo anima—: ¡No tengas pena, muchacho, al cabo que muchos de los «hermanos» que llegan aquí son delincuentes!

Pedro respinga e inquiere:

—¿A poco se me nota, Ojo Parado?

—¡Hueles a sangre, carnal! —responde el tuerto—. Pero no me digas nada que aquí preferimos estar sordos. Cada cual con sus chingaderas y *nadie supo, nadie sabe y nadie sabr * —agrega con la voz impostada de un locutor de radio—. Si vieras la gentuza que viene a pedir favores a nuestra Santísima: desde los meros capos de los cárteles del narcotráfico, que como se rompen la madre entre sí no quieren morir sin su auxilio, hasta los políticos y banqueros más corruptos, esos que no acaban de hartarse con tanto dinero que roban, sin que falten militares, policías, artistas de la tele, del cine, gente de la farándula...

¡Uy, para qué te cuento! ¿Te acuerdas de aquel hermanito incómodo, el de la osamenta de El Encanto? Pues ese se dejó caer antes de que lo mandaran a chirona, acompañado, ¡no me lo vas a creer!, del mismito jefe de Gobierno de la Ciudad, y ahí se estuvieron rezando, quién sabe cuántas pendejadas, frente al altar de la Niña Bonita que, hasta donde sé le cumplió todas sus peticiones, y ya ves como anda bien ufano y mejor forrado con billetes, el angelito.

El altar de la potestad venerada es impresionante. Una imagen esquelética de más o menos un metro sesenta centímetros de altura, que lo mismo puede ser de varón que de hembra, sin que haya diferencia alguna, cubierta con una túnica blanca, que la cubre de la cabeza a los pies, confeccionada con seda, satén o algodón, según la generosidad de los fieles. Lleva en los huesos de la mano derecha una guadaña de metal bruñido, y en la palma de la mano izquierda un globo terráqueo fabricado con cobre esmaltado. A un lado están colocados una balanza y un reloj de arena, objetos plenos de significado. La calaca está rodeada de ofrendas variopintas, entre las que sobresalen muchos arreglos florales, canastos con fruta, pastillas de incienso, botellas de vino, dulces, puros cubanos y de otros países de Centroamérica —no pueden faltar los de la marca *Te Amo* llegados de los Tuxtlas, Veracruz, porque al arzobispo le encantan—, cajetillas de cigarros, alhajas de bisutería barata y un titipuchal de velas de muchos colores encendidas.

Pedro Chimalli pierde el resuello. Le toma tiempo asimilar el abigarramiento del altar y recorrer con la vista todos los objetos congregados debido al culto sincrético que la rodea, pues igual hay crucifijos, imágenes de algunos santos católicos, esculturas que representan a las deidades mexicas vinculadas con el Mictlán, la región de la muerte, Mictlantecuhtli y Mictecacihuatl, un cocodrilo llamado Xochitonal, cráneos colocados al desgaire y fotografías de personajes de otros cultos, sin que falten una foto del papa en turno y otra del beato pedófilo Marcial Maciel.

«Todos juntos, todos revueltos», piensa Pedro, para concluir que la Santa Muerte, con ese ejército de secuaces, debe ser bien, pero requetebién efectiva. Ojo Parado adivina su pensamiento e hincha el pecho para demostrar su orgullo. No es para menos. Tan solo en México el culto cuenta con alrededor de dos millones de prosélitos.

—¿Y por qué tantas velas de diferentes colores?

—Porque depende de qué clase de favor pidan los fieles a la Señora. Cada

color sirve para una cosa distinta. Aunque la mayoría de las veces se la viste de blanco, que es el color para sanar enfermedades y dolencias incurables, y también para la lealtad y conseguir el bien y las bendiciones, muchas veces el color se cambia para que no fallen los resultados, pues. Así, mi buen, si quieres abrir caminos, o sea, oportunidades de trabajo, o que te regalen una curul o un hueso en el gobierno, debes usar el color morado. Ahora, si lo que quieres es platicar con algún difunto, digamos, nada más por decir, con uno que te despachaste sin que pudiera soltarte la sopa y no te quedó claro dónde escondió la marmaja, le pones una túnica de color café. El verde se usa para mantener unidos a los seres queridos: traer al redil a la vieja que se *juyó* con tu compadre del alma; para que vuelva el hijo *prodigio*, ¿así se dice? Bueno, tú me entiendes, o ¡para oreja, muchacho!, con el *ojeto* de que los cabrones de tu banda no se desperdigen y, por lo que sea, se junten con tus contrarios, y sin que te las huellas te den chicharrón el día menos pensado.

—¿Y las demás, porque veo que hay velas rojas, amarillas y un buen de negras, mi Oclayo del alma? —inquire Pedro con impaciencia para evitar que el tuerto divague.

—¡Óigame, no se dé tantas confianzas que no hemos dormido juntos! —reclama con enojo Ojo Parado—. ¡Oclayo, Oclayo tu chingada madre!

Pedro encaja el reproche en silencio. Asume su error y pone cara de baboso a fin de recuperar la buena disposición del tuerto.

—¡El color rojo es para el amor! —informa este y aprovecha para meterle otra puya a Chimalli con el objeto de recobrar la calma porque aún está enchilado—. Aunque la verdad sea dicha no creo que a ti, con esa cara prieta de nagual y la panza que te cargas, te sirva para conquistar a *naiden*. ¡Vamos, ni a la *teacher* Gordillo, y eso que ha de estar bien necesitada! ¡Ah, y el amarillo es para la buena suerte! ¿Entendiste, güey?

Ojo Parado está hecho un basilisco, pero a Pedro le urge conocer las bondades del color negro, pues intuye que ese es el indicado para recibir la ayuda que va a requerir durante los próximos días, y si antes no lo acuchilla el Matracas, los que sigan. Opta por hacer a un lado su propio disgusto e insiste:

—¿Y el negro, señor?

El semblante del tuerto cambia con el reconocimiento a su jerarquía; su carácter amargo de inmediato se endulza.

—¡No pues así, sí, jovenazo! ¡Ahí te voy! —concede—. El negro es el color

de la fuerza y del poder. Es el indicado para practicar la magia negra y la brujería con fines maléficos y desmadrar al contrario. Sirve para conseguir la venganza y que se te pongan a tiro aquellos que quieres matar, echarte al plato, como quien dice. Es el preferido de los narcotraficantes, secuestradores, caníbales, prostitutas, robachicos, en fin, de cualquier cabroncete que tenga deudas pendientes con la ley, color que siguen usando en las túnicas y veladoras que colocan en los altares que ponen en las celdas y las crujías donde los tienen apañados y purgan sus condenas. ¡Un primor la Santísima Muerte vestida de negro!

Una ansiedad perversa corroe las entrañas de Pedro Chimalli. Comprende que como le aconsejó el Matracas, debe convertirse en feligrés de un culto por demás recomendable para individuos con instintos criminales que, como él, deambulan sedientos de sangre entre los vagones de las muchísimas *Bestias* que circulan por el territorio de un país cuyos gobiernos han hecho de la corrupción e impunidad las divisas grabadas en los membretes de los documentos oficiales.

—¡Y desde hace mucho! —agrega Ojo Parado leyéndole el pensamiento—. Todavía me acuerdo de que cuando nuestra iglesia, fundada en 1965 en el estado de Hidalgo, cobró vigor y cierto reconocimiento durante el gobierno del *Perro de la Colina*, el mismo Jolopo, su hermana Margarita, a la que le decían *La pésima musa*, y Arturo *el Negro* Durazo se presentaron en el santuario para rezarle a la Santa Muerte y cantarle una cancioncita de los Originales de San Juan: «Yo adoro y quiero a la muerte / hasta le tengo un altar...», y llevarse, cada uno, una calaca vestida de negro. Después, a nadie sorprendió lo de aquellos doce cadáveres encontrados en la lumbrera número ocho del drenaje profundo de la ciudad, si no recuerdo mal allá por San José Acoculco; cuerpos con huellas de tortura extrema, mutilaciones, y algunos decapitados.

Las confidencias del tuerto estimulan el apetito de Pedro, que quiere saber más y enterarse de todos los pormenores relacionados con el culto. Solo que a Ojo Parado ya se le acabó la cuerda y lo que más le interesa es concretar el negocio que trae entre manos.

—Bueno, mi güey, vamos a lo tuyo. Ya me cansé, sabes, de contarte historietas. ¡Si quieres iniciarte y entrarle a los rituales, tienes que caerte con nueve mil pesos! Ahora, si no los traes contigo, siempre puedes volver y le

seguimos.

Pedro rebusca en sus bolsillos y extrae un fajo de billetes sucios de diversas denominaciones. Los alisa y los cuenta. Reúne una cifra modesta:

—Solo traigo estos mil cien pesos y veintidós en morralla —confiesa, no sin sentirse cortado—. ¿Para qué me alcanza?

El tuerto clava las uñas entre sus greñas. Se rasca y hace guiños. Luego, muestra los dedos de su mano derecha. Toca con el pulgar el dedo índice:

—A ver —calcula—, doscientos para *miguel* de entrada, porque entenderás que no estuve trabajando de a gratis. Trescientos más para que te lleves una figurita de la Señora, de las de treinta centímetros con su vestidito, ¿negro? ¿Te parece? Y el resto, descontando cincuenta pesos de una veladora, lo que cueste tu pesera, y a lo mejor lo que vas a necesitar para mercarte una tortuga de queso de puerco, de las que venden ahí en la esquina, apenas serán doscientos ochenta morlacos que usaremos para la bendición de tus armas. ¿Cómo la ves? Así, ya puedes comenzar a pedirle lo que se te dé la gana, pero eso sí, sin abusar de su generosidad. No te vaya a mandar a la chingada, mi buen, y te salga el chirrión por el palito.

—No, cómo crees Ojo Parado. Vamos a comenzar con lo que me alcance y ya otro día regreso, bien forrado, para que acabes de aleccionarme.

—¿Tienes tus fierros ahí en la mochila? Te adelanto que por bendecir una pistola se cobran doscientos pesos, pero no creo que tú tengas una, todavía estás verde y tus dedos están gordos. No te *afiguro* disparando un revólver de carita, de esos con cachas de nácar. Aunque luego uno se equivoca...

Chimalli no le hace caso. Vacía su mochila sobre una mesa, y los cuchillos, la sierra y un bote que contiene alcohol sólido quedan expuestos. El tuerto los mira de reajo; sabe que es peligroso saber demasiado, e inicia una invocación a la Santísima Muerte a fin de que, si está de acuerdo, proteja a...

—¿Cómo te llamas, ojón? ¿Pedro Chimalli? ¿Es apodo o en serio tu apellido? ¡Ah, sí! Pues a este cabrón, mi reina. —Luego, bebe un trago de tequila mezclado con mariguana, y enseguida, y para darse paquete masculla una retahíla de palabras en inglés que resultan ininteligibles. Después, se inclina sobre los instrumentos y afirma—: ¡Ya están bendecidos! ¡Ora sí que ya quedaste listo para lo que manden tus güevos, don! Ahí, junto con la veladora, te llevas la oración *La muerte contra mis enemigos*, que deberás rezar antes de iniciar lo que tengas que hacer. —Acto seguido, calla y menea los



bigotes en señal de duda, pero al fin la curiosidad se impone—: ¿Oye — susurra—, y qué es lo que haces con esos fierros tan bien cuidados y afilados?

—Destazo cadáveres y los decapito, Ojo Parado —responde Pedro con una sonrisa aviesa que lo deja acalambrado.

De vuelta en la vecindad, Pedro improvisa en un rincón de su cuarto un modesto altar sobre el que coloca la imagen de la Santa Muerte y la veladora hecha con cera de Campeche del color renegrado de sus ojos. Agrega unas flores amarillas de cempasúchil, y siguiendo las instrucciones de la oración, unas gotas de sangre que obtiene al pincharse un dedo. Deja transcurrir media hora, que aprovecha para preparar un carrujo de mota, con todo y semillas a fin de *tronárselas* como a él le gusta, y una vez que su cerebro comienza a ponerse macizo y dizque, solo dizque, se le abren las neuronas, se dispone a calar el verbo impreso en una estampita que tiene grabada la imagen de la Santa Muerte.

La oración es un galimatías al estilo de los disparates pergeñados por el Comandante Pantera en su incoherente y deshilvanado libro de revelaciones sobre la Santísima Muerte, de la que Chimalli entresaca, no sin trabajo, pues le cuesta contener la risa, que si «va a usar una pistola debe asegurarse de que tenga las balas puestas»; que si su propósito es buscar nuevas víctimas, «debe usar un calcetín sucio en el pie del lado derecho, con un mínimo de cuarenta y ocho horas antes de cometer su siguiente delito»; después de oler una *esencia de delincuentes* que nadie conoce ni se consigue por ninguna parte, repetir siempre el conjuro: «Con este aire embriagador nublo los sentidos de mis enemigos». Puros lugares comunes producto de una mezcla de magia negra, vudú y Palo Mayombe, que rematan en una advertencia manoseada hasta el cansancio, pero que todos los implicados se creen: «Te recuerdo, hermano, que esta oración ha sido totalmente probada en beneficio de personas dedicadas al robo, asaltos, secuestros, narcotráfico, tortura y asesinato de quienes han querido pasarse de listos».

Chimalli lanza una carcajada y llora de risa. «¡Uh, uh, uh!», exclama, como si fuese un mono enjaulado. Sin embargo, su artificio de felicidad no tarda en desaparecer cuando advierte un pequeño, y a la vez intenso, punto luminoso que brilla dentro de cada una de las órbitas ciliares de la pequeña calavera. Piensa, primero, que se trata del efecto de la yerba y decide no hacerle caso.

Empero, el brillo aumenta y su haz se le clava en la frente. «¡Ay, chirrión!», profiere, y comienza a tomarlo en serio a la vez que su cuerpo se empapa de un sudor gélido.

Las convulsiones le duran un minuto. Para él una eternidad porque ha puesto un pie dentro del «infierno por todos tan temido»: un brevísimo paseo por los laberintos arbolados de la enajenación y la insania, cuyos arbustos frutales muestran una colección de endriagos que, si hubiera tenido la información pertinente, habría podido comparar con los engendros pintados en *El Jardín de las Delicias* de Jerónimo Bosch, alias *El Bosco*.

Entonces comenzó a creer en la Santísima Muerte y a tomar en serio las consejas y desafíos, cada vez más exigentes, para normar su conducta delictiva. Perdió el miedo a lo desconocido y más a lo común y corriente. Las amenazas del Matracas y de otros sicarios de los Zetas, la Familia Michoacana y el cártel de Sinaloa se le resbalaron como babas de perico. Los nombres de los Caballeros Templarios Enrique Plancarte Solís, alias *el Kike*, y Dionisio Loya Plancarte, alias *el Tío*, dejaron de causarle aquella temblorina que le aflojaba los dientes y las arrugas del esfínter. La cara archiconocida de Joaquín, *el Chapo*, Guzmán Loera, no solo confirmó en su magín su prestigio de capo triunfador, chingón en toda la línea, sino reafirmó la admiración que le profesaba, al grado de desear conocerlo. Contando con la protección de la Santísima Muerte, y mientras le duraron los efectos de la mota, se sintió la divina garza envuelta en huevo. Así, en ese estado de exaltación, decidió probarse antes de su cita con el Matracas.

Por la tarde, después de haberse embutido un caldo de pollo con pedacitos de buche, al que le espolvoreó medio frasco de chile de árbol molido, y cinco tacos de maciza mezclada con *chiquitas* recién sacadas de un perol enorme donde se freían varias pieles de cerdo para convertirlas en chicharrón, se dirigió a la Plaza Garibaldi con el objeto de darse una templadita con ponche de granada y dos o tres medios litros de tequila reposado, en el mero tugurio de su predilección, el afamado Tenampa. Ya para el anochecer, Pedro Chimalli, acompañado por el mariachi Los chaparros del Bajío, había cantado todas las que se sabía de José Alfredo Jiménez y entablado una relación fraternal con el patrón del *tololoche*. Besos, abrazos y alardes de: «Tú eres mi carnal del alma y te quiero más que a mi padre», así como otras confidencias pronunciadas por ambas partes con un notorio acento viril para que *naiden* fuese a pensar que

eran un par de maricones, los motivaron a abandonar el restaurante-bar y dirigirse al burdel de *La Pelona*, allá por la calle del Órgano.

Caminaron abrazados con un ritmo zigzagueante hasta que los vapores del alcohol les sacaron los chamucos, y en un callejón se agarraron a madrazos. Pedro tuvo las de ganar porque el mariachi no quiso o no pudo deshacerse del violonchelo, lo que impidió que pudiera defenderse. Lo tupió a puñetazos hasta que su *hermanito querido* cayó derrengado en un charco de su propia sangre.

El tipo quedó inconsciente y Pedro aprovechó para tundirlo a patadas hasta que su inmovilidad le indicó que ya no era de este mundo, que acababa de pelarse a la paz de los sepulcros. Luego, con una calma que le era desconocida, se sentó en cuclillas y se recargó en una pared para pulsar las cuerdas del instrumento, y dada su forma y volumen, decirle palabras amorosas igual que si se tratara de una mujer voluptuosa. La peda comenzó a bajársele mientras veía su reflejo en la hoja del cuchillo. La cabeza cercenada del mariachi rodó unos centímetros. La linfa brotó a raudales sin que a Pedro le importara. Cortó ambas manos a la altura de las muñecas y las colocó a un costado. Enseguida, despojó al cadáver de su chaquetón de cuero cubierto con alamares de pita. Le quitó el corbatín de moño con estrías en verde, blanco y colorado, y abrió la camisa para dejar el tórax expuesto. El corazón, todavía caliente, salió más o menos limpio y Pedro pensó que nadie podría hacerle reclamación alguna; que ese corazón era suyo porque el asesinato del músico era un asunto privado entre él y la Santísima Muerte.

Haciendo las cuerdas a un lado metió las manos y la víscera dentro de la caja de resonancia del instrumento musical. Acto seguido, se incorporó, y con todo y tololoche, más la cabeza bien envuelta en su chamarra, se encaminó hacia su casa con la tranquilidad de que el fiambre jamás podría ser identificado y que la nota roja respectiva que aparecería en los tabloides tendría, a lo mucho, tres renglones.

La Señora agradece la ofrenda con destellos en sus cuencas y un murmullo que, en los oídos de Chimalli semeja el chillido de una rata atrapada en una alcantarilla. «Le gusta, ¿verdad que sí Flaca Bonita?», el violonchelo acomodado a su vera; pero más le satisface probar los pedacitos de corazón que Pedro le embarra en la boca.

La cabeza y las manos del mariachi hierven en una cacerola. Con un

trinche de carnicero Pedro desprende los pedazos de carne hasta que el cráneo y las falanges quedan mondos y lirondos. Los seca con una franela y los introduce en una cazuela de barro que contiene, hasta la mitad, un buen montón de cal viva. Los deja ahí para que se curtan. Sin tener todavía un plan definido, intuye que esos son los primeros pasos para armar el esqueleto que será la efigie de su Santa Muerte personal.

—Yo mismo voy a hacer mi calaca, pues necesitaría estar loco o de a tiro pendejo para pagarle nueve mil pesos a Ojo Parado por una osamenta que a lo mejor es falsa y a la que ni siquiera conozco —gruñe complacido.

Dos días más tarde, el Matracas lo encuentra pálido y ojeroso, más taciturno que de costumbre. Los sonidos metálicos de una vulcanizadora localizada en la segunda cuadra de la calle de Jesús Carranza, la más brava y peligrosa de Tepito, son demasiado estridentes para que Pedro escuche la voz de su cómplice, quien intenta hacerlo comprender que una vez que le cambien las llantas al Chevrolet verde que está sobre la rampa hidráulica, viajarán hasta el poblado de Donato Guerra, donde se encuentran reunidos los michoacanos, aparentemente autodefensas civiles del grupo de Estanislao Beltrán, del municipio de Cherán, enclavado en una zona boscosa, a los que los Zetas quieren ejecutar para que sus miembros, así como los de Nueva Italia y otros municipios, agarren la onda y dejen de estorbarlos en sus correrías.

El automóvil semeja una iguana gorda con las cuatro Michelin aptas para todo terreno que le acaban de montar.

—Perfectas para los caminos de terracería de la sierra, Pedro, y para transitar sobre los lechos de los arroyos y las cunetas de los sitios donde se mueven estos cabrones —asegura el matón en voz baja.

Pedro no escucha nada. Tiene que leer los labios para, menos que más, captar la idea; pero tampoco le importa. Sube al auto y deja que el Matracas conduzca a una velocidad endemoniada rumbo a la ciudad de Toluca y tome la desviación de la ruta del Bicentenario hasta entroncar con la carretera que conduce a Valle de Bravo. El mal humor del Matracas es patente. Detesta viajar con un copiloto mudo que solo profiere monosílabos, y eso cuando se le da la gana.

—Esta vez vas a tener que rifártela conmigo —dice el compinche, al tiempo que le entrega una AK-47, el codiciado *cuerno de chivo*, con el cargador

repleto, sin preguntarle siquiera si sabe disparar un arma.

Pedro la coloca debajo de su chamarra. Abandona su laxitud, yergue el cuerpo y pone todos sus sentidos en alerta amarilla.

—Estos mequetrefes que vas a descuartizar, Pedro, no están muertos como los que te han tocado otras veces —informa el Matracas—. Vamos a tener que ultimarlos nosotros y te aviso que no va a ser fácil. Son, o pueden ser, más peligrosos que los pelados del cártel Jalisco Nueva Generación, que ya han demostrado su bravura en un encuentro con los Templarios.

—¡No tengo miedo ni a unos ni a otros! —responde con seguridad y aplomo, actitud que llama la atención del otro.

—¿Y eso, cabrón? No me digas que ya se te subieron los chorizos de moronga a los tompeates y ahora eres bien machito...

—¡Afirmativo, mi buen! —interrumpe—. Te hice caso y ahora estoy protegido, Matracas. Me cuida la Santa Muerte vestida con hábitos negros.

El Matracas lo mira de soslayo al tiempo que toma una curva y acelera para que el auto no derrape.

—¡Mira, mira! —murmura—. Qué bueno que me hiciste caso, sobre todo ahora que nuestra misión puede volverse más riesgosa que si nos enfrentáramos a una manada de perros rabiosos.

Pedro contesta con un eructo y el Matracas respinga.

—Óyeme carnal, te huele el hocico a carne podrida. ¿Pues qué carajos comiste? ¿A poco ya te estás aficionando a tragar carne humana?

—¡A poco! —es la respuesta lacónica que no necesariamente lo compromete.

Los focos de las casitas de Donato Guerra arrojan una luz macilenta que proyecta sombras amarillas que se mueven con sigilo sin descubrir los afanes de sus habitantes. De alguna forma imitan a las moscas vistas a través del papel engomado donde quedaron atrapadas. El Chevrolet pasa con rapidez a un costado del pueblo y no se detiene hasta que el terraplén lo permite.

—Están en la segunda casa —comenta el Matracas—. Creo que lo mejor es que yo les dé un entre por las ventanas de enfrente y que tú les caigas por la parte de atrás. ¿Te cuadra?

—¡Me cuadra! ¿Pero no crees que debes explicarme cómo funciona esta madre? —pregunta con la automática en la mano.

Le toma un par de minutos entender el funcionamiento del cuerno de

chivo. El auto da vuelta en U y regresa, con las luces y el motor apagados, hasta donde, suponen, están los enemigos que deben ser ajusticiados. Bajan del coche sin hacer el menor ruido. Ambos calzan zapatos tenis de marca Nike comprados por *el Zeta* en la fayuca. El Matracas quita el seguro de su escuadra HKP-7 y se oculta tras un árbol. Pedro da un rodeo para situarse frente a una puerta de la fachada protegida por la oscuridad, y tan pronto escuche los disparos de su compañero, arremeter con ráfagas en las que no se debe desperdiciar ningún cartucho.

El sonido de cuatro detonaciones y el estallido de los cristales al ser perforados desgarran el silencio de la noche. Pedro, sin respirar siquiera, abate la puerta con la primera ráfaga y desde el quicio dispara una segunda, y siempre con el dedo en el gatillo, una tercera. Seis cuerpos yacen despatarrados, cuatro sobre el suelo y dos incrustados encima de un trinchador. El Matracas se cerciora de que estén muertos. Uno todavía respira pero muestra el vientre hecho pinole.

—¡Comienza con este antes de que ladre! —ordena—. Voy a checar que los vecinos no alboroten o que a alguno se le ocurra escapar para dar el chivatazo.

Pedro no pierde el tiempo. Conoce bien el riesgo que corre. De un tajo decapita a la primera víctima que aún boquea como pez fuera del agua. Coloca las seis cabezas en una tarima. La imagen de la Santa Muerte se le hace presente mientras, sin darse tiempo para desvestirlos, descuartiza los cadáveres y evita ser salpicado por los chisguetes de sangre. El Matracas regresa con varias fundas de plástico negras, semejantes a las que usa el ejército gringo para transportar los cuerpos de los *marines* caídos en el frente de batalla o en alguna escaramuza. Introducen en forma indiscriminada los restos conforme se van amontonando. En una de las fundas Chimalli coloca dos brazos y un tórax.

—Estos son para mí, Matracas —asegura con un tono grave que refuerza la decisión que ha tomado.

—Cuida que sean de diferentes batos para que los jefes puedan identificar a todos y no se quejen de que son menos de los que yo digo.

—Están repartiditos, no te preocupes. Y todos con sus corazones... Bueno, uno lo puse aparte para poder llevarme el huacal vacío. Pero ahí van para que no te la hagan de tos y me acusen de que me lo metí en el buche.

Entre ambos acomodan las fundas en la cajuela del auto. Después regresan

para recoger las armas de los autodefensas y hacer un pequeño inventario: dos fusiles de asalto AR-15, tres cuernos de chivo, tres ametralladoras M-16 y más o menos tres mil cartuchos de los calibres adecuados para los truenos *decomisados*.

—Los jefes van a quedar satisfechos, Pedro —anuncia el sicario—. Siempre que hay armas de por medio se ponen felices y hasta se vuelven generosos. Voy a pedirles un aumento para que te toquen siquiera diez mil por fiambre. ¡Creo que te los has ganado!

Pedro sonrío y se da palmadas en el pecho. Una buena cosecha roja, no puede quejarse. Además, piensa engolosinado, su esqueleto irá cobrando forma.

Ya de regreso en el barrio de Tepito, en plena madrugada, el Matracas le recomienda que se dé una vuelta por el mercado de Sonora.

—Ahí vas a encontrar veladoras y muchos de los objetos necesarios para completar el esqueleto y que la Flaca quede perfecta —dice, y a continuación agrega—: Necesitas hacerte de una guadaña para que la justicia sea implacable y la Muerte no haga distinciones: al que le toca le toca sin importar de quién carajos se trate. También debes conseguir un mundo, bien redondo y coloreado para que se vean los países. Es muy importante que la Señora no tenga fronteras; así, si vamos al otro lado de la línea para cumplir con un compromiso, las víctimas no podrán exigirnos una visa sellada por la Pelona y refugiarse tras las faldas de la migra. Que tampoco te falte una balanza para que cuentes con la voluntad divina y puedas indagar la verdad sobre lo que se te ordene y no caigas en una trampa por andar papando moscas encima de uno de los platillos. Por último, pero no menos importante, mércate un reloj de arena que te va a servir para que las cosas, una vez que terminen, vuelvan a empezar de nuevo. Esto es muy chido, ya que tu vida, como la de todos, es cíclica, y la muerte es solo un cambio, un tránsito, que puede recomponerse si aprendes a voltear el reloj y, por así decirlo, resucitar para darle vuelo a la hilacha. Todo eso y más lo puedes conseguir en ese tianguis a precios mucho más baratos, porque en el santuario casi siempre te llevan al baile.

Pedro entra en su covacha cargado con los restos enfundados, los arroja en un rincón, y sin quitarse los trapos con los que va vestido se tira sobre el camastro para dormir a pierna suelta y sin ningún remordimiento, con la conciencia tranquila.

Despierta dos días más tarde a las seis de la mañana porque un vecino va a quejarse de la peste amargosa que se cuele por debajo de su puerta. «¡En la madre! —dice—. ¡Se me olvidó hervir la carne». En un santiamén pone las ollas con agua sobre las flamas de la estufa, y como Dios le da a entender introduce los despojos que ya acusan indicios de putrefacción.

El baño, aunque con agua fría, le sabe a gloria, y más cuando, todavía enjabonado, ve cómo se desliza un sobre de papel manila por debajo de su puerta. ¡Los sesenta mil pesotes que le prometió el Matracas! «¡Soy rico!», grita al tiempo que baraja la pasta.

Como siente que ya es un señor con los bolsillos repletos, se viste con *jeans*, una camisa blanca de algodón y una chamarra de mezclilla que, frente al espejo y según su apreciación, le dan cierta prestancia y un aire de prosperidad que nunca había presumido debido a que jamás estuvo forrado. Recuerda que por ahí, debajo de la cama o refundidas en el clóset, tiene unas botas texanas. No tardan en aparecer y se las embute hasta que le quedan pintadas. Gana cinco centímetros en estatura y, no es para menos, se siente soñado.

Una vez bien atildado echa un ojo al interior de las ollas y constata que tanto el tórax como los brazos están quedando en los puros huesos. Prueba con el trinche y descubre las costillas, el esternón, los omóplatos y un pedazo de clavícula. Los brazos ya están pelados y los húmeros muestran la porosidad ósea que les da un color amarillento. Apaga el fuego y vacía dentro de las cazuelas dos costales de cal viva que, al contacto con los residuos de agua, comienza a hervir y a deshacer la materia orgánica. «¡Ya tenemos casi la mitad de tu esqueleto, Bonita! —profiere en dirección a la estatuilla de la Muerte—. Solo nos faltan los huesos de la cintura pa' bajo. Pero los voy a conseguir en mi siguiente trabajo», asegura.

Desayuna con apetito de pelón de hospicio en la fonda De Tapas que está sobre la calle de Comonfort, a media cuadra del Paseo de la Reforma, donde un letrero garantiza: «¡Se come de puto padre!». De ahí se dirige al mercado de Sonora, el célebre Mercado de los brujos o Mercado de animales, localizado en la colonia Merced Balbuena, donde no tarda en encontrar, en la parte de atrás del tianguis, el local número treinta y siete a cargo de doña Mercedes, atiborrado de objetos dedicados al culto de la Santísima Muerte. El abigarramiento es fenomenal: un delirio de estatuillas de la Señora en todos los colores imaginables; amuletos, herraduras de la buena suerte, velas sencillas y



cirios estrambóticos teñidos con anilinas rarísimas: polvo de oro, alumbre; sal negra, frascos con *agua de San Ignacio* para alejar las miradas inquisidoras de rufianes, chotos y aquellos indeseables de los que no se quiere llamar la atención; cabezas de negros cambujos talladas en África, y lo mejor: un par de esqueletos de tamaño natural elaborados con resina epóxica, cubiertos con sendas túnicas, una color rojo sangre y otra de satén negro, que representan a la Santísima Muerte.

Pedro Chimalli queda extasiado. En ese lugar está todo lo que necesita. Compra sin regatear, al fin tiene lana de sobra, todo lo que le recomendó el Matracas: una buena provisión de velas negras, la verdad no le interesan las otras, ni siquiera las doradas que se usan para conseguir dinero; un par de amuletos para combatir *el mal de ojo* y otro preparado con carne de zorrillo desecada para fortalecer el torrente sanguíneo y evitar las hemorragias, así como dos escapularios con la imagen de la Flaca estampada en sus respectivos cuadritos de fieltro color café franciscano.

Así, se provee de lo que necesita para construir el altar que ha estado soñando. Sin embargo, aún no está dispuesto a retirarse. Los esqueletos lo mantienen imantado. Los mira, los toca; acaricia los cráneos, se coloca junto a ellos para constatar que son de su misma estatura, y sobre todo trata de indagar cómo han sido armados. Doña Mercedes lo mira con ternura. No es el primero, o la primera, porque también acuden a su changarro muchas mujeres, que queda prácticamente hipnotizado con los encantos de la Patrona. A pesar de que sabe que es muy difícil que alguien los compre, hace su luchita e informa a Chimalli que si quiere llevarse uno, ya con el descuento le costará diez mil pesos. Pedro, no es para menos, despierta de su ensoñación y emite un gruñido que por lo pronto no tiene significado. Instintivamente mete las manos en los bolsillos, palpa los billetes, y aunque sabe que puede pagar el precio sin dificultad, se da cuenta de lo que se está ahorrando y prefiere dar el avión a doña Mercedes:

—Pues será otro día, doña, porque hoy ando medio escaso de feria.

Por fin se retira con sus bártulos guardados en un par de costales. La guadaña, dado su tamaño, es estorbosa y tiene que cuidarse de no lastimar a algún transeúnte. Sale al exterior del mercado y de manera espontánea comienza a rodear el área que lo circunda. Llega a la zona conocida como «la cartonería», donde se fabrican esculturas de cartón prensado de todos tamaños

que, como los celeberrimos *judas* —que reproducen los aspectos más torvos de algunos personajes públicos, en particular gentuza despreciable dedicada a las corruptelas de la política a quien se caricaturiza—, provienen de una tradición añeja, probablemente de la época de la Inquisición, y al representar al mal y a los demonios son quemados en efigie. También fabrican alebrijes, y lo que más interesa a Pedro Chimalli, esqueletos para celebrar el Día de Muertos.

Pregunta quiénes son los artistas que hacen ese trabajo y alguien lo pone en contacto con los miembros de la familia Linares, oaxaqueños que han destacado por su destreza en tan singular oficio. Gabriel Linares, un tipo simpático y campechano, le explica los pormenores del ensamble de las partes mediante la utilización de alambres, armellas y pequeñas bisagras que quedan ocultos en el interior de la armazón para que nadie las note y el movimiento de las extremidades responda al orden natural de la anatomía, en este caso descarnada, de los seres humanos.

Pedro le explica los vericuetos en que anda metido para hacerse de un altar vistoso, sin darle información que pueda comprometerlo, y se pone de acuerdo con él para que una vez que tenga todas las piezas acuda a su domicilio y ensamble lo que será su Santísima Muerte.

Gabriel, que además de artista es un hombre de cierta cultura, le recomienda que se dé una vuelta por el museo del Templo Mayor y observe la figura de Mictlantecuhtli a fin de que adquiera el sentido de las proporciones.

El domingo siguiente Pedro penetra por primera vez en su vida, a través de la caseta de vigilancia que está frente a la fachada de San Ildefonso, al recinto cercado donde se han practicado los rescates arqueológicos más importantes de lo que fue el Monte Sagrado, el maravilloso *Huey Teocalli*, o Templo Mayor, corazón del mundo y centro religioso y de poder de la gran ciudad azteca México-Tenochtitlan. Es una mañana radiante y los rayos del sol caen a plomo sobre las cabezas y los hombros de los escasos visitantes. Pedro lleva calado un sombrero de petate que le vendieron en los portales que bordean el Zócalo con la advertencia: «Para que no se tateme el coco, patroncito. Con este sol tan canijo y la calor, no vaya a ser que le dé un torzón o le salga sangre por las meras narizotas».

En un principio está desorientado. Todo le parece un «amontonadero» de piedras. Camina despacio por el sendero de losas trazado entre las

construcciones, y a unos cuantos pasos, al pie de una escalinata, se topa con el cuerpo de una enorme serpiente esculpida en tezontle de colores rojo y negro adherida con estuco, que todavía conserva vestigios de las pinturas con que estuvo recubierta. La cabeza de la serpiente es una talla prodigiosa que llama la atención de Pedro, lo deja boquiabierto y lo impulsa a recorrer con la mirada las escalinatas adyacentes y las edificaciones más cercanas. Poco a poco, sus ojos comienzan a perfilar los volúmenes y a distinguir entre las sombras que forman un claroscuro por debajo de los temples que las cubren, otras siluetas que lo atraen y despiertan su curiosidad.

No tarda en advertir, a unos pasos de donde está, la presencia de un pequeño altar adornado con unas ranas esculpidas en piedra. Se aproxima para verlas de cerca y constatar que, en algún momento, estuvieron pintadas de color azul. Parecen recién salidas de un estanque o de los charcos que en la temporada de lluvias anegan los llanos de La Marquesa, piensa, y a falta de referentes las vincula con las excursiones que acostumbraba hacer con un grupo de amigos a ese lugar con el objeto de capturarlas y depositarlas en frascos de vidrio cuyas tapas estaban agujereadas. «¡Están chidas!», exclama, y enseguida se pregunta por qué fueron colocadas en ese lugar. Una placa sujeta a un poste de metal que lee deletreando despacio, le da la respuesta: está frente a los restos de dos escalinatas que, partiendo de la plataforma que tiene delante de sus ojos, conducían a la parte alta del templo donde se encontraban los adoratorios, o *teocallis*, de las deidades Tláloc, dios de la lluvia y el agua, con quien estaban vinculadas las ranas, y Huitzilopochtli, el dios solar de la guerra.

Pedro no tiene la menor idea de quiénes son esos dioses ni de su significado en una cosmovisión que le es totalmente ajena porque jamás alguien lo instruyó al respecto. Sin embargo, cuenta con el cacumen suficiente para entender que esos dioses son muy importantes, así como el papel simbólico que juegan las ranas y por qué fueron empotradas precisamente ahí.

Su deducción, aunque elemental, le causa una alegría que se refleja en su rostro. «Creo —piensa— que si me pongo abusado voy a entender poco a poco de qué se trata este asunto». Luego levanta la vista y alcanza a ver unas cabezas enormes de serpiente que rematan las alfardas que separaban las escalinatas utilizadas para ascender hasta los adoratorios. Las cabezas aún conservan parte de su color original, son majestuosas, y el entusiasmo de Pedro va en aumento.

Decide caminar más aprisa pues quiere mirar de cerca las ruinas de lo que fueron los *teocallis* de Tláloc y Huitzilopochtli. Toma una pasarela que lo conduce al canalón abierto de un drenaje construido en 1900 con tabiques en tonalidades terracota, y que al salir del recinto del Templo Mayor atraviesa la calle de Guatemala, y a cuyo costado, sobre la escalinata que conducía al adoratorio de Huitzilopochtli, están reclinadas unas esculturas de figuras humanas de gran tamaño. Los rostros de las estatuas están impávidos. No reflejan sentimiento alguno. En la piedra quedaron congeladas sus emociones. «¡Pinches monigotes —reclama Pedro—, no me dicen nada!».

—¡Porque tiene los ojos vendados, joven! —escucha una voz a sus espaldas y luego el sonido de un escupitajo—. Si usted supiera lo que es necesario saber, sabría que esas esculturas representan a los cuatrocientos sureños, o como se dice en la lengua que ellos hablaban, *centzohuiznahuas* derrotados por Huitzilopochtli para que se volvieran estrellas, esas que vemos cuando no hay luna y el viento barre la contaminación de esta nuestra capital enmarranada.

Pedro, que no ha entendido nada de lo que ha dicho la voz, voltea y muestra la careta de pocos amigos que utiliza a veces para dirimir sus pleitos o descuartizar a sus enemigos.

—¿Y ora, qué moscardón le picó, jovenazo? —inquire un fulano enjuto y desabrido que se relame unos bigotes negros y espesos, retrocede y enseña un puño cerrado capaz de amedrentar a cualquier gallo de pelea—. ¿Qué no ve que le estoy explicando la neta, güey? Soy Palomón Palomares, guía del INAH en el Templo Mayor —agrega, y papalotea una credencial en sus narices.

Chimalli, a falta de una respuesta correcta que pueda salvarlo del embrollo, reacomoda sus facciones y lanza una carcajada.

—¡Así está bien! —reconoce el guía—. Ya nos vamos entendiendo. Si usted quiere yo lo guío para que aproveche el tiempo y aprenda a platicar con los espíritus petrificados de nuestros ancestros. Luego, cuando hayamos terminado el recorrido, pues ahí me da lo que usted quiera.

Pedro acepta con una sonrisa y extiende la mano. Su ignorancia supina, está seguro, puede impedirle asimilar lo que está viviendo y más vale que le eche ganas.

—Vámonos de refilón sobre lo que más importa —propone Palomares con los párpados abiertos y los brazos extendidos a fin de abarcar el espacio que los circunda—. Cuentan los mitos de los carcamanes, las leyendas pues,

que la diosa de la Tierra, Coatlicue, hacía penitencia en un adoratorio que le habían hecho cerca de Tula, la capital de los toltecas, cuando vio un plumón de algodón que tomó y guardó en su seno. ¡En sus chiches, pues! Al instante quedó embarazada. ¿Usted cree? —acota, dando un codazo en las costillas a Pedro—. ¡Pos ni que fuera la Virgen María! Pero así lo cuentan, por esta —dice, y besa sus dedos en cruz—. Cuando sus otros hijos, los cuatrocientos sureños y Coyolxauhqui, se enteraron del suceso, acordaron ir al monte de Coatepec, el Cerro de la Serpiente, para matar a su madre por ese embarazo sospechoso. Nadie le iba a creer que nomás así, sin que se la cogiera algún jijo de su tiznada madre... ¡Pues qué de qué, joven! ¡Ay, de a tiro que la fregó Coatlicue! Pero, bueno, se armaron para la guerra y se pusieron en marcha. Y cuando subían por la ladera del cerro, que va naciendo Huitzilopochtli, dios de la guerra, con todas sus armas y reteencabronado, y así, sin decir agua va, que ataca a sus hermanos y los dispersa. A Coyolxauhqui la captura, la agarra de las greñas y la decapita. Arroja el cuerpo desde lo alto del cerro, y ahí va dando tumbos hasta quedar desmembrado. Desde aquí puede ver esa piedra, la que está allá tirada, y la original que está colocada en el museo, y verá que se le representa muerta y mutilada, tal y como quedó después del combate.

Pedro está más que complacido. No imaginó que alguien con la facha de Palomón pudiese estar tan bien informado. Más cuando este se las da de sabiondo y añade:

—Este mito permitió a los aztecas justificar sus guerras de conquista y combatir a sus enemigos. La leyenda dice también que esa pelea fue la lucha entre los poderes del día, representados por Huitzilopochtli, el dios solar, y los poderes de la noche, propios de la Luna, Coyolxauhqui. Así, fíjese bien, los sureños serían las estrellas que día con día son dispersadas por el rayo solar, la Serpiente de Fuego, que es el arma más poderosa de Huitzilopochtli. ¿Cómo le quedó el ojo, jovenazo?

—¡Igual que una lente de aumento, don Palomón! Gracias a usted he comenzado a entrever la importancia que tiene para mí el Templo Mayor —reconoce Chimalli sin dar mayores explicaciones. Sin embargo, él no necesita saber que dos más dos son cuatro para vislumbrar que su existencia y su papel de sicario de las bandas de asesinos que lo contratan están vinculados estrechamente con los mitos y rituales de los aztecas. Apreciación que refuerza cuando el guía le explica que a la entrada del adoratorio del dios de la guerra

está colocada la piedra de los sacrificios humanos.

—En realidad fueron dos piedras preciosamente talladas las que se emplazaron frente al altar de Huitzilopochtli —comenta Palomares—. La primera se colocó durante el gobierno de Moctezuma Ilhuicamina y la segunda en el reinado de Tizoc. Las dos con su correspondiente orificio central para que escurriera la sangre de las víctimas sacrificadas. Aunque debo aclararle que los arqueólogos han descubierto que la Piedra de Tizoc era llamada el *ocelotl-cuaubxicalli*, que quiere decir recipiente para colocar corazones.

Pedro siente un escalofrío. Estas revelaciones lo remiten a sus aficiones más caras. Quiere saber más, mucho más y está en la mejor disposición de continuar el recorrido.

Rodean el templo solar y caminan hasta el adoratorio de Tláloc. Ahí, Palomón le muestra la magnífica escultura del Chac-Mool que aún se conserva policromado en la cara y en el cuerpo. El rostro de la figura con la unión de la frente y el cabello pintada de color azul índigo y los adornos que caen sobre sus orejas con cintas de color naranja, tiene una expresión sobrecogedora. Pedro no puede determinar si es un gesto de reproche o abre la boca y muestra la dentadura para manifestar a quien lo ve el horror de enfrentar a un mensajero llegado desde la región de los muertos con novedades infaustas.

—Se ha dicho —acota el guía— que se trata de un *tlaloque*, aunque los expertos no están muy seguros. Puede ser que la vasija de color azul con una greca roja que lleva en las manos haya sido utilizada para recibir corazones o sangre de los sacrificados, pero solo son especulaciones.

Palomares mira la hora en su reloj de pulsera, arruga el ceño y hace gestos con el bigote para indicar que sus nervios están alterados.

—¡Ya me dio hambre! —exclama—. Necesito tragarme una torta de tamal para recuperar las calorías —agrega, al tiempo que rebusca en la parte posterior de su cintura y extrae del hueco que forman sus nalgas un pequeño manjar envuelto en una hoja de papel encerado y un envase de cartón de Pascual Boing de guayaba. La torta, una telera grasosa rellena con mendrugos de maíz revueltos con rajas de chile poblano, es devorada en forma tan rápida que cuando pregunta a Pedro si no le apetece ya ha desaparecido en su boca. De la bebida ni se diga. Ni una gota deja el desgraciado.

Aletea con los brazos en señal de que está listo.

—Vamos a visitar la Casa de las Águilas —anuncia, y mueve los pies. Pedro lo sigue apresuradamente. Caminan así cincuenta metros, hasta que su pupilo lo sujeta por el cuello y lo obliga a detenerse. Sus ojos están clavados en una singular estructura decorada en los dos costados que alcanza a observar con varias ringleras de cráneos esculpidos en piedra —doscientos cuarenta, informa el guía—, y no puede creer que exista un portento de tal naturaleza.

Aguza la vista pero no logra ver los detalles.

—¿Qué es eso? —pregunta emocionado.

—Es el *Tzompantli*, quizá la estructura más espeluznante inventada por los mexicas —responde el guía, sin ocultar el terror que le inspira—. A nadie escapa, ni a usted que es medio menso y apenas sabe cómo se llama, que los aztecas tenían, por así decirlo, un sentido tétrico respecto de la muerte. Les fascinaba decapitar a sus enemigos y a muchas de las víctimas que sacrificaban en los *teocallis*. ¿Y dónde cree que ponían las cabezas? Pues ahí merengues, en los *tzompantlis* que iban construyendo a medida que se acumulaban las calaveras. Verá, lo primero que hacían era levantar una empalizada de madera con travesaños largos, delgados y más o menos pulidos. Luego, delante de todos los presentes ensartaban, a través de los orificios que hacían en las sienes, las cabezas de los cautivos, que todavía escurrían sangre, y las dejaban expuestas ahí para que con los rayos del sol y la voracidad de las aves carroñeras, los zopilotes que ha visto volar por encima de los basureros o donde esté el cadáver de un burro o un caballo, dieran cuenta de los pellejos y la carne. Así, conservaban los cráneos para, por un lado, honrar a sus dioses, y por el otro mantener a sus enemigos aterrorizados. Practicaban —agrega a modo de remate y con el fin de apantallar a Chimalli— la cultura del miedo, que a lo largo de la historia han adoptado muchos gobiernos, como en la actualidad los pinches gringos y los yihadistas, para justificar su agresividad, su violencia y mantener a la población del mundo amedrentada...

Pedro escucha extasiado. Él, que con sus propias manos ha participado en varias decapitaciones, imagina el espectáculo, que no por macabro dejaría de ser atractivo, que sería si sus patrones, los Zetas, los Caballeros Templarios, los Guerreros Unidos o los jefes del resto de los cárteles del crimen organizado, decidieran crear sus propios *tzompantlis*, en lugar de andar repartiendo cabezas a diestra y siniestra acompañadas de mensajes espurios, y lo peor, con pésima

ortografía. Él, por lo pronto, se lo promete, comenzará a hacer sus planes.

—...se cree que solo en la gran ciudad de México-Tenochtitlan se erigían siete *tzompantlis*, pero que había otros más diseminados en Tula, Texcoco, Cholula, Tlaxcala y otras regiones donde se degollaba a los cautivos —escucha Pedro la voz amargosa del guía, quien, sin que él se percatara, no había interrumpido su relato y explicaba que esa cifra la había tomado de la obra de fray Bernardino de Sahagún, así como el significado de la palabra *tzompantli*, que provenía de los vocablos nahuas *tzontli*, que significa cabeza o cráneo, y *pantli*, que quiere decir hilera o fila—. ¡Hilera de cráneos!, qué le parece la precisión.

—¡Perfecta! —responde Pedro, aún inmerso en su ensoñación—. ¿Entonces, esa construcción...?

—Fue erigida en la parte norte del Templo Mayor para consagrarla a la región de los muertos, o *Mictlampa*, y a manera de recordatorio de que todos, tarde o temprano, vamos a acabar convertidos en calaca. ¡Todos, mi rey, aunque usted se crea inmortal! —confirma al ver la cara de escepticismo de su cliente—. Solo para que se dé un quemón, cuando llegaron los españoles, en 1519, había aquí, en el Templo Mayor, cerca de sesenta mil cráneos; estimación que me parece exagerada pero que no deja de ser elocuente.

La Casa de las Águilas es, en palabras de Palomón Palomares, alucinante. Conduce a Pedro hasta uno de los dos accesos para que vea las banquetas policromadas con representaciones de guerreros en procesión. Púrpura, blanco y amarillo se mantienen indelebles y capturan la atención como si fueran fuegos artificiales suspendidos en un firmamento extraño. Pedro, sin que Palomares pueda evitarlo, toca con un dedo la figura de un guerrero y lo lleva al interior de su boca para, según él, saborear su fuerza. Un pinchazo en la lengua sacude su cabeza con una impresión dolorosa y al mismo tiempo gratificante.

—¡Eso le pasa por andar de tentón! —exclama el guía—. ¿Qué no sabe que está prohibido? Ahora que si quiere una explicación, aunque sea jalada de los pelos, le voy a pedir que me escuche con las orejotas bien abiertas: ahí, en la penumbra del interior de la casa y en un aposento localizado al norte, después de recorrer un estrecho pasillo que conduce a otro patio, se encontraron unas banquetas con figuras de guerreros que rematan en un altar saliente que muestra, esculpido en piedra, un *zacatapayoli*, o bola de heno, en



donde se encajaban las espinas de maguey que se usaban para el autosacrificio.

—¿Autosacrificio? —inquire Chimalli con muecas de chango de organillero.

—¡Ay!, por momentos se me olvida que es usted casi tan iletrado como los monigotes paleros del Poder Legislativo —se queja Palomares—. ¡A ver si me entiende! Los señores principales, los sacerdotes y los guerreros, a fin de ofrendar su sangre a los dioses, se pinchaban la lengua, los lóbulos de las orejas, el ombligo, el pito y hasta los merititos güevos con espinas de maguey, de pescado, o con lo que fuera que tuviese la punta bien afilada, y una vez que corría la sangre y daban por terminado el sacrificio, clavaban las espinas en la bola de heno con el objeto de volver a usarlas... ¡No, no me interrumpa, que ahora viene lo bueno! Es posible, nada más eso, que el guerrero que usted tocó con sus pinches dedos sucios decidiera darle un escarmiento, y que por eso le haya punzado la lengua...

La carcajada de Pedro es contagiosa y se propaga entre un grupo de turistas que, acompañados de un colega de Palomares, andan de visita, y no sin sorpresa escucharon las sandeces de este último.

—¡No se burlen de un servidor, señores! —reclama Palomón—. Aquí pasan muchas cosas raras... ¿Verdad tú, güey? —recurre a la complicidad de su compañero—. Cosas raras que nadie ha podido explicarse; algunas que son para zurrarse de miedo y echar a correr más allá de la Suprema Corte.

Los turistas no le hacen caso y él toma de un brazo a Chimalli para comentarle que en ese sitio fueron encontradas dos formidables figuras de Caballeros Águila hechas con barro, casi de tamaño natural, que podrá ver en el museo. Luego, lo traslada a otra puerta orientada al norte del vestíbulo y le explica que sobre las banquetas y a un lado de la entrada, los arqueólogos rescataron dos figuras, también hechas con barro, del dios Mictlantecuhtli, señor del inframundo.

—¡Son las que quiero ver, señor Palomares! —manifiesta Pedro con envidia—. Para eso vine; me recomendaron que me fijara en sus proporciones y en la forma como fueron ensambladas. ¿Están en el museo? —indaga.

—Sí, ahí podrá verlas y observar la manera en que fueron hechas. Le aseguro que son imponentes. Pero antes de que terminemos nuestro recorrido, por cierto, bastante superficial, tiene que venir muchas veces para

que se empape del espíritu del Templo Mayor, quiero mostrarle la cabeza de águila que está al pie de una de las alfardas de la escalinata de acceso a la casa.

La cabeza de águila está a unos cuantos metros. Pedro la mira con embeleso dada su belleza y la fuerza que emana de su enorme pico.

—Las águilas en la cultura azteca «tienen un enorme contenido simbólico relacionado con el Sol y la guerra, y por tanto con el numen tutelar mexicana, Huitzilopochtli» —lee Palomares la página correspondiente del catálogo del Templo Mayor que sostiene en sus manos, y cuyo uso justifica con el argumento de—: Comprenderá mi señor que ya estoy cansado y mi memoria solo funciona bien con el combustible que me procura un tamal con queso y rajas del que, para mi mala suerte, no me quedó ni una mugre migaja.

Pedro ha entendido solo la mitad de la verborrea del guía, quien no le da tiempo de recapacitar y le enseña de volada una piedra de regular tamaño en la que está cincelada una flor de cuatro pétalos que simbolizan los cuatro puntos cardinales, rematada en su parte superior con un friso de cinco *chalchihuites*, o piedras preciosas conocidas como jades. Un poco más adelante, Palomares señala a Pedro otra piedra que contiene un relieve con el glifo 1-Conejo, hermoso ejemplo de la calidad escultórica de los artesanos de la época de Moctezuma Ilhuicamina.

—Bien —dice Palomares—, hemos terminado. Queda usted más que listo para visitar el museo. Creo que con lo que hemos visto y lo que le he explicado le será más fácil apreciar la calidad de las piezas y lo que significan. —Luego, en previsión de los efectos que pueda provocar lo que está a punto de decir, se aparta unos pasos y suelta—: Cuando me lo encontré ahí junto al caño del desagüe era usted un indio bajado del cerro a tamborazos, que no ataba ni desataba los hilos de la fortuna que lo habían arrojado al seno de lo desconocido. Ahora, gracias a mi sabiduría, no cabe duda de que soy un chingón, y a mi entrega complaciente, usted es un individuo capaz de conquistar el mundo de los aztecas. La gente va a hablar de usted. ¡Se lo aseguro!

A Pedro le urge ir a echar una meada y no tiene tiempo para discutir con un cabroncete que ya le cayó gordo y al que, en su momento, le pasará factura. Por tanto, cumple con su compromiso y entrega a Palomón Palomares un billete de cincuenta pesos con la recomendación: «¡Pa' que compres una torta de tamal, de esas que tanto te gustan, y te la metas por el meritito culo!».

El Museo del Templo Mayor es una joya a los ojos de Pedro Chimalli. Apenas ha puesto sus pies en el vestíbulo, cuando lee: «Orgullosa de sí misma / se levanta la ciudad de México-Tenochtitlan. / Aquí nadie teme a la muerte en la guerra». Una voz que desde el pasado le confirma que sus acciones para afianzarse en el oficio despiadado que practica van bien encaminadas. Todo ahí le hace pensar que el culto a la Santísima Muerte, aunque con otros nombres y diferentes rituales, debe proceder de los arcanos oscuros de la época en que reinaron los *huey tlatoanis* de los aztecas. «Fuimos un pueblo sanguinario y continuamos siendo un pueblo proclive a derramar litros de sangre a la menor provocación; solo así puedo explicarme las atrocidades, las salvajadas que nos hacemos unos a otros para imponer nuestro dominio e intereses sobre las espaldas de los demás, ya sean criminales de nuestra ralea o personas inocentes».

Un sendero que su imaginación construye con sangre, sudor y lágrimas, pero también con el orgullo de acceder a un pretérito esplendoroso, lo conduce por las salas del museo para confrontarlo con la hermosa escultura del Águila *cuauhxicalli* que tiene una oquedad en el lomo donde los sacerdotes, o *tlamacazqui*, depositaban los corazones, aún palpitantes, de las víctimas sacrificadas.

No sin pesar, ya que quisiera quedarse más tiempo frente al Águila, Pedro se aleja y camina despacio, a fin de no hacer ruido, en dirección a unas vitrinas donde están colocados los cuchillos de obsidiana adornados como el dios Ehécatl-Quetzalcóatl, con ornamentos de oro, perlas y caracoles marinos, así como algunos puñales de pedernal en cuya parte superior, la que corresponde a la empuñadura, se simulaban rostros humanos con aplicaciones de concha y obsidiana para los ojos, y con dientes, probablemente extraídos de las víctimas, para formar una dentadura blanquísima que contrasta con el color terracota del pedernal donde se conservan incrustados. Chimalli advierte de inmediato el carácter ritual de los cuchillos, y al compararlos con los que él utiliza empieza a entender la diferencia conceptual que crea un abismo entre lo que fueron los sacrificios humanos que practicaban los aztecas y los asesinatos viles que ejecutan los sicarios, él entre ellos, de los señores del crimen.

«¡Ah, cómo me gustaría tener un cuchillo tan bello y filoso para desmembrar y extraer el corazón de mis propias víctimas! —medita mientras se mueve hacia otra vitrina—. Por supuesto que no lo usaría con los fiambres

que me entrega el Matracas. Con esos me basta la sierra manual, y de preferencia la eléctrica. Algo tendré que hacer para conseguir uno, pero que sea de obsidiana».

Las ideas harto macabras que bullen en su cabeza le impiden ser sorprendido por unos cráneos humanos a los que se aplicaron incrustaciones de concha y pirita en las órbitas, así como cuchillos de pedernal en la boca y la nariz, que fueron encontrados, dice la ficha, dentro de unas urnas de la época en que gobernó el *Huey tlatoani* Axáyacatl. Los cráneos son atractivos, sí, y bien puede imaginar a Servando Gómez Martínez, alias *la Tuta*, o a Nazario Moreno presumiéndolos, sobre todo si pertenecen a las cabezotas cercenadas de algunos miembros del cártel del Golfo o de la banda de Los Rojos, en la mesa de la sala de su casa; pero a él, por el momento está convencido de ello, no le gustaría que compitieran ni con el esqueleto de la Santa Muerte ni con las florituras del altar que ya tiene en mente.

El azar, y no otra cosa, lo lleva hasta la sala dedicada a las representaciones de las deidades de los aztecas encontradas dentro del recinto del Templo Mayor. Por fin tiene ante sí la escultura de Coyolxauhqui, un enorme monolito circular de 3.25 metros de diámetro, que le confirma la veracidad del mito de Huitzilopochtli que le relató Palomón Palomares. La escultura es deslumbrante. La diosa lunar está decapitada y desmembrada, y sus facciones y atavíos reproducidos por un cincel poderoso de la mano de un artífice que supo imprimirle los resabios de dolor y cólera padecidos mientras su cuerpo se fragmentaba. Pedro está conmovido, no porque sea compasivo o sienta piedad por Coyolxauhqui, que al fin de cuentas era una perra cabrona que como casi todas las adolescentes no respetaba a su madre y merecía ese castigo. Lo que le causa cierta consternación es imaginar que el día que a él le toque ser descuartizado, posibilidad que, conociendo cómo se las gastan sus cómplices no puede desdeñar, nadie lo va a recordar y menos le harán una escultura. A menos que... «No, para qué me clavo en premoniciones funestas», se regaña, y levanta la vista para solazarse con las enormes tetas de la Luna y concluir que estaba bien buena.

Las enormes figuras del Guerrero Águila y de Mictlantecuhtli, colocadas una junto a la otra, imantan sus ojos y le quitan el aliento. Debe respirar profundamente a fin de espabilarse. El Guerrero tiene un atuendo de ave rapaz que lo acredita como perteneciente a la orden militar de los Caballeros

Águila. El yelmo, una cabeza de águila, las alas adheridas a sus brazos y las garras que ostenta debajo de las rodillas corroboran su vocación solar, su cargo y el prestigio que este conlleva. Sin embargo, lo que más despierta la curiosidad de Pedro es la forma en que la figura fue ensamblada, ya que se compone de cinco segmentos que se acoplan para quedar unidos con una perfección francamente acojonante.

Pedro toma nota de su empalme; no quiere perder más tiempo y se aboca al examen de la escultura prodigiosa del dios de la muerte. La figura semidescarnada le parece que sonrío, y que con sus manos extendidas, cuyas uñas son verdaderas garras, quiere pepearlo. Hay algo que lo asemeja de una manera escalofriante. Tienen más o menos la misma estatura, las orejas prominentes, la nariz respingada, los pómulos salientes y la fuerza y voluntad que se requieren para batallar con los avatares de la muerte. Sin embargo, Chimalli siente un miedo cerval que lo hace soltar unas gotas de orina y mojar sus calzoncillos. No, no le gustaría estar solo ante su presencia.

Retrocede unos pasos y se detiene. Espera a que sus jadeos se terminen para recuperar el ritmo normal de su respiración. Mictlantecuhtli lo mira, goloso, con sus grandes ojos. No suelta prenda. Pedro está convencido de que, como en un cuento infantil, el ogro quiere devorarlo. Está a punto de chillar, cuando un movimiento de la luz propiciado por uno de los guardianes de la sala lo ayuda a ubicarse en la realidad y a recuperar la compostura. «¡Ah, si no seré pendejo —se recrimina—; llevo más de seis horas sin probar alimento y la mícúra que traigo en la panza me lo está cobrando!».

—¡Ahora sí, cabrón, ya sé que no la traes conmigo! Que son mis ñañas personales, y que tú eres buena onda —lanza para infundirse ánimos.

La figura inclinada no varía ni su posición ni su gesto. La cabeza, es notorio, tiene muchas perforaciones donde, Pedro supone, es probable que le hubieran injertado cabello a fin de darle un aspecto más temible. «Porque un dios pelón sería para morirse risa —masculla—. Ni modo que le cantaran aquello de “Pelón, pelonete, cabeza de cuete”», remata, y lanza una carcajada.

Chimalli constata que debajo de las costillas lleva el hígado caído. No entiende por qué hasta que lee la ficha: «Mictlantecuhtli. El numen semidescarnado lleva el hígado colgando. En esta víscera se encontraba una entidad anímica, el *ihiyotl*, una especie de alma relacionada con el inframundo, las pasiones y la ira».

—¡Con que bilioso, el señor! Con razón me diste tanto miedo. Pero ya no; ahora, como me indicó el cartonero Gabriel, déjame ver cómo estás ensamblado para que pueda armar la osamenta de mi Bonita.

A pesar de que todavía hay muchas piezas atractivas e interesantes, como la olla con el rostro de Tláloc que aún conserva unos colores bellísimos, o el dios murciélagos que le recuerda al Matracas, Pedro Chimalli considera que ya es hora de terminar su visita. Empero, ya para salir tiene que pasar delante del muro de clavos de roca volcánica, un panel cubierto de cráneos que no es otra cosa que una reproducción fiel y pavorosa del famoso *Tzompantli*.

Ahí está, a su entera disposición, una multitud de cráneos; unos completos y otros con los ojos deformados o las fosas nasales deslavadas, y no puede resistir la tentación de tocarlos primero y enseguida desprender el que le queda más a mano. El cráneo, no existe explicación alguna, está candente, igual que si hubiera sido friccionado por una máquina centrífuga, y le quema la palma de la mano. Lo suelta y este cae al piso con el estrépito de un ventanal que estalla. Se inclina para recogerlo, pero antes lo envuelve en su chamarra. Esta se empapa de sangre que, sin razón, escurre por sus brazos. Está a un tris de volverse loco. No entiende qué es lo que sucede. Procede a desenvolver el cráneo, pero este ha desaparecido. En su lugar encuentra una cabeza encarnada que conserva su cabello rubio y ensortijado que lo mira fijamente con unos ojos azules de un color más intenso que las profundidades marinas, y que con labios trémulos le dice: «¡El Templo Mayor de México-Tenochtitlan no es el espacio físico donde crees estar parado, no es una plaza ni un cúmulo de templos, *teocallis* y casas de gobierno; es, para que me entiendas y lo vivas, un estado alterado de conciencia!».

## IV

La tarde ha refrescado con un vientecillo que llega del norte. Tizoc y Yolatl sienten frío y se envuelven con sus respectivas *tilmatli*. Se alejan del templo dedicado a Quetzalcóatl aún con el ánimo alterado por la charla truculenta que acaban de sostener. Las hojas secas de color ocre que han caído de las ramas de los árboles durante los últimos días son barridas por pequeños remolinos. Tizoc disfruta cuando le rozan los pies y verlas chocar contra los muros y banquetas de los edificios circundantes. De alguna forma le recuerdan los movimientos ondulantes, aunque arbitrarios, de los guerreros cuando están enfrascados en la lucha, sobre todo los Caballeros Águila, durante las batallas floridas que le ha tocado presenciar.

Yolatl camina ensimismado. Cavila sobre el incidente que le relató su amigo y el significado que puede tener. «¿Una intromisión brutal y anacrónica capaz de traspasar los velos del *Tlalocan*, el Cielo donde se refugia el Sol?», piensa. «¿O una fractura en los límites del tiempo, tal y como si el *tlacuilo* hubiese atravesado el códice que ha pintado con su puñal de obsidiana para trastocar la crónica?», discurre. «A menos de que se trate de una broma del dios Tezcatlipoca que, en su representación roja, acostumbra hacer travesuras», remata, para sacudirse las mariposas que revolotean en su mente.

Han llegado al Coacalco, y como Tizoc, quiere conocer con detenimiento la escultura del personaje descarnado. Ambos caminan por un corredor que desemboca en la sala donde se resguardan las estatuas de muchas deidades. Colocado junto a una máscara semejante a la de Tlatilco, que muestra la parte izquierda descarnada, y de espaldas a una cabeza de barro que representa la dualidad vida-muerte, procedente de Soyaltepec, población tributaria del señorío que fuera gobernado por el rey Cozijoieza, la figura zapoteca de cuerpo entero muestra en el interior de su caja torácica todas las vísceras perfectamente

esculpidas y colocadas en el lugar que les corresponde, de suerte que constituye para ellos una verdadera lección de anatomía que les va a permitir extraer los corazones de sus víctimas con rapidez y limpieza. Tizoc comprende, casi con una mirada, cómo están unidas las costillas al esternón, y Yolatl la forma como debe seccionar los músculos del trapecio y los pectorales. Asimismo, tocan con sus dedos las vértebras que unen la cabeza al tórax y los músculos que las sostienen, a fin de simplificar el sacrificio por decapitación que les es difícil y molesto, pues no cuentan con otra herramienta que no sean los cuchillos de pedernal y obsidiana.

Así, quedan satisfechos con su visita y se disponen a regresar al *calmecac* para comer frugalmente y dormir hasta la salida del Sol. Sin embargo, Tizoc se desvía para visitar el *tlachtli*, o juego de pelota, en donde el *tlenamacac*, su superior jerárquico en la escala sacerdotal, le ha indicado que deberá presentarse al día siguiente a fin de participar en el degüello del capitán del grupo de contendientes que resulte derrotado, en una ceremonia de sacrificio ritual.

Tizoc sabe, porque lo ha visto algunas veces, que el *tlachtli*, que se juega solamente con las rodillas y las caderas, sin que intervengan pies y manos, está profundamente asociado con las deidades de la muerte, y en especial con el sacrificio por degüello. Una distracción, por así llamarla, exclusiva de la clase dirigente que exige a quienes participan ataviarse con prendas vistosas, más bellas y cuidadas de lo habitual, y penachos deslumbrantes elaborados con plumas de quetzal, de tucanes y guacamayos de las selvas tropicales, y de los flamencos que abundan en las ciénagas y manglares de los territorios localizados al sur y que colindan con las aguas verde azul del mar.

—El juego —le dice a Yolatl en voz alta— consiste en pasar al campo contrario una bola de caucho a través de los aros de piedra labrada incrustados sobre los muros paralelos. Es un encuentro violento que obliga a los jugadores a protegerse con petos, rodilleras y mandiles de cuero, así como con mentoneras y medias máscaras para cubrirse la parte superior de la cara y la mandíbula inferior, ya que, si se descuidan, puede resultar fracturada. También usan unas tiras de cuero que enredan en sus manos para protegerlas de las asperezas del suelo; sin embargo, a pesar de todas esas precauciones he visto, y supongo que tú también, cómo algunos que son golpeados en el estómago o entre las piernas caen para no levantarse jamás.



Tizoc calla y mueve la cabeza para desprenderse de algunas imágenes que le son dolorosas. Su propio padre, Camaxtli, llamado así en honor al dios de los cazadores y elevado al rango de Caballero Tigre por el *Cihuacoatl* Tlacaelel, hermano y consejero de Moctezuma I y de varios *tlatoanis* que lo sucedieron, fue lesionado en la cintura, a la altura de la cadera, en un juego de pelota, a consecuencia de lo cual quedó lisiado por el resto de su vida.

—Los jugadores que más veces logran pasar la pelota en un tiempo determinado —retoma sus comentarios una vez superado el trago amargo—, ganan el encuentro y pueden apropiarse de la ropa y joyas de sus contrincantes y mandarlos desnudos a sus palacios, rodeados de oprobio y vergüenza. Empero, el capitán derrotado tiene el honor de ser sacrificado para, como los guerreros que mueren en combate y las mujeres que fallecen de parto, transformarse en colibrí, y después de un lapso de cuatro años y de superar ciertas pruebas, pasar al *Tlalocan*, donde vivirá eternamente en un estado de felicidad completa.

—¿Así es que mañana deberás estar presente durante el juego, Tizoc? —pregunta Yolatl, para enseguida agregar—: ¿Y estás entusiasmado?

Tizoc abre los brazos para abarcar el espacio que delimita el terreno de juego.

—¡Sí! —responde—. El tiempo que dure el encuentro no estaré en la tierra sino en el cielo nocturno, con la luna y las estrellas por compañía. Aunque nos pueda parecer extraño, y sin importar que el juego transcurra durante el día, nuestras creencias nos dicen que el enfrentamiento está relacionado con el antagonismo que existe entre la luz y la oscuridad, y que pase lo que pase la primera debe resultar triunfante. Este ritual religioso, Yolatl, es difícil de comprender por las mentes profanas, pero tú y yo somos sacerdotes y conocemos su simbología y sabemos que el sacrificio que se va a consumir es precisamente para procurar al Sol sangre divina.

—Lo que coincide con la creencia de que el centro del juego de pelota es el *itzampan*, o lugar donde se depositan, aunque sea virtualmente, los cráneos de los sacrificados.

—Claro, Yolatl, tienes razón en usar la palabra *virtual*, porque en realidad lo que se acostumbra hacer es colocarlos en el *tzompantli* mientras se cantan los versos preservados en las leyendas que dicen:

¿Cómo habremos de vivir? ¡No se mueva el Sol! ¿Cómo en verdad haremos vivir a la gente? ¡Que por nuestro medio se robustezca el Sol! ¡Sacrifiquémonos, muramos todos!

—Una exigencia muy fuerte, Tizoc, hasta se me enchina la piel de los brazos, pero que sin duda cumple con las exigencias de Huitzilopochtli.

Los dos amigos está exhaustos cuando llegan al *calmecac*, junto al *gran teocalli* o Templo Mayor, y saben que durante la noche el sueño será escaso ya que deberán levantarse para ofrecer incienso en el *calpulli* a los dioses, o en el caso de ser sorprendidos por una quimera erótica, sangrarse las orejas y las piernas con espinas de maguey para apaciguar el miembro.

Ambos comparten el mismo aposento con otros tres muchachos que son mucho más desenvueltos y activos en aventuras destinadas a satisfacer su sexualidad. En el grupo de jóvenes sacerdotes al que pertenecen se les conoce con los apodos de *Chilli*, *Tomatl* y *Etl* —Chile, Tomate Verde y Frijol—, porque si cada uno por su parte es picante, bravo y bullanguero, juntos son un verdadero escándalo debido a las transgresiones que cometen y a su proclividad a la carne de mujer y al jolgorio con que sazonan sus noches. Son, y así los perciben las mujeres con las que han tenido trato, una combinación perversa y hartó sabrosa.

Es frecuente, y esta noche no será la excepción, que se mezclen con los mancebos que estudian en los *tepothcallis*, colegios destinados a los *macehuales*, o gente del pueblo, a fin de asistir, una vez que el sol se ha puesto, a bailar y a danzar al *cuicalco*, casa de canto. Ahí la disciplina es más relajada y lo mismo bailan los mancebos entre sí que con las *auianime*, cortesanas educadas para complacerlos y procurarles deliquios carnales.

Chilli, no podía ser otro del trío de libertinos, ha tenido la ocurrencia de meter, contra todas las advertencias y aspavientos de Tomatl y su compinche Etl, a una manceba de formas succulentas en su estera, o *petatl*, para menearle la rabadilla y penetrarla hasta que pida clemencia. Él sabe muy bien a lo que se arriesga si es sorprendido entre las tetas y los muslos de una mujer pública. Lo mejor que le puede suceder es que lo castren y lo sacrifiquen como hacen con los sodomitas, enterrándolo en brasas incandescentes, y lo peor que, al igual que a los adúlteros, le aplasten la cabeza con una roca de regular tamaño. ¡Pero no le importa! Ya está hartó de hacerse puñetas y de que sus piernas estén llenas de costras por las punzadas que se aplica. Los lóbulos de sus orejas han desaparecido y no tiene dónde clavar las espinas. El celibato le parece una

aberración. Así es que no pierde el tiempo, y sin importarle que sus amigos presencien sus arrebatos, ni le importe un carajo que Tizoc y Yolatl estén dormidos, encaja su *tototl*, pene o pájaro carpintero, en la *chihuapilli*, vulva, y después en el *tzintli*, ano, que prefiere llamar *cuilchilli*, recto, porque ahí sí cabe bien su *tepulacayotl*, o estaca mayúscula con todo y ojitos, hasta que los gritos de la cortesana excitan a los demás a echársele encima y doblegarla, metafóricamente, a punta de garrotazos.

Por unos instantes los cinco mancebos quedan bien venidos y un tanto derrengados. La *auianime*, a pesar de confesarse satisfecha, todavía menea las *nacayocan* en búsqueda de pelea, y el guantelete de su desafío, que no puede ser despreciado, es recogido por Tizoc y Tomatl, quienes cumplen al alimón de una manera por demás salvaje.

La salida del sol los sorprende soñolientos y ojerosos. Yolatl trepa por las gradas del adoratorio de Tláloc a fin de teñir su rostro y cuerpo con los colorantes que lo distinguen por su cargo; debe limpiar, dentro de lo posible, el altar de costras y grumos sanguinolentos; afilar con arena y virutas de corteza de ahuehuate sus cuchillos de pedernal y obsidiana, que coloca a un lado de la piedra de los sacrificios, y disponer sus músculos y tendones para una jornada, todavía no lo sabe, que promete ser agobiante.

Las fachadas del palacio de Axayácatl así como las de las Casas Nuevas de Moctezuma Xocoyotzin se pintan de color dorado gracias a los rayos solares. Luce una mañana espléndida cuando Tizoc emerge de las aguas de la laguna para ataviarse con los ropajes que le fueron proporcionados por los señores que van a enfrentarse en el juego de pelota sagrado.

Su cuerpo brilla con los destellos de un espejo mientras contempla las aguas tranquilas que lo rodean sobre las que vuela una multitud de aves, entre las que puede distinguir a los patos llamados *canauhtli*, que tienen el pecho y la barriga blancos y en los codillos de las alas plumas verdes; ánsares monciños, o *tlalalacatl*, de gran tamaño, con las patas y el pico colorados, cuyas plumas son muy codiciadas porque con ellas se hacen mantas y sus cañones, recios y rectos, son utilizados por los *tlacuilos* para redactar documentos; unas garzas llamadas *quachilton*, con las cabezas coloradas, el cuerpo de color grisáceo, el pico agudo y las patas negras. Son tantas las aves que viven en la enorme laguna entre los juncales y lirios arracimados en las

orillas, que a Tizoc le resulta imposible retener sus nombres y distinguir sus diferentes atributos. Empero, no le da mucha importancia porque supone que con el tiempo los irá aprendiendo. Lo que él realmente disfruta son los sonidos que emiten, sus graznidos y chiflidos que a esa hora y a la caída del sol se vuelven ensordecedores. Un estrépito que aprovecha para enfrentarse a sus cuitas e intentar, dentro de sus posibilidades, resolverlas. La experiencia nocturna con la cortesana, su conducta desbocada y el placer con que sus escauceos fueron complacidos, le preocupan porque sus implicaciones pueden ser desastrosas, no solo por lo que pueda sucederle si llegan a conocerse, sino para su propia conciencia. No puede aceptar que los apetitos de su cuerpo se hayan sobrepuesto a la fortaleza de su espíritu, y al saberse dominado por los primeros se siente mancillado y sucio. También admite que por primera vez en su vida se ha vuelto vulnerable ante los caprichos y exigencias de terceros, en este caso de quienes fueron sus cómplices. No, no es que desconfíe de Yolatl, a quien considera su amigo, pero sobre los otros tres no se atreve a dar nada por sentado. Son seres frívolos y volubles que si se ven amenazados son capaces de delatar a su propia madre con tal de no irse solos al patíbulo.

Por otro lado, continúa con el flagelo, no tiene siquiera el recurso inmediato de confesarse con la diosa Tlazoltéotl, «la comedora de inmundicias», debido a que su revelación se haría pública. Deberá esperar, en el mejor de los casos, a hacerla cuando ya sea un viejo decrepito y se aproxime la muerte. «¿Qué voy a hacer?», masculla mientras atraviesa la plaza del Templo Mayor y se dirige, pintado y ataviado de manera que propicia las reverencias de los transeúntes, quienes no pueden ocultar el pavor que les provoca.

En ese estado de ánimo llega por fin a las gradas levantadas en los linderos del campo de juego para que los señores principales y los dignatarios presencien el encuentro, donde deberá esperar hasta que llegue el momento de cumplir con la tarea que le fue encomendada.

En el campo ya están dispuestos los jugadores que solo esperan la señal del *Huey calpixqui* Itzquauhtzin, prefecto de la ciudad, quien además desempeña el cargo de gobernador de Tlatelolco, para iniciar el encuentro. Todos aguardan en silencio y con expectación a que agite su bastón de mando, el que lleva adherida una banderola emplumada con los colores de Cuitláhuac, señor de Iztapalapa.

En esta ocasión van a enfrentarse los jugadores del señorío de Tlatelolco contra los de Iztapalapa. Dos equipos que se han distinguido por su destreza y sus triunfos. Sus integrantes son hombres musculosos que saben moverse con la agilidad y la velocidad de los felinos. Sus cuerpos tiemblan por la tensión acumulada. Sin embargo, deben serenarse para entonar antes de comenzar el encuentro un canto laudatorio en homenaje al linaje de los participantes, y al mismo tiempo propiciatorio para transitar a la morada de la muerte:

Con flores aquí  
se entreteje la nobleza,  
la amistad.  
Gocemos con ellas...  
Solamente aquí una vez  
hay galas de uno a otro.  
¿Quién es conocido así allá?  
¿Aún de verdad hay allá vida?

La bola de caucho rebota, alto, en medio del terreno de juego. Tizoc la mira con embeleso. Un disco de obsidiana que destella contra el azul del cielo y que antes de caer es acogido con una exclamación de júbilo. Uno de los jugadores la recibe con el pecho, la desliza a su cadera y se lanza al fragor de la contienda. Tizoc no tarda en marearse con los movimientos vertiginosos de esos hombres que mueven la bola de un lado a otro del campo y que intentan, aun a costa de su integridad física, pasarla por entre el círculo de los aros.

Los tantos son coreados con alaridos de alegría que exaltan la buena puntería de unos, al tiempo que sirven de puya para los contrarios. Todos, en algún momento del juego, son ovacionados por la astucia y rudeza empleadas. El tiempo transcurre vertiginosamente hasta que el cansancio comienza a hacer mella en los jugadores y la pelota vuela, cae y vuelve a levantarse con el mismo ritmo que las *papalotl*, las mariposas, imprimen a su vuelo para ir de una flor a otra.

Los hombres de Iztapalapa, mejor preparados, Tizoc no tiene dudas, superan a los tlatelolcas, algunos de los cuales apenas se arrastran debido a las lesiones que han sufrido. Han luchado con su mejor empeño, pero la superioridad de sus contrincantes es contundente.

Al fin termina el partido y los perdedores se ven fatigados y agobiados por

la despiadada rapiña que hacen los vencedores de sus joyas y ropajes. Ha llegado el momento de llevar a cabo el sacrificio ritual del capitán derrotado.

Toca a Tlacotzin, descendiente de Moctezuma Ilhuicamina, que ostenta el cargo de *quetzalcoatl totec tlamacazqui*, «serpiente de plumas sacerdote de nuestro señor Huitzilopochtli», el honor de ordenar a Tizoc que proceda. Este hace todo lo posible por ocultar su nerviosismo y conduce a la víctima hasta la *Techcatl*, o piedra de los sacrificios, misma que ha sido trasladada al lugar del juego. No deja de llamar la atención de Tizoc la cara radiante del hombre que va a ser decapitado. La sonrisa que adorna sus labios implica no solo la aceptación de su inminente muerte, sino saberse privilegiado porque va a ser sujeto de las mismas distinciones que las deidades otorgan a los guerreros que caen en el campo de batalla, y «ya se siente feliz el príncipe con florida muerte a filo de obsidiana, como si esa muerte le llegase en la liza de la guerra».

Junto a la piedra, Tizoc advierte la presencia de la jícara ritual que se utiliza para recoger la sangre, así como el pico de un pez sierra que puede serle útil para cercenar el cuello. Sin embargo, antes de hacerlo es necesario que el hombre haya muerto, para lo que deberá extraer su corazón como lo exigen los ritos. Lo conforta haber traído consigo sus cuchillos de pedernal y obsidiana.

A pesar de no ser necesario porque la víctima está más que conforme con su sacrificio, Tizoc pide que lo auxilién unos sacerdotes de menor rango, novicios adelantados, a estirar brazos y piernas y sostenerle la cabeza. El sacrificio, como todos los que ejecuta, es rápido y eficiente. La cabeza, aún sangrante, queda depositada en sus manos y la muestra al gran sacerdote Tlacotzin y a los demás dignatarios. En medio de murmullos laudatorios recibe la instrucción de trasladarla al *tzompantli* del Templo Mayor. Sin dilación, y con la punta filosa y aguzada del cuchillo ceremonial de obsidiana roja procede a horadar el cráneo en ambos parietales, a fin de poder ensartarlo en los palos horizontales que conforman la estructura del *tzompantli*.

Todavía en su presencia, el cuerpo del capitán tlattelolca Ayotochtli, Armadillo, es amortajado con lienzos de algodón ricamente adornados con figuras simbólicas asociadas al culto de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, y es entregado a cuatro ancianos; dos de ellos se encargan de incinerarlo, y los otros dos de alancearlo con palos mientras entonan cánticos y plegarias dirigidos a Tezcatlipoca para que su espíritu sea bien recibido en la Casa del Sol:

Tened por bien, ¡oh señor nuestro!, que el hombre que murió sea pacífica y jocundamente recibido por el Sol y la Tierra, que son padre y madre de todos, con entrañas de amor. Sea recibido en la casa del Sol, en el Cielo, con amor y con honra y sea colocado y aposentado entre los valientes y famosos que han muerto en la guerra y con todos los demás valientes que ya están haciendo regocijo y aplauso a nuestro señor el Sol, con el cual se gozan, y están ricos de perpetuo gozo y riqueza y que nunca se les acabará, y siempre andan chupando el dulzor de todas las flores dulces y suaves de gustar.

«Ya se ha convertido en colibrí», piensa Tizoc, mientras un humo de color amarillento se desprende del cuerpo quemado hasta que las cenizas son rociadas con agua y colocadas dentro de una olla que será enviada a Tlatelolco y entregada a su familia, a fin de que sus deudos la sepulsen en el piso de algún aposento de su casa y le tributen el homenaje que merece.

El tiempo transcurrido entre el inicio del juego de pelota y la incineración del cuerpo ha permitido que la Tierra traspase la línea cenital del Sol y que unas nubes, que lo mismo pueden ser venturosas que portadoras de presagios aciagos, esparcidas por el viento del norte cubran la tarde con un manto de sombras, adecuadas para que Tizoc, acompañado de Yolatl, que ha terminado con sus tareas de sacrificador, acuda al *tzompantli* ubicado en el recinto ceremonial donde se encuentra el altar de la deidad Mictlancihuatl, potestad de la muerte, con el propósito de ensartar la cabeza.

Yolatl ayuda a Tizoc a transportar la vasija en cuyo interior, y cubierta por un paño, se colocó la calaca. El *tzompantli* se alza sobre un templete hecho con cal y piedra al que se accede por unas gradas en las que han sido pegados con cal muchos cráneos con los dientes hacia afuera. Dos torres, «hechas de cal e de cabezas de muertos, sin otra alguna piedra», lo flanquean, y en ellas están encajados los travesaños delgados, «astas o varales del grosor de astas de lanza», donde, como si fuera un ábaco gigantesco, se ensartan las cabezas, «con las caras vueltas hacia el medio día», aún con cabello y piel; duele decirlo, rozagantes. En cada palo hay cinco cráneos espetados por las sienes y la ringlera reúne en sí entre once y veinte palos. La estructura se repite a lo largo del templete hasta alcanzar un número escalofriante de calaveras, mismas que pueden llegar, dependiendo de las guerras, las fiestas celebradas a lo largo del año y el número de cautivos sacrificados, a la cifra de diez o veinte mil ejemplares.

Si su vista siempre es sobrecogedora, a pesar de que los sacerdotes están

acostumbrados a convivir con los siete *tzompantlis* distribuidos en los adoratorios y *teocallis* del enorme recinto del Templo Mayor, este de Mictlancihuatl les resulta especialmente desagradable por el hedor fétido y concentrado que emana de muchas cabezas aún en estado de descomposición, olor que en época de calor llega a ser insoportable. Sin embargo, y para fortuna de ambos mancebos, a sus compañeros Chilli y Etl, debido a infracciones ajenas a sus desfiguros carnales, que todavía se mantienen soterrados y no han sido denunciados, el colegio sacerdotal les ha impuesto como castigo la infame tarea de ensartar las calaveras en los palos conforme van llegando.

—Todo por culpa del imbécil Tomatl —explica Chilli su condición infamante—, quien no tuvo otra ocurrencia que robarse un cesto con verduras en el mercado de Tlatelolco e invitarnos a compartirlas y a usarlas como proyectiles en una batalla amistosa que sostuvimos con unos macehuales; y claro, no tardó en salir a la luz el hurto, y nos apañaron. Tomatl recibió como castigo, y que diga que le fue bien y no lo mataron, una paliza bien dada que lo tiene postrado en su petate. Nosotros, Etl y yo, fuimos condenados a prestar este inmundo servicio hasta que el *tlenamacac* Xiquipilli considere que hemos pagado nuestra vergonzosa insolencia.

Tizoc y Yolatl, al unísono, lanzan una sonora carcajada y le entregan la vasija, misma que recibe con un gesto de repugnancia.

—¡Colócala rápido, Chilli, y en un lugar que destaque, pues se trata de un capitán sacrificado por haber perdido en el juego de pelota! —exige Tizoc con un tono que más tiene de advertencia que de petición graciosa.

Chilli, sin rechistar, ordena a Etl que se trepe hasta la quinta vara de la ringlera y saque los dos cráneos ubicados a la derecha.

—¡Pero apúrate, pedazo de *metlapilli* —lo compara con la mano del metate—, que quiero que Tizoc apruebe el lugar que he escogido!

Por fin la cabeza queda ensartada, a juicio de Tizoc y Yolatl, en el lugar adecuado. Evitan continuar charlando con sus compañeros en desgracia pues no desean que se les identifique con ellos, y se retiran unos pasos a fin de contemplar la, así la llaman ellos, «gesticulación del tzompantli».

—Siempre que me les acerco —comenta Tizoc—, tengo la sensación de que los huesos hacen muecas, como si aún tuvieran facciones, e inclusive a veces escucho susurros.

Yolatl asiente y lo recorre un escalofrío. Algo semejante le sucede a él con



los cuerpos de los sacrificados antes de arrojarlos por las gradas del templo sin que, reconoce, le importe lo que suceda con ellos. De acuerdo con el rito de Tláloc, él debe colocarles una piedra en la boca, puede ser un *chalchihuite* o un pedazo de laja, según el rango del muerto, para que en el viaje al inframundo supla al corazón arrancado.

—En ocasiones hasta me parece que hablan, Tizoc... Una especie de zumbido, parecido al que hacen las avispas, mezclado con voces que, si me pongo abusado y abro bien las orejas, dicen refiriéndose a mí, o eso creo: «He aquí a mi padre venerado».

—¿Será porque reconocen en ti, su sacrificador, la relación que existe entre un guerrero victorioso y su prisionero, cuando el primero expresa: «He aquí a mi hijo bienamado», y el otro responde con las palabras que dices haber escuchado? —reflexiona Tizoc—. ¿Será quizá que la muerte crea afinidades entre los humanos que rebasan nuestra comprensión?

Yolatl rumia en su cerebro lo que ha formulado Tizoc, pero no contesta. Espera a que este describa lo que le sucede con el *tzompantli*.

—Lo primero que he pensado, Yolatl, es que el viento, al atravesar las mandíbulas de los cráneos y trabarse, produce sonidos. Pero eso no me satisface ni explica los distintos tonos que salen por sus bocas y forman sílabas que, si se unieran, compondrían palabras que es mejor no pronunciar. En ocasiones creo factible que los cráneos reclamen a los enterradores o incineradores, dependiendo de si murieron ahogados o bajo otras circunstancias, no haber entonado adecuadamente los cantos fúnebres, *miccacuicatl*, necesarios para transitar por los nueve niveles del Mictlán, de suerte que se quedan varados y no logran penetrar en el noveno y último círculo, lugar de su eterno reposo.

—¿Crees, entonces —inquire Yolatl—, que las *tonas* de los muertos padecen el dolor de la incertidumbre y se manifiestan para que los vivos les ayudemos a descifrar los acertijos que la muerte les pide resolver en cada una de las estancias donde deben detenerse?

—¡No lo sé, querido amigo, pero no lo descarto! A veces son tan vehementes que me provocan horror y el temor de que alguno de ellos, que se haya distinguido por su maldad, se desprenda del *tzompantli* y reencarne en otra dimensión donde sea capaz de producir estragos y desatar la violencia. Afortunadamente, hasta el día de hoy no ha sucedido. Espero con verdadera

angustia que no nos toque presenciario.

Yolatl sonrío ante los aspavientos de su amigo. Él también padece de aprensiones, y con frecuencia enfrenta sucesos que califica como sobrenaturales; sin embargo, prefiere conservar los pies bien asentados en la tierra y no dejarse llevar por temores infundados, a fin de no caer en actitudes mujeriles que puedan demeritar su virilidad frente a las habladurías sociales.

—¡Bien! —dice—. Es tiempo de darnos un baño y asistir al *calmecac* para recibir las lecciones que tienen que ver con las festividades en las que se practican sacrificios humanos.

—El año solar, *xiuitl*, de trescientos sesenta y cinco días, está dividido en dieciocho meses de veinte días, a los cuales se agregan cinco días huecos, que llamamos *nemontemi*, considerados como extremadamente nefastos —asevera el sacerdote que imparte la clase.

Los alumnos, diez sacerdotes, entre ellos Tizoc y Yolatl, que se preparan para ascender de su calidad de *tamacazqui* a la categoría superior de *tlenamacac*, guardan un discreto silencio, una atención ejemplar y una gran curiosidad por conocer los pormenores de las actividades que rodean a las fiestas que se celebran cada mes. Sin embargo, el hecho de que el maestro, Tlacateótl, Hombre divino, nombrado así por haber nacido en un día 1-Venado que lo destinó a ser un personaje principal, mencionara los cinco días nefastos, es estímulo suficiente para que varias manos se levanten y le soliciten que explique por qué se les segrega y considera fatales.

El maestro, tomado por sorpresa, frunce los labios, enarca las cejas y se da un palmetazo en la pierna. Empero, antes de que sus pupilos se sientan reprendidos por haber interrumpido el hilo de sus pensamientos, cambia de actitud y con voz grave explica que esos días, que corresponden a los cuatro últimos del primer mes y al primero del siguiente, y que pueden llevar indistintamente los nombres de *acatl*, o caña, *tecpatl*, o pedernal, *calli*, o casa, y *tochtli*, o conejo, son considerados aciagos y de mala fortuna, y que los individuos cuyo nacimiento coincide con ellos tienen malos sucesos en todas sus cosas, y generalmente caen en la pobreza y la miseria. A estas personas se les llama *nen*: si son varones, *nenquich*, y si mujeres, *nencihuatl*.

—Si una persona, por dar un ejemplo —continúa el mentor—, nace el día 18-Conejo del mes caña, lo más probable es que al entrar a la juventud adquiera el vicio de la embriaguez y no pare de beber pulque hasta que el

exceso lo vuelva loco, y como saben, se le dé muerte a pedradas. Para el resto de los mortales esos días son baldíos. Es mejor no hacer nada importante, y sobre todo abstenerse de reñir con familiares y amigos, porque si lo hacen se quedarán con esa mala costumbre y no los va a aguantar ni su propia madre.

Al parecer, los jóvenes sacerdotes están satisfechos con la explicación de Tlacateótl y hacen uno que otro comentario entre sí para afianzar sus ideas. Pero el maestro ya está encaminado y no quiere desperdiciar el momento para, con su inveterado humor negro, provocarles cierto miedo:

—En esos días por las noches aparecen unos fantasmas que no tienen pies ni cabeza que ruedan por el suelo y profieren gemidos espantosos. A pesar de que la gente sabe que son ilusiones provocadas por Tezcatlipoca, al verlas las toman por mal agüero y se les mete en el pecho la convicción de que van a morir en la guerra o por alguna enfermedad en un lapso breve. Si estos fantasmas se aparecen a gente baja y medrosa, esta tratará de huir y perderá el espíritu con tal espanto que pronto le sucederá algún desastre. Así que más les vale abstenerse de pasear durante la noche por la parte norte del Templo Mayor o cerca de las acequias que están detrás del *teocalli* de Quetzalcóatl.

No faltó quien soltara una risita que, aunque tímida, agradó al preceptor. La lista de las fiestas fijas en el calendario es larga pues comprende los dieciocho meses del año y el tiempo destinado para su conocimiento se les ha acabado. Tlacateótl consulta con sus pupilos, una deferencia inusitada, si quieren continuar con la lección o prefieren dejarla para otro día. Tizoc y Yolatl están cansados. Han tenido un día pesado, lleno de tensión y emociones. Ellos prefieren asistir a clase con el cerebro fresco para asimilar mejor los conocimientos. Proponen que se las imparta dos días más tarde, fecha que para ellos es de asueto. Los demás están de acuerdo excepto uno, que funge como sacrificador en el gran *teocalli* de Xochicalco, donde próximamente se celebrará la decimoprimer festividad llamada *Ochpaniztli* en honor de las deidades Toci, Teteo innan y Cinteotl, entre otras, y pide quedarse para que el maestro le explique cuál debe ser su comportamiento con las víctimas que, ataviadas a semejanza de las imágenes de las diosas, serán sacrificadas.

—Te espera una tarea pesada Acamapichtli, o *puñado de cañas* —dice el maestro—. Durante esa fiesta vas a tener que extraer los corazones, decapitar a las víctimas, y después arrojar sus cuerpos por las gradas.

Lo que ya no alcanzaron a escuchar Tizoc y Yolatl fue que su compañero, una vez entrado el mes, tendría que bailar durante ocho días, sin cantar y sin el acompañamiento del *teponaztli*, hasta que una mujer que representa la imagen de la diosa Toci, o Teteo innan, nuestra abuela, salga ataviada con los ornamentos con que está pintada la misma diosa. Tampoco, que un gran número de mujeres, en particular médicas y parteras, repartidas en dos bandos pelearían entre sí durante cuatro días, apedreándose con pellas de *pachtli* y con hojas de tunas y flores de *cempoalxochitl*. Que la mujer, a la que ocultan que ha de morir para que no llore ni se ponga triste por ser de mal agüero, será ricamente vestida y la engañarán con el pretexto de que la llevarán a otro lugar para que cohabite con ella un gran señor. Lo cierto es que la llevarán al *cu* donde será sacrificada. «Ahí, Acamapichtli, te tocará degollarla y ayudar a desollarla, para que un mancebo robusto se vista con su piel, mismo que será llevado con gran solemnidad y acompañado de otros cautivos al *cu* de Huitzilopochtli. Ya en el *cu*, el mancebo vestido con la piel sacará el corazón a cuatro cautivos y tú deberás hacer lo mismo con los demás».

Acamapichtli está más que agradecido. Como va a ser la primera vez que participe en dicha fiesta, no tenía idea de lo engorroso que es el ritual. Se despide de su mentor y le ofrece que hará todo lo que esté a su alcance para cumplir con decoro las tareas que le asignaron los dioses.

Dos días más tarde, Tizoc se viste con un *maxtlatl* y una *tilmatli* sobriamente decorados con rayas azules y círculos rojos, se coloca unas orejeras de plata, un bezote tallado en hueso, un collar de turquesas, y en la muñeca derecha un brazalete de oro con filigranas en forma de pez. Nadie podrá identificarlo con el sacrificador del *cu* de Huitzilopochtli que tanto miedo despierta. Así puede mezclarse con el pueblo llano que pulula en Tenochtitlan y acudir como cualquier hijo de vecino al mercado de Azcapotzalco y desayunar tamales rellenos con carne de pavo, un guiso de amaranto mezclado con acociles, cinco clases de tortillas de maíz recién palmeadas, frutas servidas con caldo de aves, y para terminar ranas con salsa de chile, todo ello acompañado de varias jícaras de cacao. Un banquete que lo recompensa de los ayunos y privaciones que le impone su vida sacerdotal.

El puesto donde come está a un lado del que era atendido por la madre del *Huey tlatoani* Izcóatl cuando vendía *huaub-quilitl*, o amaranto silvestre,

considerado un manjar exquisito muy apreciado por las personas de la nobleza o *pilli*.

Tiene un bocado en la punta de la lengua cuando ve llegar a Yolatl vestido con suma elegancia y una sonrisa en la boca. Se saludan con efusión, y mientras Tizoc alaba las grecas color verde oscuro y los soles que brillan en su *tilmatli* de algodón, seguramente bordada por tejedoras totonacas, su amigo pide una jícara con cacao y un guisado de *axolotl*, especie de renacuajo que vive en aguas estancadas, sazonado con salsa de chile amarillo. Al igual que Tizoc padece de hambre recurrente; pide una abundante porción de tortillas de maíz para hacerse unos tacos de gusanos de maguey y otros de *uexolotl*, o guajolote, adobados estos con salsa de pepitas de calabaza molidas y mezcladas con los chiles verdes picosísimos que se cultivan en las chinampas de Xochimilco.

Comen y comparten con gula sus platillos. Esos desayunos opíparos son para ellos una fiesta para el gusto y el olfato. Disfrutan cada bocado, taco o tostada, que además acompañan con frijoles en caldo sazonados con hojas de epazote, como si en su degustación se les fuera la vida. No cabe duda de que su juventud y energía los transforma en verdaderos sibaritas, cuya glotonería nunca queda satisfecha.

El mercado de Azcapotzalco, aunque no tan importante y bien abastecido como el de Tlatelolco, es el marco perfecto para que los amigos celebren sus comilonas, y al mismo tiempo se den un banquete de colores, aromas y sonidos provenientes de cientos de vendedores que pululan por los pasillos y las pequeñas plazas ofreciendo todo tipo de alimentos y mercancías, entre las que destacan joyas de oro y plata, piedras preciosas, plumas de mil colores traídas de tierra caliente, mantas, taparrabos, así como faldas de algodón o hechas con hilos de aloe. Es tal su prodigalidad que por momentos apabulla. Todo lo que se les ocurra puede adquirirse en las naves enormes del mercado. Desde un esclavo hasta miel o almíbar de caña; desde las tinturas elaboradas con los jugos del caracol púrpura del mar del sur que se utilizan para teñir las prendas de vestir, hasta la cochinilla y el índigo con los que se escriben y dibujan los códices. Todas las flores del mundo, así como una infinidad de frutas conocidas. Piel de jaguar, de puma, de zorro y de venado; cerámicas con dibujos inimaginables, muebles, vasijas de barro cocido; cuchillos de pedernal y obsidiana, hachas de cobre, cinceles de todo tipo. Y más, mucho más, como la inmensa variedad de peces que se venden en las canoas usadas

para su pesca, o el alud de verduras que las trajineras transportan entre los canales que desembocan en los muelles del mercado.

Un enorme hormiguero por el que Tizoc y Yolatl, una vez terminada su espléndida colación, gustan deambular de un lado a otro con la finalidad de extasiarse y permitir que sus sentidos se alboroten hasta alcanzar estadios de alucinación en los que creen convivir con seres deformes, enanos, corcovados, albinos, que nunca han visto ni conocen porque su presencia está reservada para el esparcimiento del *Huey tlatoani* y los señores principales, aunque sí han oído hablar de ellos, que entresacan de las figuras torvas y difusas de los *tamemes* cargados con bultos de muy distintas apariencias, o de los rostros y cuerpos de los macehuales procedentes de otras regiones: otomíes, purépechas, mixtecos, chichimecas, muy diferentes de la catadura de los aztecas, y que flotan por encima de los cerros de frutas apiñadas o entre los toldos de los comederos y les hablan en lenguas incomprensibles.

Y no, no es que se hayan embriagado con *octli*, o pulque, obtenido de la fermentación del aguamiel del maguey, porque su consumo, y ellos bien lo saben, está terminantemente prohibido, al grado de que quienes transgreden la norma y se emborrachan en un lugar público son ejecutados delante de las personas congregadas golpeándoles la nuca con un bastón grueso que más parece un mazo. Tampoco los jóvenes sacerdotes han comido *peyotl*, o peyote, como se le conoce comúnmente; pequeña cactácea que provoca en quienes lo comen o beben «visiones espantosas acompañadas de ataques de risa; una borrachera que dura dos o tres días y después se quita». Un manjar que usan los chichimecas, considerados salvajes, para no padecer miedo ni sed ni hambre, y que les proporciona el vigor para pelear con una saña brutal.

No, nada de eso ha sucedido. Tizoc y Yolatl se mantienen sobrios y los espejismos que presencian derivan de la exaltación de sus sentidos y la alteración de su conciencia que, acostumbrada a mantenerse alerta durante la práctica de los sacrificios, una vez que se ve liberada de tensiones se desboca para acceder a otros planos del espíritu semejantes a los que experimentan cuando están en comunión profunda con sus dioses.

Pasado un tiempo y ya con la mente serenada, los amigos se dirigen a un *temazcalli* localizado en la parte sur del mercado, a fin de que el vapor intenso concentrado en su interior les ayude a diluir las imágenes de las que, a pesar de ser solo caprichos de su magín, deben desprenderse para retornar a la cordura.

Así, mientras los espantajos escurren por su piel mezclados con la jabonadura del *copalxocotl* hasta perderse en el caño, Yolatl reflexiona y compara la experiencia, aunque en un grado menos intenso y riesgoso, con la enajenación pasajera que produce la ingestión de unos honguillos negros llamados *teonanacatl*, hongo divino, que se sirven a los dignatarios y a los sacerdotes en la ceremonia de iniciación, por supuesto en ocasiones especiales, antes de empezar un convite.

—Un viaje muy loco en el que te comportas con absoluta incoherencia, bailas, cantas, tienes visiones lujuriosas y dices puras sandeces de las que, pasado el efecto, tienes que arrepentirte y pedir perdón a quienes te vieron hacer tus desfiguros.

Tizoc no está muy seguro de que así sea. Al igual que Yolatl, él ha comido esos hongos una sola vez y sus recuerdos no empatan con lo que acaba de sucederles.

—Yo veo una diferencia tajante entre los efectos de una droga, el *nanacatl*, que te impide controlar tus impulsos más bajos, y una epifanía que te permite participar en visiones luminosas que no te afectan a ti ni a quienes te rodean. Creo, Yolatl, que el poder de nuestra mente es capaz de abrirnos las puertas para acceder a un mundo de fantasías que subyacen en lo más profundo de nuestros anhelos. Tú y yo, como sacerdotes, hemos sido educados para aceptar sin cuestionarlas las órdenes más osadas de nuestros superiores y los dictados más estrafalarios de la religión que profesamos. De ahí que no requiramos más que de nuestra voluntad para dejarnos ir y convocar muchas, si quieres llamarlas así, perturbaciones.

Las reflexiones de Tizoc impactan en el ánimo de Yolatl. Lo ha impresionado la forma inteligente de concebir algunos conceptos que requieren de madurez y que a él todavía le parecen confusos. Reacciona con alegría y lo invita a que se dirijan al *calmecac* donde, es lo más probable, los debe estar esperando su maestro Tlacateótl para reanudar la clase que quedó en suspenso.

Camina de prisa por la calzada de Tlacopan a fin de tomar un atajo con el que se evitan dar un rodeo alrededor del palacio de Axayácatl, para desembocar directamente en la plaza central del Templo Mayor e ingresar al colegio por la entrada que está en el costado sur del doble *teocalli* de Tláloc y Huitzilopochtli.

Tlacateótl, en efecto, hace un rato que comenzó su lección, y en ese momento ilustra a sus alumnos sobre la fiesta que se celebra durante el mes número cinco del calendario, llamada Toxcatl.

—Esta fiesta, que hacemos en honor de Tezcatlipoca, dios de los dioses, es la más importante de todas —afirma el mentor en el momento en que los jóvenes se cuelan subrepticamente y se sientan en una banca adosada a una pared un tanto descascarada.

—¡Jóvenes impuntuales! —los regaña, y sin dar mayor importancia al retraso de sus pupilos, prosigue—: En ella se escoge a un mancebo muy bien parecido, que no tenga mancha alguna en el cuerpo y lleve el cabello largo hasta la cintura, para ser sacrificado. Durante un año se le procuran todos los deleites corporales propios de las personas principales y se le instruye en el arte de tañer la flauta, cantar con buena voz y hablar con propiedad. Asimismo, se le entinta todo el cuerpo y la cara, se le pegan en la cabeza plumas blancas de gallina con resina, es ataviado con distinción y prolijamente enjoyado, y se le pide que pasee, con flores en las manos y una guirnalda en los hombros, por las calles y plazas de Tenochtitlan y frente a los palacios y casas edificadas dentro del espacio del Templo Mayor. Los viandantes, que saben que representa la imagen de Tezcatlipoca, se postran delante de él y lo adoran y besan la tierra mientras están a sus pies.

Los alumnos de Tlacateótl están admirados por los privilegios de los que disfruta este personaje, y no tardan en envidiarlo cuando el maestro les relata cómo, veinte días antes de la fecha de su sacrificio, se le dota de cuatro «mozas bien dispuestas y criadas para ello, a las que llaman con nombres de diosas: Xochiquetzal, Pilonen, Aplatanan y Uixtocíhuatl», con las que puede fornicar, ya sea con una o todas revueltas, tantas veces como se le antoje.

—En el caso de que lo haga con una cada día se le entrega una muda de ropa nueva y cada vez más galana, así como zarcillos de oro para las orejas, un sartal de piedras preciosas que cuelga del cuello, un barbote largo hecho de caracol de mar, y para ambos brazos y codos unas ajorcas de oro. También se adornan sus piernas y tobillos con cascabeles de oro, a fin de que suene por dondequiera que vaya y la imagen del dios no desmerezca.

En ese momento Tizoc imagina el placer que le proporcionan las mozas con sus devaneos sexuales, y de inmediato siente que la sangre se le agolpa en la entrepierna, que su miembro se pone duro y abulta su *maxtlatl*. Intenta



disimularlo pues no quiere que los demás se den cuenta. Sin embargo, pronto advierte que Acamapichtli y dos compañeros mixtecos no solo presentan una erección notable, sino que, faltos de pudor, acarician con sus manos sus respectivas protuberancias y se da el gusto de seguirles la corriente.

Tlacateótl se hace de la vista gorda. En su momento, cuando se enteró de que al mancebo cinco días antes de su sacrificio se le cortaba el cabello a semejanza de los capitanes de los guerreros tigre, y se le hacían fiestas y banquetes en lugares frescos y propicios para el desenfreno carnal, también se había tejido una puñeta. ¡Cosas de jóvenes!, bien lo sabe.

—Llegado el día en que ha de morir... —exclama con voz estridente para atraer la atención de sus educandos—, se le lleva al *cu* llamado *Tlacochecalco*, lo apartan de las mujeres... —«¡Bu!», escucha la protesta del mixteco de mayor edad— ... y esperan a que haga sus oraciones. Frente al adoratorio de Tezcatlipoca, él mismo, sin que nadie lo obligue o conduzca, sube las gradas «y en cada escalón hace pedazos una de las flautas con la que ha tañido todo el año». Arriba, los sacerdotes, papel que puede tocarles a ustedes, lo colocan encima de la piedra de sacrificios, le sacan el corazón, y sin dilación bajan el cuerpo con mucho cuidado. Después, pon atención Tizoc, le cortan la cabeza y la espetan en un palo para trasladarla al *tzompantli*.

«Así sí vale la pena morir en la piedra de los sacrificios —piensa Yolatl—, y no como los cautivos de guerra o los esclavos, a los que les sacamos el corazón y luego despeñamos para que sus cuerpos desmembrados sean comidos por los *macehuales*».

Tal parece que Tlacateótl, quizás al verlo distraído, ha leído su pensamiento, porque lo previene:

—Todavía no he terminado con los pormenores de esta fiesta, Yolatl; pero como entiendo tu digresión, coincido contigo en que no todas las muertes son iguales. Hay que distinguir entre las diversas formas de sacrificio, y si tus compañeros están de acuerdo podemos hablar de algunas que me parece interesante que conozcan.

Los alumnos expresan su venia con regocijo. Necesitan distraerse un poco para poder asimilar lo aprendido.

—Bueno —dice el maestro—, entonces examinemos el sacrificio que se hace con los enemigos cautivos después de la batalla en el enorme disco de piedra que conocemos como *temalacatl*. Primero, se ata el prisionero a la

piedra con una cuerda larga que le permita libertad de movimientos. Luego, se le dan armas hechas con madera fuerte y resistente y se le enfrenta a uno de nuestros guerreros vestido, de acuerdo con la orden a que pertenezca, con su túnica de algodón, o *ichcahuipilli*, y armado con sus aparejos de guerra habituales: escudo redondo, *chimalli*, hecho de madera o cañas, cubierto de plumas y adornos de oro, plata o mosaicos; macana de madera con incrustaciones filosas de pedernal u obsidiana y un puñal de combate. El enfrentamiento es a vida o muerte. Si el cautivo es un guerrero hábil, valeroso, y derrota al nuestro, se enfrentará a un segundo, y así sucesivamente hasta que sucumba; aunque puede darse el caso, a juicio de los dignatarios, que salve la vida. Empero, muy pocos lo logran, y los que lo han hecho han insistido en ser sacrificados, debido a que con ello y el plumón blanco con el que se adorna su cadáver garantizan su vuelo hacia el Sol y su estancia eterna en el *Tlalocan*. Sin embargo, lo más frecuente es que caiga gravemente herido sobre la piedra y que los sacerdotes lo rematen abriéndole el pecho y extrayendo su corazón para ofrecerlo al dios de la guerra, Huitzilopochtli.

»Esta clase de sacrificio, muy frecuente después de nuestras *Guerras Floridas*, es sumamente apreciado —continúa Tlacateótl— porque permite a nuestros guerreros aprender algunas tácticas de combate y demostrar, aunque llevan ventaja, su pericia y valor personal en la lucha cuerpo a cuerpo. Ahora, en lo que respecta a nosotros, nos exige actuar con la mente fría, y no por tratarse de un enemigo comprometer nuestro espíritu con la mácula del odio. Es importante que entiendan que no podemos dejarnos influir por la crueldad o el odio. Nuestro designio es mantener la vida de nuestro pueblo, y para ello debemos alimentar al Sol con la sangre de las víctimas. Las personas sacrificadas no son nuestros enemigos, son los mensajeros que se envían a los dioses «revestidos de una dignidad divina».

Para Tizoc ha sido muy importante escuchar estas palabras de su maestro, debido a que le confirman que en su desempeño como sacerdote sacrificador se ha comportado como lo exigen los cánones. Nunca se ha empeñado en causar un dolor innecesario. Al contrario, su mano ha sido firme y su cuchillo de obsidiana ha estado bien afilado para que sus cortes sean limpios y el sacrificado perezca en segundos. Por ello se siente tranquilo, y no puede evitarlo, da unas palmadas en la pierna de Yolatl para saber si este piensa igual y si está de acuerdo con lo dicho por su mentor. Yolatl asiente con la cabeza y

se concreta a sonreír para transmitir su aquiescencia.

—Otra clase de sacrificio es el que se hace con las «mujeres consagradas a morir en honor de las diosas terrestres, mientras bailan y fingen ignorar la suerte que les espera» —expresa con voz dulce el maestro para manifestar la ternura que siente ante la resignación de las víctimas—. A estas se les decapita con un tajo de puñal tomándolas por sorpresa; operación difícil que requiere de gran destreza y una fuerza singular. Son pocos los sacerdotes que tienen esas virtudes, aunque existe un *calmecac* en Texcoco, consagrado a Quetzalcóatl, donde se instruye a los sacerdotes en la práctica del autosacrificio y la penitencia, y en particular en el arte de la decapitación sumaria. Un curso que les recomiendo tomar si quieren ascender algunos peldaños en nuestra jerarquía.

—Aprendizaje que no les vendría mal a Chilli y Etl —comenta Yolatl con Tizoc—, con el propósito de que ahora que están confinados en los trabajos del *tzompantli* puedan separar los cráneos de una manera acertada, estos de las mujeres, por ejemplo, y no hacer una mezcla con ellos. Les bastará ver el corte del cuello para conocer su procedencia y espetarlos en la ringlera correcta.

—¡Tienes razón, Yolatl, sería pertinente! —responde Tizoc, para enseguida mover la cabeza en sentido negativo y agregar—: Sin embargo, no me parece que esos fulanos tengan la sensibilidad o el cacumen para entender tu consejo; ni siquiera creo que les importe. Pero...

No alcanza a terminar la frase porque ya Tlacateótl les habla de los niños que se ofrecen a Tláloc, dios de la lluvia, mismos que son ahogados en las fuentes brotantes de Chalco o en el venero conocido con el nombre de Huitzilatl, que se encuentra en el interior de la caverna de Huitzilopochco, y a los que, una vez sacrificados, denominan *tlaaltitin*, «los que han sido bañaditos».

Acamapichtli ríe con sonoridad. El mote empleado con los niños ahogados le ha parecido gracioso y se tira de los pelos y hace gestos en un intento por caricaturizar a las víctimas. Yolatl no puede permanecer impassible debido a que, al estar consagrado a Tláloc, ha participado en esa clase de sacrificios. Por ende, protesta airadamente y está a punto de darle un puñetazo en la cara que no llega a concretar porque Tizoc se lo impide.

—¡No la jodas, Yolatl! —dice a tiempo su amigo—. ¿Qué va a pensar el maestro? Que no sabes controlarte y...

No tiene necesidad de redondear su reproche porque Tlacateótl se encarga de reprender al gracioso, y con un sopapo meterlo en orden:

—¡*Tate* sosiego, malandrín de porquería o te expulso de mi clase!

Acamapichtli, con el rostro rojo de vergüenza, pide una y mil disculpas, sobre todo a Yolatl, y promete comportarse con mesura.

—No quise ofenderte, hermano, y menos hacer mofa de nuestro señor Tláloc. ¡Te lo juro!

Zanjado el incidente, Tlacateótl se para en medio del salón, abre las piernas y levanta los brazos de suerte que estos formen una y griega. Ha decidido dramatizar la descripción de los siguientes sacrificios.

—Las víctimas destinadas a Cuezaltzin, dios del fuego, mueren por incineración entre las llamas y el humo —anuncia—. Antes que nada, se les droga con *yauhtli* para que pierdan la conciencia y no sientan dolor. Después, son arrojadas a un enorme brasero calentado con la leña sagrada que solo puede suministrar el sacerdote *Ixcozauhqui tzonmolco teohua*. Sus cuerpos son quemados hasta convertirlos en cenizas que luego se ofrendan al dios.

»En cambio, las víctimas destinadas al dios Xipe Totec, *el desollado*, son atadas en forma de «X» a una estructura de madera que tiene dos vigas gruesas y resistentes enterradas en el suelo, cruzadas por dos travesaños en la parte superior, a fin de ser asaeteadas con las flechas que disparan cuatro sacerdotes colocados alderredor. Estas víctimas personifican a Xipe Totec y una vez muertas son desolladas para que los sacerdotes, o algunos mancebos escogidos al efecto, se cubran con sus pieles. Debo decirles que dichos sacerdotes no son buenos flechadores puesto que nadie les ha enseñado a disparar con el arco, y que con frecuencia deben hacer varias rondas para liquidar a la víctima. Por ello, muchas pieles quedan muy agujereadas y deben remendarse para que quienes las usen no anden pasando vergüenzas.

»Durante las fiestas en honor de Xipe Totec, los mancebos, ya ataviados con esos pellejos a imagen y semejanza del dios, celebran simulacros de batallas contra otras partidas de jóvenes de su barrio o de otros con los que tienen tratos. Se persiguen unos a otros, y así se ejercitan para participar en la guerra. Terminado este juego, los que van vestidos con pieles, que aún sangran y les dan un aspecto espantoso, recorren las calles del pueblo y se meten en las casas con el propósito de pedir limosna. Una costumbre que a muchos, sobre todo a las mujeres, les resulta horripilante, pero que deben satisfacer si quieren

que el dios los libre de algunas enfermedades, entre las que se cuentan las bubas, la sarna y el mal de ojo.

»Estas son algunas de las formas de sacrificio más frecuentes que ustedes deben conocer, muchachos, y que no pueden confundir jamás con los castigos que se imponen en las plazas a los transgresores de nuestras normas, tales como la muerte por lapidación que se aplica a los adúlteros los días 4-Viento y cuyos cuerpos son arrojados al amanecer al agua de la laguna.

Los jóvenes están impresionados y guardan silencio. Tlacateótl es un maestro consumado y sabe tocar las fibras más sensibles con sus enseñanzas. Además de hacerlos pensar y reflexionar sobre los temas que trata, le gusta jugarles de vez en cuando algunas bromas que pueden resultar nauseabundas, como el hecho de describir el canibalismo ritual que muchos de sus colegas practican para celebrar una comunión sangrienta con sus dioses. Sin embargo, por esta vez y en virtud de que se acerca la noche y con ella la hora de sus alimentos, prefiere que los sobresaltos de sus alumnos se den en otros niveles, sin perturbarles la digestión.

—Otra vez se nos vino el tiempo encima —dice con un mohín de disgusto—, pero ya volveremos sobre el estudio de nuestras fiestas más adelante. Ahora, quiero terminar esta clase hablando de unos fantasmas que están relacionados con el *tzompantli*, muchachos...

Los jóvenes sacerdotes tensan los músculos y abren los párpados para que, además de sus oídos, sus ojos puedan captar la intención de las palabras y no dejarse llevar por las fantasías con que acostumbra embromarlos el maestro.

—Aunque su aparición no es muy frecuente —dice para crear expectación—, sabemos de una calavera, descarnada y sin cuerpo, que de repente y sin aviso se deja ver en la penumbra de la noche. Esta calavera, a diferencia de otros espectros, es bastante agresiva. Mueve sus mandíbulas, y sin decir agua va, se prende de una pantorrilla de la desafortunada persona a la que ha escogido como víctima. Como no necesita comer, solo le da una fuerte mordida que dicen es dolorosa. Luego suelta a su presa y se coloca a sus espaldas y comienza a perseguirla haciendo unos ruidos secos, tal y como si fuera rebotando en el suelo.

»Por supuesto, aquel que escucha estos ruidos echa a correr despavorido, solo que por muy rápido que sea no puede escapar de tan macabra presencia. Si se detiene, el cráneo hace lo mismo. Si se trata de un hombre valiente que

haciendo de tripas corazón intenta pepenarla, la calavera se escurre saltando de un lado a otro. Así pasan un buen rato y de nada sirve que la persona la insulte o trate de congraciarse con ella, porque lo que el cráneo quiere es llevarla, poco a poco, hasta el *tzompantli*, y una vez que están frente a la caterva de cráneos ensartados, obligarla a que lo coloque en el hueco que abandonó al escapar para causar estragos.

»Dicen quienes han padecido esta siniestra experiencia, que después de colocar el cráneo en su sitio y haber logrado huir y esconderse en su casa, les entró en el cuerpo un temblor y un frío que no les daba tregua, y tuvieron que llamar a un hechicero, un *ticitl*, para que los curara.

»El hechicero, nada más verlos con esa temblorina y la cabeza hinchada, diagnostica que por arte de magia negra la calavera les ha provocado daños en su *tonalli*, en el alma, el aliento vital, y en el *nahualli*, su animal o doble, que marcó su signo al nacer. Que han quedado afectados por los *elhigatl cocoliztle*, o «aires de enfermedad». Para curarlos, el *ticitl* les da un masaje con fuerza en la cabeza, les echa agua fría y les aplica una pócima de tabaco mezclado con raíz de *chalalatli*, al mismo tiempo que recita el siguiente conjuro:

Yo, el sacerdote, Príncipe de los encantos, pregunto: ¿dónde está lo que quiso destruir el cráneo encantado? ¡Ea, ven tú tabaco nueve veces golpeado, nueve veces estrujado, que hemos de aplacar esta calavera conjurada, para que este sane con la medicina colorada. Por ello clamo, invoco al viento fresco para que aplaque a esa calavera encantada. A vosotros digo, vientos: ¿habéis traído lo que ha de sanar esta cabeza congestionada?

La respuesta se da tres días más tarde, cuando la persona recobra su *tonalli* y puede dedicarse de nuevo a sus actividades habituales.

Mientras escucha a Tlacateótl, Tizoc no ha dejado de pensar en la cabeza que acaba de espetar, con la ayuda de Chilli y Tomatl, en el *tzompantli*. No quisiera encontrársela una noche cualquiera y caer en su embrujo. Una inquietud malsana comienza a corroer su espíritu, y casi en forma instintiva pregunta si se trata de una broma o es cierto que los cráneos recobran su fuerza vital, su energía solar, y exista la posibilidad de que interactúen con los vivos.

La respuesta de su maestro lo deja estupefacto:

—No solo es factible que acudan a nuestro entorno, Tizoc, sino que pueden traspasar las esferas del Mictlán y acceder a otras dimensiones donde

los seres vivan bajo la influencia de nuestro dios Huitzilopochtli.

## V

La alucinación de Pedro Chimalli, si es que así se le puede llamar, le provoca una conmoción de tal magnitud que lo lleva dando traspiés hasta la explanada del Zócalo, donde cae de rodillas bañado en un mar de lágrimas.

Tarda varios minutos en serenarse, suficientes para que algunas personas, conmovidas por sus sollozos, se aproximen e intenten reconfortarlo. Las frases: «¿Se siente mal, joven?». «¿Dígame qué le duele?». «¿Se le murió su mamá?». «¿No será que lo asaltaron y le robaron la feria?». «¡Órale, no sea chillón que ya está güevoncito!», surgen de bocas que, a sus ojos empañados, semejan amasijos de cuitlacoche entre elotes desdentados.

—No, no me pasa nada... muchas gracias. Debe ser un vahído porque no he comido en horas —responde apenas, mientras alguien le pasa una botella de agua y lo conmina a beberla.

Un tipo con facha de monaguillo de la capilla del Sagrario de la Catedral Metropolitana le regala un Sugar y le aconseja que lo mastique despacito:

—Un poco de azúcar lo va a ayudar, señor. Siquiera para que pueda levantarse y llegar a su casa.

Pedro estruja contra su pecho la chamarra con la que, según recuerda, envolvió el cráneo que se transformó en cabeza. Sin embargo, no siente ningún indicio que le confirme su presencia. Aparta de sí al monaguillo y la extiende ante su mirada y se encuentra con que está vacía. La sacude pero no cae nada al suelo. El único vestigio que encuentra es una mancha seca de color marrón oscuro. La lleva hasta sus narices y no sin horror constata que huele a sangre, un olor que él no puede confundir porque está habituado a sus resabios.

El supuesto acólito lo ayuda a incorporarse. Lo sostiene con ambos brazos para que no se caiga. Le pide que respire hondo. El dulce comienza a hacer



efecto. Pedro quiere darle las gracias pero se tropieza con sus ojos claros.

—Yo también soy feligrés de la Flaca —le dice—. El escapulario que traes colgado está bien, pero no estarás completo hasta que no te hagas un tatuaje que te identifique frente a Dios y ante la muerte. Llámame cuando te sientas con ganas —remata, y le da una tarjeta—. ¡Ahora, lárgate a tu cantón para que te repongas! —ordena.

Permanece encerrado dos días elucubrando sobre lo sucedido sin encontrar una explicación. No tiene a quién acudir para solicitar ayuda. Apenas si saluda a sus vecinos; el Matracas no rebuzna porque no da el tono, y al señor Linares no le tiene confianza como para franquearse. «Va a pensar que me drogo demasiado, o que de plano estoy más loco que una cabra», piensa con obcecación, mientras hace lo posible por distraerse con la limpieza y el bruñido de los huesos que la cal ha carcomido.

La tarjeta del monaguillo le hace guiños cuando entre sueños recrea la cara que lo miró y le habló desde los confines del mundo, y trata de traducir sus palabras a un lenguaje que le sea asequible. Le da muchas vueltas, igual que si fuesen las aspas de un rehilete, pero no logra comprender qué carajos quiso decirle.

No tiene la capacidad. Pedro es un hombre burdo y con una educación precaria. Sus conocimientos son básicos, y como la inmensa mayoría de los mexicanos, no cuenta con mayor información que la necesaria para sobrevivir en un medio hostil y complejo. Es, como alguien le dijo, un paria, un condenado de la tierra, y ni de relajo maneja la información necesaria para entender conceptos tan sofisticados: un estado alterado de conciencia, «¡Puaf, ni los Polivoces ni el Chavo del Ocho o Eugenio Derbez usan esas palabrejas! Así es que, por lo pronto, estoy bien jodido».

Al tercer día, después de colocar sobre una mesa el cráneo y los huesos que ya tiene listos, decide salir y se dirige al tendejón donde compra sus alimentos y recibe los mensajes del Matracas. Pan de caja Bimbo, medio kilo de tasajo, una bola de queso de Oaxaca, varias latas de jalapeños y chipotles, tres de atún conservado en agua salada, dos litros de leche y una nota en la que el Matracas le ordena que esté listo para el viernes: «Pues tenemos otro trabajito que nos va a pagar Édgar Huerta, *el Wache*, ese que tuvo mucho que ver con la matanza de setenta y dos migrantes que luego enterraron en unas fosas clandestinas en San Fernando, Tamaulipas».

Regresa contento. Siempre es bueno tener trabajo. Además, espera, podrá hacerse de los huesos que todavía le faltan para completar su calaca. Come con apetito, y ya con el ánimo más arriba de las rodillas, se atreve a llamar desde una cabina telefónica que está en la esquina de la cuadra donde vive a quien identifica como el monaguillo. Quedan de verse en el pasaje de Donceles, en la entrada que da a la calle del mismo nombre. Se reconocen en un instante. La tonsura que el fulano lleva en la cabeza con un alambicado tatuaje de una lechuza con dientes de vampiro sirve de faro para que Pedro se dirija a él sin titubeos. Sonríe y extiende la mano. El monaguillo, quien resulta ser un lugarteniente de Ismael, *el Mayo*, Zambada, capo del cártel de Sinaloa, y se presenta como *el Suavecito*, lo deja con la mano tendida.

—Antes que nada te voy a pedir que, ni por asomo, se te ocurra tocarme —declara con la voz pastosa de quien se ha metido un par de pericazos y no conoce la tolerancia—. Sé, porque te investigamos a fondo, que trabajas por la libre con quien te suelte la mosca, y que los últimos encargos te los hicieron los Zetas por órdenes de Heriberto Lazcano. También, que te desempeñas como un profesional, limpio, pulcro, y que no dejas huellas que puedan delatarte; y es por eso que voy a darte una ayudada con lo de tu tatuaje. Ya si después quieres cooperar conmigo, pues nos ponemos de acuerdo. Ahora, sígueme que no tengo mucho tiempo.

El Suavecito lo conduce a un local situado en medio del pasaje, a un costado del que está dedicado a vender chácharas de la liturgia católica, y por qué no, de la Santísima Muerte. Pregunta por Xóchitl Herrera quien, asegura, le dio una cita.

El dependiente, un joven que lleva tatuados el cuello, la espalda y los brazos con serpientes, dragones y caritas de Luzbel que parecen celebrar una danza en la que todos sonríen y no por ello deja de ser macabra, los atiende con la frialdad necesaria para no delatar la curiosidad que siempre le despiertan los ejemplares de la fauna que acuden a su negocio. No pregunta por sus nombres, nunca lo hace, pues tiene instrucciones de respetar a ultranza el anonimato de sus clientes, quienes por ningún motivo desean ser identificados. Hace un llamada, y sin más trámite los lleva a través de varios cuartos-almacén que, conforme avanzan, contienen un amplio repertorio de juguetes sexuales que no dejan de llamar la atención morbosa de Pedro; instrumentos de tortura, cuya obviedad es espeluznante, y muchas

herramientas diseñadas específicamente para facilitar los atracos que perpetran los amigos de lo ajeno, con un surtido —piensa Chimalli— que bien podría impresionar a los ferreteros de Casa Boker, de la calle 16 de Septiembre cincuenta y ocho, donde se surte el Matracas.

Por fin desembocan en una habitación amplia, bien iluminada gracias a un tragaluz horadado en el techo, revestida en las paredes y el suelo con bloques de mármol blanco y varios muebles de baño, de suerte que más parece un salón de belleza que un estudio donde se hacen tatuajes. Xóchitl Herrera los recibe sentada frente a una mesa de cristal transparente donde tiene colocado el instrumental que utiliza en su trabajo y los invita a sentarse:

—Para que estén más cómodos —dice, a la vez que se quita un mechón de la frente y muestra unos pícaros ojos verdes capaces de despertar simpatía, sin revelar lo que piensa y menos lo que siente.

Pedro guarda silencio, mientras el Suavecito habla con ella y le informa que su compañero ahí presente es feligrés de la Santísima Muerte y que quiere hacerse unos tatuajes idóneos para quedar protegido. Xóchitl escucha atenta y apunta en una libreta los datos que le da el Suavecito. Sabe, porque así quedó aclarado desde que hicieron la cita, que son personas vinculadas con el crimen organizado, y no indaga detalles cuyo conocimiento le pueda resultar peligroso.

Pide a su ayudante, un travesti vestido escrupulosamente de blanco, como si fuera enfermero de un hospital de cinco estrellas, que se ha mantenido al margen encubierto por la blancura reinante y que solo se percibe por el rímel que lleva en los ojos y el pestañeo que con coquetería dirige al Suavecito, que le pase el catálogo de los *tattoos* —así los llaman los profesionales— que ha hecho, para que Pedro escoja los que más le gusten.

El ayudante, Romeo lo llama ella, a pesar de que él, con un mohín en los labios le suplica que le diga Rosita, presenta el *brochure de los tattoos* ante la mirada de Pedro. Sin embargo, antes de abrirlo y de comenzar a pasar las páginas se siente poderosamente atraído por las manos, recias y vigorosas, de la loca, que no sabe qué pretexto inventar para arrimar sus nalgas a la cara del Suavecito.

—¡Qué manos! —exclama con entusiasmo—. ¿Puedo verlas?

Ni su cicerone, y menos la tatuadora, entienden qué demonios le sucede, hasta que el ayudante las coloca con las palmas hacia abajo, los dedos

separados y muestra las falanges tatuadas, cada una de ellas —como las lleva el pintor Felipe Ehrenberg— con pequeños cráneos.

—¡Se ha hecho un *tzompantli* manual! —exclama Chimalli con tal exaltación que los deja pasmados—. ¡Qué maravilla!

—reitera, para enseguida preguntar—: ¿Puede hacer lo mismo con mis dedos?

Xóchitl sonríe y luego se alarma por el gesto encabronado que nubla la cara del Suavecito.

—¡Es muy complicado! —responde—. Puedo tardar más de dos meses porque tenemos que esperar a que cada falange cicatrice y no se infecte. Quizás en otra ocasión, cuando los dos tengamos tiempo.

Lo que, reconsidera Pedro, por lo pronto no tiene, pues el viernes que te quiero viernes, ya está comprometido. Comienza a pasar las páginas sin prestar atención a los ademanes lúbricos que Romeo, o Rosita, hace para sugerirle que puede usar sus dedos como y donde más le plazca. Más o menos con rapidez encuentra un tatuaje que muestra una calavera que mira de frente con la dentadura completa, en las órbitas unas flores de ocho pétalos en color amarillo y el resto decorado bellamente con filigranas que le dan el aspecto de una jícara de Olinalá. Debajo, lleva una maceta con una planta de sábila, que él prefiere cambiar por unos puñales cruzados para que el conjunto reproduzca la enseña que pusieron de moda los piratas y que ha visto recientemente en las películas protagonizadas por Johnny Depp.

—Este —señala la fotografía— está bonito y además me cabe en el brazo.

Xóchitl separa la ilustración y la coloca a un lado. Pedro se ensaliva el dedo para seguir hojeando hasta que el Suavecito murmura:

—¡Ese te puede quedar de peluche en el pecho!

Y señala con la uña afilada de su dedo índice una fotografía del Estudio Orión en la que sobre el pecho de un hombre se aprecia el tatuaje de un corazón rojo con las ramificaciones arteriales en negro y encima de él una mancha espectral de color naranja que simula la explosión del órgano, igual que si le hubiesen metido un balazo. Una imagen quizá demasiado fuerte, pero que refleja muy bien los peligros a los que se arriesga su dueño.

—¡Ah, pos sí! —acepta Chimalli—. ¡Está chido y puede verse de poca madre si me rasuro la pechuga! Solo que me gustaría que en el interior de la mancha, es decir al fondo, se vea la cara de la Señora como si se estuviera asomando. ¿Cómo la ven?

—¡Ay, corazón de melón, melón, melón! —celebra Rosita con los estrógenos disparados a todo lo que dan. Luego, eleva las caderas, gira sobre sí mismo, y dirigiéndose a Xóchitl pregunta si van a proceder de inmediato.

La chica asiente. Se calza unos guantes de látex, dice que van a ser siete mil pesotes por los dos tatuajes, y pide a Pedro que se descubra el torso y se recueste sobre una camilla que ni él ni el Suavecito habían visto cuando llegaron. Artilugios de Rosita.

Romeo está desatado. El Suavecito lo mete en cintura con:

—¡Ya párale, piche puto, o aquí te parto la madre!

Romeo sujeta sus hormonas en un santiamén.

—¡Perdóneme, jefe! —Respira profundamente, y al igual que un galopín eficiente dispone sobre un taburete con ruedas los tintes, las cuchillas, las toallitas, un frasco con alcohol, otro con antiséptico, las agujas y punteros estériles, un par de atomizadores, y conecta los cables de una máquina de ultrasonido.

—¡Todo listo para cocinar al gordito, *madame* Xóchitl! —anuncia—. Y usted, pásele a lo barrido, joven, que ahorita mismo lo rasuro.

El Suavecito opta por retirarse unas horas. Camaleón experto en el mimetismo, se desliza por los muros y pronto desaparece. Rosita lanza un suspiro. Pedro se tira un pedo y no sabe cómo pedir una disculpa.

—¡Ay!, es que estoy nervioso —se justifica, pero nadie le hace caso.

Xóchitl limpia y desinfecta la zona rasurada donde irá el tatuaje. Después, con una espátula de madera la embadurna con vaselina, y por encima alisa un patrón previamente entintado sobre la zona donde está la tetilla izquierda. La imagen del patrón es absorbida lentamente por la piel hasta que se fija y queda lista para usar las agujas, cuchillas y punteros con los que se abrirá la piel y se adherirán las tintas.

La sensibilidad de Pedro es nula. No siente mayor dolor ni expresa queja alguna.

—¡Este güey tiene piel de elefante, Xóchitl! —exclama Romeo con voz cantarina sin que le importe ser escuchado. «Ya me la pagarás», piensa Chimalli, pero no protesta.

Dos horas más tarde la chica termina de hacer el tatuaje. Antes de venderlo se lo muestra en un espejo para que dé el visto bueno.

—No te fijas en la hinchazón —aconseja—. Es natural y se te bajará en dos

días.

Pedro se solaza con el tatuaje. Los colores son intensos. El rojo del corazón semeja la lámina bruñida de la salpicadera de un Ferrari. La mancha anaranjada es un alarde pirotécnico. Pero lo que más le emociona es el rostro de la Parca, de su patrona, impasible, como si flotara en el éter con una fuerza sobrecogedora.

—¡Chingón! —califica—. Hasta parece que el corazón late al ritmo de mi respiración y la Santísima advierte, a quien la mire, que no se meta conmigo. Que estoy bajo su protección.

—Si tú lo crees, pues que así sea —acepta Xóchitl con una sonrisa de satisfacción perfilada en sus labios—. Ahora, vamos con el brazo. Voy a tatuar la parte interna del antebrazo derecho. ¿O prefieres el izquierdo? ¿Te gusta más en el derecho? Bueno. Sí, sí cabe porque lo tienes fornido, y como eres lampiño en esa zona no tenemos que rasurarte. Si te duele mucho me avisas. Te lo digo en serio, porque por ahí pasan muchos nervios y no quiero lastimarte.

Chimalli aguanta como los machos el dolor de las incisiones que la chica le hace con las cuchillas. A diferencia de la región pectoral, el antebrazo sangra con profusión. Xóchitl usa un atomizador para limpiar la piel y despejar el dibujo trazado. Con unas toallitas esterilizadas absorbe la que escurre para evitar un cochinerero.

La operación tarda dos horas y media. El tatuaje de la calavera es mucho más complicado y sofisticado. Cuando termina, ambos están exhaustos. Romeo-Rosita suelta unas lagrimillas y se queja, como si él los hubiera soportado, de los dolores ajenos. Hipa y chilla y se menea modosita mientras ayuda a Xóchitl a vendar el brazo. No intuye ni puede imaginar siquiera que Pedro ya lo tiene en la mira. «¡Va a ser un placer descuartizarte, maricón de cuarta!», piensa, al tiempo que lentamente se recupera.

El Suavecito aparece de pronto con su cara de espantapájaros. Constata que han terminado cuando ve que Pedro separa, no sin dificultad, los billetes y se los entrega a Xóchitl. Esta apenas los toca. Los deja caer en un cajón pequeño, del que, a su vez saca un frasco que contiene antibióticos, mismo que entrega a Chimalli con la indicación: «Tómalos por cinco días para prevenir infecciones». Luego se despiden con cara de no te me acerques, pues si te vi no me acuerdo. Empero, Romeo no se atiene a las reglas que rigen entre los

miembros del hampa y comete la imprudencia de pasar un papelito donde ha escrito sus señas a quien, ni hablar, ya estaba escrito, en algún momento se convertirá en su verdugo, que no vergudo.

Salen al pasaje y caminan en dirección a la calle de Donceles. El Suavecito va por delante para abrir paso y evitar que Pedro, ahora sí muy adolorido, tropiece con algún transeúnte. Las luces del alumbrado público están encendidas y el sinaloense propone ir a comer unos tacos de chilorio en una fonda de sus paisanos que está en la calle de La Palma esquina con Madero, en el mismo lugar donde estuvo el Sidralí, famoso por sus medias noches de jamón endiablado, unos chiles jalapeños encurtidos de rechupete y las botellitas de sidral con la marca del establecimiento, una verdadera delicia.

La gente que trabaja o vive en el Centro Histórico de la ciudad ha vuelto a sus hogares para pasar la noche. Las calles semivacías tienen un aspecto señorial y a la vez amenazante. El Suavecito avanza pegado a las paredes y deja que Pedro camine por la parte exterior de la acera. Es un hombre precavido que ya ha sufrido varios atentados y dos o tres madrizas que lo pusieron al borde de la tumba. Su mano derecha aferra una Beretta 98, la versión más reciente de esa magnífica escuadra que en el cártel de Sinaloa ha desplazado a la Magnum calibre 22, por ser más ligera y menos *bultosa*.

La fonda Los Culiches despide a su último parroquiano en el momento en que ellos entran. Ahí todo mundo sabe quién es ese mono desabrido y le ofrecen una mesa pegada a la pared del fondo para cubrirle las espaldas. El Suavecito es exigente con sus hábitos y más vale no llevarle la contraria. Las cazuelas de barro que mantienen el chilorio caliente expelen un humillo harto sabroso. Cervezas Indio para serenar el cogote. Tortillas, todas las que se le ofrezcan.

Engullen en silencio hasta quedar satisfechos. Pedro siente cierto cosquilleo en las heridas que han comenzado a cicatrizar. Hace un gran esfuerzo para no rascarse. Su acompañante le dice con la mirada que no puede quejarse; que eso no es nada que pueda compararse con un balazo en la rodilla o una puñalada en el vientre. «Un día me tocó un güerquillo que no sabía qué hacer con las tripas que traía de fuera. Aunque era uno de nuestros rivales me nació darle una ayudadita. Se las retaqué a patadas hasta que le quedó un mazacote. ¡Vieras cómo chillaba!».

Pedro quiere describirle lo que él hace. Abre la boca, pero el norteño le

hace una señal para que la cierre. La puerta de la fonda se abrió y cerró en el tiempo de un suspiro, suficiente para que alguien echara un vistazo. La Beretta queda sobre la mesa. Los ojos del Suavecito se encargan de que nada se le escape. Pasan varios minutos hasta que escuchan el sonido de una motocicleta que da varias vueltas, como si rondara la esquina.

Pedro mira a su alderredor. El local está vacío. Los empleados están escondidos en los baños o tirados detrás de la barra. El sinaloense cuenta los ires y venires. A la cuarta vuelta sale volado a la calle y dispara dos, tres tiros. Se escucha el ruido de los fierros de la moto en el momento de estrellarse. El Suavecito regresa con calma a la mesa y toma asiento. Exige una cerveza. «¡Quiero pistear!», grita. Los meseros aparecen poco a poco. Tres de ellos meten un fiambre, roto y ensangrentado, al interior de la fonda. Lo envuelven en un mantel, y como si fueran los restos de un puerco desmenuzado, lo arrojan dentro de un tambo de basura que está en el patio trasero. «Mañana se lo lleva el carro, señor. Los de limpia ya están acostumbrados».

—Un sicario que se confundió de rumbo —afirma el Suavecito—. Posible miembro de la banda de secuestradores que opera en el Edomex, Los Claudios, Chipotes o alguna chingadera parecida. Nos tienen coraje porque les desbaratamos dos casas de seguridad en Tlanepantla y Naucalpan y les chingamos armas y droga a las que les sacamos harta lana. Esos ojetes ya saben que deben seguir nuestras órdenes. Ah, pero no quieren entender. Solo por las malas. Pinches chamaquitos que se sienten maras, salvatruchas, pues, y todavía no los destetan.

Pedro se está durmiendo. Van dos veces que bosteza. Decide que es hora de largarse a su vecindad. Da el adiós sin mayores ceremonias. Conserva la tarjeta del norteño, y si necesita verlo, pues lo llama.

A la mañana siguiente los vendajes resultan una verdadera chinga porque los tiene pegados. Le toma casi media hora poder desprenderlos entre quejidos, pujidos y una catarata de maldiciones. Al fin se deshace de los trapos y puede admirar frente al espejo los tatuajes que, la verdad sea dicha, quedaron muy atractivos. «¡Obras de arte, chingaos!», los califica con un grito, y se mueve para verlos desde diferentes ángulos.

Los huesos destinados a la calaca de la Santa Muerte están prácticamente listos. Solo le falta completar el esqueleto y tiene la esperanza de poder hacerlo el viernes. No se baña por aquello de que las heridas apenas están cicatrizando,



pero sí se peina y viste con ropa ligera. Desayuna *corn flakes* con leche y sale de su cuchitril con rumbo al Templo Mayor. Quiere, a pesar de que todavía se siente mosqueado por lo que le sucedió al final de su última y única visita, enfrentarse a los cráneos del *tzompantli* provisto de la protección de su santa valedora: «¡A ver si así se atreve conmigo el pinche fantasma!», refunfuña para darse valor.

Las puertas del museo, aunque aún es temprano, ya están abiertas. Pedro, sin perder el tiempo con las demás piezas, se planta frente al enorme panel cubierto con cráneos. El hueco que dejó la calavera que sustrajo todavía no ha sido reparado. Es probable que los guardias no lo hayan notado o simplemente no les importe. Esta vez no se atreve a tocar con las manos ninguna de las mulleras que le quedan al alcance. Se concreta a desnudar su pecho para mostrarles el tatuaje y a levantar el antebrazo. Cree percibir un leve estremecimiento en el interior de la ringlera, pero no sucede nada que delate la posibilidad de que un cráneo cobre vida.

—¡Culeros! —los insulta porque está convencido de que le tienen miedo a su protectora—, ya se dieron cuenta de que a mí me la pelan. A ver, a ver si son tan machitos y me vienen a decir otra sarta de pendejadas —reta a gritos, pero no consigue más que uno de los guardianes le exija que abandone el lugar con el argumento:

—Se embriagó muy temprano, patrón. Anda bien pedo y va a asustar a los niños que nos mandan de las escuelas.

No protesta ni se resiste. No le ve caso alguno. Está eufórico con el escudo que lleva impreso en el cuerpo y que, lo cree a pie juntillas, es suficiente para superar cualquier peligro que se le ponga enfrente. Salta una valla, se mete en la Casa de las Águilas, la atraviesa y va a salir a la plaza donde se queda varado y sin saber hacia dónde dirigir sus pasos. Sobre la calle de Argentina ve el edificio que alguna vez albergó unas oficinas de la Secretaría de Educación Pública; voltea a la derecha donde están la Librería Porrúa y la fachada del recinto universitario de San Ildefonso, y no alcanza a discernir si está perdido o las deidades aztecas se han apoderado de él y lo van a trasladar a las Casas Nuevas que fueron de Moctezuma Xocoyotzin o al palacio de Axayácatl, cuyas siluetas comienza a vislumbrar, por andar de presumido.

—¡Ya la volví a cagar! —musita, mientras es conducido por dos vigilantes

hasta la entrada del Metro, quienes le sugieren que si se vuelve a empedar vaya a hacer sus desfiguros al Bosque de Chapultepec, «donde ni quien te haga caso, borracho de porquería».

La escalera para bajar hasta el túnel donde circulan los convoyes del transporte colectivo a esas horas está atestada. Decenas de peatones suben y bajan sin prestar atención a lo que les rodea. Cada quien ensimismado en sus propias cuitas. Pedro, desde el primer descanso, ni siquiera los mira. No significan nada. Son casi fantasmagóricos. De pronto, desde la profundidad de la tierra escucha el sonido de unos cascabeles que, al igual que una enorme sonaja, invade todas las oquedades. Sospecha que, sea lo que sea, avanza hacia la superficie y que pronto él quedará a su alcance. Sus nervios se alteran y se pone en guardia. Aparecen en bulto unos aztecas ataviados con sus penachos multicolores y la indumentaria que, por lo que vio en el recorrido que hizo en el Templo Mayor y en el museo, usan desde hace más de quinientos años. Llevan huaraches y en las pantorrillas unas bandas de cuero sobre las que van prendidos muchos cascabeles de concha que hacen un escándalo tremendo.

Chimalli les sale al encuentro. Cree que sus alucinaciones persisten. Bufo e hincha los cachetes. Quiere gritarles: «¡Retrocedan engendros de Satanás!», pero no puede hacerlo porque desconoce las palabras del conjuro y está a punto de congestionarse. Entonces, se despoja de la camiseta y les enseña el tatuaje que lleva en el pecho. Uno de los aztecas se detiene un segundo para decirle que está de poca madre; otro se suma al primero para exclamar que se ve retechingón, y un tercero, que tiene voz de mujer, para preguntarle: «¿Dónde te lo hicieron, carnal? ¿Fue muy caro? ¿Me puedes dar los datos?». Y así, sacándole la vuelta, continuar de prisa con su ascenso porque tienen que llegar a la plazoleta que está a un costado de Catedral para iniciar la danza de *Los Concheros* que tanto gusta a los turistas nacionales y extranjeros.

Pedro los sigue, y cuando recapacita y le cae el veinte de lo que se trata, no puede perdonarse ni dejar de reconvenirse: «¡Pendejo! ¡Pero si seré pendejo!».

Es viernes y las cicatrices ya no lo molestan. Tampoco los resquemores de que quizá se esté volviendo loco. El Matracas lo ha citado en la calle de Peralvillo, en el local del *Pichangas* dedicado a la reventa de piezas de bronce que, no sin defectos, fabrica uno de los Ruiz Galindo. El Matracas lleva un sombrero Stetson y unas botas texanas, que dizque se las volaron a Vicente Fox en una de sus giras de campaña para la presidencia, «pero de la Coca-

Cola, mi buen. ¡No te hagas bolas!».

—Tenemos que ir hasta Iztapalapa y de ahí a la Sierra de Santa Catarina, Pedro —dice el Matracas con un palillo en los labios—. ¿Trajiste tus herramientas? Yo, por si las moscas, me traje la sierra eléctrica porque el Wache me dijo que eran varios, pero no a cuántos tenemos que ejecutar. Y más nos vale ir prevenidos. Nos van a acompañar en el operativo dos de sus matacuaces, *el Chupón* y *la Gacela*. El primero es una fiera con el rifle de asalto Heckler-Koch G-3, con cargador para veinte cartuchos de calibre 7.62, al que se le puede adaptar un lanzagranadas .203 ¡Una chulada, mi buen! La segunda es experta en artes marciales, una morocha bien buenota que anduvo con *el Chayo* hasta que le dieron cuello y capaz de hacer cantar a un mudo.

Pedro lo mira impasible. Le parece que el Matracas dice demasiadas sandeces que no vienen al caso y que a veces lo confunden. Él está concentrado en lo que va a tener que hacer y en los peligros que implica la operación. Algo escuchó por ahí de los enfrentamientos que sostienen entre sí las bandas del *Abuelo* y del *Nene*, y juntos por el control del narcomenudeo, en contra del grupo autonostrado AK-47, cuyos miembros son los clientes del Wache. No, intuye, no va a ser una perita en dulce. El asalto a la guarida de los sicarios del *Abuelo* tiene que ser rápido, fulminante, para no dar tiempo a que lleguen los de la banda del *Nene*, porque esos sí que tienen un arsenal de a de veras.

Una camioneta Cherokee negra con los cristales polarizados, defensas reforzadas con barras de acero y, obviamente, blindada, se detiene frente al local de Peralvillo. El Matracas abre la puerta trasera, deja pasar a Pedro, y la aborda. Ambos pasan sus bolsas al área que sirve de maletero. El *Chupón* arranca sin que las llantas rechinen ni hacer alarde de su pericia. La *Gacela* les cuela dos cuernos de chivo con los cargadores repletos y un par de pasamontañas para que, en su momento, se cubran las jetas. Toman el viaducto Miguel Alemán, entroncan con calzada de Tlalpan y circulan rumbo al sur a fin de tomar el Eje quién sabe cuántos, que todavía se conoce como calzada Iztapalapa, para dirigirse al oriente de la capital.

Viajan en silencio que solo interrumpen las llamadas que recibe el *Chupón*, a las que contesta con números cifrados en clave y con las palabras *afirmativo* y *roger*, pues al parecer su vocabulario se restringe a lo indispensable para no morir de hambre. La *Gacela*, quizá más pragmática, dedica toda su atención a un *payacel* Nokia o LG con el que chatea a toda velocidad,

seguramente con las «celebridades» del momento.

Durante el trayecto Pedro se deja llevar por el único recuerdo legañoso y con sabor a mezcal que tiene de Iztapalapa: un viernes de Semana Santa, después de viajar en dos o tres camiones y una pesera con olor a patas, llegó al lugar donde se celebraba la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. La gente estaba literalmente apeñuscada en el largo corredor, a un costado de la iglesia, ya fuera como participante o nada más mirones de la procesión en la que Cristo caía, se levantaba, se volvía a caer, y cada vez era azotado por los centuriones romanos que lo insultaban con una procacidad feroz y una terminología totalmente impropia para un ícono religioso: «¡Alevántese, hijo de la rechingada! ¡No chille que parece puto!».

Jesús, con la cruz a cuestas y la corona de espinas ladeada sobre sus narices, sangraba por todos lados. Pedro tuvo que admitir que lo habían vapuleado con saña, y lejos de sentir compasión por quien representaba al Hijo de Dios, sintió regocijo por la sangre que brotaba, a chorritos, por cada una de sus laceraciones.

Alguien, debió ser un borrachito y no alguno que estuviese en su sano juicio, lo convidó a beber de una botella queapestaba a muerto:

—¡Échese un mezcalito para que disfrute, joven! Tiene que ponerse bien jalado, pa' que le tome sabor al viacrucis. Aquí todos le entramos a los madrazos antes de que se acabe la fiesta. ¡Ándele, chupe hasta el fondo, cabrón! ¿O quiere que le meta un fierro en la mera barrigota?

Pedro no quiso arriesgar, bebió casi medio litro de un jalón y los ojos se le pusieron virolos. Se le calentó la buchaca y no tardó en exigir a gritos que le dieran más alcohol. Lo que fuera, lo que tuvieran a mano. Como nadie le hizo caso, pues la mayoría de los individuos que lo rodeaban, sin importar si eran varones o hembras, ya estaban hasta las manitas, arrebató al fulano que le quedaba más cerca una botella de Tequila Lucifer, cuyo contenido en un santiamén lo mandó derecho al infierno.

No tardó en hacer cuanto desmán le soplaron los chamucos. Agarró nalgas parejo, besó cuellos y cachetes con un frenesí candente, tocó tetas grandes, chiquitas, mirruñas, y gritó a pleno pulmón: «¡Así me gusta! ¡Denle más madrazos! ¡Con todo hasta que se muera!», con pleno desconocimiento del proceso del Calvario y su culminación en la crucifixión de Jesús, alias *el*

*Nazareno.*

Acabó, junto con una caterva de borrachos que se lo merecían con creces, en una bartolina de la delegación de Policía, donde fue puesto a disposición del ministerio público para que, en calidad de detenido, le tomaran declaración. No fue capaz de decir ni pío, mucho menos de proporcionar sus generales. Tenían que esperar a que recobrara la cordura, y mientras tanto lo refundieron en una celda donde se encontraban, tirados sobre sus vómitos, Poncio Pilatos y Barrabás, durmiendo la mona.

Chimalli cayó como un fardo con los ojos vidriosos clavados sobre una pared de color gris rata, plagada con manchas de todos colores y una retahíla de obscenidades que habían dejado, para la posteridad, sus ilustres huéspedes. Ahí estuvo varias horas hecho un verdadero idiota. En el ínterin, Poncio Pilatos, un gordo con cara de marrano renegrido francamente nauseabundo, se incorporó, y agarrado de los barrotes amenazó al personal de la agencia del *eme pe* con que él era Cuauhtémoc, el dirigente de los pepenadores de basura del PRI, dueño de varias casas de putas, y que si no lo soltaban iba a correrlos a todos, si es que antes no se le antojaba incendiar el lugar. Pero como nadie le hizo caso profirió varias majaderías y se tumbó sobre el cuerpo de Barrabás, quien resultó ser edil del cabildo de la demarcación, patrón de la banda de Los Panchitos y una verga, así lo denominó Cuauhtémoc, para eso de los secuestros, las violaciones y el relleno de urnas con boletas falsas en todas las elecciones. «Este cabrón, óiganlo bien bola de burócratas muertos de hambre —quiso amedrentar Pilatos—, va a ser diputado en la Asamblea del Distrito Federal. ¡Así como lo oyen y por mis purititos güevos!».

Pedro fue llamado a comparecer de nueva cuenta en el momento en que los jenizaros entraban en montón a fin de enchiquerar a varios soldados romanos, y al mismo Jesucristo que, amén de venir golpeados, habían perdido algunas piezas de su uniforme: cascos, escudos y lanzas, y dos de ellos hasta los calzones.

Ahí, en medio de una gritería que puso a Pedro los pelos de punta, los centuriones del imperio, con los ojos enrojecidos por efecto de la grifa que se habían fumado, se insultaron entre sí, se acusaron unos a otros de haber golpeado a Cristo con saña hasta causarle lesiones de gravedad, lo que no era cierto, y de haber intentado violar a María Magdalena y a las demás virgencitas que, la neta, no se lo merecían porque eran señoras bien decentes, y una de

ellas, ¡la mamá del delegado político!

La zarzuela alcanzó su clímax cuando Chucho, ya despojado de su dignidad sagrada, se arrancó la corona de espinas de la cabeza y se la arrojó a uno de los romanos, al tiempo que lo retaba a que se dieran una madriza delante del ministerio público para que quedara claro que él no era un judío maricón, sino un vendedor de camotes de Puebla que, como buen panista y ferviente católico, se había prestado a participar en la escenificación del martirio del Gólgota. El romano, cruzado con mota y tequila, no tuvo mejor ocurrencia que mandarlo a chingar a su madre y se armaron los chingadazos. Momento crucial que Pedro Chimalli aprovechó para escurrirse y salir corriendo, nunca supo cómo le hizo, hasta la calzada Ignacio Zaragoza, donde se trepó a un pesero que lo dejó en Peralvillo.

No había vuelto a poner un pie en Iztapalapa y tuvo que preguntar al Matracas por dónde andaban y cuánto faltaba para llegar a la guarida del Abuelo.

—No nos falta mucho, Pedro. Ya vamos a dejar atrás el Desarrollo Urbano Quetzalcóatl, una de las barriadas más salvajes de la ciudad, donde los asesinatos se dan en maceta. Aquí sí que, como dice la canción, la vida no vale nada.

Llegan, veinte minutos después, a una glorieta de tierra apelmazada con un pirul en el centro. En una esquina se ve un OXXO y lo que pretende ser un almacén de Elektra. Una mesa con jícamas y racimos de hierbas descoloridas atendida por dos mujeres hechas con barro cocido. Niños lombricientes que no dejan de verlos, sin cuidarse de los mocos que escurren por sus narices. Un balón de fútbol ponchado. Una muñeca de trapo. El Chupón tensa los músculos y maneja con cuidado. Tienen que pasar, y eso no le gusta, por encima de una zanja. Consulta el GPS pero este no le indica otra ruta.

—La salida va a estar peligrosa —comenta con la Gacela—. Tenemos que liquidarlos con extrema rapidez. No creo que vayas a poder serrucharlos —le dice a Pedro.

—¡Tiro de gracia y les cortas la cabeza! —resume la Gacela—. Que te ayude el Matracas. ¡Pónganse el pasamontañas que ya vamos a llegar!

Un corral y unas casuchas de adobe. Dos camionetas Suburban, una plateada y otra negra, aparcadas junto a lo que parece una fuente. Un vochito amarillo cuya carrocería golpeada semeja un muégano. El Chupón maniobra

para que la Cherokee quede con el cofre enfilado hacia la salida. Descienden con las armas en las manos y se aproximan despacio. Son dos cabañas y los mafiosos pueden estar en cualquiera. Un remolino de tierra se mueve entre las camionetas. El sonido que de pronto expulsa una casetera los orienta hacia la puerta que queda a la izquierda. Una ráfaga de disparos la hace trizas. El Chupón se mete a la habitación sin soltar el gatillo. Pedro y la Gacela lo siguen. Los cuerpos de tres sujetos, como lo ha visto Pedro muchas veces, yacen despatarrados. Los disparos del cuerno de chivo que porta el Matracas apuran al Chupón para echarle una mano. Los gritos de un hombre que clama por ayuda y los chillidos de una mujer confirman que en la otra casucha también hay gente agazapada.

Pedro no puede discernir qué es lo que sucede al otro lado. Mete un balazo en la nuca de cada uno de los caídos, y sin dilación degüella sus cabezas. La Gacela está montada encima del cuerpo de un tipo que la libró de milagro y que Pedro no había visto. Se trata del Abuelo, el jefe de la banda, y lucha con denuedo por salvar la vida. Ofrece una fortuna para que no lo ejecuten. La Gacela, sin embargo, hace caso omiso y con su puñal le raja la cara. «¡Dime para quién trabajas!», exige, mientras le cercena una oreja. El fulano no es capaz de contestar debido al terrible dolor que lo tiene obnubilado. La Gacela insiste, pero como no logra sacarle la sopa y van de prisa, le parte el corazón con feroz tajada.

—¡Termina con él! —ordena a Pedro y sale para reunirse con los otros.

Pedro cumple con celeridad. Está decepcionado porque esperaba poder llevarse una pelvis y las piernas, pero sabe que no hay tiempo para tantas sutilezas. Agrupa las cabezas encima de una mesa. El aroma de la sopa de fideos que se cuece en un anafre le despierta el apetito. «Estaban a punto de sentarse a comer —piensa—. Lástima del desperdicio. Pero, total, a nadie le va a importar que me eche unas cucharadas. ¡Sabrosa! —exclama—. ¡Está bien sabrosa!».

En la otra cabaña fue necesario hacer un batidillo porque el gañán quiso defenderse. Alcanzó a disparar sobre el Matracas; de hecho, le dio un balazo en un hombro y luego se agazapó detrás de sus dos mujeres, una de más o menos cuarenta años y la otra jovencita, para usarlas como escudo. Pensó, el inocente, que los sicarios del Wache se iban a condoler de las viejas. ¡Uh, qué va! Las dejaron como coladeras, y qué pena, pensó el Matracas, porque ambas están

retebuenotas.

Seis cabezas van en el costal de yute que Pedro se agenció a falta de una bolsa de plástico. Camina hacia la camioneta pero tiene que detenerse. ¿De dónde salieron estos pinches chuchos?, se pregunta debido a que dos perros doberman y un rottweiler lo tienen rodeado, gruñendo y amenazando con saltarle encima. ¡Es la sangre! ¡Olieron la sangre y quieren darse un banquete!

Sus compañeros están a bordo del vehículo. El Chupón se hace cargo del Matracas, a quien amarra una playera en el hombro y le hace un torniquete para que no se desangre. La Gacela está al volante, lista para salir hechos la raya. No hay, por tanto, quien pueda prestarle auxilio. Además, por unos perros pinchurrientos. No, no se vale. Recurre a la improvisación. Saca una cabeza del bulto, por la cabellera debe ser de mujer, y la arroja detrás de las cercas. Los canes se abalanzan sobre ella y se la disputan con tarascadas feroces.

Una señal roja en el radar instalado encima del tablero indica al Chupón que unos autos se aproximan. «Deben ser los pelados del Nene», apunta. Pide a la Gacela que meta gas hasta el fondo. Llegan a la zanja y, como había previsto, dos carros les cierran el paso. La Gacela da marcha atrás para evitar los disparos de las semiautomáticas de sus rivales, mismos que rebotan contra las placas del blindaje. El Chupón instala en su fusil el lanzagranadas. Con diferencia de fracciones de segundo hace dos disparos. Los dos carros estallan y se fragmentan con todo lo que llevan dentro, y de pasadita la onda expansiva arrasa con los sicarios que están encubiertos en sus costados.

El Matracas, como muchos de los matones de los cárteles, es estoico. No se queja ni pide que lo lleven a un hospital. Él se cobija bajo el manto de la Santísima Muerte, y además cuenta con un comodín que siempre le viene al pelo: Jesús Malverde, *el Bandido Generoso, el Santo Patrón de los Narcos*, cumplidor hasta las cachas.

Por eso, en lugar de poner cara de fuchi más bien se le ve contento. Un balazo en sedal no debe preocupar a nadie. Cumplieron con su cometido y les van a pagar con una tajada grande. El pinche Pedro se va a sorprender cuando le lleguen los doscientos mil pesotes y una carta de agradecimiento del jefazo, la *Cobra 13.12*, medita sin soltar prenda.

El Chupón es un monje que, con voz suave, da señales a la Gacela. Esta ya sabe que deben ir a la colonia San Juanico para entregar las cabezas a los bandoleros del AK-47. Lo que estos hagan con ellas es algo que no les compete.



Allá que con su pan se las coman.

La casa sin número de la calle de Licenciados parece una fortaleza. No hay una sola ventana que dé al exterior. Una barda enorme que semeja un búnker, con dos troneras en los extremos que permiten disparar desde el interior y un portón de diez metros de largo hecho con acero blindado. El Chupón hace sonar el claxon con el ritmo de una clave morse. El portón se abre y penetran. Cinco guardias encapuchados los rodean. Portan metralletas M-16 colgadas a los costados. Un tipo mal encarado camina en su dirección por un corredor que rodea la casa. Lo sigue una mujer rubia enfundada en unos Levi's. Va trepada en unos zapatos cuyos tacones agregan a su estatura doce centímetros. El escote de su blusa deja que se asome, generosamente, un buen par de tetas.

—Es *la Muñeca* —apunta el Chupón—. La jefa de los AK-47.

—Dicen que fue la vieja del *comandante* Arturo Guzmán Decena, el fundador de los Zetas, y que a su muerte, en noviembre de 2002, quiso sustituirlo en el cargo —aclara el Matracas antes de descender de la camioneta—. En vista de que los demás *Cobras Viejos*, entre ellos Miguel Ángel Treviño, *el Z-40*, se opusieron, ella, tal y como lo hizo Tony *Tormenta* cuando se separó de Osiel Cárdenas, formó su propio grupo que se dedica a la confección y empaque de los pases de cocaína que se distribuyen en la zona oriente de la ciudad. De ahí su pleito con las otras bandas que, es necesario decirlo, no le llegan ni a los tacones.

La Gacela ríe la broma del Matracas pero enseguida acota:

—Con el que hay que tener cuidado es con *el Quetzal*. El tipo que viene por delante, porque ese cabrón en un *kaibil* entrenado en Guatemala. No se les ocurra contradecirlo o querer pasarse de listos, pues es capaz de hacerlos pedazos en menos de lo que canta un gallo, sin necesidad de usar arma alguna. Con esos exmilitares más vale marchar por el lado derecho.

—¿Qué onda, muchachos —grita la Muñeca—, ya me trajeron la cuelga? ¿A poco se acordaron de que hoy es mi cumpleaños? ¡A ver, a ver, desembuchen!

El Matracas y la Gacela se apean de inmediato. El primero lleva el costal en la mano izquierda. No puede, a ojos vistas, mover el brazo derecho. La Muñeca lo mira con simpatía.

—¡Te la jugaste, muchacho! —declara la mujer—. Un agujero más en tus

pellejos que te abonará prestigio. ¡Muy bien, así me gusta que arriesguen y no se culeen! ¡Enseñamelas! —ordena.

El Matracas obedece. Seis cabezas ruedan sobre el pasto. La Gacela las coloca con las facciones hacia arriba. El Quetzal las toma de los cabellos una por una y las enseña.

—¿Es el Abuelo? —inquire la jefa, para, ya sin dudas, confirmar—: Sí, es el pinche viejo que tanta lata nos estaba dando. ¡Bravo, muchachos! Tengo que darle las gracias al Wache y mandarle lo que convinimos.

Pedro Chimalli se siente cortado. Nunca imaginó llegar a codearse con las personalidades de las altas esferas del crimen organizado. «Bueno —rectifica—, no es que me esté dando piquetes en el ombligo con ellos; vamos, ni siquiera me hacen caso; pero el hecho de verlos y sentir su alegría por nuestro trabajo, es muy sabroso; me cae de madre que sí lo estoy disfrutando».

Al parecer el Quetzal pudo leer el movimiento de sus labios. Se aproxima a la puerta de la camioneta y a través del hueco de la ventanilla abierta y a quemarropa, le dice:

—Tú fuiste el que los decapitó, ¿verdad, muchacho? —Pedro asiente con respeto. Después de lo que dijo la Gacela, el tipo le resulta imponente—. Te felicito, hiciste muy buen trabajo. Los tajos son limpios y hechos con un solo movimiento. Deja tu nombre con ese *halcón* de la capucha roja. Yo te localizaré si es necesario.

El Quetzal regresa a la vera de su jefa. Pedro escribe en un papel su dirección y su nombre. Comienza la despedida. El Matracas ocupa el asiento trasero. Pedro entrega la nota al guarura. El Chupón pone el motor en marcha. La Gacela coloca un pie en el estribo pero no alcanza a subirse. La mano de la Muñeca sujeta uno de los tirantes de su chaleco antibalas y la jala hacia sí, a la vez que exclama:

—¡Tú no te vas a ir, chiquilla! ¿Qué te crees, primor? Te vas a quedar conmigo. ¡Nada más me faltaba que me hayas puesto *hot* y me quieras dejar solitita! —La Gacela entiende dónde le ofrecen querencia, y para sorpresa de todos le planta un beso en la boca.

El Chupón, budista al fin, se ilumina con un carrujo de mota y conduce como seda hasta la avenida Peralvillo, donde deja a sus compinches. Pedro, entonces, se da cuenta de que el Matracas está pálido y aprieta las mandíbulas para impedir que se le escape un grito. Necesita atención médica con cierta

urgencia. Detiene un taxi, y sin dar explicaciones lo conduce hasta la vecindad de Aztecas a fin de albergarlo en su *probe* casa.

Ya adentro, Pedro lo acuesta sobre su camastro. Lo desnuda de la cintura para arriba y ausculta la herida. La bala entró a la altura de la clavícula y salió por la espalda.

—Tómame un buen trago de este chinguirito —ordena y le entrega una botella sin etiqueta que contiene un líquido turbio—. Voy a limpiarte la herida, y como no tengo medicinas te voy a curar a lo macho. Ya sé que duele un chingo, pero solo es un ratito y pues...

El Matracas yace desmayado. La habitación huele a carne asada. Pedro lava la lesión chamuscada con agua y jabón Zote. «Aguantó bien el cabrón —piensa—. Menos mal que no alcanzó a ver la varilla al rojo vivo que le metí por el agujero. ¿Quién sabe qué hubiera hecho?». Seca el hombro con una toallita que reprobaría cualquier examen de higiene. Luego, le echa un chorrito de Isodine Bucofaríngeo que se encontró en una cómoda. «No sé si le vaya a servir —murmura—, pero no creo que le haga daño».

El Matracas despierta por la mañana y lo primero que dice es que tiene un hambre del carajo. «¡Me puedo comer un marrano entero con todo y sus chicharrones!». Su recuperación es sorprendente. Pedro había pronosticado que se tardaría varios días. No tomó en cuenta que el Matracas, al igual que muchos sicarios de los cárteles, fue bien entrenado y su musculatura se volvió de hierro.

Se dan una manita de gato a fin de no andar causando lástima, caminan unas cuantas cuadras, cruzan Fray Bartolomé de las Casas y llegan por la calle de Toltecas a la taquería Zitácuaro, de doña Linda Hernández, para darse un atracón de carnitas a la michoacana.

—Aunque no acostumbro hacerlo, debo darte las gracias —dice el Matracas con los carrillos llenos y patas de gallo en el filo de los párpados—. ¡Te debo una, carnal! —Luego, hace una pausa antes de preguntar—: ¿Supongo que estarás contento?

Chimalli tarda en contestar. Tiene la boca repleta y unos hilillos de salsa hecha con chile de árbol mezclados con la grasa de la *maciza* escurren por las comisuras de sus labios. Al fin, después de tragar el enorme bocado y limpiarse con una servilleta de trapo, responde:

—Contento, porque a pesar de que los Nenes estuvieron a punto de

darnos piso, la libramos. Pero, sabes, quedé desilusionado por no haber podido usar la sierra eléctrica para descuartizar a los fiambres y traer conmigo los huesos que necesito para terminar el esqueleto de la Señora. Estaba, y te lo digo en serio, confiado en que no tendría problema alguno. Pero qué se le va a hacer... —remata, y da otra mordida descomunal a su taco.

Ambos están engolosinados. Doña Linda les ha preparado una ración de costillitas fritas que huelen, sin despreciar el cilantro y la cebolla picada, a sobaco de ángel. Ah, y un platón de frijoles charros para chuparse los dedos. Se atascan que da gusto hasta que tienen que recurrir a las chelas, esta vez Coronas, para pasar a la panza lo que han engullido.

Beben dos cervezas al hilo y eructan con potencia. Un comensal sentado a dos mesas, les reclama: «¡Bájenle, jovenazos, que hasta parecen árabes del desierto!». Todos, incluyendo a doña Linda, ríen la puntada y comentan lo atinado de su chascarrillo.

Al Matracas ya se le olvidó el balazo. Hacía tiempo que no devoraba con tal apetito.

—Al rato voy a recoger nuestro dinero, Pedro —promete—. Con esa lana hasta te alcanza para un carrito. ¿Cómo la ves? ¿Un Civic, un Tsuru o de perdida un Atos? No, el Atos es demasiado chiquito, no le cabe nada. Mejor uno más grandecito. Yo te acompaño a los usados de Pantitlán. Ahí tengo un cuate que se dedica a los robados, y quién quita y podamos sacarle una camioneta Nissan a un precio regalado.

Pedro lo oye, pero no lo escucha. Se acordó de Romeo-Rosita y mastica una buena idea.

—¿Cómo te gustaría, mi Matra, echarme una manita después de que regreses con la pasta? Es una jugada para que yo pueda matar dos pájaros de un tiro.

El Matracas lo mira con seriedad. Levanta una ceja y hace un signo de interrogación. Pedro se le acerca y le sopla al oído. Su cómplice lo escucha sin hacer un gesto.

—Me cuadra —dice—. Puede ser divertido y además hace mucho que no me muevo por la libre. ¡Órale, Pedro! ¡Te ayudo!

Terminan el almuerzo y cada cual agarra por su lado. Pedro regresa a su vivienda para, según él, darle una aseada. En el camino, se detiene en una caseta telefónica y llama a Romeo. La loca, evasiva al principio, se muestra

gratamente sorprendida. «¿En tu casa? —pregunta—. ¿A las ocho Pito Macho? Creo que sí puedo. Déjame checar mi agenda. ¡Ay, ay, ay, pero qué casualidad, tengo un huequito! Para ti, mi rey, todos los huequitos». Chimalli le da las señas e insinúa que lo va a esperar inquieto y con el chilaquil preparado. Romeo quiere agregar un piropo, pero Pedro cuelga la bocina.

Pasa varias horas afilando cuchillos y sierras. Para no despertar sospechas, y al mismo tiempo sentirse a sus anchas, viste el mandil, pulcro y almidonado, que usaba cuando trabajaba como carnicero. El Matracas se presenta a la siete y media de la tarde portando una bolsa de pan repleta con billetes de quinientos y doscientos pesos, cuya suma, «no te me pongas nervioso», alcanza la cifra de doscientos veinte mil morlacos. Pedro, sin hacer comentario alguno porque era lo que esperaba, oculta el paquete en el horno de la estufa y le pide que se siente. A continuación le confirma que la presa debe venir en camino y lo previene para que tan pronto como ingrese al cuarto le coloque sobre la nariz y boca un esparadrapo impregnado con éter.

—¿De quién se trata? ¿Se puede saber? —inquire el sicario.

—De un mariconcete que trabaja con la vieja que me hizo los tatuajes. Nadie que valga la pena ni vaya a ser extrañado. Dice llamarse Romeo, aunque le gusta más Rosita. Él cree que lo cité para un encuentro amoroso y para que le dé por chicuelinas; pero lo único que le vamos a dar es un pase al otro mundo. Necesito quitarle los huesos que van de la pelvis hacia abajo para completar lo que te dije. También, antes de que se me olvide, la cabeza, con la que quiero hacer un experimento...

—¿Un experimento?

—Más bien algo diferente. Una cosa que a los de los cárteles no se les ha ocurrido, y en la que quiero tu participación porque puede revolucionar el uso que se les da a las cabezas.

El Matracas lo mira con curiosidad. No imagina de qué se trata.

—Las cabezas de nuestros enemigos las usamos más que nada para enviar mensajes a los jefes de las bandas contrarias —apunta—. Para decirles: «Mira, esto es lo que te puede suceder si te metes en nuestros asuntos o si te nos pones bronco». A veces les agregamos un *narcomensaje* o simplemente dejamos que ellos saquen sus conclusiones. Son tan obvios que no hay quien no los entienda. Sin embargo, reinciden y por eso tenemos que darles caña. La mayoría de los sicarios que los Zetas llaman *halcones* o *punteros*, jovencitos de

entre doce y veinticinco años de edad, la verdad son muy pendejos, chamaquitos ignorantes que se juegan la vida por cinco mil pesos. Carne de cañón o, si te gusta más, calaveritas para los altares de muertos. Casi todos los cárteles cuentan con grupos de *estacas*, tipos con más experiencia y de mayor utilidad. Se les encomienda realizar patrullajes para proteger a los capos; apoyar con sus armas cortas y largas a los miembros involucrados en una balacera, o, como a nosotros, matar a quienes están dando lata. Son las cabezas de los estacas las que más se decapitan. Son las que más les gustan a los jefes. ¿Pero las de los particulares, las de quienes se califican como «daños colaterales»?

—En serio que no te entiendo.

—Ya vas a ver para qué pueden servir, si es que lo resistes y no te cagas de miedo —responde Chimalli con sarcasmo.

—A mí lo único que me da miedo, pendejo, es mi jeta cuando me despierto —rezonga, pero como lo sabe hacer a la perfección, no deja traslucir su enojo.

Romeo llega puntualito. Es un travesti a la inglesa, por más que se entretuvo un buen rato con el maquillaje. Toca la puerta con los nudillos. Tres golpes solamente para que Pedro entienda que tiene maneras y pertenece a una clase distinguida. El Matracas abre la puerta con sigilo. Ve a una mujer guapa y jacarandosa. ¿Rosita? Esta entra con los movimientos propios de una jinetera despampanante. Ignora al pelado que le abrió y se aproxima a Chimalli con cara de «¿Qué onda, güey? ¿No se trata de nosotros soliiiitos? ¿O va a ser un terceto, degenerado? ¡Ay!».

Se embarra al cuerpo de su presunto galán. Besa sus labios con pasión. Luego, se separa y le pide que le deje ver los tatuajes. «Quiero atisbar cómo te quedaron». Es el momento que aprovecha el Matracas para meterle el trapo con el anestésico en la trémula buchaca. Rosita se resiste, intenta zafarse del abrazo que la tiene agarrotada, da patadas y chilla: «¡Eres un pedazo de mierda!».

Entre los dos sujetan el cuerpo inerte sobre la mesa del «comedor». El Matracas exige el privilegio de abrirle el pecho y extraer su corazón.

—Quiero morderlo mientras aún palpita —exclama—. Es un vicio que se me quedó de cuando trabajaba con Miguel Ángel Treviño, el Z-40, quien con

sus propias manos extraía los corazones de las víctimas que estaban vivas y los mordía con fascinación y delirio hasta comerse un buen trozo. Es lo único que te pido, Pedro. ¡No me prives de ese gusto!

Chimalli lo deja hacer. Sí, no puede evitarlo, siente repugnancia, pero se la aguanta. Romeo-Rosita muere como un bife a caballo, casi como un filete *chateaubriand* rodeado de finas lonjas de tocino. Proceden a destazarlo. La cabeza, al igual que como hizo Salomé con la de san Juan Bautista, solo que con sus *asegunes*, se coloca en una charola de Corona Extra.

—Lástima que no sea en una bandeja de plata —acota el Matracas, quien al menos, y gracias a que acude a clases de catecismo, algo sabe de los mártires cristianos—. Creo que a Romeo le hubiera encantado la idea.

La sierra eléctrica zumba con espasmos precisos. Tiene la ventaja sobre las manuales de que la hoja al pasar cauteriza las heridas, con lo que el sangrado disminuye.

—Un invento croata para descuartizar los cuerpos de los serbios hechos prisioneros —explica el Matracas.

Pelvis y piernas son separadas en bloque. Pedro las coloca en una batea que compró ex profeso para descarnarlas. El torso y los brazos van a dar a un costal de fibra de henequén, mismo que, de camino, tirarán en una atarjea del colector que deposita aguas negras en el entubado central del Viaducto. «¡Biodegradable, mi buen!».

Son las diez de la noche. Pedro cubre la charola con la cabeza con papel aluminio. Parece un pollo rostizado y no llamará la atención de los viandantes. En el auto del Matracas van hasta la colonia de los Doctores, y en la privada de Doctor Lucio se deshacen de las sobras. Luego, viajan hasta la calle de Donceles. Se estacionan junto a la acera. A esas horas está permitido. Caminan por Donceles, y en Guatemala giran a la derecha hasta donde está la malla de alambre que protege la boca del drenaje construido con tabiques en 1900, mismo que corre, ya dentro del recinto protegido del Templo Mayor, a un costado del adoratorio de Huitzilopochtli. Se cercioran de que ningún guardia esté vigilando esa zona. También, que no haya vagabundos dormidos en la banqueta.

—¡No hay moros en la costa! —dice el Matracas, y Pedro lo tira a locas.

Encienden sus lámparas de mano. Con unas pinzas para cortar alambre Pedro hace un boquete en la malla. Penetran al interior del drenaje, y

agachados se escurren a través del mismo hasta la esquina del adoratorio del dios de los guerreros. Ahí doblan a la derecha y rápidamente cruzan frente a las escalinatas. Antes de pasar junto al adoratorio de Tláloc se detienen para tomar un respiro.

—¿Se puede saber a dónde me llevas? —pregunta el Matracas, quien no entiende dónde están y qué es lo que pretende su amigo.

Pedro le da una explicación somera pues deben aprovechar el tiempo.

—Vamos a seguir por este pasillo hacia el norte para salir al lugar donde están los Templos Rojos y una construcción que tiene tres paredes cubiertas con cráneos ¡Doscientos cuarenta! Se llama *tzompantli*.

—¿Cráneos? —inquire alarmado su cómplice—. ¿De personas humanas, como tú y yo? No, no te lo creo, pinche Pedro. Me estás tomando el pelo.

—¡Ven, vamos para que los veas! —confirma, y echa a andar de nuevo. Pasan frente al templo de Tláloc y el Matracas quiere detenerse para ver el Chac-Mool que, en la oscuridad e iluminado tan solo por el haz de luz de la lámpara, se ve como una mole espantosa que amenaza con devorarlos.

El Matracas tiembla y las piernas se le vuelven de chicle. Sin embargo, Pedro no le da tiempo ni para zurrarse ni para salir corriendo. Lo toma de un brazo y lo arrastra hasta donde acaba el templo. Lo obliga a girar a la izquierda. Treinta pasos más y lo planta frente al *tzompantli*.

—Ahora sí, velos con calma —indica—, porque yo voy a trabajar un rato.

El Matracas no da crédito a lo que ve, mientras Pedro le hace entrega de la charola que ha venido cargando.

—¡Tenías razón, compadre! ¡Es cierto lo que me dijiste!  
—balbucea ante el macabro espectáculo.

Pedro toma la mochila que carga sobre la espalda. Busca en su interior y saca un cincel y un pequeño marro. Se aproxima a una de las paredes. La tercera hilera de cráneos queda a su altura. Escoge el quinto cráneo comenzando por la esquina derecha. Escarba alderredor con el cincel hasta remover el estuco. Trata de desprenderlo con las manos pero se resiste. Lleva colocado ahí más de quinientos años, desde la época del reinado del *Huey tlatoani* Ahuítzotl, y está petrificado. Usa el marro para empujar el cincel hasta donde puede hacer palanca con él. Logra aflojarlo y luego desprenderlo. Los cráneos laterales siguen firmes, pero puede quitarles parte de la argamasa a fin de tener más espacio.



Lleva el cráneo hasta donde está su cuate. Le quita la charola de las manos y se lo entrega. El Matracas pone cara de espanto. No sabe si ya se lo cargó el chamuco o es la indigestión provocada por los tacos de carnitas y el corazón que se tragó en la tarde. El cráneo pesa una barbaridad, más cuando Chimalli lo conmina: «Guárdamelo bien, no vayas a tirarlo. Lo quiero para decorar el altar de la Santísima Muerte».

La cabeza de Romeo, curiosamente al momento de morir sus facciones recobraron la masculinidad que aún le quedaba, es colocada en el hueco que dejó vacío el cráneo. Pedro la empotra lo mejor que puede, de suerte que se puedan ver los cabellos y sus rasgos de mulato. Luego, con un poco de cemento al que agrega agua que lleva en una botellita, recubre los bordes laterales y la integra perfectamente bien al conjunto. Ha hecho un cambalache que, aunque tétrico, resulta un alarde de mistificación estética.

Termina y va a sentarse junto al Matracas.

—¿Te das cuenta, ahora, de lo que puede hacerse con las cabezas? En lugar de desperdiciarlas a lo pendejo, cada cártel puede crear su *tzompantli* e ir decorando su zona de influencia. ¿Te imaginas lo que se pudo haber hecho con los setenta y dos cadáveres de la fosa de San Fernando?

El Matracas se rasca la mollera y arroja un flato que, además de oler a muerto, barre el polvo y las piedritas. Pedro le recrimina que sea tan puerco y desconsiderado, no con él sino con los cráneos, pero sobre todo que tarde tanto en darle una respuesta.

—Sí, puede hacerse. No le veo problema, aunque debo decirte que los narcos son bien desperdiciados. Les gusta despilfarrar; como no les cuesta a ellos. Déjame plantearlo con la Tuta o con *el Z-42*, que son los más sanguinarios. ¿Sí, no?

—Yo seguiré con mi trabajo de hormiga —asegura—. Te habrás dado color de que una vez que comienzo con algo lo llevo «hasta las últimas consecuencias» —remata, imitando a los políticos corruptos involucrados con la seguridad del país, expertos en dar falsas promesas.

Por suerte, la oscuridad reinante es casi absoluta, porque mientras ellos platican y no pueden percatarse, la cabeza de Romeo ha abierto los ojos. Mira a lo lejos un camino incierto y *muere* de ganas por saber adónde conduce.

## VI

Tizoc y Yolatl descienden las escalinatas de los *cúes* de sus respectivas deidades. Han terminado con los sacrificios del día y, además de tomar un baño de vapor en el *temazcalli* para librarse de impurezas, deben prepararse para la celebración de la fiesta del decimoquinto mes, llamada *Panquetzaliztli* y dedicada a Huitzilopochtli. Una fiesta llena de exigencias previas que requiere de una participación activa y cotidiana por parte de los sacerdotes, quienes deben cumplir un sinnúmero de obligaciones.

Llegan a la plataforma del adoratorio que está a ras del suelo, se saludan y empiezan a ponerse de acuerdo para, tal y como se los expuso su maestro Tlacateótl, iniciar la penitencia de ochenta días, un día después de que termine el decimoprimer mes, *Ochpaniztli*, y sobre la forma en que podrán capotearla sin que los haga pasar penurias.

—No me preocupa tanto la penitencia, que a fin de cuentas hasta puede ser divertida, con tantos bailes y cantos, sino el ayuno de cuarenta días — expresa Tizoc, para quien los alimentos, sobre todo si los disfruta en compañía de su amigo, constituyen su satisfacción predilecta.

Yolatl no había pensado en ello, pero ahora que lo trae a colación Tizoc, simplemente de imaginarlo le comienzan a rugir las tripas.

—Algo podremos hacer —comenta, cuando se ve interrumpido por la presencia de Chilli, quien se aproxima a ellos con la cara descompuesta.

—¡Ya no puedo más con los cráneos del *tzompantli*! —se queja con amargura—. Cuando no debo desensartar veinte para colocar en el lugar que los *tlenamacac* me exigen la cabeza de algún personaje distinguido, tengo que acabar de descarnar aquellos cuyos restos no apetecen los zopilotes, tarea que me resulta nauseabunda. Le he pedido a Etl que me ayude, pero se ha negado con el argumento de que les tiene miedo. ¡Y no es para menos; a mí también

me causan terror!

Tizoc y Yolatl, que pensaban despedirlo con cajas destempladas, pues de alguna manera Chilli les resulta antipático, empiezan a prestarle atención, y el primero inquiere qué es lo que sucede con los cráneos que le provoca pavor.

Chilli medita antes de dar una respuesta. No quiere que lo tomen por loco ni que vayan a pensar que come *peyotl* o se desmanda bebiendo pulque y sufre alucinaciones. Si lo malinterpretan y denuncian puede costarle la vida, y las cosas no son como para arriesgarse a tanto.

—Aunque parezca una barbaridad lo que voy a contarles —dice a manera de salvaguarda—, algunos son muy inquietos. Murmuran, silban y frecuentemente hacen ruido con las mandíbulas, sobre todo cuando comienza a ponerse el Sol. Otros, en especial las cabezas recién ensartadas y que aún conservan piel en las caras, se los juro por mi *tona*, hacen gestos de disgusto o de dolor y hasta llegan a quejarse. Hace dos días, para no ir más lejos, me encontré empotrada en el adoratorio erigido por Ahuítzotl y dedicado a Yacatecuhtli, dios del Mictlán, una cabeza con cabello y rasgos muy distintos a los nuestros, y lo peor, con los ojos abiertos. No sé cómo alguien sustrajo uno de los cráneos y en su lugar colocó esa cabeza, misma que tiene la capacidad de aparecer y desaparecer a capricho.

—¿Quieres decir que a veces es posible verla y hasta tocarla con las manos?  
—pregunta Tizoc, sin ocultar su inquietud.

—Sí, pero nunca permanece mucho tiempo porque le da por flotar y esfumarse entre las sombras. La verdad, es inasible y me causa mucho miedo. ¿Creen ustedes poder hacer algo?

—No, no creo —responde Yolatl—. Así como lo platicas, Chilli, parece que se trata de un encantamiento hecho por algún mago o hechicero. Ellos son capaces de transformarse en animales porque conocen las palabras mágicas. Pueden asesinar a una persona desde lejos y sin tocarla. Esto pudo haberlo hecho alguien nacido bajo los signos maléficos 1-Lluvia o 1-Viento para consumir una venganza. ¿No te has fijado si lleva impreso en la frente el número nueve, el símbolo de las divinidades de la noche, de la enfermedad y de la muerte?

Chilli no sabe qué contestar porque ni siquiera se le ocurrió fijarse. Promete hacerlo la siguiente vez que la vea, si es que la cabeza lo deja.

—Debes buscar un hechicero, solo que hazlo con cuidado, y pedirle que

haga un conjuro para que desaparezca y quede sujeta en alguno de los niveles del Mictlán —propone Tizoc.

Chilli, pobrecillo, entiende que está perdido con tantos fantasmas alderredor. Buscar a un hechicero le resulta cuesta arriba. No tiene los arrestos para arriesgarse, y lo único que puede hacer es colgarse de la rama de un árbol o, todavía más difícil, acudir al *Mexicatl teohuatzin*, «el mexicano venerable responsable de los dioses», a fin de que cambie su castigo por algo más llevadero. Se retira con la cola entre las patas en busca de Etl para, juntos, llorar la tragedia que les deparó el destino.

Tizoc, más que afligido, se queda con muchas inquietudes. En algún momento, más adelante, tendrá que volver sobre el asunto. Son incidentes que en cierta forma le competen, sobre todo por su capacidad para vincularse con fenómenos que rebasan los asideros terrenales.

Ya libres de la monserga que les significa Chilli, los sacerdotes amigos acuden al *calmecac* con el objeto de estar listos para comenzar la penitencia. Es hasta la medianoche cuando Tizoc y Yolatl, completamente desnudos y acompañados de otros muchos *tlamacazqui*, se dirigen a cada uno de los adoratorios, comenzando con los de Tláloc y Huitzilopochtli, localizados en el recinto sagrado del Templo Mayor en la ciudad de Tenochtitlan, para colocarles ramos de cañas verdes y espinas de nopal y cubrirlos con ellos. Llevan consigo caracoles y flautas de carrizo que hacen sonar de manera intermitente, un rato los caracoles y otro las flautas o pitos, de suerte que con la música provocan una gran algarabía entre los habitantes de la capital del imperio.

Se trata de un trabajo exigente que deben hacer con devoción y disciplina, sin que llegue a ser áspero. La parte difícil, e inclusive dolorosa, comienza cuando, despojados de ropa y desprovistos de *cactli*, o sandalias con suela de fibras vegetales o de piel que les cubran las plantas de los pies, se internan en el campo, entre breñas y zarzales, para proseguir con la penitencia en los humilladeros de los montes, aunque estos se encuentren muy lejos.

Así transcurre la primera noche, y para cuando retornan al *calmecac* llevan los pies despellejados, con ampollas y cubiertos de sangre seca. El dolor es intenso y ambos, a pesar de que no se quejan, llevan el ceño fruncido.

Tizoc se hace de unos baldes con agua tibia y salada. Mete los pies e invita a Yolatl a que haga lo mismo. El alivio les llega después de una hora. Ya para

entonces duermen sentados sin dejar de cabecear.

Repiten la ceremonia durante muchos días, de suerte que se les curten las patas, les salen callos en los talones y por debajo de los dedos. No solo pueden caminar con ligereza, sino incluso echar a correr cuando es necesario para no perder la pista de los que van adelante o alejarse de algún peligro. Estas excursiones nocturnas, pasado el trámite de endurecer los pies, les resultan fascinantes porque los vinculan estrechamente con la bóveda celeste, la que pueden observar a sus anchas. En algún momento concluyen que los hermanos de Huitzilopochtli que murieron junto con Coyolxauhqui, la Luna, para convertirse en estrellas, debieron ser muchos más de cuatrocientos, debido a que en el firmamento estas se muestran, hasta donde alcanzan a ver sus ojos, por cientos de miles. Las estrellas fugaces son su predilección porque, amén de que no pueden concebir tal fenómeno, se pierden en elucubraciones sobre dichas esferas a las que identifican como deidades errantes que intentan encontrar su lugar en el universo.

También disfrutan, a pesar de que a veces se asustan, con los sonidos que producen los animales nocturnos que salen de cacería: coyotes, lobos, zorros, ocelotes, pumas y las serpientes provistas de crócalos; o que duermen en las copas de los árboles, como los tordos, grajos, urracas, palomas y muchas otras aves; o los de los insectos que se aparean en las hojas de los arbustos, cañas, magueyes y demás plantas, como las chicharras que cantan *chi chi chi* y se esconden en el heno, o los chapulines, que llaman *acachapolin*, y tienen forma de saeta y se la pasan masticando el pasto. No es extraño que también se topen con liebres, cervatillos y venados, o que el silencio del camino se vea perturbado por una bandada de codornices que lo cruza haciendo alharaca.

Yolatl siente especial atracción por las *icpítl*, o luciérnagas, que sobrevuelan el espacio nocturno con sus colitas encendidas como si llevaran una tea con fuego, se concentran en pequeñas nubes de luz y luego se expanden por el campo para, a veces, alumbrar más que las candelas que los *macehuales* colocan en el interior de sus *calpullis*. Las rodea una leyenda que los mexicas aprenden desde niños, en la que se cuenta que cuando las luciérnagas vuelan en grupos algunos bobos creen que son hechiceros que andan de noche y echan lumbre por la boca y por el culo. Cada vez que se topan con ellas, Yolatl las persigue girando los brazos como aspas con la esperanza de atrapar algunas, pues le fascina llevarlas entre las manos.

Tizoc, en cambio, prefiere recolectar unos escarabajos que se llaman *mayatl*, muy hermosos, cuyas alas relucen igual que las esmeraldas, y como no hacen ningún daño puede conservarlos en una jícara de regular tamaño. Los llama su tesoro y no anda desencaminado porque los animalitos comparten espacio con pepitas de oro, dijes hechos con plata e innumerables *chalchihuites* y gemas que ha reunido a lo largo de los años.

El primer mes se ha terminado. Ahora, además de la penitencia, los sacerdotes deben guiar a la población, tanto hombres como mujeres, para que comiencen a cantar y bailar el *tlaxotecayotl*, que se hace en loor de Huitzilopochtli. El canto se inicia con el crepúsculo y se prolonga hasta la medianoche. Las voces, dulces y melodiosas, se mezclan con el sonido de flautas y caracoles, a los que marca el ritmo el *tam tam* de los atabales. El baile es cadencioso y fácil de ejecutar. Los varones llevan cascabeles en los tobillos y deben levantar la pierna derecha primero a la altura del ombligo para, enseguida, hacer un giro completo mientras se sostienen con la pierna izquierda. Luego, bajan al suelo la pierna derecha, y ya bien plantada levantan la izquierda y repiten lo hecho. Los brazos, ricamente enjoyados, permanecen extendidos y solo agitan las muñecas para hacer sonar una especie de maraca que empuñan con las manos. Las mujeres, formadas en hilera alderredor de los hombres, bailan con pasos cortos, culebrean, y cada tanto se inclinan, y al incorporarse palmean con las manos imitando el sonido que hacen cuando, con la masa de maíz entre sus palmas, preparan las tortillas que han de acompañar a los alimentos.

Tizoc, entre otros, vigila que el baile se haga con propiedad, y sobre todo con absoluto decoro. No está permitido que hombres y mujeres dialoguen entre sí y mucho menos que se toquen. Sin embargo, ni él ni Yolatl son muy estrictos. Con frecuencia se hacen de la vista gorda y solo cuando alguien se desmanda lo obligan a comportarse con un *jchist, chist!*, que todos entienden.

El maestro Tlacateótl se hace presente de vez en cuando. Dialoga con los demás sacerdotes y les indica el avance de la fiesta y las fechas importantes:

—Faltan nueve días para efectuar los sacrificios de los esclavos y cautivos —comunica—. Reúnan a los esclavos frente al *cu* de Huitzilopochtli. Vigilen que los ancianos de los barrios vayan con sus cántaros a recoger el agua en la fuente de Huitzilatl.

Los viejos cumplen a pie juntillas. Todos van a la fuente y regresan a

donde están los esclavos con sus cántaros llenos de agua y cubiertos en la boca por una tapa hecha con hojas de ahuehuete. Los sacerdotes derraman el agua sobre la cabeza y el cuerpo de cada uno. Los vestidos con que se cubren tanto varones como hembras quedan empapados.

A continuación, los sacerdotes proceden a encuerarlos. Frente a la desnudez de las mujeres Tizoc medio se acalambra. Algunas son muy hermosas, y no puede mentirse a sí mismo, le gustaría poseerlas. Lástima que van a ser sacrificadas, piensa, y de inmediato se arrepiente. Tiene que distraerse con imágenes que calmen su lascivia. Recrea las de las mariposas que revolotean sobre los macizos de flores, así como las que ha experimentado con las estrellas fugaces, porque está próximo a tocar esos cuerpos con sus manos y debe hacerlo con un ánimo que esté exento de retorcimientos sexuales.

Los esclavos se forman para que sus brazos y piernas sean teñidos de color azul. Enseguida, Yolatl, Tizoc y otros compañeros, utilizando unos tepalcates, hacen rayas sobre la tintura. Después, pintan sus caras con tiras de color azul entremezcladas con franjas amarillas, hasta taparlas totalmente. Sus cuerpos son cubiertos con trozos de papel amate teñidos de varios colores, y en la nariz se les incrusta una saeta delgada o una espina de pescado. Luego, y para terminar con el atuendo que precede a su sacrificio, las mujeres, aquí los sacerdotes ya no intervienen, colocan sobre la cabeza de los hombres unas coronas hechas con cañitas atadas de las que brotan manojos de plumas blancas; lo mismo hacen con ellas, solo que sus plumas son de color amarillo.

Una vez aderezados de esta manera y expuestos a la contemplación de la nobleza y de los *macehuales*, se reanudan los cantos y los bailes, solo que ahora pueden danzar en parejas, lo que propicia la ilusión del amor y las relaciones carnales, sin que estas nunca lleguen a consumarse. Llega, así, el periodo de cinco días que precede al sacrificio, durante el cual, y siempre vigilados por los sacerdotes, los dueños de los esclavos inician un ayuno que solo interrumpen al mediodía a fin de reponer la energía. Tizoc y Yolatl se las ingenian para ser convidados. En un rincón aparte, los sacerdotes son aposentados y servidos por las señoras de las casas con raciones de deliciosos tamales y jarras con agua de chía. Una comida frugal, sin duda, pero suficiente para aplacar el hambre que todo el día los trae con las tripas alborotadas.

Es durante estos breves recesos cuando los amigos aprovechan para, además de descansar un rato, platicar acerca de lo que más les inquieta.

Tlacateótl los ha seleccionado para que, en el caso de Tizoc, desempeñe el papel del dios Páinal, asociado íntimamente a Huitzilopochtli, y que Yolatl le sirva como ayudante. Ambos deberán hacer un recorrido por los distintos barrios y señoríos sujetos al gobierno de Tenochtitlan, donde además de visitar los adoratorios de sus dioses, tendrán que sacrificar a muchos cautivos.

—Va a ser una jornada extenuante, Yolatl —anticipa Tizoc—. Tendremos que hacer un recorrido que va desde los adoratorios del Templo Mayor hasta Coyoacán, pasando antes por Tlatelolco, Chapultepec y muchos barrios que pertenecen al señorío de Tacuba. Espero contar con la fuerza suficiente para no desmayar en el camino y cumplir cabalmente con lo que se espera de nosotros.

—Yo también estoy nervioso —concede Yolatl—, pero creo que es una distinción muy honrosa la que se nos ha hecho. Tenemos que aprovecharla y ya tengo preparados nuestros cuchillos y pequeñas hachas para que no fallen. Las he pulido con arena de río y creo que nunca habían estado tan bien afiladas.

—¡Qué curiosa designación se nos ha hecho, Yolatl! Siempre pensé que el papel de Páinal tenía que ser desempeñado por un guerrero notable —acota Tizoc—. Un capitán de nuestros escuadrones de Caballeros Águila, como se hace en los combates.

—De hecho, Tizoc —interrumpe su amigo—, ese papel siempre le corresponde a uno de los capitanes, el más ligero y presuroso, capaz de mover aprisa a nuestros guerreros. Sin embargo, si muere en el combate, durante sus funerales Páinal, dios-hombre, es representado por un sacerdote ataviado con ricos ornamentos, mismo que es llevado en una procesión en la que todos corren, creo que debido a que el dios simboliza la prisa que hay que poner en los combates para no caer en las celadas de los enemigos.

—¡Mira, mira, qué bien que me lo aclares! Eso me confirma que Tlacateótl nos nombró con conocimiento de nuestros rituales.

—Sin duda, Tizoc. Así es que ya no te quejes.

—¡No, si no es que me queje! ¡Es solo que me da mucha güeva!

Yolatl no agrega comentario alguno.

Por la noche muchas personas aprovechan para darse un baño en las fuentes de los oratorios que llaman *ayauhcalco*, situados en las orillas de los ríos. Se trata de un baño propiciatorio durante el cual los varones se pinchan



las orejas y el prepucio con espinas de maguey y dejan que la sangre se mezcle con el agua.

Llegados al cuarto día de la cuenta final con la que se agota la fiesta de Panquetzaliztli, mientras el baile incrementa su ritmo, y con gran prisa unos saltan y corren, y otros danzan desaforados, los esclavos y cautivos son tratados con suma consideración. Se les viste y alimenta como si fueran personas principales, y se les hacen fiestas y carantoñas en las casas de sus dueños.

Los esclavos que van a morir quedan muy agradecidos, tanto que se presentan en las casas de sus amos para despedirse. Llevan con ellos cuencos que contienen tinta de color azul cobalto y cantan su lamento con voz grave.

Tizoc se conmueve, pero Yolatl, que tiene un carácter más fuerte, se muestra inmovible. Es más, le encanta esa ceremonia. Los esclavos meten ambas manos en los cuencos y enseguida ponen las palmas, bien apretadas, sobre los umbrales de las puertas y los postes de las casas de sus amos, a fin de que queden impresas y estos no los olviden. Una cortesía que obliga a muchas mujeres a soltar sus lagrimillas.

Los dueños, sobre todo los comerciantes que trafican con esclavos, a su vez se conduelen y quieren ser recíprocos. Los reúnen en el *capulco*, debajo del *cu* de Huitzilopochtli, los despojan de las tiras de papel coloreado y los hacen sentar sobre unos petates. Les dan de comer con abundancia y les permiten beber *pulcre*; todo el que quieran pues, al fin, van a morir. Ahí les permiten dormir.

Tizoc y Yolatl se separan del barullo generalizado. Se dirigen al *cu* del dios de la guerra a fin de prepararse durante la noche. Dirigidos por Tlacateótl, un grupo de *tlamacazqui* viste a Tizoc con un *maxtlatl* de color morado que tiene pintadas muchas conchas marinas y unos peces de color plateado. Encima, para proteger el torso, lo cubren con una túnica de piel de tigre con mangas muy cortas, el *xicolli*, y se la anudan por el frente con unas cintas de plata cincelada. Luego, para que sea identificado con el dios Páinal, amarran sobre su hombro derecho una manta de color verde muy oscuro, bordada con figuras de cráneos y serpientes entremezclados, conocida como *coaxayacayo tilmatli*. En la cabeza le colocan un tocado de plumas, todas de color verde y con las puntas coloradas.

Yolatl, a su vez, es ataviado con prendas similares a excepción de la *tilmatli* que, en su caso, es de color negro sobre el que está estampada una gran

variedad de huesos humanos.

Amanece. Páinal y su corte de ayudantes descienden de lo alto del adoratorio de Huitzilopochtli. Corren, acompañados del sonido lúgubre de los caracoles, hacia el juego de pelota que está en medio de un patio llamado *teotlachco*. Allí, sacrifica a cuatro cautivos en honor del dios Amapan, y otros dos para honrar al dios Oappatzan, cuyas estatuas están en el sitio. El cuchillo ceremonial de obsidiana roja le ha servido de maravilla para extraer con facilidad los corazones. Tizoc está contento. Ha comenzado con el pie derecho. Yolatl y otros compañeros arrastran los cuerpos sobre las baldosas del patio para ensangrentar el suelo. Terminan la operación y, sin perder tiempo, salen corriendo por el camino de Nonoalco hacia Tlatelolco. En el trayecto se les unen unos hechiceros y una multitud. Ahí, el sacerdote del adoratorio del dios Quauitlicac, aparejado en el panteón con Páinal, sale a recibirlos y entrega a Tizoc unos ornamentos para que se los ponga en el cuello, las orejas y los brazos. Todos juntos van hasta Tacuba, al barrio de Popotlan, donde sacrifican a otros prisioneros.

Hasta allí las distancias han sido relativamente cortas. Dado que todavía es temprano, se permiten un descanso. Beben agua de chía y amaranto pero se abstienen de hablar porque los dioses no platican. Estiran las piernas y otra vez salen corriendo rumbo al cerro de Chapultepec. Arriban, jadeando, a la orilla del río Izquitlan, que corre entre el bosque de coníferas, y en un adoratorio matan a otros cautivos que tienen el rango de *izquitecas*.

La siguiente tirada es larga. Coyoacán está más o menos lejos y los caminos no son tan buenos. Empero, Tizoc, acicateado por Yolatl, imprime velocidad a sus piernas y logran llegar en una hora. Desde las casas de Coyoacán se meten a los barrios, Iztacalco entre ellos, y en algunos donde hay adoratorios, sacrifican a algunos cautivos.

Entretanto, y mientras Páinal está ausente, en la plaza del Templo Mayor y en presencia del *Huey tlatoani* Moctezuma Xocoyotzin y sus pares de Texcoco y Tlacopan, así como de otros señoríos, se celebran escaramuzas entre los esclavos que van a morir formados en dos bandos. El *tlatoani* entrega a los del bando llamado *Huitznahua* jubones amarillos y rodela pintadas con círculos concéntricos de color blanco y negro, unos garrotes de pino, así como arcos y flechas. Los del otro bando, menos pertrechados, solo llevan arcos y flechas con puntas de pedernal. Se matan unos a otros con denuedo. No tienen nada

que perder y se arriesgan con el pecho abierto. Los que caen cautivos son llevados de inmediato hasta donde está un enorme *teponaztli*, a fin de ser sacrificados.

Después de recorrer muchas leguas, Páinal-Tizoc y su comitiva regresan al Templo Mayor. Es al momento de su arribo cuando un sacerdote que está arriba en el *cu* exclama: «Ah, mexicanos, no peléis más, cesad de pelear que ya viene el señor Páinal!». Nada más escucharlo y todos los contendientes salen huyendo.

El día todavía no declina y tienen tiempo para que de las Casas Nuevas de Moctezuma traigan y presenten a Páinal dos plumajes redondos, del tamaño de un escudo, con la parte central agujereada. Los plumajes están sujetos a unas astas semejantes a las de las lanzas y estas son cargadas por unos mancebos. Las astas son entregadas a dos Caballeros Tigre. Estos avanzan unos pasos hacia el *cu* de Huitzilopochtli y las entregan a otros dos. Se cambian cada tanto hasta llegar a la puerta del patio del *cu* del dios de la guerra. Una vez ahí, dos mancebos las suben al adoratorio para colocarlas sobre una estatua de Huitzilopochtli hecha con masa de maíz y semillas de amaranto, misma que ha sido cocida ex profeso en la gran cocina de la casa llamada *Xilocan*.

Yolatl ha terminado con su encomienda, mas no con sus obligaciones de sacrificador. Hace una señal a Tizoc, se separa del grupo y sube por las gradas del templo hasta llegar a su cúspide. Cambia su atuendo en un santiamén y acude a donde están los mancebos descansando. Les hace una punción profunda en las orejas para que se espabilen. Estos, ni tardos ni perezosos, cargan con la estatua de Huitzilopochtli y la bajan con el objeto de que sea cortada y repartida entre los asistentes para que la compartan con sus amistades de los barrios y la coman.

Tizoc, entretanto, sube al adoratorio de Huitzilopochtli para despojarse de la indumentaria que lo identifica con Páinal y usar la *tilmatlí* negra propia de los sacerdotes. Se prepara, así, para actuar como sacrificador de los esclavos y cautivos que, pronto, le serán entregados por los *tlamacazqui* que lo auxilian. Uno de ellos, en efecto, toma en sus brazos la estatua de Páinal, y con gran prisa desciende la escalinata. Al llegar abajo camina delante de los que van a morir y los exhorta a que lo sigan. Todos juntos suben las gradas hasta llegar al *cu* y se colocan en una esquina de la plataforma.

Así, en presencia de una multitud abigarrada que satura el espacio de la plaza sagrada del Templo Mayor, Tizoc inicia la ceremonia de los sacrificios. Comienza con los cautivos a los que extrae el corazón sobre la enorme piedra. Su brazo es rápido y certero. No descansa ni por un segundo. Sus compañeros embarran los corazones sobre la efigie de Huitzilopochtli hasta que la pulpa es medianamente absorbida por esta. Luego, continúa con los esclavos. Sacrifica al primero, y de inmediato se escuchan los sonidos estridentes de los caracoles y cornetas que acompañarán al muerto mientras este es arrojado por las gradas del templo y se despeña rodando, con el objeto de que su sangre las empape, dejando un rastro siniestro.

Muchas horas batalla Tizoc con los esclavos hasta dar por terminado su servicio. Está literalmente molido. Yolatl debe rescatarlo y conducirlo al *México-Calmeac*, donde moran los sacerdotes del culto de Tláloc, para que duerma y recupere la fuerza. Todavía no cae su cuerpo encima de la estera, cuando ya se escuchan sus ronquidos. Lo cubre con una manta y lo deja dormir, mientras él se dirige al *temazcal* para darse un baño y, de pasada, comer unos tamales que le permitan sobrellevar la noche.

La plaza está vacía cuando Yolatl la atraviesa. Todos se han ido a sus casas para festejar, beber un pulque especial llamado *matlaloctli*, que quiere decir pulque azul, color vegetal con que se le tiñe, y fumar cañas de humo preparadas con un tabaco exquisito.

Yolatl regresa a la medianoche. Evita pasar frente al *Hueitzompantli* pues no quiere toparse con una calavera errante o alguno de los fantasmas descritos por Tlacateótl. Limpio del cuerpo y con la barriga llena, su corazón está contento y sabe, porque así le sucede cuando ha trabajado en exceso, que sus sueños serán placenteros.

El día siguiente está dedicado a nuevas escaramuzas en las que combaten los ministros de las deidades en contra de los *macehuales* que estudian en el *tepochcalli*. El líder de los sacerdotes lleva sobre la cara una máscara espantosa que semeja un dragón y en la mano una penca de nopal. Pelean usando varas de oyamel, con cañas macizas y pencas de maguey molido con las que provocan una comezón de los mil diablos. Esta vez Tizoc y Yolatl van en la retaguardia del primer bando.

El punto de estas escaramuzas es hacer que los contrarios griten de dolor. Para ello, los contendientes, sobre todo los sacerdotes, se empeñan en punzar

las orejas, los antebrazos, el pecho y los muslos de sus contrincantes con espigas de maguey. Tizoc no desaprovecha la ocasión para, aunque pertenecen a su mismo bando, fustigar las espaldas y las nalgas de Chilli y Etl, a los que, cuando están desprevenidos, los zurra que da gusto con los manojos de cañas.

Las escaramuzas de este día sirven, de alguna forma, para aliviar la tensión que se ha ido acumulando durante los ochenta días de penitencia, los constantes ayunos, y en cierta manera, con la matanza de tantos sacrificados. Son un entretenimiento, salvaje si se quiere ver así, que propicia la reconciliación de la vida con la muerte. Los jóvenes las disfrutan, y aunque se pegan macizo, la verdadera intención es crear camaradería entre ellos, ya que muchos con el tiempo acabarán siendo guerreros y lucharán en los mismos escuadrones.

El último día de la fiesta *Panquetzaliztli*, llamado *nexpixolo*, es visto con recelo por Tizoc y Yolatl y no les gusta porque los ancianos aseguran que los esclavos muertos todavía rondan por ahí; que no han entrado en el Mictlán y que solo lo harán hasta que los perros del inframundo salgan de sus madrigueras para llevarlos consigo. Esta creencia de los viejos, expresada seguramente bajo los efectos del pulque, que a ellos sí les está permitido beber, alimenta la superstición de que para evitar que la *tona* de cada individuo se confunda con los rastros de los esclavos y sufra de alguna enfermedad terrible, todos deben bañarse y lavarse la cabeza con espuma jabonosa en la fuente cristalina del *Tezcaapan*. Un baño comunitario que, a manera de desenlace, repele a la sensibilidad de los jóvenes sacerdotes.

—Estoy hecho pinole, Yolatl —reconoce Tizoc—. Nunca, desde nuestra iniciación, había trabajado tanto. Sin embargo, estoy convencido de que el sacrificio humano es la ofrenda máxima que podemos hacer a los dioses y ello me reconforta.

—Yo también estoy agotado, pero coincidido contigo. Somos un pueblo vinculado con la muerte en todos los aspectos de nuestra vida, al grado de que uno de los días del calendario lleva su nombre: *miquiztli*. Todas nuestras tradiciones apuntan a que desde nuestros orígenes la muerte por sacrificio ha sido considerada la mejor manera de preservar nuestras raíces y la protección de los dioses.

—Tanto que no hay mes en el que no se celebren, ya sea en los adoratorios del Templo Mayor de Tenochtitlan o en los de otros señoríos. Aquí, Yolatl, en

el *cu* de Huitzilopochtli todavía nos falta conmemorar la fiesta del decimoséptimo mes, llamada *Tititl*, en honor de Yacatecutli, señor de los ámbitos del Mictlán, donde las *tonas* de los muertos sufren padecimientos espantosos.

—No se te olvide que esa fiesta se hace para honrar a la diosa Ilima tecutli o Tona —interrumpe Yolatl— y en ella se sacrifica a una mujer a la que se le saca el corazón y luego se decapita. La cabeza, recuerdas Tizoc, estuvimos en la fiesta del año pasado, es llevada por los cabellos por un sacerdote, quien simula bailar con ella. No sé si eso me agrada.

—Yo tampoco lo sé. No me gusta sacrificar mujeres, aunque a veces tengo que hacerlo, y si lo ves objetivamente, su sangre es tan valiosa como la de los hombres.

Ambos callan un momento para reflexionar sobre lo que han dicho. Por la mente de Tizoc desfilan las imágenes de las diosas llamadas Cihuapiltin que bajan a la tierra durante la fiesta movable sujeta al signo *ce ozomatli*, con la intención de dañar a los niños y niñas con granos y otras enfermedades, y cuya presencia nociva se ahuyenta con el sacrificio, más que justificado, de varias mujeres.

Por su parte, Yolatl rememora escenas de la fiesta del undécimo mes llamada *Ochpanitzli*, donde, entre otras cosas, se sacrifica a una mujer ataviada con los atuendos de la diosa Toci, se le decapita, y todavía con el cuerpo caliente se procede a desollarla con el objeto de que uno de los sacerdotes pueda vestirse con su pellejo, conocido con el nombre de *teccizquacuilli*. Esta ceremonia está destinada a honrar al dios del maíz, Cinteótl.

Las escenas recreadas por ambos, aunque corresponden a la liturgia aceptada por los aztecas, no dejan de causarles desagrado, y por ello respiran profundamente. Método al que acuden con frecuencia, pues les sirve para despejar las telarañas mentales y serenar el espíritu. Pueden así, ya con la mente limpia de impurezas, concentrar su atención en otros aspectos de la vida que también les conciernen.

Es tiempo de las llamadas *guerras floridas* que se celebran periódicamente entre los señoríos de Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan, la célebre Triple Alianza, en contra de sus enemigos ancestrales, los reinos de Tlaxcala, Huexotzinco y Zempoala. Estos combates están destinados principalmente a la captura de

guerreros enemigos para, en calidad de cautivos, trasladarlos a los *cúes* de las diferentes deidades a fin de sacrificarlos. Sin embargo, antes de comenzar las hostilidades se busca un pretexto para declarar la guerra y asociar los avatares bélicos con los intereses políticos.

Esta vez, Tizoc y Yolatl se enteraron en una reunión sostenida en el *calmecac* de que el motivo lo propició el ataque, injustificado y cobarde, de unos soldados tlaxcaltecas, a los que se tildó de borrachos, sobre una caravana de comerciantes mexicas que se dirigía a intercambiar mercancías en los poblados aledaños al volcán Citlaltépetl. Iban en la comitiva varias mujeres cargadas con pescados secos, ranas, legumbres, patos y codornices. Los tlaxcaltecas, no faltaba más, aniquilaron a los comerciantes varones y a las hembras, además de violarlas con esmero y alegría, las despojaron de sus pertenencias. Las mujeres, semidesnudas y golpeadas, regresaron llorando a Tenochtitlan. La afrenta es tal que despierta la ira en los corazones del *Huey tlatoni*, que también ostenta el título de *tlacatecuhtli*, o jefe de los guerreros, y los grandes dignatarios, entre ellos los miembros del consejo supremo de la ciudad o *Tlatocan*, y el *Cihuacóatl* Tlacaoeltzin, quienes, obviando la intervención de los embajadores o *Quauhquauhnochtzin*, ordenan a los capitanes tenochcas, tanto al *Tlacateccatl* como al *Tlacochealcatl*, señor de la casa de los dardos, que levanten en armas a sus batallones de Caballeros Águilas y Tigres para ir a castigar a los culpables, cosa que hacen en unos cuantos días.

Pronto, la ciudad se llena de hombres bronceados y musculosos que ostentan penachos, escudos cubiertos de plumas o con adornos hechos con mosaicos, macanas, cuchillos de obsidiana, propulsores de dardos, o *atlatl*, así como túnicas forradas de algodón con primorosos bordados, y cascos hechos de madera, plumas o papel con los que adornan sus cabezas. También, pero esos no se notan porque actúan subrepticamente, de algunos *quimichtin*, o ratones, que vestidos y peinados como los tenochcas, se comunican con la gente en su propia lengua y espían los movimientos militares.

El espionaje, es bien sabido, se practica por todos los contendientes. Una actividad que, aunque bien remunerada, no deja de ser riesgosa. Chilli y Tomatl, durante la guerra sostenida contra el señorío de Coyoacán, desempeñaron ese papel bajo el amparo de la vestimenta y peinados que usan los comerciantes. Su hazaña les procuró unos dijes hermosos de plata y perlas

que les regaló el *Cihuacóatl* en propia mano y la envidia de sus compañeros.

Se trata de una actividad tan recurrente, que el *Huey tlatoni* Axayácatl, durante su reinado mandó construir, en la parte sur del recinto sagrado del Templo Mayor, un adoratorio nombrado *Macuilcalli* para que en su edificio se encerrara a los espías antes de ser subidos al *cu* para ser sacrificados.

Tizoc escuchó que fueron detenidos dos espías de Tlaxcala y tres *ratones* de Huexotzinco. Su curiosidad es enorme y pide a Yolatl que lo acompañe al *Macuilcalli* para tener la oportunidad de observar a esa gente que le resulta francamente despreciable.

—¿Estás seguro de que quieres ver lo que se hace ahí con los prisioneros?  
—inquire Yolatl.

—¡Sí! ¿Por qué lo preguntas? ¿Sabes algo de lo que yo no esté enterado?

—¿Algo? No, solo que me han dicho que es escalofriante.

—¿Después de lo que nosotros hacemos, puede haber un sobresalto más agudo, un gemido más amargo?

—Siempre, en casi todas las cosas de la vida, habrá algo que supere lo que consideramos el límite, Tizoc. Nunca doy nada por sentado para evitarme sorpresas.

Yolatl ha tenido una intuición certera. Apenas están en los linderos del adoratorio cuando escuchan unos alaridos espeluznantes. Un sacerdote, acompañado de un par de guerreros a los que se denomina *otomíes* por su destreza en la guerra, custodian la puerta de ingreso. Los jóvenes se detienen tan pronto como les da el alto.

—Queremos presenciar los sacrificios —afirma Yolatl con seguridad en la voz—. Somos *tlamacazqui* de Tláloc y Huitzilopochtli. Queremos aprender lo que aquí se hace.

El sacerdote hace una mueca dubitativa.

—¿Están seguros?

—¡Lo estamos! —confirma Tizoc, mientras adelanta un pie.

Los guerreros los miran con ojos de cristal de roca y una sonrisa. Parecen no tener inconveniente alguno para permitirles la entrada, solo que bajo su propio riesgo.

Al fin, entran. Uno de los soldados los hace pasar por un largo laberinto que da varias vueltas y desemboca en donde están las celdas. En una de ellas yacen dos ratones. Uno tiritita y se meseta los cabellos. El otro pronuncia una



oración que refleja su angustia:

Me siento ebrio, lloro, sufro,  
cuanto sé, digo y recuerdo:  
¡Ojalá nunca muriera yo,  
ojalá jamás pereciera!  
¿En dónde no hay muerte?  
¿En dónde es la victoria?  
Allá fuera yo...  
¡Ojalá que nunca muriera yo,  
ojalá que jamás pereciera!

Sin embargo, no los mueve a compasión. Ellos saben que los informes de los espías ocasionan la muerte de muchos guerreros. Que son utilizados para celadas en el campo de batalla, para sorprender al enemigo y masacrarlo. Que no se tientan el corazón para traicionar a quienes les han otorgado su confianza y son capaces de mentir con tal de salirse con la suya. ¿A cuántos no se llevan entre las patas?, es la pregunta cuya respuesta es la condena a muerte.

Los espías son sacados de la celda con alarde de fuerza. Se les traslada hasta donde está la piedra de los sacrificios en la cúspide del templo. Los sacerdotes los desmiembran lentamente. Cada brazo, cada pierna, es amputado a la vez. Sus aullidos rebotan en las paredes y penetran en las entrañas de un dolor incandescente. No hay un solo resquicio por donde el sufrimiento pueda fugarse. Está ahí, presente todo el tiempo, hasta que el cautivo, mientras se desangra, pierde la conciencia. Se le revive a base de baldazos de agua helada y se continúa con el proceso. Es verdaderamente salvaje; más que nada, y esto sí lo pueden constatar los jóvenes, porque se les mata con odio, con sevicia.

—Y yo que pensaba que en nuestros sacrificios no interviene la impronta de la maldad —comenta Tizoc, una vez que han salido del *cu* asqueados—. ¡Qué equivocado he estado! ¿No crees?

Yolatl no sabe qué contestar. Está consternado. Por primera vez desde que se le asignaron las tareas de sacrificador empieza a contemplar la idea de que los mexicas, con el pretexto de su adoración al Sol, se han excedido en el derramamiento de sangre, al grado de que pueden considerarse un pueblo sanguinario.

—En alguna medida hemos asumido que la sangre es la esencia de la vida. Matar ha sido y es para nosotros una costumbre que forma parte de nuestra

cotidianeidad que no cuestionamos. Sin embargo —recapacita—, no es lo mismo el sacrificio que hacemos a los dioses como un acto de veneración y amor, que lo que acabamos de ver.

—¡Porque la muerte de los *quimichtin* no forma parte de los sacrificios rituales que hacemos todos los días! —interrumpe Tizoc, quien a su vez ha estado reflexionando—. Se trata de un castigo ejemplar para que el espionaje no cunda. Las personas que se dedican a espiar, Yolatl, sean del bando que sean, deben estar conscientes de que, en el caso de ser aprehendidas se le impondrá una muerte terrible. Que esta no les da derecho a ser consideradas como los guerreros que mueren en el campo de batalla. Sus *tonas* nunca se transformarán en colibríes y no llegarán al *Tlalocan*. Quedarán en el vacío, absoluto y gélido, de la mansión del olvido. Ese es el precio por transgredir las convenciones honorables de la guerra. Ahora, Yolatl, creo que debemos regresar a nuestros *cúes*, porque con el inicio de la guerra no tardarán en llegar las primeras remesas de cautivos.

—Solo que antes, si estás de acuerdo y dado que la noche ha comenzado a teñir con su negrura los ámbitos del recinto sagrado, te propongo que vayamos a tomar un baño en la fuente que está en el *Tlilapan*.

—¡Buena idea! —acepta Tizoc con alegría—. Es lo que necesitamos para deshacernos de las sombras que se nos quedaron pegadas. ¡Vamos, pues!

Rodeada por los muros de un edificio más o menos pequeño, la fuente presenta el aspecto de una alberca de regular tamaño. En ella, alderredor de sus aguas negras varios sacerdotes que han ayunado cuatro días con motivo de su participación en la fiesta llamada *Izcalli*, oran frente a la estatua del dios Mixcóatl, al que ofrendan *copalli*, una goma resinosa muy apreciada.

El olor del copal que se desprende de los platos con pequeños agujeros colocados sobre anafres provistos de carbón, es dulce y delicioso. El humo, por su lado, sirve para crear una atmósfera mágica propicia para descansar y que la imaginación suelte sus riendas.

Los jóvenes penetran en las aguas cuya profundidad las entinta de negro. Dan unas cuantas brazadas y se sumergen unos metros. La oscuridad es total y motivo de desconcierto porque no pueden distinguir ni sus propias manos. Bucean mientras les dura el oxígeno en los pulmones. Su sentido del tacto se afina. No pueden ver pero sí sentir el paso de las corrientes internas que hacen variar la temperatura. Tizoc imagina listones de diferentes texturas que juegan

alrededor de su torso, lo acarician y lo envuelven. Yolatl, al contrario, sufre un calambre en las plantas de los pies, del que solo logrará librarse encogiendo las rodillas para darse un masaje con las manos.

Sus pies están helados y los dedos contraídos. Los extiende hacia delante. Lo hace varias veces hasta sentir alivio. De pronto, algo duro choca contra su mano. Intenta pepenarlo pero se le escabulle como si fuera un pez asustado. Recibe una mordida dolorosa en el pie derecho. Contrae la pierna y lleva sus manos al pie lastimado. No sin trabajo logra destrabar el pie de las mandíbulas que lo apresan. Lo que sea que lo haya mordido tiene, al tacto, la textura, los pliegues y hasta el cabello de una cabeza humana.

Sale con rapidez a la superficie del agua, se acerca a la orilla de la fuente, y no sin esfuerzo, porque el dolor es intenso, sube al corredor que rodea la alberca. No tarda en seguirlo Tizoc, quien ha consumido su dotación de oxígeno.

—¿Qué te pasa? —inquire tan pronto como ve a Yolatl inclinado sobre uno de sus pies que sangra y con una mueca de dolor en el rostro.

—¡Algo me mordió en el agua! —contesta con un puchero de miedo—. No sé qué pudo haber sido. Tenía forma de cabeza humana. ¡Mira lo que me hizo! —exclama y le enseña el pie.

La mordida está muy clara. Los dientes y los caninos dejaron su huella en el empeine y los dedos. Ambos se miran con horror. Viene a su memoria, igual que un relámpago, el relato hecho por Chilli acerca del comportamiento de los cráneos, pero en especial lo que dijo sobre una cabeza extraña y por demás caprichosa.

—Parece la mordida de la fantasma *cuitlapanton* —declara a sus espaldas uno de los sacerdotes que se les ha acercado—. De esa enana desgraciada que se aparece a la gente cuando está haciendo sus necesidades y muerde las nalgas de las mujeres y a los hombres les mastica el *tototl*. Déjame ver tu pie, muchacho.

Yolatl extiende la pierna y Tizoc se la sujeta. El sacerdote hace una inspección minuciosa. Palpa la herida, la ve de cerca, e incluso la olfatea.

—¡No! —dice—. La boca que te mordió es más grande. Es de un hombre con fuertes quijadas. Más aún que las nuestras. ¡Hum, qué raro! Debe haber salido de las profundidades del túnel que procura de agua a la fuente. Un túnel que, dicen los viejos sacerdotes, tiene dos ramales: uno que comunica el

presente con el pasado, y otro que se dirige al futuro. O, a lo mejor porque esas cosas suceden, algún engendro, un Romeo, que se escapó del *tzompantli*.

—¿Un qué? —pregunta Tizoc alarmado por el término utilizado—. ¿Qué es un Romeo? ¡No es una palabra nuestra!

—¡No lo sé! —responde el sacerdote, a la vez que se aleja y su figura se diluye entre el humo del *copalli*.

## VII

El *cartonero* Gabriel Linares llega a la vecindad de la calle de Aztecas con media hora de retraso. Pedro lo espera con impaciencia desde las seis de la tarde.

—Se me fue el tiempo volando con la preparación de unos judas que me encargó el gobierno de Toluca para el cumpleaños del Señor de Atacomulco —dice, a manera de excusa—. Unos monigotes con las caras de algunos colaboradores del gobierno de Salinas que se distinguieron porque se les caía la manita y a los que quieren quemar en la fiesta del patrón, nomás para recordar buenos tiempos. ¡Pero aquí me tiene a sus órdenes!

Pedro lo invita a pasar a su cuchitril. Linares se lleva una buena sorpresa. Contra lo que se podía esperar del barrio pauperizado y la vecindad andrajosa donde vive Chimalli, su vivienda es un espejo. Todos los espacios están perfectamente limpios, no hay una migaja en el suelo, la cocina albeando, y hasta los huesos que componen el esqueleto están en perfecta disposición para ser armados.

—¡Pero qué hombre tan ordenado! —exclama.

Chimalli le vuelve a explicar con detalle qué es lo que quiere, mientras Linares prepara sus instrumentos: pinzas, desarmadores planos y de cruz, alambres de distinto grosor y extensión, pequeñas poleas, resortes, ganchos, una caja con chinches y otra con tornillos, un bote con cola y hasta un condón que se pone en el dedo índice para embarrar ese y otros pegamentos. «Un estuche de monerías», piensa Pedro, a la vez que alaba todas sus prevenciones.

—Así se trabaja en este oficio, don. Con todo a la mano para no perder el tiempo y no tener que improvisar con tarugadas.

Gabriel se coloca encima una especie de mandil de manta al que le han cosido bolsas de todos tamaños, y en cada una mete sus diversos utensilios, con excepción de los alambres, que dispone a su alcance sobre la mesa. Toma

el cráneo con una mano y con la otra embona las vértebras cervicales. Batalla un rato para poder ajustarlas, y una vez que lo ha hecho comienza a silbar una tonada que Pedro identifica como la primera estrofa, esa que dice: «Ya agarraste por tu cuenta las parrandas...», de la canción *Paloma Negra*, misma que le recuerda la procedencia de la calavera y lo obliga a murmurar: «¡Canijo mariachi, no podías dejar de meter tu cuchara!».

El silbido de Linares, interrumpido solo para hacer comentarios sobre la recomendación que hizo a Pedro de que visitara el museo del Templo Mayor y se fijara en el ensamble de las figuras de barro de Mictlantecuhtli y el Caballero Águila, se prolonga durante varias horas, hasta que da por terminado su trabajo y pide a Chimalli que lo ayude para poner el esqueleto de pie.

Este, gracias a la armazón de alambres que le adaptó Linares, se sostiene parado sin que requiera de ninguna ayuda. Tiene la misma estatura que Pedro y desde la oquedad de sus órbitas ciliares lo mira con orgullo y desafío.

—¡Eres un gran artista! —reconoce, y abraza a Linares con efusión.

—Espérate, muchacho, que todavía no termino —aclara el cartonero—. Ahora vas a ver cómo aumento su presencia y le doy una pátina que ya quisieran para los días de fiesta las momias de Guanajuato.

Toma el bote que contiene la cola, lo destapa y le agrega dos huevos batidos y un polvo hecho con lentejuelas molidas. Lo bate con vigor hasta que la mezcla adquiere una consistencia pastosa. Luego, con una brocha de pelos de comadreja la embarra sobre todos los huesos. El esqueleto adquiere un color ambarino con una iluminación interior sumamente atractiva; pero no solo eso, emite pequeños brillos multicolores que varían de acuerdo con su exposición a diversos ángulos de la luz.

—¿Qué te parece? —inquire con un tono triunfal—. ¿No me quedó chingón? Vamos a dejar que se seque y luego lo vestimos. ¿Te parece?

Pedro está mudo. El impacto es superlativo. Jamás esperó tener algo tan hermoso. Cae de hinojos. Se persigna y mentalmente da las gracias al señor Linares como si este fuera santo Tomás de los Plátanos, uno de los pocos nombres que recuerda del *Santoral para Blasfemos* invocado por su puta mamacita, quien con tanta pasión se dedicó a ejercer el oficio más antiguo del mundo.

Gabriel Linares agradece su devoción espontánea. Le alborota el cabello y

le da un pellizco en el cachete que le queda a mano. Pedro despierta de su epifanía con un: «¡Órale, no se mande! ¡No abuse, mi buen, porque le parto la madre!». Linares tiene que aceptar que sus dotes artísticas no justifican su carácter confianzudo y musita una disculpa.

Proceden a vestir el esqueleto. La túnica con capucha manufacturada con una tela de seda negra le viene más que al pelo. Luego, la arriman a la esquina de la habitación donde va a quedar de fijo, le agregan la guadaña en un hombro, la balanza en la mano derecha, el mundo en la palma izquierda y el reloj de arena prendido en los pliegues del vestido. La Santísima Muerte, ahora sí, es un portento digno de estar en las galerías de cualquier museo dedicado al arte sacro.

—Quedó mejor que el *Esqueleto de la señora Morales* —reconoce, y a continuación explica—: Una película de los años sesenta con Arturo de Córdova y Amparo Rivelles, que no pudiste haber visto porque todavía no nacías. Mejor, con mucho, que la osamenta de El Encanto, fabricada a petición expresa de *la Paca*, una pelafustana dedicada a nigromancias que logró tomarle el pelo al procurador Lozano Gracia en la investigación del asesinato de don Francisco Ruiz Massieu. Pero para qué te cuento estas cosas, si lo importante es esta maravilla que tienes delante de ti: ¡la imagen bizantina de la Santísima Muerte!

Pedro apenas lo escucha. Cavila sobre la cara que pondrían el tuerto Ojo Parado, y el Suavecito si les diera *chance* de echarle una miradita. «Se quedarían turulatos, estoy seguro. No, solo la voy a compartir con el Matracas, porque ese sí que es mi mero cuate».

Gabriel Linares pernocta en la habitación de Pedro. Se le hizo muy tarde como para atreverse a cruzar el barrio de Tepito. Cenán *corn flakes* remojados con refresco *light* de mandarina y unas conchas con nata. Gabriel admite, sin dejar de tragar, que aunque no saben igual que las que sirven en El Cardenal, están bastante sabrosas.

Durante la noche Pedro concibe una idea que no le permite conciliar el sueño. Se le ha ocurrido que quizá Linares pueda empaquetar a Palomón Palomares dentro de un judas hecho a su medida, a fin de poder achicharrarlo en la quema que cada año se lleva a cabo en las calles de Tacuba. Imagina un espectáculo sublime. Los cohetes del judas estallando encima del monigote de cartón, el muñeco envuelto en fuego, y desde su interior los gritos del pinche

guía del Templo Mayor, hasta que el mono revienta y el cuerpo de Palomón cae al vacío en medio de los festejantes. Una chingonería para dejar con la boca abierta a la Tuta y al mismito Omar Treviño, cuya imaginación se agota al quemar vivos a sus enemigos dentro de unos barriles con aceite en llamas.

Gabriel Linares despierta con brusquedad a las cinco de la mañana. La mirada intensa de Pedro lo ha sacado del barullo de sus ronquidos. Tarda unos minutos en reaccionar y tener cabal idea de dónde se encuentra. Se incorpora en el lecho y escucha el discurso desordenado de su cliente como si este le llegara desde los círculos del infierno.

—¿Estás loco, cabrón? ¿Cómo se te ocurre hacerle eso a un tipo que ni siquiera conozco? ¿Te das cuenta del riesgo que yo y los demás cartoneros correríamos? Sí, ya me dijiste que tienes harta lana. ¿Cuánto me dijiste que estás dispuesto a gastar? ¿Veinte mil? Con eso no alcanza ni para pagar a los mozos que deberán transportar y colgar el judas. ¿Cincuenta? ¡Carajo no me tientes, pinche Chimalli!

Pedro nada más sonrío. La frase que ha escuchado muchas veces en los bebederos y piqueras de Tepito: «¡Nadie resiste un cañonazo de cincuenta mil pesotes!», al parecer sigue vigente. Gabriel pide que lo deje echarle una pensada. Se carcajea, mientras suelta:

—Ya me imagino el desmadre que se puede armar. Los titulares de la prensa. Las declaraciones de los picudos. En el supuesto caso de que yo acepte y todo nos salga bien, creo que hasta se va a poner de moda. Te imaginas en las fiestas del día de la Independencia, en las que a veces también se queman judas: el alcalde de Chimiquilpan quemando a su rival, el presidente municipal de Zaramocarhuaco, o por qué no, a la primera damita que ya lo tiene hasta los cojones. —Vuelve a reír, a la vez que se despide—: ¡Pinche muchacho, si de que los hay, los hay!

Chimalli no ha recibido «llamado» del Matracas. Él, por su cuenta, fue a lo de los autos robados de Pantitlán, y por una corta feria se hizo de una *pantaleta* Toyota que todavía camina, solo que no sabe manejar. Un mecánico se la dejó en un estacionamiento localizado a una cuadra de su cantón y él lo único que conserva son las llaves.

Es un miércoles por la tarde cuando una camioneta Suburban, más negra que la carroza de una funeraria, se estaciona frente a la vecindad, y un fulano



con cara de no me mires porque te rajo el hocico tunde a madrazos la puerta de su habitación. Pedro, armado con su Beretta, se asoma por la ventana. Sorprende al güey, pero antes de disparar pregunta con la debida cortesía: «¿Qué se le ofrece, joven?».

El guarura, ya cagado de miedo, se vuelve a cagar de risa.

—¡Vengo de parte del Quetzal! ¡Quiere verte, nomás!

Pedro reacciona con ambivalencia. Por un lado, siente un intenso calambre en los nudos de su esfínter. Por el otro, en cambio, se considera afortunado de que un sicario de la talla del Quetzal no solo lo haya recordado, sino que lo tenga presente.

—¡Ahora salgo! —contesta.

La camioneta circula a toda velocidad en dirección al norte de la ciudad. Pasa frente a los Indios Verdes y toma la carretera que conduce a la ciudad de Pachuca, en el estado de Hidalgo. Dos horas y media más tarde llegan al mineral de Real del Monte, donde se desvían por un camino de terracería para llegar a una casa de seguridad ocupada por un nutrido grupo de *kaibiles* que comanda el hombre fuerte que, así nada más, quiere verlo.

Dos tipos uniformados que usan el típico traje militar hecho con la tela manchada de amebas de regular tamaño en colores verde, negro y café, adecuadas para un camuflaje efectivo en los terrenos donde se mueven los guerrilleros, y armados con metralletas AK-47, lo catean de arriba abajo antes de permitirle la entrada. Lo despojan de su escuadra y de la mochila donde lleva sus herramientas. Después de cruzar dos amplias estancias amuebladas con lo que a él le parece el súmmum de la elegancia y un ventanal de color blanco provisto de puertas corredizas con vidrios esmerilados, el Quetzal lo recibe en una enorme terraza orientada hacia un bosque donde se entremezclan los pinos y los encinos.

El *kaibil* no le dirige la palabra ni lo invita a tomar asiento. Lo deja a un lado de pie. Comparte la mesa donde desayuna con un individuo de avanzada edad vestido pulcramente de civil y cubierto con una chamarra beige, a quien llama indistintamente, con deferencia, don Edén o *Comandante Cero*. El Comandante, quien tiene un bello rostro aceitunado y el aspecto de aquel «cara de ángel» descrito por un novelista notable que, por supuesto, ninguno de los presentes ha leído, se mantiene hierático, y mientras espulga con su tenedor los chícharos de unos huevos motuleños, se expresa con monosílabos.

El Quetzal, con acento de *chapín*, habla sobre asuntos de Guatemala y Nicaragua que Pedro está muy lejos de comprender, pero que le llenan la cabeza de términos sandinistas surgidos de la espesura de las selvas tropicales y de una revolución consumada hace muchos años, así como si lo que hace un tal Daniel Ortega puede considerarse o no una traición a los cambios políticos y militares acordados en Managua y que tanta sangre costaron.

—Eso es una cuestión de principios —dice Edén Pastora, rompiendo con su mutismo—. Si Ortega quiere perpetuarse en el poder al igual que el dictador Anastasio Somoza y continúa aplicando el nepotismo a favor de su familia, tendremos que pensar en la conveniencia de, con una revolución, darle sopa de su mismo chocolate.

—Si usted lo dice, Comandante, así será. Ya sabe que cuenta conmigo y con los grupos armados sobre los que tengo ascendencia —replica el Quetzal, y ambos, con un apretón de manos, dan por terminada la reunión que han sostenido.

Edén Pastora se retira escoltado por seis guardias. Pedro se balancea sobre sus pies y aprieta los güevos. Tiene ganas de hacer chis, pero él sabe que delante de los jefes uno debe contenerse así se le reviente la vejiga. Unas mujeres, bellas y semidesnudas, atraviesan la terraza y bajan por una escalinata, adonde Pedro adivina que debe estar una alberca.

De pronto el Quetzal levanta la vista y distingue a Chimalli.

—¿Y tú, quién eres? —pregunta con un vozarrón que pone a temblar al joven. Luego, antes de que este conteste, rectifica, baja el tono, y expresa—: Ya, ya sé, muchacho, yo mismo te mandé llamar. Eres el cabrón que nos entregó las cabezas del Abuelo. ¿El de la banda que contrató el Wache?

Pedro asiente con la boca entreabierta. Le cuesta trabajo articular palabra. El Quetzal no le da importancia. Está acostumbrado a que la gente se quiebre ante su presencia.

—Solo te voy a decir de qué se trata, muchacho. Los detalles te los dará *el Cuchillo*, uno de mis ayudantes. Tenemos que bajarle los humos a un pinchurriente diputado local que machaca la hierba que le deja pepenar el cártel del Golfo en la sierra de Oaxaca. El fulano se cree muy chingón porque se sabe protegido por la policía municipal y por la lideresa del PRD que controla la zona, quien resulta ser su mamacita, doña Enedina Cué Félix, y lo deja hacer lo que se le da la gana. Se ha negado a pagar su cuota, así como los

moches que le tocan por derecho a la sección 22 de la CNTE. Como puedes ver, tiene cagados a todos los que, por angas o por mangas están metidos en el negocio. El encargo nos llegó a través de un tal Medrano, quien nos pide que actuemos al estilo *Fuente Ovejuna*, esto es, que a nombre de todos le demos en toditita su madre.

»Ahora, te preguntará por qué quiero que participes en el operativo. Quiero una mano fina que una vez que le corte la cabeza a él y a la puta que trae por compañera, las desuelle y me entregue los pellejos listos para poder usarlos, como si fueran máscaras, en la fiesta de cumpleaños de doña Enedina, pa' que sepa esa pinche vieja depredadora que a pesar de que somos salvajes y desalmados tenemos reglas entre nosotros que todo mundo debe respetar aunque no le guste. Ya después, si no vemos un cambio de conducta en el gobierno y el congreso locales, las mandaré colgar en el podio que los diputadetes usan como tribuna. Ahora, vete a buscar al Cuchillo.

El Cuchillo y dos guardias subalternos discuten frente a un mapa de la Nueva Antequera —como también se conoce a Oaxaca—, la estrategia que deberán aplicar con el objeto de apañar al congresista rebelde.

—Lo mejor será cerrarle el paso con dos camionetas en esta esquina —dice señalando un punto—. Es el mismo lugar donde el exgobernador Murat Casab, ese borrachín corrupto que habla como retrasado mental porque se le atorán las jimas de mezcal en el hocico, se dio a sí mismo un autogolpe bochornoso. Nadie va a suponer que ahí, precisamente ahí, se pueda producir otro atentado. Cuando se informe a la policía le va a dar güeva acudir al lugar porque lo primero que van a pensar es que se trata de otra pinche jugarreta. Ya para cuando reaccionen y acepten que la cosa fue en serio, nosotros estaremos en Salina Cruz, en la casa de la Ventosa, para que este güey —señala a Pedro— haga lo que el jefe le ha ordenado.

—Oye, Cuchillo —interviene uno de los que están a su lado—, aquí hay un punto interesante que me gusta más que la calle de Pochutla, en la colonia Siete Regiones, que señalaste. Mira, aquí en este sitio confluyen las avenidas Morelos e Independencia con la calzada de la República y las tres se convierten en la avenida Lázaro Cárdenas. Si logramos capturarlos ahí podemos jalar hacia el istmo de Tehuantepec, en cuya dirección nos quedan al tiro San Lorenzo Albarradas y Santa Ana Tavela, o si lo prefieres, hacia la sierra de Zongolica, donde en el poblado de Tuxpanguillo está el rancho del *Chipotle*,

que usamos nada más para los banqueros que secuestramos. Bueno, ahí estuvo guardado Harp Helú, o como se llame ese güerco.

—¿Y cómo piensas que podemos llevar al marranito al redil?

—¡Fácil! Intervenimos su BlackBerry y los celulares de sus escoltas y les damos instrucciones, ya sea por teléfono, Twitter o Facebook, de que acudan al lugar porque ahí lo espera su mamacita para darle una encomienda antes de viajar a Huatulco.

El Cuchillo hace una evaluación mental a velocidad turbo.

—¡Me gusta Pichangas! —declara—. Suena divertido. ¡Pa' luego es tarde, vámonos de volada!

Pedro Chimalli está encandilado con la organización del Quetzal y su grupo, pero más con la perspectiva de viajar en avión a Oaxaca. Nunca lo ha hecho. No tiene ni la menor idea de lo que significa y cómo debe comportarse. Le asignan un guarura para que lo lleve a comprar ropa en Pachuca, y entre otros trapos y tarugadas decide, por sus pistolas, comprarse una loción de Paris Hilton, pues si va a viajar es mejor que lo haga con un aroma parecido al que, eso cree él, eso le dice la vendedora, expele el cuerpazo de Lady Gaga. Ahí mismo, en la sección de perfumería del almacén Las Tres García, Chimalli se da una buena rociada en los sobacos, la entrepierna y entre los dedos de sus patas, con la intención de quitarse el olor a queso rancio que no puede evitar y le da mucha pena y lo hace ser retraído.

—Hueles a puta, mi buen —comenta el guarura con un mohín de asco, y agrega—: Espero que el Cuchillo no nos regañe y te deje viajar con ese tufo a zorrillo. O a lo mejor hace que te lo quiten a punta de manguerazos.

El jet privado del Quetzal es una chulada. Despegan, sin que nadie note el olor de Chimalli, en una pista clandestina que está cerca de Tulancingo. Pedro se aferra a su asiento con la misma fuerza que emplea cuando se trepa a la rueda de la fortuna de Chapultepec. Tarda un buen rato en abrir los ojos, y ya más tranquilo observa cómo el Cuchillo y sus secuaces revisan sus armas, colocan las municiones en sus respectivos cargadores y accionan los gatillos varias veces para cerciorarse de que funcionan correctamente. Luego, se atreve y se asoma por la ventanilla. El paisaje lo deslumbra. Montañas y valles abren el horizonte de sus neuronas. Las nubes blancas como el pubis de los ángeles, u oscuras como las entrañas de sus compañeros de viaje, inventan los caminos alados para dirigirse al cielo, o de plano sepultarse en los agujeros del infierno.

Pedro las mira absorto, mientras el Pichangas le entrega una cuba libre y una bolsa de Sabritas: «Para que mates el hambre y aguantes hasta que lleguemos. Vamos a comer en el mercado de Oaxaca, en el archiconocido local de La Abuelita, un mole negro con tlayudas, tacos de chapulines con asiento, otros de longaniza, tlayudas con tuétano, quesadillas hechas con ese queso que se deshebra, el más sabroso del mundo, y si todavía te quedaste con hambre te puedes empujar un mole amarillo o coloradito, ahí a tu gusto. ¡Ah, y todo con unas salsas picosísimas que prepara la misma Virgen de la Soledad, patrona de mixtecos y zapotecos».

Chimalli, literalmente, babea. Nunca imaginó la clase de vidorria que se dan los elegidos en las cúpulas del crimen organizado. Sí, ha visto en los pasquines y en los videos de internet muchos de sus desplantes y despilfarros, los carrazos de colección y las mujeres de ensueño, los yates donde los cachorros tiran las boyas por las ventanas, pero siempre ha pensado que son de mentiras o inventos de pachecos trasnochados para apantallar a los pendejos que, como él, viven al margen de los privilegios que logran los abusados. Pero ahora que el Pichangas le promete tlayudas, que no sabe qué son, moles y chapulines, bueno, bueno, pues se siente soñado. «¡Voy a comer manjares cocinados para satisfacer el paladar de los pirrurris más exigentes!», piensa, y se da una cachetada por la frase tan mamona que acaba de improvisar.

Otra pista clandestina en Teotitlán del Valle y cuatro camionetas, esta vez Range Rover todoterreno los esperan. El comandante de la policía judicial, al que el Cuchillo llama *el Güero*, y el teniente del ejército con el apodo *el Prieto*, los reciben al pie de la escalerilla por la que descienden. Chimalli piensa que ya los apañaron y que de ahí los van a trasladar al tambo, pero está muy equivocado. Son los enlaces del Quetzal con las fuerzas del orden que lo apoyan para causar, precisamente, el desorden.

—¡Todo listo, jefe! —aseguran el Güero y el Prieto, las dos caras de la misma moneda que, en el caso de un volado, no importa de cuál lado caiga.

El Cuchillo entrega dos sobres lacrados con el sello del Quetzal, una vieja costumbre heredada de Heriberto Lazcano, alias *el Lazca*, quien presumía ser el «tesorero» de la Cervecería Modelo, debido a su amistad con Juan Sánchez Navarro, padre de unos veintitantos hijos, todos de madres diferentes, y de los cuales el Z-40 era padrino putativo.

El diputado Enedino Cué, quien usa los apelativos de su mamá para que

nadie le cuestione ser hijo de padre desconocido, y al mismo tiempo dejar entrever que a lo mejor, solo a lo mejor, es pariente del gobernador del estado y darse paquete, dos días después cae redondito en la trampa. En un santiamén los sicarios hacen papilla a sus escoltas con ráfagas de ametralladora. No les dejan ni las muelas del juicio para poder ser identificados. Van a tener que escarbarles el ADN a fin de emparentarlos con las mulas del arzobispado. Un operativo por demás limpio y sin daños colaterales. Escogen la ruta de la sierra de Zongolica, porque en La Ventosa hace mucho *aigre* y al Cuchillo no le gusta despeinarse. A Pedro le da lo mismo. Él vive un viaje de ensueño que califica como el mejor de su rechingada vida. ¡Y cómo no! Ha tragado como pelón de hospicio. No hasta lo llevaron al templo de La Soledad para que probara la nieve de rosas y lo hospedaron en el Hotel Victoria, un lujo que no necesita adjetivos. Pero lo mejor: compró un par de cuchillos con mangos hechos con cornamenta de venado y con frases lapidarias en las hojas brillantes y afiladas como espejos de acero bruñido: «Guárdame en tu barriguita pa' que no me olvides» y «Pa' que sepas a lo que sabe la verga de la Pelona». Dos puñales que no tienen un milímetro de desperdicio.

La ruta sobre la sierra de Zongolica es difícil y un tanto azarosa. La carretera de dos carriles está plagada de baches y topes. Escenario de muchos levantamientos armados, conserva a sus lados algunas edificaciones de ladrillo y chozas levantadas con palos, tela de alambre y láminas enchapopotadas, que a manera de casamatas pueden esconder francotiradores agazapados o sicarios de otros grupos criminales capaces de enfrentarse a los *kaibiles* nada más para morir como machos.

El Cuchillo ha ordenado que una de las camionetas marche por delante y que el Pichangas lo mantenga informado de cualquier eventualidad que deba ser repelida. Al diputado Cué y a la mujer, que nadie se preocupa por saber cómo se llama, los llevan arrebuados y amordazados en el maletero de la Range Rover que circula en tercer lugar. Nadie les ha dirigido la palabra, a pesar de que durante el atentado quiso comprar voluntades y ofreció dinero a puños. Sus gritos, alardes y amenazas fueron callados con una tunda de puñetazos que le rompieron varias costillas y lo hicieron vomitar muchas plegarias no atendidas y quejidos dirigidos a *mamacita* Enedina.

Pedro viaja en la misma camioneta, en el asiento trasero. El Cuchillo le dio instrucciones de que observara a los secuestrados y se fijara en los movimientos

de sus rostros para que antes de desollarlos pueda definir el gesto que tendrán las máscaras.

—Al jefe Quetzal no le gustan las caras serias, Chimalli; y menos ponerse una máscara pringada con una sonrisa. Él me ordenó que las curtieras para que reflejen el terror que van a sentir en el momento en que los torturemos, pues quiere que la lideresa, al verlas, entienda en qué berenjenal anda metida.

Pedro ha decidido utilizar sus puñales nuevos. De vez en vez los frota contra el tatuaje de la calavera que lleva en el brazo para que, de acuerdo con sus supersticiones personales, se impregnen con las vibras de la Santísima Muerte y puedan penetrar en la carne y los músculos con precisión y la suavidad necesaria para evitar deformaciones. Ya se fijó, desde hace rato, que la cara del diputado, aunque fea y desagradable debido a sus labios bembos y a las arrugas del cuello, puede ser disecada con la boca en forma de O y las cejas levantadas, de suerte que el horror quede patente en el pellejo mortuorio. «Va a ser un trabajo complicado, pero creo que puedo hacerlo», piensa mientras lo toma de los cabellos y lo incorpora para que la cara le quede de frente. Quiere superarse a sí mismo, y para no fallar se atreve, inclusive, a desprenderle la cinta canela que le pegaron en la boca para impedir que gritara. El diputado Enedino hoza como un cerdo para recuperar el aire. Intenta hablar, pero lo único que consigue es escupir tres dientes con incrustaciones de oro entre un esputo de sangre. Chimalli le da un par de cachetadas y los músculos reaccionan y vuelven a recomponerle el rostro.

—¡Así me gusta, cabrón! —le grita—. Aunque se te nota que eres negro cambujo te salva la nariz respingada. No te muevas. Deja que sea yo quien menee tu jeta de un lado al otro para *devisar* tus perfiles. —El diputado llora; no le queda de otra sopa.

Con la mujer es distinto. Pedro la ve por primera vez cuando la obliga a incorporarse dentro de la camioneta. Es una mujer hermosa. Sí, se ve a leguas que es una puta por los cuatro costados, pero y eso a quién carajos le importa. Si a Enedino le cuadró y dizque se casó con ella, para los salvajes que forman parte de la misión va a resultar un manjar succulento. Ya adivina que antes de que la decapite la violarán en hilera, y no estaría de más que a él le dieran *chance*.

El rostro de la mujer solo expresa súplica. Sus ojos verdes de tabasqueña cachonda tienen un tamaño y un brillo superlativos. Los labios, pulpa de

granada, enmarcados en un óvalo perfecto. Solo las orejas, si se es exigente, desentonan; pero ello no es importante porque van cubiertas por una melena solferina que le da el aspecto de una leona en brama. Se llama Rosaura y se apellida Gordillo, aunque este último le disgusta usarlo porque siempre le preguntan si es parienta de aquella vieja corrupta, ladrona, nauseabunda, de cuyo nombre no quiere acordarse.

Rosaura quiere entrar en confianza con ese tipo que la mantiene agarrada por la greña e insiste en mirarle el alma, a ver, quién quita, si por ahí logra que la perdonen y le permitan seguir su camino por los burdeles del sur.

—Total, señor, para mí el Enedino ya valió madres.

«Pobrecilla —medita Chimalli—, no tiene la menor idea de lo que le espera y más le vale no saberlo. Voy a hacer todo lo posible por cuidar su apariencia suplicante y solo le añadiré un toquecito de horror para que el Quetzal no retobe y no me haga reclamaciones».

El rancho del Chipotle está al pie de un acantilado en medio de una cañada rodeada de una vegetación tropical exuberante. Los campos sembrados con amapola y los potreros de mariguana se muestran a cielo abierto. A nadie se le ocurre ocultarlos o disfrazarlos con árboles de aguacate u otros frutales. Están a salvo de los aviones fumigadores de la Policía Federal y de los helicópteros del Ejército. Ahí, por más que le busquen, no puede entrar *naiden* que no esté metido en el narco. Los cárteles a los que surte el Quetzal son los dueños, los capos, señores de horca y cuchillo. Los pobladores de Tuxpanguillo y otros pueblos aledaños, están felices con la bonanza que les llegó con el Señor de los Cielos, el Chapo Guzmán y la familia de los Arellano Félix, cada cual en su momento.

El Chipotle es un mixteco prieto, cebado con miles de proteínas animales y carbohidratos extraídos a toneladas de maíz, que rebosa felicidad por dondequiera que se le mire. El Cuchillo, siempre filoso, le dice de entrada que «es más fácil saltarlo por arriba que darle la vuelta», y le saca unas carcajadas que ruedan por la cañada igual que los truenos de los rayos con los que, afirma el Chipotle, lo llegan a saludar los dioses de sus meros antepasados.

—No sabes, pinche Cuchillo, cómo me han bendecido desde que le rezo a Jesús Malverde, que Dios tenga en su santa gloria. Fíjate nomás en esta dichosa verdura que tengo en su punto para mercarla con los traficantes y poner de cabeza a todos los gringos que viven desde la Florida hasta Minnesota. ¿Para



cuántos millones te gusta? ¿Un rechingomil? ¿Dos, cinco, para cuánto, cabrón guatemalteco de mierda? —Luego, hace una pausa y esboza la pregunta que ya le quema la lengua—: ¿Y qué me trajiste esta vez? ¿Otro pucho de esos que hacen el dinero y se niegan a lavar el nuestro?

—Nada de eso, Chipotle. Esta vez te traigo por órdenes del Quetzal a un marrano desobediente.

—¿Un político? —interrumpe de inmediato—. ¿Otro que se sale del huacal y quiere medrar por la libre?

—¡Putá, Chipotle, qué comes que adivinas!

Ambos ríen y se dan palmadas en los brazos. Los dos, se nota, quisieran atusarse el bigote como hace su jefe, pero se quedan con las ganas porque son más lampiños que una nalga de princesa.

El Pichangas, ayudado por Pedro, baja de la camioneta a la pareja de desvencijados. El diputado es arrojado de bruces. Rosaura Gordillo, aunque no sin trabajo, se sostiene de pie. Enedino Cué se cuelga de su sentido de sobrevivencia para incorporarse. El Chipotle lo reconoce de inmediato.

—¿Tú, otra vez, pinche plurianormal? No entiendes, cabrón; y tu *amacita*, menos.

—¡Padrino! —rebuzna Cué—. No sé quién mandó a estos asesinos. No entiendo de qué se trata. Se lo juro por lo que más quiero, por mi santa madrecita.

—No —dice el Chipotle—. Ora sí te jodiste, Enedino. Te lo advertí, pero no me hiciste caso. ¡De esta no te salva ni el gobernador; vamos, ni *don Neto*, Ernesto Fonseca, y mira que ese sí que es poderoso!

—¿Y mi fuero, padrino? ¿Acaso no me sirve? ¿No lo van a respetar?

—¡Tu fuero, muchacho, te lo vas a tener que meter por el culo!

¡Ah, caray!, el Chipotle acaba de convocar a los *aluxes* que, sin necesidad de trepar a los vagones de *La Bestia* para internarse en el país, han impuesto sus tácticas *kaibiles*, entre ellas la tortura despiadada y salvaje, para el control y dominio del crimen organizado. Así, Enedino Cué es arrastrado de los cabellos por el Pichangas y otros sicarios al interior de una casucha pintada de color morado, donde lo primero que hacen es desnudarlo y maniatarlo para, enseguida, introducirle una barreta de metal al rojo vivo por el recto.

—¡Ahí te va tu fuero, pendejo! —grita el Pichangas—. ¡Pa' que te sientes a gusto sobre la curul que usurpas!

Lo que sigue es inenarrable. El dolor tiene sus límites, y una vez traspasados estos no hay términos adecuados para describirlo. Pedro Chimalli conoce el punto exacto donde el terror se congela, los huesos se petrifican y la piel puede desprenderse como la cáscara suave y aceitosa de una papa. La cabeza del diputado cae decapitada de un solo tajo.

El procedimiento con Rosaura es distinto. El Cuchillo la interroga a fin de obtener los nombres de algunos tigres que operan en la selva oaxaqueña y a quiénes sobornan para mover sin cortapisas la droga que se envía desde el istmo de Tehuantepec hasta la frontera tamaulipeca. También, acerca de los cotos que se disputan el cártel del Golfo y los comandos de los zetas en la costa del Pacífico. Un titipuchal de datos que el Quetzal va a agradecerle con hartos fajos de billetes.

Al interrogatorio sigue la violación masiva. No hay orificio que no sea penetrado. Cuando terminan está prácticamente muerta. Pedro, al que sí le dieron *chance*, la degüella en medio del estertor postrero. Los cuchillos de la Nueva Antequera cumplen bien, vaya que si lo hacen con precisión, y en este caso hasta con ternura. Las pieles desolladas quedan en un bote de cristal que contiene salmuera. Guarda los cráneos en una cubeta con cal viva. Espera que se los regalen para estrenar su *tzompantli*.

Al día siguiente toma las pieles y las sacude con fuerza para que se desprendan los grumos de carne que quedaron adheridos. Luego, las alisa y coloca sobre unos maniqués de madera con horma de cabeza para que al curtirse adopten la forma apropiada y se puedan usar a manera de antifaces.

—¡Te quedaron al pelo! —reconoce el Cuchillo—. Vas a recibir una buena lana y un papel firmado por el Quetzal pa' que no te falte chamba.

El Matracas se aparece en la vivienda de Pedro tres semanas más tarde. La temporada de lluvias ha comenzado y el barrio de Tepito, aunque parezca mentira, huele bonito. Los charcos de aguas turbias mezcladas con el aceite que escurre de los mofles de los autos reflejan las siluetas de los transeúntes y de los perros callejeros que husmean en los basureros. El sicario ha chapaleado en los baches con sus botas nuevas forradas con látex a fin de comprobar que sí son impermeables. Viste una gabardina color beige con las solapas cruzadas y un sombrero Tardán de ala caída que, de sopetón, reproducen el aspecto de los gánsteres de las películas de Juan Orol. Pedro lo recibe embutido en unos

*pants* negros y con una sonrisa de bienvenida. Tiene muchas cosas que enseñarle y no quiere perder el tiempo.

—Te voy a pedir que cierres los ojos y que no los abras hasta que te diga —le dice de entrada.

El Matracas titubea un segundo pero gana la confianza que su amigo siempre le ha inspirado. Pedro lo toma de un brazo y lo conduce hasta la esquina dedicada a la Santa Muerte.

—¡Abre los ojos! —ordena—. Mira bien la sorpresa que te tengo.

El matón se queda estupefacto.

—¡Preciosa! —exclama—. ¡La más hermosa que jamás he visto! ¡Eres un chingón! Nadie puede presumir de una imagen de la Santísima Muerte mejor hecha. Luego, se hinca y suelta una de las oraciones escritas por el Comandante Pantera. Pedro lo imita moviendo los labios.

—¡Qué bárbaro, carnal! ¡Tú sí que te las ingenias como un maestro! ¿Y cómo armaste el esqueleto?

Pedro le cuenta cómo, por pura casualidad, conoció al cartonero Gabriel Linares y sobre la relación que estableció con él. Luego, se pierde en el relato de los pormenores y no termina hasta que le es evidente que su cómplice está verdaderamente impresionado. El Matracas se quita el sombrero y le hace un saludo de reconocimiento.

—¡Tenemos que brindar, mi Matra! —exclama y le extiende una cerveza Tecate. Chocan los botes y beben un largo trago. Ambos eructan al mismo tiempo. Están exultantes.

Chimalli, no es para menos, quiere abrumarlo. Le muestra los cuchillos que se agenció en Oaxaca y no para de hablar sobre los *kaibiles*, el avión, el Chipotle y las víctimas desolladas, hasta que el Matracas inquiera sobre el destino que el Quetzal previó darles a las máscaras.

—Las va a usar en la fiesta de cumpleaños, o algo por el estilo, con la que van a festejar a doña Enedina Cué, la madre del diputadete desollado.

—¡Ah, cabrón! ¡El Quetzal es como la mismita rabia! Si decide morderte, no deja un hueso para que te reconozcan.

—Con ese jefe más vale ponerse firme y no andarle buscando chichis a las gallinas —remata Chimalli.

El Matracas también tiene novedades.

—Como te lo prometí, me fui a buscar a la Tuta —dice de entrada— para

platicarle de tu idea, esa medio locochona, de hacer *tzompantlis* con las calaveras de los decapitados. Un recorrido difícil porque don Servando Gómez es más escurridizo que un tlaconete y tiene más guaridas que el Tigre de Santa Julia.

—¿El Tigre...? —interrumpe Pedro porque no lo ha oído mencionar entre los secuaces del *narcotráfico* como un personaje importante.

—Un asaltante famoso en la época de la Revolución, al que después de buscarlo por mar y tierra los policías encontraron desarmado y cagando detrás de una magueyera que estaba en el patio trasero de la casa de su amante, quien lo traicionó de a feo.

—¡Ah, ya caigo, Matra! —replica de inmediato, gracias a que ha recordado, al vuelo, la frase más que manida de «Lo agarraron cagando como al Tigre de Santa Julia», que escucha a menudo entre los rufianes del barrio, refiriéndose a quien ha sido apañado por la tira cuando menos se lo imaginaba.

—Primero me fui a Morelia, Pedro, donde me informaron, no preguntes quiénes, que el capo andaba en un rancho llamado La Cucha que está en la sierra como a cuarenta kilómetros de distancia de Apatzingán. «¡Vete para allá! —me dijeron—. En Apatzingán busca a un templario que le dicen *el Chorizo* para que, si lo convences, te dé un salvoconducto que te permita subir a los montes y llegar al rancho donde se encuentra el jefe».

—El Chorizo —continúa el Matracas—, no sabes qué clase de cabrón me resultó, y eso que conozco a muchos. Un matón de cuarta sobrino de Nazario Moreno, alias *el Más Loco*, que tan pronto le expuse que quería ver a la Tuta me soltó una retahíla de injurias y luego ordenó que me pasaran a la báscula y me quitaran los papeles y las armas. No, para qué te cuento la humillación que me hizo pasar. Se quedó con mi credencial del Infonavit y un puñal suizo que le pareció muy chido. ¡Fíjate si no está loco de remate! No me quitó la pistola porque dijo que ningún hombre debe morir desarmado.

—¿Y te dejó pasar?

—Sí, pero antes habló por un aparato de radio con varios de los custodios de la Tuta que están diseminados en los cerros que rodean el rancho. Ya sabes, una sarta de pendejadas, como si yo fuera un *Rambo* dedicado a acabar con el mero capo de los Caballeros Templarios.

—¿Un ojete de cuidado, más cabrón que bonito, mi Matra?

—Igual de feo que los demás que fui encontrando en el camino. La Tuta

tiene seis círculos de protección conformados por ojeadores, francotiradores, vaya, hasta soldados templarios armados con semiautomáticas rusas, Kalashnikov, que lo mismo disparan tiro por tiro que ráfagas de doscientos plomazos por minuto. Te los encuentras a cada rato, y si no les simpatizas te detienen varias horas. Me trataron como a un perro, mi buen, y te lo digo para que lo tomes en cuenta.

Pedro reacciona con una sonrisa que desarma las aprensiones de su amigo. Cada vez tiene más curiosidad y no quiere que interrumpa el relato.

—¿Decías, pues, mi Matra?

—Que después de cuatro días, perdido en caminos de terracería, barrancos y los retenes de esos desgraciados, llegué, por fin, al pinche rancho La Cucha. Nada del otro mundo o como para apantallar a cualquier político de esos que se las gastan con propiedades del primer mundo; no, mi buen, unos barracones enormes rodeados por corrales donde pastan chivos, cabras y unos borregos gordos, pachones, que dizque trajeron de Nueva Zelanda. La Tuta me recibió, rodeado de ocho guaruras, en una troje hecha con unos enormes troncos de pino. Lo primero con lo que te topas en la entrada es con un perico enjaulado que repite hasta el cansancio: «¡Órale pinche puto!». Y de nada sirve que lo insultes o lo amenaces con la mano porque el maldito es una tarabilla.

Pedro, no puede evitarlo, lanza una carcajada. Sirve unas cervezas *lager* y ofrece una al Matracas. Este bebe de un tirón media botella.

—La Tuta, a pesar de la gorra beisbolera que no se quita ni para dormir, no desmiente su origen indígena. Es un purépecha chaparro y nalgón de cuarenta y nueve años con facha de maestro rural, como muchos de los marchantes que vemos aquí en Tepito. Sin embargo, detrás de esa pinta un tanto inocente se esconde uno de los asesinos más crueles de Michoacán. No solo es el narcotraficante más fuerte en la fabricación y distribución de la metanfetamina conocida como *crystal*, sino que es un experto en torturar a los pobres que caen en sus manos. Al igual que Pancho Villa y el dictador Fidel Castro, nunca duerme en el mismo sitio. Se mueve como sabandija entre La Cucha y una cueva que tienen entre los municipios de Tumbiscatío y Arteaga, a la que nos trasladamos dos horas después de que llegué a La Cucha.

—¿Te llevaron con ellos a la cueva?

—Sí, porque en ese momento la Tuta, acompañado por Dionisio Loya, *el Tío*, estaba viendo unos videos que le grabaron en compañía de algunos

políticos del estado con los que mantiene relación para que lo encubran en sus trácalas y lo dejen moverse con libertad. Ya sabes, mi buen, presidentes de los municipios donde opera su gente y un video en el que se le ve brindando, como grandes amigotes, con Rodrigo Vallejo Mora, hijo del exgobernador Fausto Vallejo, que tuvo que renunciar debido a que se puso tan jodido que le tuvieron que hacer un chingo de trasplantes de órganos y al que le pasa una buena mochada. «Ya te vi —me dijo—; ya olí tu rastro de orines de zorrillo que me indica que eres de los nuestros y, sí, vamos a platicar, pero por lo pronto te esperas».

—¿Y te dejó estar presente y ver las tomas que le hicieron?

—Solo por un rato. Luego, ordenó a uno de sus sicarios que me llevara a una choza que está en la parte trasera del barracón, frente a un mirador, y me mantuviera ahí bajo vigilancia. No fue mucho tiempo. Me dieron un café y unos tamales que llaman corundas, y apenas los terminé me subieron a una camioneta y nos fuimos pa' la cueva.

—¿Un viaje de varias horas, supongo?

—Largo y cansado, Pedro. Cuatro horas anduvimos trajinando, porque durante el camino la Tuta quiso pararse en el pueblo de Acuitzio del Canje, donde tiene dos casas de seguridad, con el objeto de revisar unos cajones con armas, dar instrucciones a sus hombres para el envío de un cargamento de *crystal* a Ciudad Juárez y averiguar el paradero de un tal Julio César Godoy, que fue desaforado como diputado del PRD y anda prófugo de la justicia porque la Policía Federal lo trae a salto de mata. «Si lo encuentras, Camilo —dijo la Tuta a su sicario—, lo apañas y me lo traes vivo. Ese cabrón nos robó varios cientos de miles y no pararé hasta darle su merecido con mis propias manos».

»La cueva está junto a un arroyo que le dicen el Moco, un escurridero de agüitas verdes que bajan de la montaña. La entrada está protegida por una reja de hierro. Se entra por un túnel por el que tienes que caminar en cuclillas, o de plano arrastrarte, y que desemboca en una especie de gruta de muy buen tamaño. Cuenta con luz eléctrica, un fogón de leña para cocinar, una cava con decenas de botellas del vino francés que le cuadra al capo. ¿Crearás, un vino de *Chateaudenosecomotellamas* para un fulano que se rellenaba el cogote con babas de pulque curado de guayaba o, si bien le iba, con unas pinches cervezas? ¡Pues sí mi Pedro! Por lo demás es un cochinerito. Un tiradero de basura, y

hasta me atrevo a decir que de restos humanos. Porque ahora te entero, la Tuta usa la cueva para torturar a sus víctimas con unos instrumentos que ya hubiera querido la Inquisición para días de fiesta, y ahí mismo los desmiembra. Supe que en 2009 sus sicarios capturaron a doce oficiales de la policía ministerial, los sacrificaron en la cueva, y después tiraron sus restos en una cuneta de la carretera que va de Morelia a Pátzcuaro. ¡Un angelito el cabrón, o como él mismo dice, un narco bueno!

—¿Y?

—De entrada no me dijo nada. Me miró con sus ojos abotagados de rata y con el hocico apretado. Me dio miedo, no puedo negarlo. Por un momento pensé: «Hasta aquí llegaste Matracas». Ya entiendes, a uno que le da el telele. Comencé a hablar con rodeos hasta que pude decir lo que yo, más bien tú, quería proponerle. «¿Ensartar los cráneos en unos palos y hacer con ellos una ringlera? ¿Cómo dices que se llama, Matracas? ¿*Tzompantli*? ¿Así les decían los aztecas? ¿Ponerlos en lugares públicos?». Puras preguntas me hizo el hijo de la tiznada. Y yo: «Que sí, señor; así mero; como usted lo dice...», hasta que por fin se puso a reír y contagió su risa a los ocho custodios que lo rodeaban.

—¿Y estuvo de acuerdo?

—No dijo ni sí ni no, Chimalli; pero creo que le gustó la idea. Hizo llamar al Tío y algo le cuchicheó al oído. Luego, me tendió la mano amoratada y con los dedos disparejos, una mano que no quisiera ver alderredor de mi cuello. «Te van a llevar a Apatzingán, Matracas —dijo con el tono de voz que usa Satanás para despedirse—. Ahí ya te mueves con tus medios. ¡Ah, y no quiero volver a verte!». A buen entendedor pocas palabras. Creo que debemos esperar a ver qué pasa antes de visitar a Omar Treviño, el Z-42. ¿Te parece, mi buen?

—No tenemos prisa, Matracas —responde Chimalli sin quitar la vista de la alacena donde guarda los dos cráneos que le regaló el Cuchillo y con los que planea iniciar su propio *tzompantli*—, tarde o temprano vamos a ver cómo adornan el paisaje sin que la policía pueda hacer algo para detenerlos.

Profecía que se hizo realidad dos meses más tarde, cuando en un paso peatonal del centro de la ciudad de Torreón, en otro que atraviesa la avenida Fidel Velázquez, de la colonia Hogares Ferrocarrileros, de Monterrey, y en uno más, el Puente Colosio, que cruza la Carretera Nacional, en Nuevo Laredo, Tamaulipas, aparecieron colgados por primera vez la suma de quince cadáveres de varios ejecutados por los sicarios de los capos. Muchos

acompañados de *narcomensajes* escritos con la sintaxis y la ortografía bien cuidada del profesor Servando Gómez Martínez.

«¡Unos *tzompantlis* diferentes, pero que igual sirven!», medita Chimalli, mientras ve las fotografías en el periódico y se congratula por ser el iniciador de una variable estética no contemplada en el libro que lee con el dedo chupado y a tropezones, cuyo título, *El asesinato considerado como una de las bellas artes*, es sumamente sugestivo.



## VIII

Desde la orilla de las playas bañadas por las aguas del inmenso océano situado al este de los territorios conocidos por los aztecas, comienza a propalarse un hedor amargo y desagradable que anuncia la presencia de algo extraño.

No se sabe de dónde o de qué procede. Muchos creen que emana de la enorme mancha roja que flota en el mar, a la que atribuyen haber devorado a miles de peces, mismos que se pudren en su vientre. Otros imaginan una plaga de murciélagos que recorre las selvas y planicies, y cuyas heces sepultan lo mismo a hombres que a animales. Unos más, sobre todo comerciantes que viajan al sureste para comprar los productos que se cultivan y recolectan en los diversos señoríos de los tabascos y los mayas, lo atribuyen a una enfermedad que los ha diezmado llamada *mayacimil*, la muerte maya. Y los menos, que por supuesto no se atreven a decirlo, piensan que es el aliento de Huitzilopochtli que eructa los corazones que todos los días se le ofrendan. Sin embargo, nadie puede dar una respuesta satisfactoria por más que se quiebre la cabeza.

Hace ya diez años que en el señorío gobernado por el *Huey tlatoni* Moctezuma Xocoyotzin se vienen sucediendo portentos que son inexplicables, que asombran a la población de México-Tenochtitlan y provocan tensión y angustia entre los señores y los grandes dignatarios.

Tizoc y Yolatl no han estado exentos de los mismos sobresaltos. Ellos tuvieron que participar activamente cuando uno de los muretes del adoratorio de Huitzilopochtli y parte de la techumbre se incendiaron en forma intempestiva. El fuego surgió de la estructura interna del *cu* sin que hubiese razón para ello y se extendió por las vigas de madera, las columnas y la parte trasera del templo. Sucedió durante la tarde del cuarto día del mes llamado *Etzalqualiztli*, mientras Yolatl estaba ocupado en la preparación de las ofrendas

que se hacen a los dioses del agua y de la lluvia llamados *tlaloques* en el adoratorio de Tláloc.

El olor del humo lo alertó primero. Volteó hacia donde estaba Tizoc y vio cómo este, desconcertado, señalaba las flamas, interrumpía los sacrificios en los que estaba ocupado, y con los brazos hacía aspavientos que denotaban alarma. El estrépito del fuego se convirtió en el rugido de una bestia que quería devorarlo todo. Otros sacerdotes salieron del *cu* y comenzaron a correr desesperados sobre la superficie de la plataforma. Nadie atinaba qué hacer. Algunos descendieron por la escalinata para salvar el pellejo. Sin embargo, Tizoc se mantuvo firme en su sitio y comenzó a gritar a la gente que estaba apiñada en la plaza del Templo Mayor: «¡Oh mexicanos! ¡Venid rápido a apagar el fuego con cántaros de agua!».

Los hombres reaccionaron de inmediato. Llenaron cántaros y vasijas en la fuente y treparon por las gradas. Tizoc arrebató uno de los recipientes y arrojó el agua sobre las llamas. Los demás lo imitaron, mientras otros subían provistos con nuevas dotaciones de agua. Empero, no pudieron aplacar el fuego. Este se encendió con redoblado furor y no se extinguió hasta convertir en cenizas todo el material combustible con el que se había construido el templete.

Un desastre que tomó dos meses en ser reparado. Una catástrofe que obligó a los dignatarios a celebrar ofrendas de desagravio en honor de Huitzilopochtli hasta quedar convencidos de que el dios los había perdonado. Nadie pudo explicar lo sucedido por más que el sacerdote Tlacateótl interrogó a los *tlamacazqui*, Tizoc entre ellos, y los reprendió por su supuesta negligencia en el cuidado de los braseros.

—No fue por descuido nuestro que se haya dispersado el fuego —se lamenta Tizoc, quien considera injusta la reprimenda—. Surgió sin motivo alguno con una fuerza demoledora, Yolatl. No sé qué pensar. Si nuestros dioses están a disgusto sin que lo sepamos y quieren castigarnos, o si se trata de designios del destino que no podemos comprender pero que indican trastornos en nuestro calendario.

—¡Es la circularidad del tiempo, Tizoc! —interrumpe Yolatl—. Anuncios, quizá, de que comienza el ocaso de nuestra era de grandeza y dominio del mundo que nos circunda.

Mucho meditaron y discutieron los dos amigos. Reflexiones que se

incrementaron cuando meses más tarde, coincidiendo con el final de la temporada de lluvias, un rayo cayó sobre el *cu* de Xiutecutli, dios del fuego, techado con paja, y este se incendió parcialmente.

—Lo extraño de este suceso es que el cielo estaba limpio y ni siquiera caía llovizna. El rayo cayó igual que una flecha lanzada por un gigante desde el firmamento, Tizoc. —El comentario de Yolatl, por inimaginable, los dejó en ascuas.

Luego, fue el paso de un cometa cuya cauda semejaba el brillo de tres estrellas juntas que arrojaban centellas y que causó conmoción en la gente. Después, transcurrido un par de años, una inundación provocada por la ebullición del agua de la laguna que circunda a la ciudad de Tenochtitlan acompañada de grandes olas. La ciudad quedó anegada. El agua penetró en los *calpullis* y muchas casas cayeron encima de sus habitantes que por indolencia o descuido no las abandonaron a tiempo.

—Un fenómeno que, aunque espantó a la gente, no tiene nada de sobrenatural y se explica por la conjunción del agua salobre del lago de Texcoco con la dulce de nuestra laguna, Yolatl —opina Tizoc, y lo deja con la boca abierta.

—¿Pero?

—En este asunto no hay pero que valga —insiste Tizoc—. Los responsables de la conducción del agua que baja desde el cerro de Chapultepec, y de otros muchos, hasta nuestras fuentes saben que cuando las aguas saladas rebasan los diques de contención que separan el lago de la laguna, estas se derraman sobre la ciudad y no hay nada que hacer más que esperar a que se evaporen.

—Cierto —admite Yolatl—. Ya deberían haber construido algunos desagües alrededor del recinto del Templo Mayor desde aquella inundación en la que pereció el *Huey tlatoani* Tizoc, quien murió ahogado en su palacio a consecuencia de la misma.

Si bien estas señales o pronósticos, como dieron en llamar hechiceros y nigromantes a estos prodigios de la naturaleza, asustaron y ocasionaron daños a los habitantes de la gran ciudad, lo cierto es que sus efectos pronto fueron olvidados. Cosa que no sucedió cuando se empezaron a escuchar en el aire enrarecido de la noche los lamentos de una mujer que decían: «¡Oh, hijos míos, ya nos perdimos! ¡Oh, hijos míos, a dónde os llevaré!».

La voz se escuchó durante varias noches, y los que la oyeron quedaron acalambrados y con el ánimo por los suelos, entre ellos el *tlatoani* Moctezuma Xocoyotzin quien, amén de ser cobarde, era muy supersticioso.

Muchos quisieron hacer pronósticos sobre lo que en realidad significaban. Los sacerdotes que en otras ocasiones los habían interpretado, pensaban que eran de mal agüero y que algún infortunio o desastre podía venirles en breve, ya fuera que muchos murieran en la guerra o a causa de una epidemia, o que por incumplimiento de sus obligaciones comerciales fueran convertidos en esclavos y, por ende, quedaran expuestos a ser sacrificados.

Tizoc y Yolatl, cuya calidad de sacerdotes los protegía hasta cierto punto de estos riegos, quisieron, sin embargo, consultar a un *tonalpouhque*, agorero o adivino, más que nada para saber a qué atenerse. Después de buscar y preguntar un rato lo encontraron en uno de los barrios de los comerciantes, o *pochtecas*.

—Hijos míos, pobrecitos —arrancó el agorero tan pronto como le entregaron una bolsa de piel de venado en la que habían guardado diez granos de cacao, una pequeña fortuna de la que estaban dispuestos a desprenderse—, puesto que han venido a buscar la declaración del agüero que escucharon, sepan que es cosa adversa y trabajosa lo que significa. Pronto se han de ver en pobreza y en trabajos, o morirán si, por ventura, está enojado con ustedes aquel que nos da la vida y no quiere que vivan más tiempo. No deben culpar a la mujer y menos a su lamento porque esa *tona* no sabe lo que hace. La culpa es del signo bajo el cual nacieron ustedes, que tiene en sí la semilla de la maldad. Esfuércense para soportar el pánico que ya sienten y tengan buen ánimo para sufrirlo y, entre tanto, lloren y hagan penitencia.

—Este viejo es un farsante, Tizoc —dijo Yolatl, arrebatándole de mala manera la bolsa de piel que había colocado debajo de sus asentaderas—. Dice puras estupideces. Vámonos antes de que se ponga a dar de gritos que atraigan la atención de los *pochtecatlatohque*, los jefes de los señores comerciantes, y estos nos echen encima a sus *tequanime*, esos *pochtecas* que se comportan como fieras que muerden y matan.

—Vámonos, Yolatl, no vaya a ser que se cumpla el agüero.

El agorero, viejo y cansado, no supo reaccionar a tiempo y los dejó escapar igual que las lágrimas que escurrían entre sus dedos. Sin embargo, por artes del azar todavía pudo verse recompensado. La bolsa de piel tenía un agujero

por el cual se deslizaron tres granos de cacao, más que suficientes para comprar dos *tilmatl* nuevas y pagarse un banquete.

Los últimos portentos se han dado recientemente y casi en forma simultánea. Ambos atañen directamente al *Huey tlatoani* Moctezuma II y al destino de su imperio. Empero, lo que ha sucedido en la sala llamada *Tlitlancalmecat*, la Sala Negra, donde se estudian los fenómenos mágicos, de las Casas Nuevas, se filtra al exterior gracias a la indiscreción de algunas mujeres, y de boca en boca va a recalar en los oídos de los sacerdotes del culto de Huitzilopochtli. Así, Tizoc se entera de que los cazadores de las aves que viven en la laguna atraparon un pájaro pardo del tamaño de una grulla. Que este tiene en medio de la cabeza un espejo redondo donde se reflejan el cielo y las estrellas. Que, de entrada, Moctezuma ha quedado espantado. Que lo ve por segunda vez y en el círculo aparece una muchedumbre de gente extraña, todos armados y montados encima de muchos venados que no tienen cornamenta. Los agoreros son llamados, pero antes de que lleguen para dar su veredicto el ave desaparece y no pueden satisfacer al *tlatoani*.

Moctezuma y todos los que han visto al pájaro misterioso quedan aterrorizados. Terror que alcanza grados de enajenación y locura en los momentos en que comienzan a aparecer seres monstruosos, cuerpos de hombres unidos en un solo tronco y provistos de dos cráneos descarnados, entre los que se cuenta la cabeza con facciones nunca vistas que entra y sale del *tzompantli* a su antojo, engendros que tan pronto se presentan desaparecen en medio de una humareda apestosa. La naturaleza del hedor comienza, así, a cobrar dimensión en las entendederas de los sacerdotes amigos.

—Es el olor del miedo —aventura Yolatl.

—Es la peste que emana de los cuerpos de las personas extrañas que, llegadas de la mar, vendrán a causar mal en las tierras del Anáhuac —corrige Tizoc, y se queda pasmado ante el pronóstico que ha sido capaz de articular con palabras.

—¿Y qué con la cabeza? —inquire Yolatl—. ¿Será la misma de la cual nos habló Chilli?

—¡La misma que te mordió el pie en la fuente de Tlilapan! La cabeza de alguien que en vida llevó el nombre horrendo de Romeo.

—¡Un espectro enviado por los otros para que actúe como punta de lanza!

—O, quizás, el puente que nos sirva para penetrar en los arcanos de los

dioses para los que el tiempo es una convención que se encoge y estira en forma ondulada, de suerte que sus paredes pueden tocarse. El pasado y el futuro, Yolatl, si los observas con agudeza, no son otra cosa que las variables de un presente que sirve, a manera de espiral y en forma de serpentina, para que los triángulos del espacio se desplacen...

—Una teoría complicada que —interrumpe el sacrificador de Tláloc— sin embargo coincide con lo que sucede en los templos orientados para propiciar la escalinata celeste, la serpiente emplumada de Quetzalcóatl, durante los solsticios de verano e invierno.

—¡U otros prodigios celestes!

El sonido de un caracol viene a interrumpir su plática. Anuncia la llegada de los *Calpixques*, o capitanes de Moctezuma, apostados cerca de la costa, que llegan con noticias asombrosas. Vienen, sobresaltados e impacientes, a informar al *Huey tlatoani* respecto de unas «torres o cerros pequeños» que flotan en el mar y se aproximan a tierra firme.

El pronóstico de Tizoc comienza a hacerse realidad. No tardan en esparcirse los rumores más descabellados sobre los seres extraños que navegan en las «torres», y cuyos detalles llegan a los oídos de los sacerdotes que no tienen acceso a lo que sucede en las Casas Nuevas, como un eco que resuena entre las paredes del *calmecac*.

—Moctezuma ha ordenado al *Petlacalcatl*, o jefe de los *calpixques*, que reúna en palacio a todos los nigrománticos para que le expliquen si han visto agüeros o han hecho adivinanzas que sirvan para desentrañar la naturaleza de los desconocidos —comenta Tlacateótl con sus alumnos—. De acuerdo con la información que se ha filtrado, él cree que se trata del regreso de nuestro dios Quetzalcóatl, quien, de acuerdo con lo anunciado por los códices y las tradiciones, prometió hacerlo.

—Lo que no es desatinado —interviene Tizoc—, si consideramos que Quetzalcóatl partió de nuestras tierras por el oriente y los navegantes llegan por la misma ruta.

—Sin embargo, los agoreros no han podido darle respuesta alguna, simplemente porque no han presenciado prodigios que pudiesen esclarecer lo que sucede. Entonces Moctezuma ha montado en cólera y ha ordenado que se les mantenga presos en la cárcel de Cuauhcalco hasta que declaren si lo que se aproxima provocará en su pueblo una catástrofe, una epidemia, hambre o

guerra, en fin, algo que le permita reaccionar a fin de paliar su terrible espanto.

—Ya podemos prever el trágico fin que espera a los nigrománticos — aventura Yolatl quien, como todos los súbditos de Moctezuma, conoce el precio que hay que pagar si no se satisfacen los caprichos del déspota.

Moctezuma, en efecto, al día siguiente envía al *Petlacalcatl* para que insista con los prisioneros sobre «si lo que ha de venir llegará del cielo o de la tierra; de qué parte, de qué lugar y cuándo será». Empero, cuando este acude a la cárcel los nigrománticos han desaparecido, se han esfumado, o como él asume, se han vuelto invisibles.

La cólera del tirano aflora de inmediato. Instruye a uno de sus más altos funcionarios y al jefe de la Casa de los Dardos para que vayan a los pueblos de los agoreros, los busquen y los hagan pagar su osadía. «¡Si no los encuentran —grita furioso—, maten a sus mujeres y a sus hijos y derriben sus casas!».

Yolatl y Tizoc se enteran, no sin tristeza, de cómo un grupo de mancebos incitados por los esbirros del *tlatoani* ahorcan con sogas a las mujeres y azotan a los niños contra las paredes hasta que los hacen pedazos. Las casas son «arrancadas de raíz».

—Con estas acciones crueles e innecesarias Moctezuma queda maldito, Tizoc —asegura Yolatl—. No tardará en pagar con su muerte la villanía que ha cometido.

Un par de semanas más tarde, uno de los *Cuetlaxtecatl* llamado Pinotl logra, por fin, entrevistarse con los extranjeros y enviar una primera descripción que cunde entre los habitantes de México-Tenochtitlan y, no podía fallar, llega a los oídos de los sacerdotes: «[...] son como quince personas, vestidas con unos sacos colorados, otras de azul, otras de pardo y de verde, y otras mugrientas como nuestras tilmas de maguey. En las cabezas traen puestos unos paños colorados, bonetes de grana, grandes y redondos a manera de comales pequeños. Las carnes muy blancas, más que las nuestras [...]. Los más tienen barbas largas y el cabello les cae hasta las orejas [...]».

Tanto Moctezuma como los señores principales no quedan satisfechos. Quieren saber más, y sobre todo cómo son sus armas y sus atuendos de guerra, si es que los traen con ellos.

Manda nuevos mensajeros y estos retornan con información precisa y detallada. Tlacateótl la obtiene en el edificio llamado *Poyauh-tla* mientras

cumple un ayuno y hace penitencia de cuatro días en compañía de los sacerdotes principales.

—Al parecer —transmite a sus alumnos—, «tienen unas armas que expulsan unas como bolas de piedra que salen de sus entrañas. Con ellas va lloviendo fuego y destilando chispas. El humo que sale es muy pestilente, huele a lodo podrido, penetra en el cerebro y causa mucha molestia».

—¿Será el hedor que nos ha llegado hasta la cima de los *cúes*? —inquire Yolatl, al tiempo que se lleva dos dedos a sus narices.

Tizoc duda con la cabeza. No quiere comprometer la agudeza de su olfato. Prefiere esperar para, si se da el caso, olisquear los cuerpos de los extraños.

—... dicen —continúa el maestro— que si la bola pega en un cerro, lo hiende y lo resquebraja. Si pega en un árbol lo convierte en astillas, «como si fuera algo admirable, cual si alguien le hubiera soplado desde el interior. Sus aderezos de guerra son todos de una materia muy dura que llaman “hierro”. Hierro se visten, hierro ponen como capacete en sus cabezas, hierro son sus espadas, hierro sus arcos, sus escudos y sus lanzas [...]. Van trepados en los lomos de unos venados, altos como los techos de nuestras casas. Sus cuerpos van todos cubiertos, menos sus caras. Estas son blancas, del color de la cal. Tienen el cabello y las barbas de color amarillo, aunque algunos los tienen negros. Son de pelo crespo y fino, un poco encarrujado. Sus alimentos saben a miel, son dulces y desagradables [...]».

—Se parecen a las iguanas y su aliento es pestilente —dice Yolatl, dejando correr su imaginación—. Sus cuerpos, que cubren con el metal frío y torneado, tienen la consistencia sebosa y escurridiza de la carne putrefacta. Presentan el color verdoso de las acelgas, mismo que los asemeja a los sapos que llamamos *azacatl* y que he visto dibujar a los *tlacuilos* cuando están bajo los efectos del peyote.

Tizoc ríe a carcajadas con la descripción que hace su amigo.

—Me parece que exageras, Yolatl —le reclama y, aunque le sigue la corriente, lo corrige—: No son del color que dices. Su matiz es amarillo y su piel está cubierta de escamas rojas y transparentes, iguales a las que cubren a la serpiente *tecutlacozauhqui*, que es princesa de todas las culebras.

Tlacateótl, que los escucha divertido, sin embargo los amonesta. El resto de la información le ocasiona pavor y tiene que hacer de tripas corazón para que fluya sin quebrar su aliento.



—Traen consigo unas bestias enormes atadas con cuerdas por los pescuezos. Su forma es igual a la del coyote que mentamos *cuitlachcoyotl*, aunque más grande. Cuentan con orejas ondulantes y aplastadas y grandes lenguas colgantes. Sus ojos derraman fuego, echan chispas, su color es amarillo, intensamente amarillo como el de las culebras de agua llamadas *tlilacoatl*, feroces comedoras de hombres [...]. Sus panzas, ahuecadas, alargadas como angarillas acanaladas. Son muy fuertes y robustas. No se mantienen quietos, andan jadeando, andan con las lenguas colgando sobre unos dientes poderosos, afilados como flechas de obsidiana. Su pelo está manchado como el de los tigres, con manchas de muchos colores [...]. Están adiestradas para desgarrar el cuello y los brazos de sus enemigos. Nadie puede librarse de su ferocidad; una vez que ha sido prendido sin remedio le sacarán las tripas y sorberán su sangre.

La descripción del maestro es sobrecogedora. Los sacerdotes guardan silencio y algunos resoplan con los carrillos hinchados. Nadie se atreve a bromear o tomarlo a chunga. Cabizbajos y con las frentes enfebrecidas, Tizoc y Yolatl salen del *calmecac* para dirigirse a sus respectivos adoratorios, donde ya los esperan algunos cautivos que han de ser sacrificados.

El terror que siente Moctezuma frente a esos seres que adivina fuertes e indestructibles atraviesa las canteras y tezontles de las paredes de sus palacios y se expande por la ciudad y el recinto sagrado del Templo Mayor.

Tizoc, desde la cima del adoratorio de Huitzilopochtli, contempla y siente el temor y el gran espanto que sufre la población. Vistos desde las alturas, los aztecas se comportan como las hormigas arrieras descontroladas por el humo de una antorcha. Se juntan en corrillos y discuten y hablan sobre las noticias que se han propalado. Sus exclamaciones, impregnadas de horror, barren la plaza. Algunos lloran y giran en círculos con las cabezas caídas. Otros, en cambio, intentan reanimar a sus conocidos, les dicen palabras de aliento, los abrazan y palmean. Los niños, atónitos frente a la actitud de la gente, gimen y moquean. Sus padres les dicen: «¡Ay, hijitos míos! ¿Qué pasará con vosotros? ¡Oh, en vosotros sucedió lo que va a suceder!». Las madres, desoladas, meten su cuchara: «¡Hijitos míos! ¿Cómo podréis vosotros ver con asombro lo que ha de venir sobre vosotros? ¡Oh, hijo mío, en mal tiempo has nacido, qué grandes cosas has de ver, en grandes trabajos te has de hallar!».

Su desaliento es tal que irrita al joven sacerdote y lo saca de sus cabales. Los

tajos que da sobre el pecho de las víctimas no tienen la precisión que acostumbra y la sangre le salpica la cara. No entiende el comportamiento de un pueblo que se ha distinguido por su valor y bravura en la guerra y que, de pronto y bajo la influencia de un *tlatoani* pusilánime, se acobarda y asume su aniquilamiento sin estar dispuesto a enfrentar lo desconocido.

—¿Qué nos pasa? —grita rebelándose ante una actitud que considera mujeril, afeminada, y lo hace exclamar—: ¿Acaso somos *culeoni*? ¿Acaso hemos dejado de ser hombres y nos hemos convertido en *sométicos pacientes*, en putos abominables, nefandos y detestables, dignos de que se haga burla de nosotros?

—¡No! —responde Yolatl, que ha escuchado sus reclamos desde su adoratorio gemelo—. No te confundas, Tizoc, con estas primeras manifestaciones de espanto. Tenemos que discutirlo una vez que nos reunamos abajo.

Ambos se apresuran para terminar lo más pronto posible con los sacrificios del día. Tal y como acostumbran, se encuentran al pie de la escalinata del templo, y mientras se dirigen al *temazcal* para darse un baño y limpiar de impurezas sus cuerpos, Yolatl explica:

—Me parece que la reacción de la gente no ha sido desorbitada, Tizoc. Es natural que si saben que Moctezuma es presa de una gran angustia y que en lo único en que piensa es en la manera de esconderse y huir de los extranjeros, a quienes considera «dioses», se sientan desprotegidos y asuman que sobre ellos caerá toda la furia arrasadora de esas deidades.

Tizoc escucha cabizbajo. Aunque está de acuerdo con su amigo, no le resulta satisfactoria la conducta de los *macehuales*, y menos la de varios dignatarios importantes a quienes ha visto lloriquear y con el rostro compungido.

—Pienso, Yolatl —dice de pronto—, que nuestro *Huey tlatoani* ha perdido el seso desde el momento en que supo que los desconocidos habían preguntado por él con mucha insistencia. Entró en pánico y dijo, sin cuidar las formas ni que sus palabras se esparcieran, que quería esconderse en el interior de la cueva de Cincalco. Luego, hizo comparecer a los encantadores y estos le dijeron que podría ocultarse en el Lugar de los Muertos, en la Casa del Sol, en la Tierra de Tláloc o en la Casa de Cintli, el templo de la diosa del maíz, pero que no le serviría de nada. Las palabras de los encantadores trastornaron su

corazón, se lo desgarraron, se lo dejaron girando, lacio y decaído, y así, en ese estado y en lugar de salir a combatirlos, ha decidido esperarlos.

—Algo que nadie, hasta este momento, hubiera imaginado, Tizoc. Su carácter supersticioso ha hecho aflorar en él una cobardía que lo paraliza. Y nada me causa más miedo que esta se contagie a los demás dignatarios y a los jefes de nuestros guerreros.

—¡No, Yolatl!, eso no deberá suceder ni nosotros debemos permitirlo.

Sin embargo, y a pesar de sus intenciones, poco pueden hacer los jóvenes sacerdotes. Dada su condición no tienen acceso a las esferas de la política y de la guerra. Hacen lo que pueden y oran en sus respectivos altares para pedir que Huitzilopochtli y Tláloc intervengan y doten de valor a los dignatarios para que, al margen de las indecisiones de Moctezuma, defiendan a la nación mexicana.

La situación se agrava pocos días más tarde. Moctezuma, trastocando el rígido protocolo al que está sujeta su corte, decide abandonar el palacio instalado en las Casas Nuevas y trasladar la sede del gobierno a la residencia que ocupaba antes de ser elevado al cargo de *Huey tlatoani*. Desde ahí, envía mensajeros provistos de regalos al campamento de los extraños con el objeto de satisfacer la codicia que se les atribuye y convencerlos de que se retiren. Empero, no logra más que exacerbar su rapacidad y que para satisfacerla empiecen a entrar tierra adentro.

Ha llegado el momento en que no hay secretos para nadie. Todo el mundo se entera de lo que sucede dentro y fuera del recinto del Templo Mayor. Da igual que se trate de los miembros de la nobleza, o *pilli*, que de los *macehuales* que cultivan las hortalizas y trajinan en la laguna y en las chinampas, o de los *pochtecas* y artesanos que cumplen con sus oficios y compran y venden en los mercados. Los *tlamacazqui* no son la excepción, y Tizoc y Yolatl se mantienen informados sobre todo lo que pasa.

Los desconocidos entran en las tierras del señorío de *Texcalla*, o Tlaxcala, donde son recibidos por los señores principales, quienes los aposentan y les entregan a muchas de sus hijas, todas doncellas, para que hagan uso de ellas como mejor les plazca. Varias noticias son importantes para los mexicas: se trata de un grupo de hombres y no de dioses; los animales sobre cuyos lomos montan se llaman «caballos» y no forman una unidad con el cuerpo de los

hombres; las bestias que se asemejan a los coyotes y tigres, son «perros» o «lebreles» y no engendros escapados del inframundo.

—Los hombres cubiertos con metal se dicen «españoles» —comenta Yolatl—, y su capitán se nombra Hernán Cortés. Viene con ellos una mujer de las nuestras, llamada Malintzin, que habla la lengua.

—Entonces no debemos tenerles miedo —acota Tizoc.

—A ellos, no —consiente Yolatl—, pero sí a sus armas y a los tlaxcaltecas, quienes seguramente aprovecharán para vengar todas las afrentas que les hemos hecho durante las guerras floridas.

—¡Humm! —murmura Tizoc con malévolos deseos—. Será interesante abrirles el pecho y ofrendar sus corazones a Huitzilopochtli. ¿Los tendrán iguales a los nuestros? ¿Del mismo color?

—¡Ya veremos! —apunta Yolatl, y ambos se unen en una carcajada nerviosa.

Poco después se topan con Chilli, Etl y Tomatl, quienes aprovechando la incertidumbre y el caos provocados por el *Huey tlatoani* se han desafianzado de sus obligaciones en el *tzompantli* y se han dedicado a pescar información en la Casa de los Dardos y a meter sus narices en las habitaciones del *tlacohtcalcatl* Itzquauhtzin, quien en su carácter de *Huey calpixqui*, o prefecto de la capital, recibe información privilegiada de los mensajeros del imperio.

Chilli y Tomatl, cuya experiencia en el espionaje los preparó para inmiscuirse en los secretos reservados a los dignatarios sin ser advertidos, escucharon, y por ello pueden relatarlo, lo que sucedió en Cholula.

—Los tlaxcaltecas propiciaron la matanza —afirma Chilli con conocimiento de causa—. Una vez que entregaron su amistad a los españoles, los convencieron de que los cholultecas eran un enemigo perverso, amigo de los mexicas y tan valiente como estos.

—Juntos, tlaxcaltecas y zempoaltecas, levantados en son de guerra, intrigaron con los españoles para atacar la ciudad de Cholula —interviene Tomatl con un tono exaltado que pronto se convierte en susurro—. Solo que, antes, enviaron un embajador para que este, con la amenaza de que los acompañarían los «dioses invencibles», consiguiera una rendición de los dos señores que gobiernan Cholula con los títulos de *Tlaquiach*, o mayor de lo alto, y *Tlachiach*, o señor de lo bajo del suelo.

—Los cholultecas, persuadidos de que su dios Quetzalcóatl aniquilaría a

sus enemigos con los rayos y el fuego que lanzaría desde el cielo —mete su baza Etl—, en lugar de rendirse o buscar una tregua, aprehendieron al embajador Patlahuatzin, persona estimada y de mucho valor, y le desollaron la cara. Luego, desprendieron la piel de sus brazos hasta los codos y le cortaron las manos a la altura de las muñecas para que las llevara colgando. Así, de esta manera y con gran crueldad, lo devolvieron a Tlaxcala a fin de que sus guerreros entendieran que no les tenían miedo, ni a ellos ni a los hombres andrajosos que consideraban dioses.

—Su reacción no se hizo esperar —retoma Chilli su relato—. Los capitanes Piltecuhtli, Textlipitl y otros comenzaron a mover sus ejércitos. Lo mismo hicieron los de Zempoala y los españoles. Marcharon rumbo a Cholula.

—Mientras tanto —irrumpe Etl con su voz aguda—, los cholultecas, confiados en que gracias a la intervención de Quetzalcóatl son indestructibles, y «no hay poder humano que los pueda conquistar u ofender», se dedicaron a lanzar bravatas y a insultarlos: «[...] Veámoslo ahora, gocemos de sus devaneos y engaños que traen, son locos de quienes se fían aquellos sodomitas mujeriles, que no son más que mujeres prostitutas de los hombres barbudos [los españoles], que se han rendido a ellos de miedo. Dejadlos lleguen a nuestras tierras, que bien les han pagado la vida a los miserables. Mirad a los ruines tlaxcaltecas, cobardes, mercedores de castigo: como se ven vencidos de los mexicanos, andan a buscar gentes advenedizas para su defensa».

—Esas ofensas provocaron una indignación terrible en los de Tlaxcala —agrega Chilli—. Nunca habían recibido una afrenta tan ignominiosa como la tortura de su embajador. Sus corazones se transformaron en basiliscos dispuestos a una venganza ejemplar. Llegaron a Cholula con la disposición de arrasarla. Los cholultecas no hicieron alarde de nada, ni los recibieron en son de guerra o de paz; aguardaron en sus casas. Los españoles, entonces, obligaron a los cholultecas, principales y *macehuales*, a que se reunieran en el patio del *cu* de Quetzalcóatl.

—Estos, con la seguridad de que serían protegidos por Quetzalcóatl —dice Tomatl, al tiempo que desorbita sus ojos para denotar su incredulidad y limpia el sudor de su cara—, acudieron desarmados. ¡Su ingenuidad fue mayúscula! ¡Ni una lanza o un escudo para defenderse! ¡Nada, solo sus manos vacías y sus pechos desnudos! Los españoles cercaron el patio y cerraron las

entradas montados en sus caballos. Comenzaron a alancearlos y a matar a todos los que estaban a su alcance. La gente de Cholula gritaba desesperada. Se movía como una ola de sangre que rebotaba en las paredes del *cu*. «No con espadas, no con escudos hicieron frente a los españoles. No más con perfidia fueron muertos; no más como ciegos y sin saberlo cayeron». Los tlaxcaltecas, provistos con unas guirnaldas de esparto en las cabezas para distinguirse de los cholultecas, abusaron de que estos estaban indefensos. Se les echaron encima y los acuchillaron y mataron a golpes de macana. Muchos sacerdotes se arrojaron de cabeza desde la cúspide del *cu* de Quetzalcóatl. Se partieron el cráneo, derramaron sus sesos en las escalinatas. Otros, en la confusión, se mataron entre sí porque no podían distinguir entre amigos y enemigos. Los españoles gritaban a voces: «¡Santiago! ¡Por el apóstol Santiago!», cada vez que hendían sus lanzas, sus espadas, en un cuerpo cercenado por el asombro.

—¡Así —remata Chilli— fue la matanza de Cholula! ¡Así, su ruina!

—Y el inicio de nuestros desastres —apunta Tizoc con los ojos arrasados de lágrimas.

Las infaustas noticias de la matanza de Cholula abaten aún más el ánimo de Moctezuma, sobre todo al enterarse de que españoles y tlaxcaltecas avanzan hacia México-Tenochtitlan. Sus lamentos azotan a los señores principales que lo rodean igual que si fuesen latigazos. Todos tiemblan y desgarran sus vestiduras con las descripciones que hacen los mensajeros, quienes aseguran: «Vienen en círculo. Vienen en son de conquista alzando un torbellino de polvo en los caminos. Sus lanzas, sus astiles, que murciélagos semejan, resplandecen bajo los rayos del sol. Sus cotas de malla y sus cascos producen estruendo. Son un tumulto de hierro que infunde terror. Son muy espantosos, son horriblos».

La sugestión se esparce entre el pueblo que espera, temeroso, el curso de los acontecimientos. Muchos imaginan a los españoles con caras y cuerpos de monstruos y les atribuyen poderes capaces de exterminar a los batallones de guerreros Águila o Tigre en un santiamén, o de arrasarse el Templo Mayor con tan solo una mirada o el gruñido de sus perros. Están anonadados, descuidan sus obligaciones, solo pendientes de las acciones que ordenan el *Huey tlatonani* o los *tecuhтли*, señores o dignatarios que lo rodean, sin que estos tomen en cuenta la opinión o las advertencias de los miembros del consejo de ancianos, los *huehuetque*, a quienes se ignora.

Tlacateótl les hace saber a sus alumnos que ha sido convocado por Moctezuma para recibir el nombramiento de *tlenamacac* y para que acompañe, con ese cargo, a un grupo compuesto por sacerdotes, agoreros, encantadores y nigromantes que deberá entrevistarse con los españoles con el objeto de hacerles encantamientos y hechicerías.

—Una encomienda que no me satisface —comenta el maestro—, sino me disgusta. Voy a ir al encuentro de los extranjeros rodeado de una runfla de charlatanes que pueden llegar a ser sumamente peligrosos, pues todos sabemos que sus encantamientos son terribles; que son capaces de transformarse en animales salvajes y emponzoñar los fluidos que circulan por nuestras venas y dan vida a nuestras vísceras. Me gustaría, en todo caso, ir acompañado de ustedes, Tizoc y Yolatl, a quienes tengo confianza, para que me ayuden a controlarlos, y en el mejor de los casos a dirigir sus brujerías en contra de aquellos que se han convertido en una amenaza para nuestro reino.

Tizoc y Yolatl se miran con el semblante sereno, aunque sin poder disimular una pizca de alegría que brilla en las patas de gallo que adornan sus párpados. Tlacateótl les brinda la gran oportunidad de conocer a los invasores y esclarecer muchas suposiciones que se han hecho acerca de ellos.

El maestro entiende que su respuesta es positiva y les ordena que se apresten para salir durante la madrugada. Parten todavía con un gajo de luna colgado en el firmamento. Marchan varias jornadas por caminos que atraviesan muchas comarcas cuyos pobladores andan alborotados, desasosegados, de suerte que parece que la tierra tiembla y se mueve dado el tamaño de su espanto.

En un recodo del camino, sobre la cuesta de Tlalmanalco, cuando ya estaban a punto de encontrarse con los españoles, se les aparece de improviso y sin que nadie lo advirtiera, un personaje, sucio y astroso, que tiene la pinta de ser de Chalco, «un chalca en el aderezo, un chalca en la ficción», que camina a tropezones y gesticula como si estuviese beodo.

Trae en el pecho ocho cabestros o sogas hechas de heno que semeja esparto. El cabello desgredado y lleno de abrojos. Los ojos enrojecidos y las fosas nasales negras y dilatadas. Su olor es una mezcla de azufre y mierda. Se lanza hacia los mexicanos y estos reculan. Tlacateótl extiende un brazo para detenerlo, pero el tipo pasa frente a él como una exhalación y está a un tris de derribarlo. Tizoc acude para defenderlo. Yolatl esgrime una vara. Los demás

tiemblan de miedo.

Enseguida, sin que puedan contenerlo y con una voz hueca que parece salir de las entrañas del Mictlán, comienza con gran enojo a reñirlos:

—¿Para qué porfían otra vez de venir acá? ¿Qué es lo que quieren? ¿Qué piensa hacer Moctezuma? ¿Ahora acuerda a despertar? ¿Es que aún ahora no ha recobrado el seso? ¿Ahora comienza a temer? ¿Es que aún ahora es un infeliz miedoso? ¡Ya ha errado, ya no tiene remedio porque ha hecho muchas muertes injustas, ha destruido a muchos, ha hecho muchos agravios, engaños y burlas! Durante su reinado, unos con otros se golpean; unos con otros se amortajan. Unos con otros se revuelven; unos de otros se burlan.

Los encantadores y nigrománticos quieren salir corriendo, huir de ahí como almas que se lleva el diablo. Mueven los pies y arrastran los pedruscos del camino. Tlacateótl reprende su flaqueza, los insulta, les exige que se queden quietos. Tizoc reparte algunos puñetazos. Yolatl mete la punta de su vara en sus costillas y la oquedad de sus nalgas. Unos chillan, pero la mayoría acata las órdenes y cambia de actitud. Se postran frente al personaje iracundo. No pueden discernir si se trata de un hombre o de una deidad disfrazada. Todos piensan en el dios Tezcatlipoca, pero nadie se atreve a nombrarlo. Levantan con tierra y piedras un altarcillo, un adoratorio, y con heno verde y grama un asiento. Lo invitan a sentarse. Sin embargo, él ignora sus ruegos. No quiere sentarse, ni siquiera mirarlos. Cada vez está más encabronado. Vuelve a reñirlos con grandes voces, mientras su figura se esfuma. Solo escuchan su voz. Como si fuera un oráculo llegado desde muy lejos. Con gran denuedo los regaña: «¿Por qué han venido a pararse aquí? ¡Nunca más haré cuenta de México! ¡México no existirá más! ¡Os dejo para siempre! ¡No me haré cargo de ustedes ni voy a ampararlos! ¡Apartaos de mí! ¡Lo que quieren hacer no se puede hacer! ¡Lo que sucedió, ya sucedió! ¡Vuelvan la cara hacia México!».

Nadie entiende en un principio, hasta que Tlacateótl y sus alumnos dirigen la vista hacia donde se localiza México-Tenochtitlan. No sin horror ven una ciudad en ruinas en la que arden los *teocallis*, los templos y adoratorios, las casas comunales y los colegios sacerdotales. Una ciudad avasallada por la guerra y sus secuelas en la que sus habitantes, los que se salvaron de morir, deambulan en búsqueda de comida, de agua o de un referente que les dé certeza y los ancle en la realidad, por muy terrible que esta sea.

La visión los deja paralizados, «como si su corazón se les hubiese ido quién



sabe a dónde». No son capaces de hablar con claridad igual que si hubieran atascado sus gargantas con pulpa de camote.

—No nos tocaba a nosotros ver esta desgracia —reclama Tlacateótl—. Le toca a Moctezuma ver toda esta tragedia. Él es el responsable.

Nadie responde. Cavilan en silencio hasta que uno de los nigromantes se atreve a decir:

—Quien nos habló no es un hombre; no un cualquiera. Cada vez estoy más seguro de que quien lo hizo y luego desapareció fue el joven dios Tezcatlipoca.

Tlacateótl ordena que regresen a la ciudad para informar de lo acontecido al *Huey tlatoani*.

—No queremos, no debemos por ahora —aventura Tizoc furioso— encontrarnos con los españoles. Ya tendremos la oportunidad de ver sus caras reflejadas en los muros ensangrentados del *cu* de Huitzilopochtli.

La comitiva regresa sin orden ni concierto alguno. Tlacateótl y sus discípulos caminan en silencio. Cada uno sumido en sus reflexiones. En cambio, los agoreros y nigromantes se comunican con gritos irrespetuosos. Hacen escándalo y aterrorizan a los pobladores de los pueblos pequeños por donde pasan. Se meten en las casas y exigen que se les dé de comer. Luego, algunos, asaltan las despensas, los graneros, y llenan sus sacos con granos de maíz y de frijol. Otros, en cambio, se apoderan de los vestidos, el oro, la plata y las piedras y plumas preciosas que encuentran dispersas en el interior. Son una plaga que repugna a los sacerdotes, quienes no pueden evitar, por más que los amonestan, que se entreguen a mil indecencias con las mujeres de las casas. Ahí los dejan, entregados a sus porquerías.

Llegan, por fin, ante la presencia de Moctezuma. Tlacateótl hace un relato puntual de lo sucedido. Tizoc y Yolatl lo flanquean en silencio. Evitan, a toda costa, mirar el rostro del *Huey tlatoani*. Está prohibido mirarlo. Nadie, salvo unos cuantos, pueden verlo y dirigirle la palabra. Lo hacen por intermediación del *Huey calpixqui*, el Mayordomo Mayor, quien reformula las oraciones de acuerdo con la retórica imperante. Moctezuma escucha cabizbajo. La tristeza que lo invade le impide hablar. Permanece mudo y como si estuviera fuera de sí.

Todos los que lo rodean esperan expectantes. Al cabo de un rato se escucha su voz. Un hilillo de sonidos con los que expresa su profunda pena:

—¿Pues qué hemos de hacer varones nobles? Ya estamos para perdernos, ya tenemos tragada la muerte. No hemos de subirnos a los montes de alguna sierra, ni hemos de huir. Mexicanos somos, ponernos hemos a lo que venga por la honra de la generación mexicana. Pésame y me llena de compasión el destino de los viejos y viejas, y de los niños y niñas que no tienen posibilidades ni discreción para valerse y ponerse a salvo. ¿Dónde escapan sus padres? ¿Pues qué hemos de hacer? Nacidos somos y venga lo que viniere tendremos que verlo con asombro.

Tizoc y Yolatl, a pesar del repudio que sienten por el desaliento cobarde de Moctezuma, quedan conmocionados. A su alrededor escuchan el llanto y los gemidos de los cortesanos. Tlacateótl se retira con pasos cortos. Pide a sus alumnos que lo sigan. Salen a la plaza del Templo Mayor y la cruzan rumbo al *calmecac*. A su paso, escuchan los lamentos de los *macehuales*, quienes se sienten desamparados: «¡Sea lo que fuere! ¡Mal haya! ¿Qué otra cosa habrá que podamos hacer? ¡Ya vamos a morir, ya vamos a dejar de ser; ya vamos a ver, con nuestros ojos, nuestra propia muerte!».

Tlacateótl y sus alumnos entran consternados al *calmecac*. No logran asimilar el sentimiento de derrota que priva entre los señores dignatarios y el pueblo de México-Tenochtitlan. No se explican la pérdida de fe del *tlatoani* en sus deidades y menos que los guerreros la asuman como un designio sagrado. Saben que Moctezuma titubea sobre si debe o no recibir a los españoles y que ha consultado con su sobrino Cacama y su hermano Cuitlahuactzin, señor de Iztapalapa, sobre la mejor manera de proceder. Cacama y otros señores han respondido con cautela para no comprometerse. Cuitláhuac, en cambio, no se ha andado por las ramas y ha sido más claridoso que nunca:

—¡Ruega a nuestros dioses que no te permitan meter en nuestra casa a quienes nos van a echar de ella; te quitarán el reino y cuando lo quieras remediar, será demasiado tarde!

—Sin embargo —dice Tlacateótl—, aunque el consejo de Cuitláhuac es el más valiente y sensato, y ha sido apoyado por muchos señores, al parecer los temores de Moctezuma lo han orillado a permitirles la entrada en nuestra ciudad, el ombligo del mundo que conocemos. Ha ordenado a su hermano que se dirija a Iztapalapa y los aguarde en sus palacios.

Tizoc golpea con su puño un recipiente de cerámica y lo hace trizas. Yolatl recoge los tepalcates del suelo, y sin que venga a cuento los deja caer como si le

quemaran las manos. Sus compañeros retroceden alarmados:

—¿Qué sucede, Yolatl? —pregunta Tizoc con el ánimo descompuesto.

Con cuidado, su amigo, le extiende una de las piezas. Tizoc la revisa y le da la vuelta. En la cara interior está impreso un ojo con la pupila dilatada, de suerte que en ella se ve a un hombre crucificado. Tlacateótl toma las demás y las coloca sobre una tabla. Todas presentan una señal similar, unas con mayor nitidez y otras difuminadas. «¿Una señal? —se preguntan—. ¿El ojo de un dios que desconocemos y que ya nos tiene en la mira?».

No alcanzan a responderse porque el sonido de los cascos de muchos caballos, que corren y caracolean, viene a distraerlos. Los tres llevan sus manos a los oídos. Taponan sus orejas con cera para alejar el estruendo. Es en vano. La cabalgata recorre las cercanías de Texcoco. Rodea la ciudad de Iztapalapa. Marcha sobre sus cabezas y el ruido los obliga a vomitar en el rincón de un muro que colinda con la Casa de las Águilas.

—¡Ya desapareció! —anuncia Tlacateótl mientras se limpia los labios y el mentón con un faldón de su *tilmatli*—. Se han detenido en algún lugar, quizás en Xoloco, a la espera de que Moctezuma llegue para recibirlos.

Los jóvenes leen entre líneas el mensaje que han recibido al filo de la cordura. Los hechos se han desencadenado, no hay vuelta atrás. Tendrán que vivir lo que les reste de tiempo bajo la sombra de las alas del enorme zopilote que se deleitará con el dolor y la destrucción, convertidos en carroña, de su pueblo.

El maestro se retira. Debe atender el conciliábulo a que han convocado los dos grandes sacerdotes: el *quetzalcoatl Totec tlamacazqui* y el *quetzalcoatl Tlaloc tlamacazqui*, en el edificio llamado Poyauhtla, con la finalidad de hacer penitencia y dedicar ofrendas a sus dioses para que Moctezuma recobre la lucidez y haga caso a Cuitláhuac.

Tizoc y Yolatl retornan a sus respectivos adoratorios. Suben las escalinatas, y desde la cima se aprestan para presenciar algo que jamás imaginaron: la entrada de los españoles en el magnífico recinto del Templo Mayor.

El día *Quecholi*, bajo el signo 8-Viento, del año 1-Caña, llegan los españoles a los edificios reales. Ese día, Chilli, atolondrado con sus aprensiones, les comunica que la cabeza identificada como Romeo se ha escapado del *Hueitzompantli* y se mueve despavorida y muy alebrestada entre los edificios

del recinto sagrado. También, que profiere voces extrañas en un volumen destinado a llamar la atención de aquellos que pueden entenderlas. Empero, ninguno de los jóvenes sacerdotes le hace caso y ambos lo mandan a que vaya a alborotar a otra parte.

La plaza se llena de gente de todo tipo y ralea. Tizoc, que ese día tiene asueto, se queda dentro del adoratorio para desde ahí poder observar todo aquello que le resulte interesante. Moctezuma, rodeado de muchos señores principales, entre ellos Cacamatzin, rey de Texcoco, Tetelepanquetzaltzin, rey de Tlacopan, e Izcuauhtzin, rey de Tlatelolco, conduce a los invasores, tres o cuatro centenares entre soldados y capitanes, hasta la Casa Real, ubicada en lo que fuera el palacio de Axayácatl.

Tizoc, al fin, puede verles las caras, el color de su piel, las armaduras que portan y a los famosos caballos. Llama su atención un hombre alto, fornido, que se ha despojado del yelmo y cuyo cabello rubio relumbra con un brillo especial, tan intenso que centellea, y al mismo tiempo compite con los rayos del sol que caen sobre su armadura acerada. Su porte es imponente, al grado de que justifica que se le haya considerado una deidad entre los tlaxcaltecas, huexotzingas y mexicas que lo han visto y que han dado en llamarlo *Tonatiuh*, el Sol, al identificarlo con el astro. Las barbas y bigotes que cubren las caras de los demás, y cuyos colores oscilan entre el negro azabache, el rojo quemado y el amarillo deslavado, también le resultan atractivos. Toca su rostro lampiño e imagina cómo se vería con una barba frondosa e hirsuta y hace una mueca de rechazo. No, definitivamente se vería ridículo. Luego, posa la mirada en los españoles reunidos en la cola de la soldadesca. Detecta la presencia de unos cuantos hombres cuya tez, así como los brazos y las manos, son de color negro, y aguza la mirada. Sus facciones son semejantes a las de la extraña cabeza que causa tantos sinsabores a Chilli y comienza a preguntarse si esta procede del mismo ámbito espacial de donde provienen los «dioses negros».

Después de un par de horas, los extranjeros terminan de ingresar en los aposentos de las Casas Reales. La muchedumbre congregada frente a sus puertas se dispersa en grupos y corrillos que, mientras comentan y discuten, se dirigen a cumplir con sus ocupaciones habituales. Yolatl, que ha terminado con los sacrificios del día, se reúne con Tizoc en la plataforma del adoratorio.

—¡No parecen dioses! —es lo primero que expresa—. Salvo unos cuantos que son más altos y musculosos, los demás son hombres comunes y

corrientes. Muchos de nuestros guerreros y capitanes los superan con creces. No entiendo por qué Moctezuma les concede tanta fuerza. Creo que nuestras huestes acabarían con ellos en una simple escaramuza.

Tizoc asiente con la cabeza. Obviamente, está de acuerdo, pero no alcanza a expresarlo con palabras porque en ese momento ve salir por la puerta del palacio a varios señores principales, entre ellos al *Tlacatecatl* Atlixcatzin, capitán de los guerreros Tigre; a Tepeoatzin, que se desempeña como Jefe de la Casa de los Dardos, y al dignatario Totomotzin. Todos se detienen a unos pasos. Los ven discutir y señalar hacia el interior del palacio. Surge Cacamatzin y algo les dice que provoca una protesta airada. Al parecer, al menos eso es lo que alcanzan a captar los jóvenes sacerdotes, los españoles no van a dejar salir a Moctezuma y al señor de Tlatelolco, Izcuahtzin, y los van a mantener en calidad de rehenes.

Las personas que no han abandonado la plaza acuden a donde están los señores de la nobleza. Los escuchan discutir y suman sus voces al descontento. Exigen que se libere a los *Huey tlatoanis* y no se atente en contra de sus personas. Un piquete de soldados españoles encabezados por quien se dará a conocer como el capitán Gonzalo de Sandoval, sale con sus arcabuces en las manos. Los siguen tres artilleros que colocan un cañón frente a la puerta. Sin explicación alguna, disparan al aire todos los tiros de pólvora que traen consigo. El fuego del cañón y el estruendo descomunal que expulsan por su boca causan una confusión sobrecogedora. Los mexicas huyen en desbandada; cada cual corre sin rumbo y sin ton ni son en medio de la humareda. Tizoc y Yolatl se arrojan al suelo. Sus corazones quieren escapar por sus bocas. Están cagados de miedo. Ahora creen comprender el pánico que paraliza a Moctezuma. ¿Qué pueden hacer para defenderse de las armas de los invasores? No mucho, responde cada quien por su cuenta. La gente, en la plaza, está literalmente aturdida. Se mueven como si estuvieran borrachos, tal cual si hubiesen comido *peyotl* u otros hongos alucinógenos, o visto algo espantoso. El terror ha sentado sus reales entre los güevos de los mexicas. Descorazonados, se retiran, y por la noche no podrán conciliar el sueño debido al pavor que los domina.

Tizoc decide permanecer en el adoratorio. Hay un espacio más o menos limpio destinado a los sacerdotes que cumplen con rituales nocturnos. Yolatl se excusa. Él prefiere dormir en su yacija en el *calmecac*.

—Mañana subiré temprano para hacerte compañía —promete—. Te traeré algo para que desayunes, si es que tienes apetito.

Al amanecer, la voz aguda de una mujer que nombran Malintzin y que Tizoc había visto acompañar a los españoles, comienza a pregonar que, por instrucciones de Moctezuma, se les provea de todo aquello que les hace falta para su sustento. Así, el sacerdote, todavía con legañas en los ojos y un humor de los mil diablos, se entera de que estos demandan: «Tortillas blancas, gallinas de la tierra fritas, huevos de gallina, agua limpia, leña rajada y carbón». También, los *teules* exigen «cazoletas anchas, tersas y pulidas, jarritos, cántaros, tacitas, y en suma, todo artefacto de cerámica».

Tizoc sonrío mientras piensa que él les puede mandar la cazoleta que ha usado como bacinica repleta de mierda para que se la traguen, pero luego ríe al saber que los grandes dignatarios, *Piles* y *Achauhtles*, a quienes va dirigido el pregón, se niegan a obedecer las órdenes de Moctezuma; que han decidido no hacerle caso ni tomarlo en cuenta. Sin embargo, no faltan algunos lameculos que no solo los abastecen de comida y bebida, sino que les proporcionan pastura para sus caballos.

Yolatl cumple con lo prometido. Tizoc puede asearse gracias a una batea llena de agua que trajo su amigo y comer unos tacos de carne de guajolote sazonados con salsa picante. También trae la noticia de que en el interior del palacio los españoles se dedican con alegría y desahogo a una rapiña despiadada. Que han obligado a Moctezuma a que les entregue sus tesoros y los conduzca a la sala llamada *Teuhcalco*, donde se guardan los plumajes ricos y otras muchas joyas de pluma y oro, así como aquellas confeccionadas con piedras preciosas.

—¡Son unas bestias! —clama Yolatl—. Destruyen todo lo que tocan. No les interesa más que el oro. Funden las joyas para hacer barretas. No entienden el valor de los ornamentos sagrados hechos con las plumas más finas y los quemán como si fueran leña. Las gemas que no les interesan las reparten entre nuestros enemigos, los odiados tlaxcaltecas. ¡Una vergüenza que debemos hacerles pagar con la sangre maldita que corre por sus venas!

Tizoc se aparta unos pasos. Se planta delante de la efigie de Huitzilopochtli.

—¡Cómo te atreves a desampararnos! —lo increpa temblando de ira—. ¿No son suficientes los sacrificios que te ofrendamos todos los días del año?

¿Qué clase de dios eres? ¿A quién proteges: a Moctezuma, que ha dejado de ser nuestro *Huey tlatoani* para convertirse en un gusano, en la mujerzuela de los invasores, o a al pueblo mexica que siempre te ha venerado?

Yolatl lo mira abrumado hacer algo que nunca hubiese imaginado. Tizoc, en su desesperación, ha traspasado los límites impuestos por su religión. ¿Qué castigo habrá de esperarle? ¿Cuál será su trágico destino? Un impulso lo hace abrazarlo. Ambos lloran como si fueran niños.

No transcurre mucho tiempo para que se percaten de que los españoles, al igual que una mortaja, envuelven a Moctezuma y lo obligan a que los traslade a su residencia particular a fin de que les entregue los tesoros almacenados en su recámara llamada *Totocalcom* o «casa de las aves».

Caminan despacio entre un edificio y otro. Van pegados como si fuesen las púas enristradas de la piel de un puercoespín; Moctezuma en medio y ellos a su alderredor mostrando gran regocijo. Como si fueran bestezuelas se dan palmadas entre sí, levantan sus espadas y sus puñales, y con las adargas forman un cerco para protegerse de cualquier ataque por parte de los mexicanos. Dan voces para excitar su codicia que no tardará en ser satisfecha. Sus labios están teñidos de rojo y la saliva les escurre por encima de los petos.

Tizoc y Yolatl bajan a toda prisa del *teocalli*. Mientras los españoles penetran a la estancia de los tesoros, ellos se cuelan al interior del palacio, recorren varios pasadizos y se agazapan detrás de unas columnas para presenciar lo que sucede. El capitán que los guía toma de un brazo a Moctezuma y lo arroja sobre unos arcones donde están amontonadas infinidad de joyas, todas de gran valor y estima, que forman parte de su lote personal: «[...] collares de piedras gruesas, ajorcas de galana contextura, pulseras de oro y bandas para las muñecas, anillos con cascabeles de oro para atar al tobillo, y coronas reales de filigrana de oro a la cual están engarzadas gemas y *chalchihuites* de una belleza jamás vista». Alhajas sin número que son arrojadas al aire para que los capitanes y soldados, que todo codician para sí, puedan pepearlas y hacerlas suyas. Nadie hace caso de Moctezuma, pues están dominados por la avidez. Nadie advierte la presencia de un atado especial que este trata de ocultar, hasta que el capitán Diego de Ordaz se percata y lo obliga a entregarlo. Moctezuma se resiste, pero el español se lo arrebató sin consideración alguna. Lo abre por las puntas y extiende encima del suelo. Lo primero que atrapa es una pequeña escultura de la Santísima

Muerte, ataviada con una mantilla negra, que lleva en las manos su guadaña y demás ornamentos. Las órbitas del cráneo refulgen desde adentro con una luz azul que le provoca un intenso mareo. La suelta no sin temor porque la luz parpadea, se hace más intensa y su haz agudo. Aparta la vista y no se la vuelve a dirigir hasta que el brillo se va extinguiendo poco a poco. El español no entiende qué es lo que sucede, pero tampoco lo cuestiona y no quiere perder el tiempo ni soltar prenda. Mete la mano entre las piezas que contiene el atado y toma una pulsera ancha de un metal desconocido con incrustaciones doradas que lleva adosada una carátula semejante a una brújula. La mira con detenimiento y no tarda en advertir que, en lugar de los puntos cardinales, tiene incrustados unos números romanos y tres pequeñas varillas de metal, una más larga, otra más corta y una más que no deja de dar vueltas. Las varillas apuntan a diferentes números, y entre ellas y con letras de metal está incrustada la palabra «Rolex». Le da vuelta y admira, grabada en la chapa de metal en tono mate, una pequeña leyenda que dice: «Con amor a Pedro Chimalli. Rosaura. 4/10/2015».

«¿Un artefacto para medir el tiempo? —se pregunta—. ¿Pedro Chimalli? ¿De dónde sale ese nombre? ¿Será un nigromante, un encantador? Más parece cosa de magia negra para hacer hechicerías», concluye y lo devuelve al atado. Su contenido no deja de depararle sorpresas. Entre otras cosas, que para él no representan valor alguno, encuentra una pequeña caja construida herméticamente con un material que jamás ha visto, que tiene en la parte frontal una pantalla transparente y debajo cuatro hileras con letras y signos ortográficos afines a su abecedario, más otros garabatos que no alcanza a descifrar por serle desconocidos. Un aparato bonito, le parece, cuya utilidad escapa a sus entendederas. Lo pulsa y le da vueltas. En la parte posterior tiene un ojal con una palabra extraña y un pequeño agujero a través del cual no puede ver otra cosa que un punto al parecer luminoso. No entiende por qué Moctezuma guarda esas baratijas con tanto esmero y menos por qué las ha ocultado con su cuerpo. ¿Serán, acaso, regalos de sus deidades? ¿Tributos que le hicieron los habitantes de pueblos ignotos? ¿Un remanente de la mítica Atlántida, mencionada por los griegos? No, no tiene respuestas convincentes, y dadas las circunstancias prefiere dejar esas chácharas al garete. A ver quién las hurta y qué hace con ellas. Se enfrasca de nueva cuenta en el atraco y no tarda en unirse a sus compañeros dedicados a destruir las joyas del *Huey tlatoni*



para extraerles únicamente el oro.

Tizoc y Yolatl no han sido ajenos a la actitud del capitán español. Ni sus movimientos ni sus gestos les han pasado inadvertidos. El atado, con todo lo que contiene, queda abandonado debajo de un altar que Moctezuma utiliza para sus oraciones vespertinas. Unas vasijas rellenas con copal despiden volutas de humo que, al elevarse, componen figuras semejantes a las de los cráneos ensartados en el *Hueitzompantli*, o a los mascarones que representan a Huitzilopochtli y Tláloc. Ambos esperan a que termine el saqueo, mismo que acaba cuando los gritos desahogados que profiere la mujer llamada Malintzin desde la azotea del palacio convocan a los señores mexicas para exigirles que les proporcionen comida: «¡Mexicanos, venid acá! ¡Ya los españoles están atribulados! Tomad alimento y agua limpia. Todo lo que sea menester. Pues están abatidos, agotados, ya están por desmayar. ¿Por qué no quieren venir? Parece que están enojados». Mucho porfía la mujer, pero debido al miedo que semeja una fiera más peligrosa que el peso oculto de la noche, nadie le hace el menor caso.

Los españoles, guiados por Moctezuma, se dirigen hacia otros salones. Los jóvenes sacerdotes aguardan escondidos. Una vez desalojado el Totocalco, se mueven con sigilo. Yolatl toma el atado, lo oculta debajo de su *tilmatli*, y seguido por Tizoc regresan al adoratorio de Tláloc.

No tienen idea de lo que se han llevado consigo. Además de las cosas descubiertas por el español, encuentran un utensilio de color verde translúcido, más o menos del tamaño del dedo índice del maestro Tlacateótl, que cuenta con una pequeña rueda de metal en la parte superior, misma que al ser girada desprende chispas; unas tenazas de metal y un cuchillo cuya hoja es parecida, y aún más filosa, que la de los puñales que llevan los extranjeros sujetos a la cintura.

—Tengo una corazonada, Tizoc —dice Yolatl, al tiempo que muerde la pulsera de metal con la idea de averiguar de qué y cómo está hecha—. Creo, no me preguntes por qué, que Chillí es el responsable de que estas cosas hayan aparecido en poder de Moctezuma, y que las mismas llegaron al tiempo que la cabeza de Romeo comenzó a hacer de las suyas.

—¿Tú crees? —inquire su amigo.

—Bueno, se trata tan solo de un pálpito, pero no quisiera descartarlo.

Envían a un joven aprendiz con un mensaje para Chillí. Este aparece, muy

quitado de la pena, unas horas más tarde. Yolatl lo aborda sin preámbulos, y sin decir agua va le coloca el atado en las manos. Chilli tarda unos segundos en reaccionar. En su rostro se perfila la sombra del miedo y comienza a pujar como si estuviese estreñado. Yolatl lo obliga a desatar el lienzo. Con una mano toma uno de los objetos y se lo planta frente a los ojos. Chilli se cubre la cara y chilla.

—¡No, no quiero ver el fantasma de Tezcatlipoca que sale a través del espejo! —grita, al tiempo que señala la pantalla transparente—. Ahí adentro de esa caja está escondido. Si picas el cuadrado del centro se te aparece con su cara endemoniada.

Tizoc, de un zarpazo arrebató a Yolatl el artefacto. Lo pulsa con frialdad.

—¿Dónde dices que lo presionaste con el dedo? —pregunta.

—¡Ahí, en el cuadro negro que está encima de las hileras que tienen figuras! —responde Chilli sin poder contener el vértigo que lo invade—. ¡Por favor no lo piques! —suplica—. ¡No lo hagas, Tizoc, es espantoso! —insiste, pero ya es muy tarde.

La imagen de un individuo prieto y mal encarado aparece en la pantalla. Su cabeza está cubierta con mechones negros. A la altura de los ojos lleva colocado un artefacto con unos vidrios oscuros que ocultan su mirada. Cubre su pecho con un *xicolli* anaranjado sobre el que están estampados unos signos incomprensibles. Encima, y a manera de collar, cuelga un dije con la figura de la muerte. En su brazo tiene el tatuaje de una calavera de muchos colores dibujada con una meticulosidad primorosa. Tizoc observa la imagen con detenimiento.

—No es el dios Tezcatlipoca —determina—. Se parece más a uno de los comerciantes de Tlatelolco ataviado para la fiesta que se hace en honor de *Omacatl*.

—¡O un hechicero de algún barrio de Xochimilco! —aventura Yolatl—. El color de su piel es el mismo de los *macehuales*, y en uno de sus dientes me parece que lleva una incrustación dorada. Además, estarás de acuerdo conmigo en que tiene una catadura torva y siniestra.

—¡Espantosa! —gime Chilli, apartándose de sus compañeros.

Tizoc aprieta de nuevo el cuadro de acceso y la figura desaparece. Quiere, mas no se atreve, pinchar otro de los botones. No le gusta provocar los visajes propios de la magia negra. No entiende, debe reconocerlo, su funcionamiento

y menos la naturaleza del artefacto. Entonces coloca la caja dentro del atado e inquires:

—¿Dónde encontraste estas cosas, Chilli?

—Estaban al pie del *Hueitzompantli*, debajo de donde incrustaron la cabeza de Romeo, dentro de un costal hecho con telas que nunca había visto y con una forma muy rara. Vací su contenido encima de esa manta tejida en Cuetlaxtlan y me puse a jugar con ellas. Quise, más que nada, averiguar su uso y su posible procedencia. No pude atinarle. Ni los mixtecos ni los totonacas han elaborado instrumentos que se les parezcan. Se las mostré a uno de mis superiores, un sacerdote del *cu* de Quetzalcóatl, y este después de verlas decidió que lo mejor era llevarlas al edificio del *calpulli*, donde se reúnen para hacer ayuno y penitencia los señores principales y oficiales de México-Tenochtitlan, a fin de que ahí le fuesen entregadas a Moctezuma. Sin embargo, antes de que se las llevara tuve la mala suerte de picar el botón que no debía y que apareciera la figura que ustedes han visto. ¡No saben cómo me he arrepentido!

Yolatl, y sobre todo Tizoc, después de despedir a Chilli con cajas destempladas y con la metáfora: «Tú que andas acezando y dándote palmadas en el pecho, como el hombre que ha comido beleños», para recalcar que lo consideran un tipo incorregible, convienen en guardar los artefactos bajo su custodia, pues ambos piensan que, en cualquier momento, será interesante hurgar en sus tripas y descifrar cómo y por qué producen tales sortilegios.

—Creo, Yolatl, que sin caer en falsas especulaciones, pueden ser un puente para acceder a una dimensión que, hoy por hoy, nos es incomprendible.

Cuatro días llevan los españoles instalados en los aposentos de Moctezuma sin salir a lugar alguno que no sean las casas de la servidumbre del palacio o a las huertas para recolectar alimentos, cuando los mexicas ven, no sin azoro, partir a un grupo nutrido y armado hasta los dientes que comanda su capitán general, que ahora saben que se llama Hernán Cortés, rodeado de sus capitanes y soldados. Los españoles se detienen frente a las puertas del palacio mientras esperan que aparezcan los palafreneros con los corceles que llevan sujetos por las bridas.

Tizoc los ve desde el adoratorio e intenta interpretar qué sucede. Cortés habla primero con el rubio Tonatiuh, y este, erguido y bien plantado, asiente

con la cabeza. Luego, se dirige a la mujer Malintzin, a un tipo delgado y desgarbado cuya piel tiene un tono moreno que desentona con el de sus compañeros, y a un muchachillo blanco de aspecto engañoso y de cuya cabeza cae un fleco amarillo deslavado por encima de su frente, y sin duda les da instrucciones. Los tres se desprenden del grupo de hombres armados y se dirigen hacia la casa donde habita el *Huey tlatoani*. Casi enseguida, Cortés y su comitiva encaminan sus pasos, a través de la plaza del recinto sagrado del Templo Mayor, hasta situarse a unos metros de donde arranca la escalinata del *cu* de Huitzilopochtli.

Ahí esperan un buen rato al cabo del cual los murmullos y los movimientos de la gente del pueblo anuncian que se aproxima Moctezuma, a quien conducen muchos de sus principales sobre unas andas ricamente adornadas con pedrería incrustada en unos postes formidables hechos con madera dorada.

Moctezuma es conducido hasta donde lo aguarda Hernán Cortés. Tizoc teme, no sin razón, que ambos vayan a subir hasta el *teocalli* y que Moctezuma permita que Cortés cometa algún despropósito que atente contra la sacralidad del recinto o resulte ofensivo para las deidades que ahí se veneran, en particular Huitzilopochtli.

Al parecer, Moctezuma comparte con Tizoc sus temores. Su séquito se detiene, y él, sostenido por los señores principales, desciende de las andas y habla, con la apostura que lo distingue, aunque con mesura y parsimonia, con el capitán Cortés. Tizoc ve con alivio que los españoles se retiran unos pasos, dan media vuelta, y haciendo mucho ruido y alboroto toman el rumbo que conduce a Tlatelolco.

El *Huey tlatoani*, entonces, se prepara para subir la enorme escalinata. Delante de él van los grandes sacerdotes y los señores de Texcoco y Tlatelolco, quienes lo auxilian tomándolo de los brazos. Llevan dos bastones en forma de serpientes enroscadas y con una empuñadura dorada, que semejan cetros, alzados en lo alto. Varios *tlenamacac*, seguidos por media docena de *tlamacazqui*, bajan a su encuentro soplando pitos y tañendo atabales. Lo acompañan hasta la cima, donde ya Tizoc tiene preparados los sahumeros. Moctezuma se despoja de su *tilmatlí* color turquesa, tonalidad reservada a su regia investidura. Su torso queda desnudo. Su figura coincide con la descripción que de él dieron los mensajeros a los españoles: «Hombre

maduro, no grueso sino delgado, un poco enjuto; no más cenceño, de fino cuerpo».

Por mucho que lo detesten, Tizoc y el maestro Tlacateótl lo miran, sin poder evitarlo, con una admiración que tiene mucho de ambigua. No es usual tener acceso a su presencia. Moctezuma ignora todo lo que lo rodea. Está concentrado en sus oraciones y los movimientos que hace con sus brazos para sahumar a los dioses. Sus labios apenas se mueven. Tizoc advierte que las aletas de su nariz están dilatadas, lo que delata la angustia por la que está atravesando. En la parte interior de sus párpados se aprecian unas líneas rojas que contrastan con el color negro de sus pupilas. Su respiración, sin embargo, es pausada.

Varios sacerdotes soplan a través de los carrizos de sus flautas y producen sonidos estridentes. Dos más palmean sobre el cuero de sus tamborcillos. El ritmo acompaña los movimientos del *Huey tlatoani*, que ora se inclina ora se incorpora y hace reverencias frente a la efigie de Huitzilopochtli. De pronto, le presentan a un mancebo totalmente desnudo y lo colocan sobre la piedra de los sacrificios. Moctezuma empuña el puñal con las dos manos, y con un golpe maestro lo hiende en el pecho de la víctima. A una señal de sus superiores, Tizoc acude y desprende el corazón que aún palpita. Con la cabeza gacha, lo entrega al Gran Señor. Este lo embarra sobre el rostro del dios, y luego sacude sus manos para quitarse la sangre.

El señor de Texcoco, como si fuese el hueco vacío de una sombra, se aproxima y le comunica que los españoles han regresado. Que aguardan sus órdenes para que se les permita subir al adoratorio. Moctezuma accede. Envía a seis *tlenamacac*, a *Quetzalaztatzin* y al señor de Tlacopan para que reciban a Hernán Cortés y a sus capitanes y los ayuden a subir la escalinata.

Deben escalar ciento catorce gradas para llegar a la cima. Ni el calor ni sus armaduras ayudan. Dos sacerdotes intentan asistir a Cortés, pero este los hace a un lado. Quiere demostrar que lo puede hacer solo. Comienzan el ascenso. Parecen cucarachas trepando por un pilón de azúcar morena. Pujan y sudan como condenados. Llegan, por fin, empapados al *teocalli*. Sus cuerpos hieden con un olor agrisado muy parecido al que despiden los cúmulos de basura con los que se hace composta; peor aún que el culo de un *tlalmaitl*, campesino sin tierras, al que el exceso de *octli*, o pulque, le ha provocado diarrea. Tizoc percibe el olor y se convence de la procedencia del hedor nauseabundo que ha

atosigado a los habitantes de muchas comarcas y a los de la capital del imperio.

Moctezuma, de nuevo ataviado con sus atuendos reales, sale del interior de un adoratorio. Se dirige a Cortés y le dice: «Cansado estarás, señor Malinche, de subir a este nuestro gran templo».

—Nosotros, señor, no nos cansamos con ningún esfuerzo, así sea mucho el vigor que nos demande —contesta Cortés altanero—. Estamos acostumbrados a marchar en las marismas de Flandes, en los desiertos de los africanos. ¡Nada, óyelo bien, puede arredrarnos!

Moctezuma finge no haberle entendido. Lo toma de una mano y lo lleva al borde de la plataforma del *teocalli*. Desde ahí, muestra a Cortés y a sus hombres la grandeza de su ciudad y el territorio enorme que abarcan los pueblos subyugados por los guerreros aztecas. Cortés guarda silencio mientras sus ojos se meten en los pueblos que están aposentados dentro de la laguna y en los que se encuentran en su ribera. Ve, no hay duda porque las señala con la mano, las tres calzadas que comunican a México-Tenochtitlan: la de Iztapalapa que la une al señorío de Cuitláhuac, hermano del *tlatoani*; la de Tacuba y la de Tepeaquilla. Tizoc se da cuenta de que Tonatiuh toma nota de los comentarios que hace Cortés y se los repite a Diego de Ordaz y a Juan Velázquez de León a fin de que los conserven y no se diluyan en su memoria.

Unas garzas vuelan sobre el acueducto de Chapultepec que suministra agua potable a la gran ciudad. Con el pecho henchido, Moctezuma se envanece de la destreza de sus constructores. Los españoles se azoran con el tráfico de canoas que van y vienen con bastimentos de un lado a otro de la laguna; con las decenas de puentes que unen unas partes con otras. Los adoratorios pululan por doquier, al igual que las torres, las majestuosas mansiones y sus enormes jardines cultivados como si fuesen lienzos bordados con las gemas más hermosas: las multitudes en los mercados. Un inmenso fresco en donde no hay nada que falte, ni los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl cubiertos de nieves perpetuas, ni el vuelo de las águilas y los halcones. Un inmenso mural pintado con los pinceles de unos ángeles, los *tlaloques*, que a fuer de no ser cristianos resultaron más artistas y perspicaces.

—¡Fíjate en la mirada de Cortés, Tizoc! —comenta Tlacateótl a media voz—. Es la de quien hace cálculos sobre el valor del botín del que piensa apoderarse. Creo que nunca soñó con tener a la mano una riqueza de tal magnitud como la que le ha mostrado Moctezuma. Siento en mi entraña

cómo afila ya sus colmillos depravados. Sé que hará todo lo que esté en sus manos para despojarnos de lo nuestro. Solo espero que podamos matarlo antes de que logre su empeño.

Cortés disimula mal su ambición desmedida. Deja a Moctezuma con la palabra en la boca para dirigirse a un fulano vestido con hábitos talaes al que consideran «sacerdote», y que en funciones de capellán acompaña a sus tropas:

—Fray Bartolomé de Olmedo —dice en voz alta para que todos conozcan su nombre—, creo conveniente que pidamos a Moctezuma que nos deje construir aquí nuestra iglesia.

Malintzin lo traduce pero ningún azteca entiende a qué se refiere. Sin embargo, muchos señores y sacerdotes niegan con la cabeza porque intuyen que se trata de alguna trastada. El fraile, que no es ningún tonto, le indica que no es el momento oportuno, y Cortés, *haciendo el pendejo*, cambia de actitud para mostrar interés en las deidades mexicas.

—Muy gran señor —traduce Malintzin—, hemos holgado de ver sus ciudades. Ahora, lo que le quiero pedir es que ya que estamos aquí, en el templo de sus dioses, nos los enseñe y nos hable de ellos.

Moctezuma consulta con dos de los *tlenamacac*, quienes a pesar de que dudan terminan por acceder. Invita al capitán y a unos cuantos de sus oficiales a que lo sigan al interior de una torrecilla dispuesta a manera de sala. Ahí están colocados dos altares que contienen las efigies de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca. Moctezuma se extiende en la explicación de sus atributos divinos, de lo que significa cada uno de sus adornos, las joyas que llevan puestas, las lanzas y escudos de oro, enjaezados con maravillosas gemas y pedrería, así como del ritual y los sacrificios humanos que se practican todos los días a fin de venerarlos e incrementar su buena voluntad para con el pueblo mexica.

Los españoles lo ven todo con repugnancia y encono. Los corazones humanos dispuestos en unos braseros les provocan arcadas; el olor de la sangre putrefacta y las grandes culebras de oro que lleva Huitzilopochtli alderredor del vientre los hace rebelarse y salir corriendo. Moctezuma advierte que están horrorizados, y a fin de fustigarlos hace sonar un enorme atambor, cuyo sonido es tan triste y macabro que obliga a Cortés a reclamar un: «¡Basta!», a pedir un: «¡Hasta aquí!», y ya sin consultar con nadie a hacer una propuesta indigna y arbitraria:

—Señor Moctezuma: no sé cómo tan gran señor y sabio varón no ha colegido en su pensamiento que estos ídolos que veneran no son dioses. Son cosas malas que se llaman diablos y para que usted lo reconozca y todos sus *papas* lo vean claro, deseo que nos haga la merced de colocar en lo alto de esta torre una cruz. También, que en la parte donde están Huitzilopochtli y Tezcatlipoca nos dejen construir un altar para poner una imagen de Nuestra Señora, la Virgen María, y entonces verán cómo los ídolos que los tienen engañados se atemorizan, huyen y se hunden en el fuego del infierno.

Nada más escuchar lo dicho, Moctezuma demuda su rostro. La ira invade su pecho. Tizoc y Tlacateótl, que están parados bajo el dintel de la entrada, se acalambran y retuercen. Lo que ellos temían como una posibilidad vejatoria, y por ende improbable, se ha concretado de una manera estúpida e inesperada. Afortunadamente, Moctezuma reacciona con dignidad y contesta:

—Señor Malinche, si hubiese sabido la apreciación deshonrosa que te merece nuestra religión, no te habría mostrado a nuestros dioses. A ellos los tenemos por muy buenos: nos dan salud, agua, buenas sementeras y temporales, así como victorias sobre nuestros enemigos cuando las queremos. Es tanta su bondad que, por eso, los adoramos y hacemos sacrificios en su honor. Por ello, os ruego que no digas palabras que los demeriten y deshonren.

Cortés, no puede ser de otra forma dada la torpeza de su petición, se queda desconcertado y cariacontecido. Sin embargo, algo sabe de maneras diplomáticas y busca una salida airosa. Sonríe y dice:

—Hora es para que su merced y nosotros nos retiremos del templo.

Moctezuma, quien no ha quedado conforme con la lección dada a los españoles, responde que le parece bien que ellos se retiren, pero que él se quedará todavía un rato con el fin de orar y hacer algunos sacrificios en desagravio de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca.

—Tengo que pedir perdón a nuestros dioses por haberlos dejado subir al gran *cu* y reparar el error de haber permitido que usted, capitán Cortés, formulara sus expresiones oprobiosas.

El gran capitán no lo contradice. Ordena a sus hombres que desciendan, y mientras lo hacen dando tumbos y tropezones, Moctezuma se dispone para el autosacrificio. Tlacateótl le hace entrega de unas espinas de maguey, las que el *tlatoani* encaja en sus tetillas, muslos y el prepucio que cubre su glande.



Hilillos de sangre escurren por su cuerpo y son recogidos en una vasija. El *Quetzalcóatl Totec Tlamacazqui* divide la linfa en dos recipientes para que su señor la dé a beber a los dioses agraviados.

Las horas transcurren y se convierten en días. Estos, a su vez, se atan en la cuenta de las semanas y los meses. Moctezuma y otros señores viven como prisioneros de Hernán Cortés, aunque este se esmera en cuidar las apariencias.

Un día, el menos pensado, Tizoc y Yolatl ven una maraña de soldados formada delante de las Casas Reales. Varios caballos, perfectamente enjaezados, cocean sobre las lajas del piso. Las armaduras y los yelmos de una veintena de hombres espejean bajo los rayos del sol. Hernán Cortés aparece ataviado con su guarnición de guerra. Se le ve preocupado y lanzar maldiciones a troche y moche. Sube en el corcel más brioso y le mete espuelas. El animal, bajo la sujeción de su rienda, avanza con un trotecillo marcial. Seguido de sus oficiales, cruza la plaza del recinto sagrado del Templo Mayor con dirección al oriente. Luego, galopan hasta perderse de vista.

Los jóvenes sacerdotes, cada cual en su respectivo adoratorio, se quedan en ascuas y con muchas preguntas en la mente que no podrán ser resueltas hasta que se reúnan por la noche en el *calmecac* con sus compañeros y maestros.

—*El Malinche*— ya se le conoce con ese apodo por asociación con Malintzin— marcha a donde está la mar, al sitio por el que llegó para encontrarse con otros españoles que, así se supo, vienen a castigarlo por haber desobedecido a sus superiores, ese rey del que habla tanto —informa Tlacateótl con un dejo de alivio y cierta alegría.

—¿Podemos presumir, entonces, que los españoles no tardarán en largarse de nuestros dominios? —sondea Tizoc, un tanto alterado.

—No lo sé —responde el maestro—. Eso dependerá de si Cortés es hecho cautivo y sacrificado o llevado prisionero a su reino. Sin embargo, no podemos descartar que regrese triunfante y con ánimos renovados para apretar el vasallaje que ha impuesto a Moctezuma e implantar nuevas exigencias. Ha dejado aquí a Tonatiuh y a algunos capitanes muy bien aparejados con armas y bastimentos. También dejó a Malintzin y a las lenguas de que hace uso.

—Por lo que a él toca —acota Yolatl—, no creo que permita que lo derroten y le quiten de las manos el oro que ha atesorado. No me parece un hombre que se doblegue frente a la adversidad. Lo demostró con los tlaxcaltecas y con la matanza que hizo en Cholula. No podemos dejarnos llevar

por falsas ilusiones. Tenemos, no hay otra opción, que esperar con paciencia el resultado de lo que acontezca.

El tiempo corre a su arbitrio. A veces se alarga y a veces se encoge. Llegan con sigilo y aparente alegría los días soleados del quinto mes del calendario mexicana, llamado *Toxcatl*. Toca celebrar la gran fiesta a Huitzilopochtli, la más importante de todas.

La festividad se prepara con actividades previas. El primer día se honra al dios *Titlacauan*, una de las advocaciones de Tezcatlipoca, con el sacrificio de un mancebo de cabellos largos que no tenga mancha alguna en el cuerpo y cumpla con las exigencias de los sacerdotes. Cinco días antes de su muerte es agasajado con reuniones y banquetes en lugares frescos y amenos, de suerte que se sienta privilegiado y bien dispuesto para ofrendar su vida en el altar de *Titlacauan*. La cabeza, perfectamente rasurada y para disgusto de Chilli, será espetada en un lugar especial en medio del *tzompantli*.

Dada la magnitud e importancia de la fiesta que va a celebrarse en el recinto sagrado del Templo Mayor, misma que requiere de cuidados especiales, los sacerdotes de mayor jerarquía acuden al palacio de Moctezuma para que este dé su anuencia. La comisión, presidida por el *Quetzalcóatl Totec Tlamacazqui*, hace su solicitud al *Huey calpixqui*, con la solemnidad que exige el protocolo, a fin de que este la entregue al *Huey tlatoani* en el recinto donde lo tienen confinado los invasores. Moctezuma se muestra más que interesado; sin embargo, antes de otorgar la licencia consulta con el capitán español Pedro de Alvarado, Tonatiuh, para saber si está de acuerdo. Tonatiuh no solo consiente, sino arguye que desea ver y admirar cómo se lleva a cabo la solemnidad.

Moctezuma, entonces, otorga la licencia desde el lugar donde lo mantienen encerrado, y los sacerdotes instruyen a un grupo de mujeres, que han guardado ayuno durante un año, para que comiencen a moler en el patio del templo las semillas de *chicalote*, «una hierba medicinal y comestible», con las que luego harán la masa que se utiliza para construir la efigie de Huitzilopochtli que se adora durante la fiesta.

Tlacateótl da permiso a Tizoc y Yolatl para que bajen de sus respectivos adoratorios y puedan observar cómo se hace la molienda. Ambos, al fin curiosos, se aproximan a donde están las mujeres y, más que ver los diestros

movimientos de sus brazos, se dedican a contemplar, con disimulo, sus rostros y sus cuerpos, notoriamente hermosos.

—¡Son preciosas! —exclama Tizoc en voz alta para que lo escuchen. Quiere llamar su atención para saber si les resulta atractivo, y quién quita...

Yolatl le da un codazo con doble intención: obligarlo, dada su condición de sacerdote célibe, a controlar la erección que ya levanta su *maxtlatl* y deja ver su *tepulacayotl* con todo y sus testículos, y para advertirle que los españoles, armados como si fuesen a una batalla, se aproximan para curiosear lo que hacen, y al mismo tiempo catar la belleza de las hembras.

A pesar de la irritación y coraje que ello les causa, los jóvenes se ven precisados a hacerse a un lado. Los españoles se pasean entre las mujeres y las miran, una por una, sin ocultar su lascivia. Se ponen junto a ellas, las rodean, hacen comentarios obscenos. Se sienten los dueños de esas carnes morenas, succulentas, cuyos movimientos aparentemente obsequiosos en otras circunstancias, prometen deleites inconfesables. Sin embargo, no se atreven a tocarlas ya que son mujeres sagradas, y a la orden que da uno de sus capitanes optan por retirarse y resguardarse en la Casa Real.

Yolatl ha quedado impresionado con los gestos fieros, siniestros, que acusa la cara de Pedro de Alvarado .

—Lleva la maldad pintada en sus ojos —comenta con su amigo.

—Tiene la *tona* de un asesino, Yolatl. Presiento que algo terrible trama en su mente desquiciada. No debemos confiarnos y habrá que mantenerse alertas.

Varios días tardan las mujeres en amasar la pasta; los necesarios para que coincidan con el inicio de la festividad de Toxcatl. Al caer la tarde del día señalado, Tizoc y Yolatl participan con el rango de ayudantes en la conformación de la efigie. Primero, hacen el cuerpo de Huitzilopochtli con forma humana y perfilan su cabeza. Enseguida, con la masa de semillas de bledos de *chicalote* lo sujetan en un armazón de varas y lo fijan con espigas de maguey. Una vez formada la figura, y ya provista con las facciones de la deidad, lo empluman y le pintan rayas de color azul y amarillo en la cara sin tocar los ojos.

Tizoc, que conoce a la perfección los rasgos de la deidad, aconseja a los artesanos *toltecas* cómo deben conformar los ojos, los párpados, la nariz y los labios. Exige que las orejas sean lo suficientemente grandes para poder incrustarle las orejeras de mosaico de turquesa, o *xiuitl*, con figuras de

serpientes y los anillos de oro que imitan los dedos de los pies.

Toca a Yolatl colocar en la nariz una insignia en forma de flecha, hecha con oro y piedras preciosas engastadas, así como un aderezo de rayas transversales, también amarillas y azules. Sobre la cabeza coloca un tocado mágico de plumas de colibrí y un agregado cónico llamado *anecuyotl*, hecho con plumas finísimas.

Tlacateótl acude para dar su visto bueno y también para suplir a los muchachos en la delicada tarea de vestir a la escultura.

—Han hecho un trabajo magnífico —dice a las sacerdotisas, sin siquiera mirar a sus alumnos. Sabe que la vanidad es un vicio y que no debe fomentarse. Luego, pide a Tizoc que le alcance el collar de plumas amarillas de papagayo que debe anudar en el cuello.

Yolatl, a quien no ha hecho el menor caso, se acerca para entregarle una manta con forma de hojas de ortiga, pintadas con tintura negra que también lleva mechones de plumas finas de águila en cinco lugares. El maestro la sujeta al tórax de la imagen mientras musita una oración.

Viene, ahora, el manto de abajo pintado con calaveras y huesos, acompañado de un chalequillo que está adornado con miembros humanos despedazados: cráneos, orejas, corazones, intestinos, tórax, tetas, manos y pies. Una pieza que, cuando se conjuguen el tiempo y el espacio sin que exista una explicación plausible y gracias a una casualidad perversa, hará las delicias de Pedro Chimalli.

Tizoc, inquieto con el tamaño del *maxtlatl* de papel amate —una cuarta de ancho y veinte de largo—, porque ello indica que en la percepción de sus feligreses Huitzilopochtli es un dios vastamente dotado con un *tototl* tamaño caguama que muchas *auianime*, doncellas destinadas a la satisfacción sexual de los varones solteros, deben extrañar en sus petates, suelta un risita porque, por si fuera poco, está pintado con miembros viriles a los que atraviesan rayas de tonos azules.

El reproche de Tlacateótl por su irreverencia no es verbal. Le da un golpe con el palo que sujeta a una bandera de color rojo sangre, misma que, sin dilación, coloca sobre la espalda del dios.

—Menos mal que no te dio con el escudo de bambú o con una de las cuatro flechas que lleva unidas, Tizoc —comenta Yolatl—. Te hubiera descalabrado.

Tizoc no responde debido a que está adolorido y a que el sol anuncia en el horizonte la llegada de un nuevo día y el inicio de las celebraciones. Como si fuera una ola enorme, sobre su cresta decenas de individuos que han hecho votos, desfilan delante de Huitzilopochtli para, una vez descubierta su cara, incensarlo y ofrecerle todo género de ofrendas: comida de ayuno, quizá lonjas de carne humana y rodajas de semillas de bledos apelmazadas.

Todos los hombres principales, al igual que la mayoría de los Caballeros Águila y Tigre acuden «con todo su corazón» para conmemorar la fiesta. Los jóvenes sacerdotes suben a sus *teocallis* para tener una vista panorámica y disfrutarla. Muchos acuden desde las mansiones que habitan en la ciudad; otros, desde los señoríos aledaños, todos ataviados con prendas suntuosas, a cada cual más bella y deslumbrante. En la plaza del Templo Mayor se unen a la música, a los cantos y a la *danza del culebreo*. Toman de las manos a las doncellas, a las mujeres casadas, o se toman entre sí y siguen a los grandes capitanes, a los valientes, a los señores distinguidos que van al frente y se mueven ondulantes al igual que las culebras. Después, en uno de los giros a los que obliga la danza, y mientras atabales, chirimías y flautas prosiguen con la música, se despojan de la ropa hasta quedar semidesnudos y expuestos a cualquier contingencia. Todos, sin excepción, están desarmados. Nadie, por muy malicioso que sea, ha sido capaz de anticipar los designios cobardes de Tonatiuh, el maldito asesino.

Tizoc y Yolatl no pueden dar crédito a lo que ven. Mientras el baile, los cantos en los que se enlazan unos a otros, y la danza están en pleno apogeo, los españoles, armados hasta los dientes, salen de las Casas Reales y se dirigen al patio «con la determinación de matar a la gente». Lo primero que hacen es cerrar las salidas, los pasos, las entradas: «la Entrada del Águila, en el palacio menor; la de *Acatl Iyacapan* o Punta de Caña; la de *Tezcacoac* o Serpiente de Esplendor». Los mexicanos quedan completamente encerrados. No existe posibilidad alguna de escapar a la masacre.

Tonatiuh y los hombres que lo siguen se adueñan del Patio Sagrado. Van a pie con sus escudos de madera y metal, sus espadas bruñidas y filosas, así como con lanzas con puyas hambrientas. Sus caras, sombrías y cejijuntas, tienen la misma rabia que oscurece las fauces de los mastines. No tardan en rodear a los que bailan para comenzar a cerrar el cerco. Un grupo, capitaneado por Diego de Ordaz, se aproxima a los músicos que tañen los atabales. El tajo

que da un soldado sobre los brazos del músico los hace saltar en el aire con remolinos de sangre. Enseguida, lo decapita y su cabeza rebota contra las gradas del templo y luego rueda lejos hasta dar con los pies de un guerrero que la mira estupefacto.

Es la señal, así la concibe Tizoc, quien ve con terror lo que sucede, para que comience la matanza. Los españoles arremeten contra los demás músicos. Sin contemplaciones, cercenan sus brazos y los decapitan. Los instrumentos enmudecen y se desperdigan. Las estocadas y lanzazos sobre los cuerpos desnudos de los mexicas desgarran su carne y exponen los huesos y las vísceras de quienes caen heridos. A otros los acuchillan por la espalda y sus entrañas salen disparadas. Muchos corren a fin de salvar sus vidas, mas la muerte les llega expedita en el instante en que sus cabezas son desgarradas, rebanadas, por las hojas del hierro homicida.

Pedro de Alvarado actúa como si estuviese poseído por un engendro vandálico. Ataca con la espada a diestra y siniestra. Abre grietas en los hombros, parte a los hombros en dos, los desgarran. Está cubierto de sangre. Su cara es una máscara roja. De sus crenchas rubias y la barba escurren los espasmos y convulsiones de aquellos a los que alcanza en medio de la confusión. Camina resbalándose y apoya la punta de su lanza en el abdomen de sus víctimas, algunas de las cuales intentan correr pero tropiezan con sus propios intestinos que se les enredan en los pies.

Sus capitanes y soldados no le van a la zaga. El que no perfora los muslos, atraviesa las pantorrillas. Los mexicas que intentan huir por alguna de las entradas son apuñalados a mansalva y quedan ahí tirados como si fueran basura. Muchos tratan de escalar los muros y dejan en ellos las uñas. Destrozan sus manos en vano. Los bajan con las lanzas, y ya en el suelo les abren el cráneo con golpes implacables o los ahorcan con esas manos que parecen garfios.

Tizoc y Yolatl miran todo aquello horrorizados. La flor y nata de los guerreros aztecas está siendo segada por un vendaval de inquina y cobardía, sin que puedan defenderse. Algunos se refugian en las casas comunes y logran salvarse. Otros simulan haber caído muertos y se mezclan con los cadáveres de sus congéneres. No pueden moverse, pues si lo hacen son descuartizados de inmediato. Los españoles son perros de presa. Aúllan, gritan y maldicen. Claman por el apóstol Santi Yago, le dedican cada muerto. Están

enloquecidos. Su capitán, Tonatiuh, brama con cada cabeza que trunca. Su espada siega y disfruta con cada una de las agonías. «La sangre de los guerreros corre como el agua de lluvia. Se encharca y evapora, y su hedor se confunde con el aire. Es irrespirable. Termina por asfixiar a los agonizantes».

El patio está empapado con sangre, como si esta hubiera caído del cielo. Una tormenta que ha sembrado cabezas, brazos, tripas y secciones mutiladas de hombres que ya no se mueven. Quienes observan la escena, como los jóvenes sacerdotes, creen estar en el Mictlán, dentro de la gran tumba de un pueblo.

Tizoc no resiste más. Sus gritos destemplados se propalan y atraen la atención de los mexicas que, para su fortuna, se quedaron afuera del Patio Sagrado del Templo Mayor:

—¡Capitanes mexicanos, vengan acá! ¡Todos armados vengan! ¡Con sus insignias, escudos y dardos! ¡Acudan acá, de prisa! ¡Corran, que han asesinado a los capitanes, han matado a nuestros guerreros! ¡Han sido aniquilados; oh, capitanes mexicanos!

Entonces, comienza la guerra.

## IX

Rosaura ronda el camastro de Pedro Chimalli. A pesar de que la violó y desolló, le guarda cierto cariño. ¿Por qué? No sabe ni quiere averiguarlo. ¿Sofocones de la vida que la trascienden y continúan en la menopausia de la muerte? Puede ser. O quizá porque después de que le arrimaron el pito las hordas de los *kaibiles*, Pedro, el último en montarla, tuvo la gentileza de llamarla por su nombre y el único en hacerla gozar mientras se le escapaba el aliento postrero.

También cuidó sus facciones para que la máscara confeccionada con la piel de su cara quedara hermosa y bien estirada. «¡Hasta me quitó unos años! — musita en silencio agradecida—. Se comportó como una monada, y eso que es uno de los sicarios más desalmados que he conocido. Un loquito, creo que así debe haber sido, que canceló sus sentimientos con el primer berrido que dio, casi en el momento en que su mamá se lo sacudió del vientre y lo arrojó en un basurero como si fuera una porquería. ¡Pobrecito, qué culpa tiene de ser más frío que un barquillo de nieve de guanábana! Para mí que merece un regalo — dice compungida—, y por eso le he traído este Rolex que le chingué al pendejo de Enedino Cué, el mismo día que quiso presumirlo».

Pedro Chimalli está más dormido, ahora sí se vale la cuasi cacofonía, que un durmiente de las vías del ferrocarril que pasa por la estación de Nonoalco. Por ello no se entera de que Rosaura le coloca el reloj en la muñeca, en cuya tapa chapeada de acero lleva grabada una leyenda amorosa, ni que con la mano izquierda le da la bendición de la Santísima Muerte. Tampoco, que esta espectral criatura toma en sus manos su propio cráneo —imitando a Johnny Depp en *La leyenda del jinete sin cabeza*—, lo contempla con admiración morbosa y le desea ir a parar en un lugar donde pueda recrear las emociones fuertes que tuvo en su farándula tabasqueña.



Rosaura desaparece al tiempo que Pedro abre los oclayos, lanza un bostezo y exclama: «¡Ah, chingaos, chingaos! ¡Qué sueño más loco acabo de tener!», obviando su descripción. Luego, se mete al baño con toda cachaza, despacha una cagarruta, y sin lavarse las manos cepilla con fruición sus dientes. Dos cosas, a pesar de las legañas que empañan sus ojos, atraen su atención: «¡Qué pinches dientes tan parejos tengo! Creo que debo ponerme una incrustación de oro en cualesquiera de los colmillos —piensa con la boca abierta—. Me dará un toque coqueto, travieso y simplón», agrega y guiña un ojo. Luego, ahora sí, al lavarse las manoplas ve el reloj que circunda su muñeca izquierda. Lo mira, lo toca y no puede creerlo. «¿De dónde salió esta chingadera?», se pregunta porque no recuerda habérselo birlado a ninguno de sus últimos fiambres. Se lo quita y lo observa por todos lados. La leyenda grabada lo vincula a una relación amorosa con una tal *Rosaura*. La fecha debe ser un error o una triquiñuela del tiempo, porque, que él sepa, faltan varios meses para que esta llegue. «¡Uf, qué pinche misterio!», protesta, pero no le da mayor importancia. El Rolex le gusta, y si le cayó del cielo: «¡Matanga dijo la changa!».

Los silbidos del Matracas anuncian su retorno después de varias semanas de no dejar ver ni el polvo. Llega provisto de inquietudes y con una cortada que arranca a la mitad de su cachete derecho y baja por el cuello. Pedro lo saluda con efusión y lo hace pasar a su minúscula sala, en cuyo rincón reina la Santísima Muerte.

—Toma —dice de entrada, y pone en las manos de Pedro unas semillas conocidas como ojo de venado—. Sirven como amuleto, y si las metes en la bolsa trasera de tu pantalón son muy eficaces para evitar las almorranas.

Pedro les da una sobada. Son deliciosas al tacto. Coloca dos en el altar de su protectora y una más en el lugar que le indicó el Matracas. Luego, sin preguntar o hacer comentario alguno, inspecciona la cicatriz y menea la cabeza.

—Una buena madriza me dieron los hijos de su chingada madre —explica su amigo—. Eso me pasa por andar de mitotero y descuidar las espaldas —agrega.

Chimalli mantiene la lengua quieta. No acostumbra meterse en lo que no le incumbe, a menos que su interlocutor le abra las portezuelas.

—No te avisé, pero me fui a Nuevo León a buscar a Omar Treviño Morales, el Z-42, para proponerle tu idea de construir *tzompantlis* con los

cráneos de los ajusticiados. Pensé que si la Tuta no había mostrado entusiasmo, aunque ya sabemos, por lo que después hizo, que sí le cuadró la ocurrencia, quizás al Z-42 le viniera más al pelo.

—¿Fuiste a cumplir tu ofrecimiento, mi Matra, como los meros machos o los carnales norteños que no se les arruga el cutis aunque sepan que llevan las de perder? —exclama Pedro para reconocer su valor y el aprecio que le merece la herida que ostenta en la cara.

—Fui a buscar al fulano hasta el municipio de San Pedro Garza García —informa con orgullo matizado—, donde me dijeron que estaba entrenando a un grupo nuevo de Zetas integrado por *kaibiles* y algunos militares que desertaron del Grupo Aeromóvil de Fuerzas Especiales, de la Brigada de Fusileros Paracaidistas, la Policía Militar y los grupos de infantería, inconformes con lo que les pagan y decididos a hacerse ricos en el menor tiempo posible. Ya sabes cómo piensan esos mentecatos. Llevaban dos semanas familiarizándose con armas nuevas como las G-3, las Barrett M-82, y otras que, como la HKP-7, lanzagranadas de fragmentación, son capaces de hacer añicos un tanque, cuando hice mi arribo al bastión de los *regios*.

Pedro, con un giro de su cintura abre la puerta de un servibar recientemente adquirido y le alcanza una cerveza Indio bien fría, al notar que se le está secando el gaxate.

—Yo no me imaginaba, te lo juro mi cuate, que acercarse a Omar Treviño es más difícil que obtener una entrevista con *el preciso*, dado el poder que detenta. La población, más tensa que una ciudad en estado de sitio, es vigilada por decenas de sicarios que tienen la consigna de eliminar a cualquiera que no pertenezca al grupo o parezca sospechoso. Nunca sabes si las personas con las que te topas en la calle, los restaurantes o en cualquier negocio, son tiras disfrazados de civiles o narcos que van a rendirle cuentas. Tienes que andar con mucho cuidado, y sobre todo cerrar el pico. Yo llevaba referencias del *Hummer*, ¿te acuerdas de ese bato que me contrató en Reynosa para hacer enchiladas a una comadre que lo andaba chingue y chingue para que le reconociera unos hijos que él decía que no eran suyos sino de su compadre Carlitos? ¿Te suena o se lo conté al destripador que me ayudaba antes de conocerte?

Chimalli asiente, al tiempo que con la mano limpia la espuma de la cerveza que le cubre el bigote y suelta un eructo.

—Pero de nada me sirvieron —continúa el Matracas—. Quise acercarme a don Héctor Monroy, *el Ranger*, y sus guaruras, además de darme una zarandeada y un apretón de güevos que me hizo ver las estrellas, me advirtieron que mejor no le moviera si no quería terminar como chicharrón de cerdo, crujiente y bien doradito. Lo cierto es que yo ignoraba que la Policía Federal, mediante un operativo aceitado con el señuelo de treinta millones de pesos mexicanos y cinco millones de dólares gringos a manera de recompensa por su captura, había sobornado a muchos de susdizque fieles y estaba muy cerca de echarle la garra encima, y al igual que a su hermano Miguel, el Z-40, meterlo en la sombra.

»No colegí, cuando lo vi apearse de un Mazda rojo pinchurriente, que *el Chabelo*, Marco Garza de León, con esa panza que se carga y unas nalgas que deben pesar cincuenta kilos de tocino cada una, estaba metido en el mero entuerto. Menos que al dirigirme hecho un pazguato para saludarlo, sus enemigos me iban a dar un zarpazo y, sin que pudiera meter las manos, levantarme en una camioneta, al mismo tiempo que al Chabelo le soltaban una andanada de como tres mil balazos.

—¡Ay, no mames, mi Matra! —respinga Chimalli—. ¿Cuándo has visto que desperdicien tantos tiros en un solo cabrón, si con dos o tres basta? ¡No te la jales!

—Bueno, a mí me sonaron como un chingo y por eso te lo digo —rezonga encabronado el Matracas. Tarda diez minutos y una cerveza Victoria para que se le baje el coraje—. Me llevaron a una bodega atiborrada de mota. Ahí, me maniataron y tupieron a patadas hasta que perdí el sentido. Desperté bañado en meados. Todos los malditos sicarios, desde *la Negra* hasta el enano *Agus* Espinosa, se mearon encima de mi persona. Luego, la Negra me hizo un interrogatorio con una mezcla de español e inglés del que no entendí nada, y por ende no pude contestar ni pío. Una hora me golpeó el desgraciado, y cuando me metió el navajazo en la jeta tuve suerte Pedro, mucha suerte, porque no alcanzó a rajarme la yugular; si no, no te lo estaría contando. Me dieron por muerto y me dejaron tirado en un muladar para que me comieran los perros, que en San Pedro Garza García, no lo vas a creer, ya están acostumbrados a tragar carne humana.

»¡Una cosa sí quiero decirte! —retumba la voz del Matracas y Pedro, sorprendido, echa el cuerpo hacia atrás—. Durante

el tiempo que estuve ahí tirado me encomendé al santo Jesús Malverde, a quien pedí por mi salvación y ofrecí que si la libraba convertiría a un amigo para que le rece y lleve ofrendas a cualquiera de sus santuarios. ¡Así es que ya te chingaste, Pedro Chimalli! Te voy a llevar en peregrinación y te ruego, óyelo bien, te ruego, que no me dejes mal parado con *el ángel de los pobres*.

Chimalli se incorpora y lo toma por los hombros. Le da un fuerte abrazo para expresarle su solidaridad y decirle que, por supuesto, cuenta con él.

En respuesta, el Matracas asevera que la cagó con el Z-42 y que deben olvidar su cooperación para satisfacer el ideal de Pedro.

—Si quieres que se hagan *tzompantlis*, deberás atenerte a tus recursos y hacerlos por tu cuenta, ¡cabrón!

Pedro suelta una carcajada mientras le muestra los cráneos de Enedino Cué y Rosaura.

—Con estos vamos a comenzar, carnalito —asegura—. Se van a ver bien bonitos junto a la cabeza de Romeo.

El Matracas nada más menea la choya. No cabe duda de que su compañero del alma es más obstinado que una mula. Si algo se le mete en la cabeza se le queda incrustado. No suelta el hueso, nunca lo deja al garete, hasta que consigue lo que se ha propuesto. Un tipo duro, obcecado y seguro que cada vez le gusta más.

—¿Por dónde quieres comenzar, mi Matra? —dice Chimalli y lo saca de sus cavilaciones—. Yo estoy listo para lo que gustes y mandes.

A la mañana siguiente parten de la estación de autobuses del Norte rumbo a Sinaloa. El Matracas no quiso utilizar su automóvil con el pretexto de que, después de la golpiza, le quedó lastimado un oído y le afectó el equilibrio.

—Me cuesta mucho trabajo atinarle a las curvas —explica—. Además, es un viaje muy largo, más de doce horas hasta Culiacán, y me da mucha güeva ir apachurrado frente al volante.

A Pedro le da igual cómo se transporten. Recién se compró un teléfono celular de la generación más moderna, abrió una cuenta de Twitter, y lo usa para entretenerse y comunicarse con todos los desconocidos que le envían mensajes, aunque está consciente de que no son otra cosa que puritas pendejadas.

El autobús tiene adaptado un circuito cerrado de televisión por el que

transmiten películas en los dos canales que están a disposición de los pasajeros. El Matracas escoge *Presunto culpable* y ambos quedan cautivados por una trama que los ilustra sobre la corrupción que impera en el sistema de impartición de justicia mexicano, y del cual, si tienen la desgracia de ser capturados en un operativo, pueden llegar a ser víctimas.

Dos horas después arriban a la primera parada y descienden para almorzar una barbacoa deliciosa y echar una meada. La fonda, igual de abigarrada y colorida que todas las que vieron en el tramo de San Juan del Río, está atestada de viandantes. Tienen que hacer cola para acceder a un mingitorio. Detrás de ellos, un tipo con facha de norteño, notoriamente pacheco, les ofrece un carrujo de mariguana y les sugiere que visiten Real de Catorce, un pueblo minero fantasma que está cerca de San Luis Potosí donde él sabe que existe una capilla dedicada a Jesús Malverde, en la que pueden rezarle.

La reacción del Matracas es de sorpresa. Se separa un paso y echa mano, sin mostrarlo, del puñal que cuelga de su cintura. Mide al fulano con una mirada, y fuera de sus uñas mugrosas, no ve nada que entrañe peligro. Pedro, por su parte, ni siquiera le hace caso. Con una mano agita su pene para desprender las gotitas, mientras con la otra sostiene el churro de mota al que le da una fuerte calada. Deja el lugar a su compañero y devuelve el cigarro, no sin antes dar las gracias y elogiar la calidad de la yerba.

—Es de Badiraguato, güerco. ¡La mejor mota del mundo! —exclama con orgullo el pelado—. Otro lugar que tienen que visitar para que conozcan el paraíso. Ahí está la capilla más chingona del santo de los narcos. No pueden perdérsela, así lleguen de rodillas y con las tripas colgando. Lanza una carcajada que le saca lágrimas.

El Matracas termina de exprimir el jugo de su vejiga.

—¿De dónde conoce que somos fieles de Malverde? —inquire con un tono duro—. ¿Nos conocemos de algún lado o se nota a qué talacha nos dedicamos?

El norteño, más rápido que una víbora de cascabel, dispara un dedo y se lo clava en el pecho.

—Por esto sé cuáles son sus cuitas, paisano. Si no fuera por esa estampa del santo que traes en el saco, ni me les acerco.

El Matracas sonríe con alivio. Los ojos se le hacen chiquitos. Había olvidado que trae prendida la imagen. «¡Si seré pendejo!», se recrimina.

—¿Real de Catorce y Badiraguato? —pregunta para salir del paso.

—¡Esas meras, bato, para comenzar! —responde con el sombrero en la mano—. Ora que la capilla de Culiacán es la Meca del narco. Pregunten por *el Nene* Quintero, él puede llevarlos sin que nadie los moleste.

Regresan al autobús de la Estrella Blanca, ¿o será de la Flecha Roja? No se han fijado siquiera en el nombre de la línea. Les da igual, ellos tiran para donde los lleve el asfalto. Total, no tienen la menor prisa. El Matracas esboza un relato con una historia que le contó el médico que le suturó la herida en Monterey, a fin de ilustrar a Pedro sobre las virtudes de Malverde:

—En el año setenta y tres, el capo Julio Escalante se cabreó con su hijo Raymundo porque este le estaba haciendo de chivo los tamales con una de sus viejas y la venta de cocaína. Ordenó a sus sicarios que le dieran una escarmentadita para bajarle los humos y demostrarle quién era su padre, su mero jefe nomás. Solo que a los matones se les fue la mano. Le dieron una soberana madriza y le metieron dos balazos en la espalda. No contentos, y para que el capo no les reclamara, lo tiraron al mar para que se lo engulleran los tiburones de Mazatlán, que tienen fama de devora hombres.

»¿Pero, qué crees, Chimalli? El güerco suplicó a Malverde que lo ayudara. Un pescador de marlines, atunes y no sé cuántas pinches sardinas, lo enganchó con su red y lo sacó del agua, de la que se había tragado más de cinco litros. Se los sacó a punta de putazos en la barriga y lo llevó al hospital del puerto, donde Raymundo, al igual que Lázaro, resucitó. Todo mundo se enteró en Culiacán y comenzó a caer la lana para construir la capilla. Fajos de billetes y sacos repletos de monedas de oro y plata, de pesos y dólares quintados, entregaron Rafael Caro Quintero, Ernesto Fonseca, Édgar Téllez, César Ortiz y Amado Carrillo. Vamos, hasta Escalante tuvo que caerse con su corta, antes de que se largara temeroso de la venganza de su “hijito pródigo”.

—¿De veras, mi Matra, o me estás tomando el pelo?

—No dudes de lo que te digo, cabrón tepiteño. ¿Cuándo te he dicho mentiras? ¡A ver, a ver!

Una camioneta alquilada los lleva de San Luis Potosí al mineral de Real de Catorce. Ingresan por el túnel Ogarrio horadado en la montaña y se quedan patitiesos, con los hocicos desencajados, durante el recorrido de dos kilómetros. Recalan, después de atravesar las calles empedradas del pueblo, en la Casona del Buche, cuyo propietario, *el gordo Tiroides*, ostenta una papada de

pelicano que le cae encima del pecho. La mayoría de las casas están en ruinas. Algunos edificios nada más parpadean con sus ventanales carcomidos. Piedras, un montón de piedras y muchos escombros. Un pueblo que debió haber sido asombroso en su época de apogeo, cuando la riqueza generada por las minas de plata, cobre y otros muchos metales produjo ganancias que fueron a parar en las arcas de las compañías inglesas, en los bolsillos de los gachupines y en las talegas de uno o dos caciques que edificaron verdaderas mansiones, pero que ahora es tierra de fantasmas, de espectros que se lamentan por las noches y se cogen a las turistas que deambulan aluzadas, vestidas como indígenas huicholes, y se vienen encima de las lápidas que aún quedan en el cementerio.

Pedro Chimalli está fascinado con el lugar. La cocina del Buche, con sus fogones de leña hechos con loseta antigua y pequeños azulejos rojos, amarillos y verdes en los puntos de unión, así como el fregadero y la mesa donde unas mujeres gordas se afanan en preparar ensaladas y gorditas de manteca, es un portento digno de cualquier museo de arte virreinal. Ahí, en una mesa de madera de pino y en platos de cerámica morena, comen acompañados de tompeates saturados de tortillas recién hechas de maíz azul o morado; acociles en mantequilla adobados con chile de árbol y guajillo; carne de las serpientes que pululan en el campo, asada sobre las brasas; gorditos de chicharrón de puerco condimentados con salsa de tomate verde en crudo, y de postre, cajeta elaborada con la leche de las cabras montaraces que los indios ordeñan en la cima de los desfiladeros que colindan con el desierto, mientras entonan canciones a los dioses que les han permitido sobrevivir a pesar de los caciques y burócratas empeñados en que jamás superen la miseria.

La capilla de Jesús Malverde, recomendada por el sinaloense, no es otra cosa que un nicho excavado en una de las bardas que rodean el cementerio a la salida del pueblo; abertura que contiene una litografía del santo, algunos floreros con hermosos arreglos, cientos de milagritos clavados en las puertas de madera, velas y cirios perpetuamente encendidos, y unas cruces con *ojos de Dios* tejidos, en medio de unos diamantes de chaquira, con estambres de mil colores, de acuerdo con las figuras de la liturgia huichol. No faltan, tampoco, los fajos de billetes mexicanos de varias denominaciones y menos los que contienen «ojos de gringa», verdes y bien planchaditos, dejados por los migrantes que regresan al terruño, con sus respectivos retratos. Los narcos no dejan fotos.

A primera vista, el Matracas se siente defraudado. Él esperaba encontrar una iglesia gótica, enorme, deslumbrante, como la que está en Arandas, Jalisco, y no un remedo de catacumba al aire libre y sin misterio alguno. Eso es lo que cree al principio. Sin embargo, su apreciación va a cambiar radicalmente tan pronto como él y Pedro se atasquen con raíces de peyote y se sumerjan en las alucinaciones psicodélicas que alimentaron el imaginario de quienes se «reventaron» durante los años sesenta.

Antes de que el Matracas haga partícipe a Pedro de su desilusión, ambos se hincan delante del pequeño santuario y con devoción rezan una plegaria que, en labios del matarife, comienza con una petición: «Jesús Malverde, Dios bendiga mi camino y permita mi regreso», y luego se prolonga con una mezcolanza de oraciones del rito católico y frases que podrían atribuirse al *Siddhartha* de Hermann Hesse, que a Chimalli se le hacen bolas pero que concilia con un bisbiseo de sus labios, nada más para quedar bien con su amigo, quien termina con la frase: «Gracias por los caminos despejados», y se persigna tres veces.

Pedro hace el intento de retirarse, pero su compañero lo detiene de un brazo.

—¿Qué pasó, Pedro? —le dice—. ¿No se te olvida algo importante?

Chimalli pone cara de plato y coloca las manos con las palmas por delante.

—¡La ofrenda, mi buen! —aclara—. Tenemos que dejar nuestra limosna en ese frasco de vidrio. ¡Sí, ahí! —señala. Dos billetes de cien pesos salen de sus respectivos bolsillos. El Matracas considera que, en esa primera estación, han cumplido con Jesús Malverde.

Deciden darse una vuelta por el pueblo. Enclavado entre las montañas de la Sierra Madre Oriental, Real de Catorce absorbe los rayos del sol a raudales. El calor es bochornoso. Les apetece un helado y se dirigen hacia el Jardín Hidalgo. La nieve de tuna y de chicozapote que paladean sentados en una banca está de rechupete. Algunos viajeros pasan por delante y se detienen. Sus movimientos, sobre todo los de las jóvenes, son lánguidos y un tanto torpes. Sus miradas corresponden, a juicio de los amigos, a pupilas extraviadas en una pirotecnia estridente. Es obvio que están totalmente pachecas y que las agujas de sus brújulas giran enloquecidas.

Dos chicas se les aproximan. Van semidesnudas, con sayas huicholas de manta que dejan entrever la ausencia de ropa interior. Con un movimiento de



sus nalgas se hacen un hueco entre ellos. Sonríen y mueven sus cabellos rubios, sucios y enmarañados. Hablan entre sí en un idioma extranjero con fonemas palatales que suenan con la dureza propia de los crujidos producidos por un témpano. Pedro se siente excitado con su compañía. Nunca había estado tan cerca de una mujer blanca y güera, de una belleza desgarrada y atractiva, y cuyo olor a vagina, animal aunque placentero, fuese una invitación al deseo. El Matracas, por su parte, no pierde el tiempo y juguetea con las tetas de la mujer sentada a su lado. La luz cenital es un chaperón impertinente. No están ni en el lugar ni a la hora adecuados para un magreo clandestino. Están a la vista de los lugareños y de los componentes del grupo del cual se desprendieron las chicas. Sin embargo, a nadie parece importar lo que hagan con ellas. Al contrario, ríen y hacen bromas como si fuesen practicantes de una ceremonia de zombis. Al Matracas le queda claro que son los efectos de la droga ingerida. Las mujeres los cubren de besos mientras ronronean. Están inmersas en los entretelones de una alucinación cojonuda, donde el pudor y los resabios morales no solo están prohibidos, sino son despreciados. La situación adquiere un carácter grotesco. Deben actuar si no quieren hacer el ridículo. Se incorporan y dan unos pasos en dirección a la Casona del Buche. Las chicas los siguen. Se les cuelgan de los hombros para no extraviar la querencia de su instinto.

La habitación conserva una atmósfera fresca. El gordo Tiroides, acostumbrado a los visitantes decididos a romper con sus tabúes de origen y entregarse a depravaciones «para ser contadas», los provee con una jarra de té de menta al cual ha agregado unos grumos de peyote. Pedro y su compinche lo beben hasta agotarlo. Las mujeres, desnudas, corretean por el cuarto cacareando como si fuesen cacatúas. Pedro se despoja de su camisola. Sus tatuajes operan como imanes de lascivia. Es lamido y mordido con voracidad hasta que penetra a la que le queda más cerca. Un coito de pera de gimnasio, manejado con velocidad y breves arremetidas con las que hace girar a la mujer para que el Matracas pueda penetrarla por el ano, y una vez acoplados, llevarla al paroxismo y a otras muchas convulsiones que son compartidas, en ensambles alternados, rabiosamente por su compañera.

La droga suministrada por el Gordo comienza a obnubilarlos suavemente, sin que los altibajos sean bruscos. Los lleva de la mano por callejones cuyos baches y recovecos apenas están insinuados. Una dosis bien calculada para

que, sin dejar de disfrutarla, no pierdan los cabales. Nada peligroso o que ponga en riesgo la integridad física de sus compañeras. El gordo Tiroides sabe bien lo que hace. Pedro y el Matracas lo agradecen. Sería terrible que terminaran descuartizando a las doncellas *Brunilda* y *Walquiria*, o que en un arrebató carnal les cercenaran las tetas o las decapitaran. No se trata, y así lo han entendido ambos, de llegar a la violencia salvaje a la que, por razones de trabajo, están acostumbrados. Por primera vez en su vida Pedro ha tenido que distinguir entre los placeres que otorga la vida de los que proporciona la muerte. El matiz de los diferentes grados del dolor. Asumir que una mujer puede tener los colores del arcoíris y la música coral de los ángeles y no los grises turbios ni los rechinos que profieren las putas con las que habitualmente se desahoga. El Matracas, si bien no ha llegado a comprender tales sutilezas, por lo menos ha aprendido que su verga, en lugar de usarse como si fuese un taladro, puede convertirse en el badajo de la campana del feliz libertinaje que demandan los excesos sexuales.

Los cuatro gozan con los chubascos de la carne. Se corren en cascadas interminables entre fogonazos de mil colores sin sentir agotamiento alguno. Cada venida es una epifanía que anticipa una experiencia nueva, insólita, al grado de la parálisis genital que se traduce en interludios de un placer inagotable. Es el sueño de una tarde de verano. Un regalo, así lo concibe el Matracas, del santo de los narcotraficantes. Habrá que prenderle tres velas.

Las bacantes suecas, noruegas, danesas, celtas o de la nacionalidad que cada quien prefiera, misma que se ha diluido en los horizontes de Real de Catorce, quedan derrengadas sobre charcos de sus propias mieles vaginales, con la pasión aletargada en el semen lechoso, expansivo y centellante de los sicarios que, sin que ellas lo sepan, les han perdonado la vida y eximido de que sus cráneos vayan a parar a un *tzompantli* callejero.

El Gordo les recomienda la siguiente manda para conocer el corazón del peyote. Montados en unas mulas van a visitar el centro ceremonial huichol del Cerro del Quemado, ubicado sobre un risco que, a unos cuatrocientos metros de altura, domina las vastas extensiones del Desierto de Catorce.

Los primeros doscientos metros son divertidos. Disfrutan con la novedad de lo nunca antes hecho. Ninguno de los dos había montado encima de un semoviente en su vida: ni burro, caballo, mula; avestruz y camello ni pensarlo, «pues de dónde, mi Pedro». El resto del camino, poco a poco, se convierte en

una tortura debido a que sus glúteos no están acostumbrados al trotecillo de las mulas. El calor se hace más intenso y la vasta planicie cubierta de pastos y matorrales deja entrever espejismos con figuras ondulantes que surgen de ojos de agua que su visión inventa. El Cerro del Quemado es un promontorio sagrado que, nada más verlo, reverbera y les hace sentir vibraciones telúricas que recorren sus cuerpos como si estuviesen conectados a una corriente eléctrica. Ambos se asustan pero no se atreven a comentarlo entre sí. Solo ríen y ponen cara de babosos. Llegan por fin, después de una hora y media de padecer zangoloteos y brinquitos, a un costado del cerro. Desmontan, o más bien se dejan caer de costado y con las piernas rígidas. Sus articulaciones están entumecidas. Dan unos pasos y hacen sentadillas para que la sangre circule. Despacio, se aproximan a los círculos concéntricos formados con piedras y rocas que los huicholes utilizan para sus rituales. Ven los trazos hechos con tiza de colores azul, amarillo, verde y rojo que perfilan las figuras de un venado, una planta de maíz, un coyote y varias mariposas, unidas por líneas zigzagueantes que imitan los lomos de las serpientes y que representan los vasos comunicantes con las deidades ahí veneradas. Cuatro cruces están colocadas en el lugar que corresponde a los respectivos puntos cardinales. Al centro, la figura de Tayuapa, el Padre Sol, rodeado de flores con cinco pétalos blancos asociadas con las lluvias.

Un hombre con el cabello cenizo y vestido con los atuendos huicholes, surge de una pequeña capilla adosada a un lado del cerro. Se presenta con el nombre de Juan Jilote y con el cargo de chamán del rito del dios Tatewari. Pedro y el Matracas lo saludan con una reverencia. No se animan a tenderle la mano, no vaya a ser que le falten al respeto. Los invita a que penetren al círculo al tiempo que les explica el significado de los elementos congregados.

—Quiero pensar que están interesados en nuestra yerba sagrada, *peyotl*, y quieren comerla —dice con una voz suave, modulada con un dejo de obsidiana pulida con los molares.

Pedro Chimalli deja que sea su amigo quien se encargue del trato y guarda silencio. El Matracas, entonces, responde con un monosílabo.

Juan Jilote toma un morral con el color café rojizo del mezquite, en cuya tapa está bordada con chaquira un águila con las alas extendidas, hurga en su interior y extrae unas pequeñas raíces blancas y las dispone sobre el faldón de su manto. Toma una con su mano y la coloca debajo de la nariz de Chimalli.

—¡Huélela! —ordena. Este aspira y comenta que tiene un olor parecido al humo del ocote, aunque no puede discernir si el mismo proviene del tubérculo o de la mano morena, renegrida, del chamán huichol.

Jilote repite la acción con el Matracas. Este va más allá y no solo la huele, sino la lame.

—No sabe mal —opina—. Es como la tierra que comía de chico.

El chamán permanece impávido.

—Se comen tres porciones, una por una —explica—. Se mastican despacio para que el jugo impregne la boca y adormezca los sentidos. Es —afirma— el manjar de los chichimecas que nos da ánimo para pelear y no tener miedo ni sed ni hambre, y nos guarda de todo peligro. Sus efectos duran tres días, durante los cuales el alma se eleva a los planos del extravío. Dejamos de ser de esta tierra para poder convivir, ya sea espantados o muertos de risa, con nuestras visiones. Yo puedo, si ustedes lo desean, acompañarlos con las oraciones que nos enseñó Tamatsi Kauyumari, el creador del mundo, para que su tránsito sea, en la medida de lo posible, placentero.

Una hora más tarde, las palabras sacrosantas de Juan Jilote, expresadas en lengua huichol, rebotan en los hemisferios de los cerebros de los dos amigos y se engarzan para propiciar las condiciones iniciáticas de una aventura metafísica. Cada cual, a partir de ese momento, viaja por su lado y traspasa las fronteras de aquello que su conciencia le tiene vedado a fin de no inmiscuirse y complicarse en las mandalas reservadas al dominio del inconsciente.

Pedro se ve a sí mismo parado al borde del precipicio del risco del Cerro del Quemado. El viento atraviesa su cuerpo con miles de cristales transparentes. Unas bolas de color azul turquesa giran sobre sus respectivos ejes en medio del desierto y producen melodías interceptadas por la estática de una estación de radio que, cuando logra escucharla, da noticias alusivas a las matanzas del cártel Jalisco Nueva Generación en los confines del estado. Luego, escucha la voz de Dios, que le grita: «¡Te lo dije! ¡Lo supiste a tiempo y no quisiste ponerle remedio!». «¿A qué?», pregunta, y de inmediato se ve frente a una larga fila de víctimas que debe sacrificar, extraerles el corazón, y después desmembrar con sus cuchillos oaxaqueños.

Su cuerpo está empapado de sudor helado. Las plumas que lo cubren se reproducen con cientos de corolas y pétalos diamantinos, cuyos colores y tonos varían según la incidencia de los rayos solares. Tiembla y vomita sangre

que, al caer al suelo, forma palabras, dígitos, fetos con las caras de la Tuta, el Z-42, el Quetzal, el Suavecito, y de muchos personajes implicados en el narco con los que ha tratado a lo largo de su vida, y que de pronto y a manera de judas, cuelgan pendiendo de los cables de la luz, del teléfono, de los pasos peatonales en las calles de ciudades nunca vistas, tan solo imaginadas por su mente enfebrecida.

Palomón Palomares le dice que él no sabe nada del Templo Mayor. Que él ignora que fue parido por Coatlicue y es hermano de Huitzilopochtli, no uno de *los cuatrocientos surianos*, sino el elegido para preservar el *Hueitzompantli* a lo largo de los siglos. Sus ojos abandonan sus cuencas, se reproducen en decenas y forman catalejos para ver sus propias tripas acongojadas, los órganos que tiene tatuados en el pecho, en la espalda, encima de los brazos; tatuajes que bailan, fornican con el esqueleto de la Santísima Muerte y le suplican que la embarace, que nada será más hermoso que un hijo de Pedro Chimalli y la Flaca, a menos que quiera embarazar al tuerto, a Ojo Parado, y le saque por el culo la cabeza de Romeo que, por cierto, flota y canta arias de opereta por entre los adoratorios de la Plaza Sagrada, detrás de la Casa de las Águilas, tomada de la mano de dos jóvenes sacerdotes aztecas que con muecas de enfado y coraje se orinan encima de un crucifijo católico, y después persiguen a hombres cubiertos por armaduras sobre las calzadas de México-Tenochtitlan, a un lado de los bordes de los canales, y en el de los Toltecas les hacen horripilante matanza.

Cae de rodillas y vuelve a vomitar, solo que esta vez son cráneos los que brotan de su boca, cientos que suben al cielo en la espiral de un tornado y luego caen como lluvia torrencial encima de las multitudes apiñadas en la plaza frontal al adoratorio de Tláloc, que no quieren otra cosa que brindarle un aplauso y pedirle que, con sus mandíbulas enormes, mastique la carne humana que le ofrendan en platones, en charolas bendecidas por un arzobispo gordo y deforme que da sermones desde el púlpito de la Catedral Metropolitana y brinda con cervezas Modelo.

Las imágenes que lo asaltan, una tras otra, sin piedad ni clemencia alguna, lo llevan al llanto, a un plañido largo que lo hace sacudirse, chocar contra decenas de cerros, montañas de cal y canto, cinturones rojos y negros, voces que se deslizan y lo insultan y agreden, hasta que cae sobre las piernas desnudas de una enorme prostituta que lo engulle a través de su vagina y lo

envuelve con una placenta de plata que tiene bordados de chaquira y otras bisuterías, y por fin sabe que no puede estar más apacible y seguro que en el vientre de su madre.

Nunca pensó —se repite hasta el cansancio— que podría conocer a los jóvenes sacerdotes. Nunca, hasta que estos, con una actitud serena, amable, debe reconocer, le muestran la carátula de un reloj marca Rolex, así como su fotografía en la pantalla de un teléfono celular que, al ser el suyo, no comprende cómo fue que llegó a sus manos, por cierto empapadas de sangre. «¿Quién soy?», se pregunta a gritos. «¿De dónde surgen todos estos engendros que, por lo que veo, solo quieren joderme?». La respuesta le llega con las carcajadas de unos cuervos, tan contagiosas que lo hacen tirarse de risa. Solo una costra puede salvarlo y se aferra a ella para poder salir a flote. Queda sentado en medio del círculo mágico y vuelve a la realidad con la conciencia aún bañada por la luz verde de un reflector gigantesco.

El Matracas regresa del infierno pasados tres días. Se le ve pálido y enflaquecido. Jura, apenas puede articular palabra, que jamás volverá a probar el peyote. Juan Jilote lo mira con sorna.

—Esta yerba es cabrona. ¡*Muncho!* Ahora, ya lo saben, ya lo aprendieron en carne propia. Cáiganse con lo que quedamos y váyanse con Dios. O derechito a la chingada. *Pos* nunca se sabe.

Regresan al pueblo a pie. Por más que la buscan, no encuentran la Casona del Buche. Nadie sabe darles razón de dónde quedó la bolita. «¡Se la habrá llevado el viento, pues!», argumenta una fulana. «Esa casa sí existió; de seguro la derribaron cuando Íñigo Vallejo-Nájera terminó de filmar su película *Katuwira*», comenta otra *hippie* tilica que asegura haber trabajado de extra. Lo que sí encuentran, tal y como la dejaron, es la capilla de Jesús Malverde donde, pegados con una chinche, están los boletos del camión que ha de llevarlos al norte.

Badiraguato es una población relativamente pequeña a la que llegan en día de mercado. En la plaza principal, a un costado del tianguis y desde un balcón del palacio municipal, el alcalde insiste en su proclama política para que los paisanos «se comporten como ciudadanos responsables y no violen las leyes a su capricho». Por supuesto nadie le presta atención, pues es más importante fijar a gritos y con letreros el precio de las sandías, melones y jitomates que se

venderán al mayoreo a lo largo del día.

—Cómo se ve que este compa, con su verbo, nada más le quiere tomar el pelo a la raza —dice el vendedor del puesto de jugos al que se han acercado Pedro y el Matracas—. Este es un pueblo de cocos y enyerbados a los que las leyes les importan un carajo. ¿Un hotel? Sí, ahí a la vuelta, a un lado de la antigua casa cural.

Un edificio viejo y descascarado ostenta en una marquesina de plástico amarillento el nombre de El Fénix de la Conquista, al que se le ha agregado la leyenda: «Se alquilan camas y cuartos». Los viajeros ingresan a través de un pasillo que cruza una tienda de abarrotes, donde también se venden aperos de labranza y artículos de ferretería. Desembocan frente a una barra de cantina, detrás de la cual un fulano con pinta de gachupín, que lleva prendida al pecho una escarapela con el nombre «Paco de Ibarra», les cobra el alquiler de dos días y les entrega una llave.

—Es el veintidós, ¡joder! Suban por la escalera dos pisos y en el rellano dan vuelta a la derecha. Ah, y si quieren más toallas y jabón, eso se los cobro aparte.

La recámara, contradiciendo los indicios mugrosos de las paredes, está limpia. Los colchones, comprueba el Matracas, todavía tienen dos o tres resortes.

—Hay agua caliente —informa Pedro—. La verdad no está tan jodida como yo esperaba —aclara, abre las contraventanas y sale a un balconcillo de madera desde el cual puede ver las montañas de la sierra de Surutato, hoy conocida como de Los Parra, desde donde corre el río Chico que surte de agua al poblado. Los montes se advierten secos, cubiertos de mezquites, nopaleras y otras cactáceas. En cambio, los pequeños valles y las cañadas verdean con exuberancia. Son campos sembrados con mariguana y amapola, cuya producción y tráfico ha generado una enorme riqueza, suficiente para que Badiraguato sea la cuna de algunos de los narcotraficantes más famosos del mundo.

—En este municipio, en un caserío llamado La Tuna, nació Joaquín el Chapo Guzmán Loera —comenta el Matracas desde la penumbra que rodea la cama sobre la que está tirado.

No necesita decir más nombres para que Chimalli sonría. Varios de ellos: *El Azul*, Juan José Esparragoza, y *El Licenciado*, Dámaso López Núñez, aunque

por interpósita persona, le han encomendado «trabajitos» y han fungido como sus patrones. No se diga Caro Quintero, quien desde la cárcel mandó ajusticiar a muchos de sus oponentes y se valió del Suavecito para contratar sus servicios.

—¡Todo en orden y tal como debe ser, mi Matra! —exclama Pedro con los brazos levantados y un amago de bostezo en la jeta. Luego, sin que venga a cuento, informa a su amigo que acaba de *devisar* el cartel de una clínica odontológica que ofrece tratamientos dentales y la colocación de puentes, coronas e incrustaciones.

—¡De orégano, Matra! Justo lo que ando buscando desde hace semanas.

El doctor Mercado, título que ostenta un pelado de un metro noventa y con el pecho y los brazos cubiertos por una pelambre simiesca, asegura que sus aplicaciones se hacen con oro de ciento veinte quilates, una gradación inexistente pero que deja boquiabiertos a sus clientes.

—Ahora, que si usted quiere, señor Chimalli, le hago una amalgama con platino que le quedará preciosa. Si viera cuántas diputadas locales y secretarias del gabinete del *góber* vienen a que les ponga los dientes dorados. ¡Hasta me han pedido que les incruste diamantes! ¿Un colmillo, dijo usted? ¿Nada más uno? Bueno, usted se lo pierde. Yo le aconsejo...

Chimalli no deja que lo aconseje. Él sabe bien lo que quiere. Con un dedo señala el colmillo derecho y se retrepa en el sillón giratorio montado en el consultorio. Mercado va directo a lo suyo. Le pone una inyección con un anestésico recién inventado en la fábrica donde se cocina la droga sintética llamada *crystal*, capaz de adormecer al mismo tiempo a dos bueyes mostrencos. Luego, no sin batallar y desmadrarle la lengua, extrae el colmillo con unas pinzas que toma del estuche de herramientas de un vocho.

—¡Son las mejores! —comenta con el Matracas, quien ya tiene un dedo en el gatillo de su *mensajera*.

—¡Enjuáguese! —ordena. Pedro está a punto de ahogarse con el enjuague bucal. Escupe sangre que da gusto, pero no siente dolor alguno. Mercado le presenta un muestrario con piezas dentales de diferentes tamaños. Compara algunas con el colmillo. Escoge la más parecida. Le da unos retoques con una fresa que hace un ruido escalofriante. Seca la herida con una pequeña pistola de aire y la limpia con esmero. «No quiero que se le infecte», murmura. Espera varios minutos para que la cavidad quede lista. Adhiere un pegamento de



silicona y le da una rociada de aire. Coloca el colmillo de oro. Espera a que la resina fragüe. Obliga a Pedro a que muerda sobre un papelillo encerado y le diga si siente cómoda la pieza. Pedro no siente nada. En esos momentos podría parir un chayote sin que su culo lo resintiera. Antes de pagar y despedirse del «médico», este le pide prestado su celular para tomarle una foto.

—Sonría, señor Chimalli. ¿No puede? Haga lo posible. ¡Mire nada más qué guapo ha quedado! Hasta se parece al *Púas* Olivares. No, qué digo, a Julio César Chávez. ¡Enséñela a sus amigos!

El Matracas paga cinco mil pesos a una secretaria que tiene la dentadura de una piraña en cuaresma. Es horrorosa, pero se ve que tiene un buen corazón detrás de las chiches generosas, semejantes a las de Isela Vega en sus mejores momentos, que sin tapujos enseña a quien quiere verlas. Ella le explica cómo llegar a la capilla de Jesús Malverde.

—Al salir del consultorio doblen a la derecha. Caminen dos cuadras hasta topar con el templo de San Juan Bautista, y después sigan la música.

No hay pierde. No necesitan llegar al templo para mezclarse con un nutrido grupo de indios tebacas que siguen alborotados a un conjunto norteño, Los Jilgueros de Malverde, cuyos integrantes tocan a tambor batiente un contrabajo, un acordeón, un bajo sexto y una guitarra, y con voces aguardentosas cantan un corrido que relata la facilidad con que operan los narcos en las aduanas diseminadas en la frontera:

Las garitas que he cruzado  
las cruzo sin ni un problema;  
nunca he visto luces rojas,  
siempre me las ponen verdes,  
pero eso yo se lo debo a la  
imagen de Malverde.  
Los aduaneros se venden,  
a todos les va muy bien:  
les pago en dinero blanco  
porque lo usan también,  
muchos de ellos son adictos,  
bien cocos los quiero ver.

La euforia de los tebacas es contagiosa. Muchos que no hablan castellano, cantan en lengua cahita y alargan las sílabas para estirar las palabras a manera

de estribillo. Pedro, pero sobre todo el Matracas, entonan las frases con timidez, pues apenas las entienden. Se unen a los aplausos y vivas destinados al Chapo Guzmán, al Señor de los Cielos, Amado Carrillo, y a Ismael el Mayo Zambada, a quienes los pobladores de Badiraguato agradecen los beneficios derramados por la yerba, la cocaína, y a últimas fechas por la fabricación en laboratorios clandestinos de metanfetaminas, la codiciada *crystal* que se ha puesto de moda entre los gringos drogadictos.

—Nos dieron la luz, apoyo para las escuelas desperdigadas en la serranía, una iglesia muy bonita, y lo mejor, empleo para toda lagente que han contratado, con muy buenos salarios, para que siembren y cosechen en los campos de mota y adormidera —les comenta un plebe, un joven dedicado al narcomenudeo, que se les ha acercado—. Para nosotros ha sido una bendición contar con el cártel de Sinaloa. Sí, ya lo sé, los muertos, los desaparecidos, los secuestros y las violaciones. Pero la diferencia estriba, señores, en que antes vivíamos en la pobreza y nos moríamos en la miseria; hoy, al menos vivimos y nos morimos ricos. ¿No creen que vale la pena?

Chimalli y el Matracas están completamente de acuerdo y así se lo hacen saber. Ellos, que se desempeñan como sicarios, forman parte del aparato ejecutor del cártel que los contrate. No conocen los escrúpulos y se mueven en la zona más oscura del trasiego de la droga. Quizá lo que más los une con los narcos, de la procedencia que sean, es su veneración a la Santísima Muerte y al santo Jesús Malverde, y por ello cantan a grito pelado —un decir en el caso de Pedro pues apenas puede abrir el hocico que trae bien hinchado— las últimas estrofas del corrido que los tiene entusiasmados:

Quando regreso a Culiche  
siempre visito a Malverde,  
hago una fiesta en su tumba  
para que el compa se alegre,  
con un conjunto tocando,  
rodeados de mucha gente.

La capilla de Jesús Malverde está situada al lado de un templo evangélico. Los fieles, tebas y ladinos, se desparraman para hacer sus rezos y entregar sus ofrendas. Pedro y su compañero tienen la suerte de tropezar con doña María Consuelo Loera, madre del Chapo Guzmán, a quien pueden identificar por

estar rodeada de un grupo de ediles lisonjeros del cabildo local que, con todo respeto y el sombrero en la mano, elogian a su hijo y se lamentan de que se encuentre preso de la justicia federal. De forma instintiva y espontánea se le acercan y Pedro le besa la mano. Doña María Consuelo retira, no sin una mueca de asco, su mano de la boca de Pedro. Su estado es repulsivo y, en ese momento, doloroso. La anestesia ha dejado de hacerle efecto y el colmillo falso palpita en sus encías igual que un alfiletero.

—Tómese un sotol de agave amarillo de Durango que venden ahí enfrente —recomienda la señora Loera—. Con esos calambres no podrá llegar muy lejos.

La recomendación es una orden. Cruzan la calle y se meten en la cantina apellidada Los Pocholes del Norte. Les sirven tres vasitos a cada uno con sotol de varios estados: Chihuahua, Coahuila y Durango. Pedro se empina los tres de un jalón.

—¡Me duele un rechingo! —dice con la lengua hecha jirones—. ¡Pinche colmillo; si hubiera sabido!

El sotol es un paliativo efectivo. Veinte minutos más tarde, rodeados de veladoras, ramos de flores y cientos de exvotos, están parados frente a la imagen del santo Malverde. La litografía de El Bandido Generoso, impresa en cartón color sepia, tiene un carácter añejo reconfortante. Pedro, quien ya se siente un poco mejor, tiene un espasmo de gratitud, se persigna y con la punta de los dedos coloca un beso soplado en un cartel que reza: «Gracias por iluminar los caminos».

Los fajos de billetes clavados en la pared trasera y en las columnas que enmarcan la imagen son tentadores. Varios miles de pesos y dólares que le dejan los capos y los halcones del narco sinaloense. Sin embargo, ni quien se atreva a tocarlos. Es el diezmo para que los caminos queden despejados y el regreso a la tierra chica garantizado. Es el bolo que todos, sin excepción, deben entregar para ayudar a los pobres. Para que a nadie le falte techo, comida, y a la hora de la muerte, una tumba respetable. A la entrada de la capilla ambos recibieron un sobre que lleva impresa la leyenda: «Ayúdanos para ayudar, nadie es tan pobre que no pueda ayudarnos ni tan rico que no pueda necesitarnos».

Pedro deja diez mil pesos. El Matracas solo cinco mil en billetes de a quinientos pues considera que lo que pagó al dentista es parte de su aportación

al santo. Jesús Manuel, monaguillo que desempeña el trabajo de limosnero a la entrada de la capilla, los mira como si fueran cantantes de palenque o artistitas de Televisa de segundo pelo; esto es, unos pobres diablos.

—Es igualito al que se me apareció en el Cerro del Quemado —dice el Matracas, señalando el grabado—. Llegó montado en un caballo brioso mientras el peyote hacía con mis sesos de las suyas, Pedro. Se apeó de un salto a pesar de que traía una herida de bala en el hombro derecho de la que supuraba pus y sanguaza. Arrojó con un lazo todas las imágenes que me mordían la conciencia y traían por el callejón de la amargura. Él solo se quedó con mis entendederas para contarme que durante varios años se dedicó a asaltar en los caminos a los terratenientes que explotaban a la gente de Sinaloa. Que, también, fue abigeo y se robó muchos hatos de ganado. Me vi rodeado de vacas embrujadas con manchas de colores fosforescentes en un corral de la sierra bardeado con postes de los que colgaban las cabezas de los familiares de los finqueros, entre las que pude reconocer gracias a los carteles que llevaban puestos, a los Martínez de Castro, a los Tarazonas y a los Redo, que se prendían y apagaban como si fueran bombillas. Luego, vi a las terneras destazadas como carne en canal y sus costillares prendidos en una ristra de ganchos que los peones deslizaban con unas poleas para que, convertidos en monedas, fueran a caer, igual que el granizo, en las manos de una multitud de pobres que agradecían a Malverde la provisión salvadora. «No quiero que la gente se muera de hambre como sucedió con mis padres —me dijo mientras se alisaba el cabello castaño—. Por eso hice justicia en los Altos de Culiacán, hasta que el general Francisco Cañedo, compadre del dictador Porfirio Díaz, puso precio a mi cabeza y ofreció una recompensa de mil pesos oro, en el cuño de la época. La persecución fue implacable. Guardias rurales, policías de la Acordada y hasta *melitones*, nombre que doy a los pendejos improvisados, quisieron hacer su agosto». Las caras impresas en los periódicos nacionales y publicitadas hasta el cansancio en las cadenas televisivas de los funcionarios involucrados en la estúpida guerra contra el narcotráfico inventada por el *impreciso* Felipe Calderón, se metieron en mis ojos, Pedro. Todos esos fulanos que tú y yo conocemos bien por sus declaraciones retóricas que no sirven para un carajo en su presunta lucha contra los cárteles, cuando ellos mismos están comprados, y cuyas acciones nos hacen lo que el viento a Juárez, comenzaron a hozar, transformados en marranos, y a gruñirme que ellos no tenían la culpa

de ser policías, ministerios públicos, jueces y magistrados corruptos porque, al igual que los legisladores, debían mantener una vida dispendiosa para tenerse respeto. Que ellos habían aprendido bien la lección del profesor Hank González de que «político pobre es un pobre político». Que por eso odian a Jesús Malverde, aunque muchos aceptaron ser sus feligreses y acudir a él para que les haga favores, en quien ven, como en los casos de Heraclio Bernal y Francisco Villa, a un justiciero nocivo que quiere privarlos de sus privilegios.

»El odio hacia mi persona se propaló como fuego en paja seca —continuó Malverde después de la visión nefasta que me dio sobre la impartición de justicia—. A mi cuadrilla y a mí se nos tendieron emboscadas, y en una de tantas escaramuzas recibí esta herida de arma de fuego —dijo señalándose el hombro—, que al cabo de dos semanas comenzó a gangrenarse. Sin embargo, Matracas, no dejé de luchar porque yo sabía que cada día el general Cañedo aumentaba el monto de la recompensa y quise aguantar hasta que ya no pudiese disparar mi máuser. Comenzaba el mes de mayo de 1909, y el día de la Santa Cruz ya no pude levantarme. Llamé al capellán de mi tropa, mi compadre Elpidio González, y le pedí que me entregara a las autoridades para que pudiese cobrar la recompensa y repartirla entre nuestra gente más pobre». Me hizo acompañarlo para que fuera testigo de cómo, maniatado y a tropezones, Elpidio lo entregó a una partida de rurales, quienes además de golpearlo lo arrastraron con una soga amarrada a la cabeza de la silla de uno de sus caballos. El general Cañedo no quiso verlo. «¡Cuélguenlo de un mezquite para que sea escarmiento de esos cabrones que se niegan a ser pobres!», gritó desde el interior de su despacho y lanzó una carcajada. A Jesús Malverde, sin que yo pudiera hacer nada, Pedro, tal y como dice el corrido de Los Incomparables de Tijuana, «Le pusieron soga al cuello, / con las manos por detrás; / lo colgaron de un mezquite, / nadie lo pudo salvar», en presencia de una multitud congregada en la plaza. Ahí se quedó su cuerpo hasta «que me convertí en ánima, no santo como algunos pretenden. Mi cuerpo se secó a causa de la inclemencia de los rayos del sol y a la falta de humedad y se desmoronó encima de un montón de tierra. Algunas mujeres y niños echaron piedras encima de mis restos y me rezaron rosarios y otras jaculatorias que, por gratitud, me obligaron a responderles y a satisfacer aquello que me pedían. ¡Hice y hago milagros, Matracas! Pero eso tú lo sabes. Las piedras se amontonaron hasta formar un montículo, encima del cual se construyó mi

primera capilla, *la Culiche*, la de Culiacán, Sinaloa». Luego, Pedro, la visión se hizo pedazos. Malverde se multiplicó en miles de estampitas como las que se usan en las primeras comuniones y volaron en todas direcciones.

»Hasta ahí llegó mi visión, Pedro. Bueno, lo que me está permitido contarte, porque Jesús Malverde me advirtió que se había montado en mi viaje de peyote con el objeto de darme una reforzada antes de perderme en los vericuetos del infierno, «donde ya sabrás, Matracas, te vas a tatemar y a ver tu rechingada suerte». Una alucinación tan enloquecida y cruel, que aunque tuvo sus pasajes hilarantes y cachondos, como aquel en que me tiré a la Trevi adentro de un refrigerador repleto de coca-colas, prefiero no sacarla del perol del demonio.

La música de dos grupos norteños, Los Cadetes de Durango y El Cordero de Sinaloa, irrumpe en la capilla a punta de guitarrazos. Las letras de sus corridos hacen que Pedro Chimalli se distraiga y ya no escuche al Matracas, quien todavía tiene cuerda para relatar otros pormenores que, al margen de la visión descrita y como los cristales de un caleidoscopio, tuvieron su lado chusco y una buena dosis de humor negro.

A mis compas yo aconsejo  
que le tengan fe a Malverde,  
que se metan a lo grueso  
y que las bolsas se llenen,  
pero con mucho cuidado:  
ya saben con quién se meten...

cantan los del Cordero, y Chimalli recuerda el brillo brutal de los ojos del Quetzal y los deslizamientos serpentinos del Wache, quien nunca se deja ver la cara, pero cuyas órdenes son implacables. A cuántos no ha debido decapitar a pesar de, o con motivo de, que su facha de hijo o sobrino de un capo coincida con la del corrido de Los Cadetes, que se entremezcla con la letra del corrido del otro grupo y que describe a

Un joven muy bien vestido,  
de vaquero y con texana,  
con varios anillos de oro,  
en su muñeca una esclava  
y una imagen de Malverde

en su cuello trae colgada.  
Una troca color verde,  
con clavo bien protegido,  
de cristal y cocaína  
le caben treinta y seis kilos,  
por Juárez viene a cruzar,  
muy seguro de sí mismo...

Tantos que ya perdió la cuenta.

La mota de Badiraguato cumple con lo que les dijo el norteño: es la mejor que han probado. Tiene sabor a mezcal, y después de la primera calada se prenden hasta mezclarse con los humores que han dejado por ahí centenas de feligreses. Comulgan con los desplantes de la *narcada* y con la gratitud de los *mojados* que, gracias a Malverde, lograron cruzar la línea, hacer negocio y poner casa en los suburbios que les han dejado libres los güeros del otro lado.

Su visita al paraíso termina cuando la Banda de Nueva Culiacán, patrocinada por el Mayo Zambada, entona:

¡De Culiacán a Colombia,  
que viva Jesús Malverde!  
Este santo del colgado  
me ha traído buena suerte.

Y ellos agregan de sus pistolas e inspirados por la grifa:

Dejo mi suerte en tus manos,  
tú, mi ladrón generoso;  
yo volveré hasta el otro año,  
por no ser tan encajoso;  
gracias por lo me has dado  
y por ser tan milagroso.

¡Ajúa! ¡Sí señores, ajúa!

Viajan a Culiacán montados en una alfombra mágica tejida con hebras de mota, o cuando menos es lo que creen, mientras rebotan encima de las planchas metálicas de un camión de redilas que contrataron para hacer el viaje.

El chofer los bota en el bulevar Francisco I. Madero, enfrente del asadero de carnes El Pollo Feliz: «¡Pa' que almuercen como Dios manda!».

Colocan sus bártulos en unas sillas y *pistean* unas cervezas Tecate para recobrar la horizontal, que de a tiro traen ladeada. Pedro manduca un pollo rostizado, y ahora sí mete su colmillo dorado entre las costillas del huacal para triturar los huesos. El Matracas solo se zampa seis muslos y una docena de patas que, aunque se le quieren escapar corriendo, atrapa por debajo de las mesas con ayuda de un mesero que anda igual de moto.

Las visiones parece ser que no tienen fin. Ferraris, Lamborghinis y Porsches descapotables, tripulados por jóvenes y jovencitas vestidos con los mejores trapos que se adquieren en Las Vegas, circulan por la avenida a baja velocidad con el objeto de que todo el mundo los admire y escuche el estruendo de sus escapes, así como las canciones de los grupos norteños de moda que retumban con el volumen de sus amplificadores. Ambos tienen la sensación de estar inmersos en el serrallo, con vislumbres de palenque, de los sultanes árabes de Catar. Dispendio y lujo los rodean por todas partes. La impronta del cártel de Sinaloa está presente en las aceras de ese bulevar por las que camina pura gente bonita. Reconocen, no solo por su fama pública sino por el escándalo que provoca, al hijo del Chapo, Iván Archivaldo, quien controla el narcomenudeo de la zona, en el momento en que sale por las puertas de una *boutique* y es asediado por un grupo de mujeres bellísimas a las que da de nalgadas y reparte billetes.

Pedro Chimalli padece un retortijón de envidia. Él quisiera poder disfrutar, aunque fuera de una forma efímera, de uno de esos instantes que considera el *súmmum* de la buena fortuna.

—Voy a pedirle a Malverde —anuncia— que me dé toda la lana y las viejas que se me apetezcan, mi Matra. ¿No te cansas de ser siempre un jodido entre toda la abundancia que rodea a nuestros jefes? ¡Esos sí que saben vivir bien! Mira a ese chamaquito, que no ha de tener más de veinte años y ya es uno de los capos chingones.

—Un muchachillo que recibe órdenes de Ismael el Mayo Zambada, Pedro, y que el día que a este se le antoje le manda dar pase y amanece en una cuneta —replica el Matracas, quien ya hace mucho tiempo aprendió a no caer en las tentaciones de san Antonio—. Esa farándula no está hecha para nosotros, Pedro. Somos soldados de a pata, sicarios que asesinamos solo para



cumplir órdenes. Te lo he dicho muchas veces. Conténtate con la marmaja que nos pagan, que la mera verdad no es poca; y en relación con las viejas, pues ya te irás puliendo, y lo demás va por tu cuenta. Ahora, vámonos de este congal antes de nos salgan plumas en los pellejos con tanto pollo como hemos tragado.

Caminan hasta un semáforo donde, han advertido, se detienen *pickups* cargadas con bultos que solo simulan ocultar, porque el tráfico es descarado, los paquetes que contienen raciones de mariguana y cocaína, así como jeringas retacadas con heroína. Se acercan a una patrulla de la policía municipal para preguntar por la capilla de Malverde y los policías, ¡faltaba más, mis jefes!, los llevan en un santiamén, con la sirena encendida y pasándose los altos, hasta la ermita localizada en la avenida Independencia.

En la entrada reciben un sobre para que se caigan con su moche. La capilla, al igual que la de Badiraguato, está atestada con miles de chucherías, exvotos, peticiones o agradecimientos con sus respectivas fotografías y hartos fajos de billetes. Los Cadetes de Linares y La Banda Original le suenan a la batucada, con todo y los taconazos de sus botas vaqueras confeccionadas con piel de víbora. En el altar central, sobre una repisa flanqueada por dos linternas, una alcancía con forma de cochinito, varios sartenes y un titipuchal de botellas de sotol, está colocado, en tamaño natural, el busto de Jesús Malverde que lo reproduce «como un hombre rústico de bigote negro y cejas hirsutas», que lleva puesta una camisa blanca y un paliacate amarrado al cuello. Su sombrero de cuatro pedradas le da el aire de un revolucionario villista en el momento en que contempla a sus tropas con unos ojos, un par de canicas esmaltadas, que fulguran y a la vez reconfortan.

Pedro y el Matracas quieren acercarse para tocar el busto con sus dedos, pero no pueden hacerlo debido al abigarrado grupo de personas que rodean al santo. Migrantes procedentes de Oaxaca y Michoacán, gitanos que quién sabe de dónde salieron, y jugadores viciosos y empedernidos que han dejado en las ruletas y las mesas donde se juega póker hasta la camisa, comparten el espacio con narcos de todo calibre, soldados del operativo Culiacán-Navolato, muñeconas de los *table dance*, cantantes, cómicos y patiños de la radio y los canales de televisión que apenas se escuchan y se ven en las rancherías perdidas en la serranía. Una fauna conmovedora por su devoción y el respeto que se dispensan entre sí, debido más que nada a la presencia omnívota de Jesús

Malverde; ánima para la que, hasta donde se sabe, todos son iguales, sin distinción de raza, género y culto que no haya sido capaz de degradar su fe con ortodoxias católicas que pueden resultar repugnantes.

Dos horas después aún les es imposible acercarse. Ha caído la noche pero nadie puede notarlo debido a las cantidad de cirios y veladoras que iluminan el recinto. Muchos disponen sus petates para pasar la velada, y si tienen suerte, acariciar la faz del santo durante la madrugada. Pedro y su amigo reciben un mensaje que surge de entre los velos que dejan huecos a través de las tinieblas: *El Nene Quintero salió a Mazatlán y no pudo recibirlos como se merecen. No lo esperen porque fue a recabar los frascos con alcohol que contienen los camarones que me ofrendan los pescadores para agradecerme la buena pesca...*

La voz sepulcral los cimbra de pies a cabeza. No pueden achacarla a los efectos de la mariguana porque se las tronaron hace muchas horas. Ha sido Malverde, no tienen dudas, quien, al verlos desesperados y frustrados, los ha informado. Caen de rodillas, rezan y le dan las gracias. Ambos coinciden en designarlo como «El dios de Sinaloa, un verdadero chingón».

Regresan a la Ciudad de México, esta vez sin ocupar asientos en la alfombra mágica. Lo hacen en un autobús Estrella Blanca que los deposita en la Terminal del Norte. Llegan provistos de unos cinturones repletos de droga y una fe inquebrantable en el santo varón culiche.

## X

El luto humano se desprende de las losas del patio sagrado del Templo Mayor empapadas de sangre y se eleva en volutas que oscurecen el cielo, tal y como si fuera la humareda de un incendio. Miles de murciélagos que brotan de los vientres de los sobrevivientes revolotean y se estrellan contra los muros impertérritos de los *teocallis* y adoratorios que permanecen mudos de espanto. Escalinatas y *cúes* son testigos del dolor que atraviesa los cuerpos de quienes aún deambulan en el recinto y las calles adyacentes sin saber cuál es el origen de la tragedia en que están inmersos. ¿Qué fue lo que la provocó? ¿La locura que llegó del mar, enmascarada en el rostro de los españoles? ¿La sevicia incrustada a fuego en el corazón maldito de Tonatiuh? ¿O es, acaso, el rencor de los dioses ofendidos por las afrentas permitidas por el *Huey tlatoani* Moctezuma, el que desató las cuerdas de los perros negros del Mictlán para que estos, inmisericordes, asesinaran a los señores y señoras principales, a los valientes capitanes de los escuadrones aztecas, a músicos y sacerdotes?

Nadie es capaz de entenderlo, menos Tizoc y Yolatl, que bajan presurosos de los templos gemelos para unirse a las huestes de los capitanes, reunidas a toda prisa, los que, sin perder segundos, arrojan venablos, saetas, jabalinas y arpones para cazar aves a los cobardes hombres blancos. Una capa amarilla de cañas, de la que se escapa el estruendo de los gritos y el ulular de la gente, se tiende sobre estos para reclamar venganza.

Las calaveras ensartadas en el *Hueitzompantli* y en otros *tzompantlis* a cargo de Chilli y sus compinches chasquean sus mandíbulas, hacen ruido como si fuesen las aspas de un molino que tritura piedras, para exacerbar el miedo de los españoles que huyen a refugiarse y a hacerse fuertes en las Casas Reales, y una vez adentro reaccionar en su defensa con tiros de pólvora, ballestas y arcabuces. ¡Ah, y no podía faltar, con disparos de cañón!

Se escudan detrás de la pólvora, su tremenda valedora, y dejan al descampado a sus aliados tlaxcaltecas y huexotzingas, a fin de que sean estos quienes ofrezcan resistencia a los mexicas, obstrucción que se quiebra en la lucha cuerpo a cuerpo y solo sirve para que dejen un reguero de cadáveres desmembrados.

Tizoc comprende que él y Yolatl no pueden hacer mucho por el momento, como no sea saciar su rabia y mantenerla en constante ebullición. De común acuerdo deciden sumarse a los que buscan los cuerpos de sus parientes y amigos entre los escombros y los muertos, con el objeto de hacerles las honras fúnebres requeridas para ser recibidos en el *Tlalocan*, mientras sus espíritus, transformados en colibríes, se alimentan con la preciosa miel de las flores.

Los cuerpos de los capitanes asesinados en la matanza, una vez identificados por sus guerreros, son retirados de uno en uno y colocados sobre unas mantas hechas con telas bordadas con los símbolos de las deidades Huitzilopochtli, Tláloc y Tezcatlipoca. Tizoc, por su lado, y Yolatl, por el suyo, ayudan a los padres y madres de familia a reconocer a los señores y señoras *pilli* de sus respectivos linajes, cuyos rostros, en muchos casos, quedaron irreconocibles.

Los deudos se lamentan y lloran. Maldicen a los homicidas. Los cadáveres son transportados a sus casas y palacios para ser embalsamados con túnicas sencillas y para que los sacerdotes, en este caso Tizoc, Yolatl y otros más que los acompañan, les coloquen un *chalchihuite* en la boca para cumplir con el ritual religioso. Horas más tarde, los llevan al Patio Sagrado del Templo Mayor para que, todos juntos, sean llevados a un sitio que se nombra *Cuauhxiccalco* o Urna del Águila, donde se les incinera. Las personas de menor rango, los jóvenes y las adolescentes, son quemados en la Casa de los Jóvenes y sus cenizas depositadas en las fuentes del *calmecac* donde habían hecho sus estudios.

Las honras fúnebres se llevan gran parte del día hasta que empieza el ocaso, quizá la puesta de sol más triste que hasta entonces han vivido los mexicanos. Los jóvenes sacerdotes, acompañados de Tlacateótl, sufren un duelo amargo instalado en su garganta. No lloran, no gimen. Sus labios están reseco y sus lenguas trabadas por el deseo de venganza: los españoles no deben escapar a la justicia divina.

—¡A como dé lugar debemos exterminarlos! —clama el maestro—. Nuestros capitanes han sitiado las Casas Reales para ponerlos en el predicamento de morir por hambre o salir y enfrentarse a los escuadrones y al pueblo mexicas.

—¡Son unos cobardes! —exclama Tizoc—. No se atreverán a dar la cara y van a cobijarse detrás del escudo de pavor que, como una piel de serpiente traicionera, cubre la *tona* de Moctezuma Xocoyotzin. Lo van a usar para que él intente calmar a la gente y...

Tizoc no puede terminar la frase. Su vaticinio se cumple inmediatamente. Sobre unos tapancos de la casa real aparece la figura de Itzcuahtzin, señor de Tlatelolco, quien con los brazos en alto vocifera:

—¡Mexicanos, tenochcas y tlatelolcas! El *tlatoani* Moctezuma les ruega que dejen de pelear y depongan las armas porque estos hombres son más fuertes que nosotros y nuestro pueblo recibirá gran daño. A él ya lo han atado con hierros, le han puesto grilletes en los pies.

Yolatl, seguido por sus compañeros, echa a correr para colocarse en un sitio desde el cual pueda escuchar con claridad las palabras. Itzcuahtzin grita de nuevo:

—No somos competentes para hacerles frente. Dejen en paz el escudo y la flecha. ¡Óiganlo mexicanos!

Tizoc, furioso, replica a todo pulmón:

—¿Qué es lo que dice ese canalla de Moctezuma? Nosotros ya hemos dejado de ser sus vasallos. Se ha convertido en un ser despreciable que solo merece nuestro repudio.

Tlacateótl es aún más claridoso. Con los brazos en jarras y la faz levantada, maldice:

—¿Qué dice el puto de Moctezuma, convertido en la *auianime* de los españoles, y tú, bellaco, con él? ¿Cómo se atreven a pedirnos que los dejemos en paz después de la matanza que hizo Tonatiuh en el Templo Mayor? ¿Dónde quedó su valor, su virilidad, par de asquerosos fementidos? ¡No cesaremos la guerra bajo ningún concepto!

Una lluvia de piedras, mezcladas con improperios, cae sobre los tapancos. Los españoles protegen con sus escudos a los señores mexicas prisioneros y los trasladan al interior del palacio. El estruendo de la guerra se levanta de inmediato. Los atabales truenan y las chirimías llaman a las armas. Todo

mundo participa, incluso las mujeres y los niños capaces de sostener un palo. El cerco para impedir que los sitiados reciban alimentos se estrecha. Se vigila y asesina sin consideración alguna a aquellos que, como los pajes o servidores de Moctezuma, que usan bezotes de cristal y visten mantas delgadas llamadas *ayatl* que los identifican, tratan de comunicarse con él, de congraciarse y en secreto de introducir comida. Nadie se salva de la vigilancia implacable, ni siquiera los vendedores de pieles de conejo enviados por los mayordomos de los señores de Ayotzintepec y Chinantlan que, por equivocación y exceso, son acogotados con horquillas de palo en una de las acequias aledañas al palacio.

Tizoc y Yolatl regresan a sus respectivos adoratorios. Desde la altura del templo y dotados con unas flautas deben vigilar las entradas a las Casas Reales y dar aviso de cualquier movimiento o sujeto que les resulte sospechoso. Un capitán de los Guerreros Tigre se mantiene pendiente de sus silbatazos, y cuando lo considera importante sube las escalinatas para recibir los informes de los sacerdotes. Siete días dura el asedio más encarnizado. Una semana en la que apenas pueden, durante los espacios en que son relevados por otros *tlamacazqui*, comer y dormir un poco.

Ambos viven en una tensión que amenaza con romper los ligamentos que unen y dan coherencia a sus entendederas. Sufren de constante angustia y alucinaciones. Yolatl jura haber visto la cabeza de Romeo rondando alderredor de la terraza desde la que habló el señor de Tlatelolco.

—La he visto cambiar de colores, Tizoc, y aullar para que los españoles le presten auxilio. Otros cráneos la persiguen en jauría y tratan de pepenarla por el cabello. Cada vez está más pelona y horrorosa. Solo espero que no se le ocurra volar hasta aquí para darme otro mordisco en salva sea la parte.

Tizoc hace burla de las aprensiones de su amigo, aunque no deja de tener presente el ingenioso aparato que conserva en el atado. Ha escuchado, durante las pocas veces que ha bajado al *calmecac*, el sonido de una especie de trino que brota desde su interior. También ha sentido cómo vibra y se ilumina para, después de unos segundos, apagarse y sumirse en la oscuridad de la noche. Todavía, aunque la tentación es enorme, no se atreve a picar el botón para ver en la pantalla la cara del sujeto con la boca hinchada y un colmillo dorado que le da el aspecto de uno de los fantasmas llamados *tlacanexquimilli* que, aunque tienen la virtud de otorgar riqueza a quienes los atrapan, pueden ser agoreros de una muerte espantosa.

No, no las tienen todas consigo. Viven con la ansiedad propia de la incertidumbre que ocasionan los resultados pobres del asedio, porque no se dan señales de que los españoles quieran capitular o rendir la plaza. Los capitanes aztecas, en particular el *Huey tlatonani* Cuitláhuac, han hecho todo lo posible para derrotarlos. Sin embargo, Pedro de Alvarado, Juan Velázquez de León y los soldados bajo su mando han resistido más de lo que se esperaba, y para desesperación de los mexicas todavía conservan suficiente dotación de pólvora para sus armas de fuego, con las que causan muchísimo daño. Nadie puede anticiparlo, pero el sitio va a prolongarse otros veintitrés días, durante los cuales los aztecas aprovechan para ensanchar y ahondar las acequias, atajar los caminos y las calles con paredes y grandes baluartes, así como colocar otros muchos obstáculos tendientes a impedir que los españoles puedan escapar por alguna parte.

Tlacateótl se lamenta de la resistencia de los enemigos.

—¿Cómo es posible que no hayan sucumbido a la sed y el hambre? Algo que escapa a la inteligencia de nuestros guerreros los protege. ¿Serán sus dioses? ¿Qué?

—¡Nada de origen divino! —replica Tizoc con el rostro encendido—. La casa de Moctezuma siempre ha estado abastecida con abundancia. En sus almacenes hay granos, huevos, raíces y otros muchos alimentos, suficientes para mantenerse por un periodo muy largo. Además, maestro, cuentan con la carne de sus caballos. No es imposible que los hayan devorado.

—¿Tú crees? —interviene Yolatl—. ¿A sus propias bestias? ¿No te has fijado que las tratan con más cuidado que a los soldados?

—Bueno, sí —reconoce Tizoc—. Pero el hambre es cabrona y a falta de otra cosa que manducar, no dudo que...

No hubo otros argumentos que les permitieran especular mucho tiempo. Se supo, los mensajeros trajeron la noticia, que Hernán Cortés venía de regreso a México-Tenochtitlan. Salió de Tepeyácac con una hueste numerosa compuesta por muchos españoles de la expedición que, comandada por Pánfilo de Narváez, había venido a tomarle cuentas, y una vez derrotado este se le habían unido, así como de un ejército de tlaxcaltecas, zempoaltecas y huexotzingas, todos con sus insignias y provistos con pertrechos de guerra: escudos, macanas y lanzas de madera.

Sabedor de que los capitanes y soldados que había dejado acantonados en

las Casas Reales se defienden como gatos bocarriba y con grandes dificultades del asedio de los mexicanos, Cortés apresura su llegada a fin de darles auxilio.

Por su parte, los mexicas se ponen de acuerdo para no dejarse ver. Su estrategia es permanecer ocultos, esconderse detrás de las puertas de las casas, en los huecos de los muros, en el interior de las acequias, y no recibirlos en son de guerra ni de paz. Se mantienen agazapados. Esperan a ver qué sucede. Dejan la ciudad vacía. Reinan en ella las tinieblas.

Tizoc y Yolatl, escondidos dentro de las pequeñas cámaras que rodean el *cu* de Huitzilopochtli, presencian el arribo de los españoles y sus aliados. Cortés penetra en las Casas Reales sin que nada ni nadie lo importune. Los jóvenes sacerdotes escuchan los gritos de bienvenida y alegría que profieren los soldados. También, el sonido de los tiros de los arcabuces que disparan porque se sienten a salvo. En el interior del palacio se hace gran rebumbio. Luego, sin que pase mucho tiempo, Cortés y sus capitanes salen a la plaza. Tizoc ve el movimiento agresivo de sus labios cuando ordena que los cañones sean disparados. El estruendo es mayúsculo. Yolatl se estremece de miedo, lo que no le impide ver, a pesar de la humareda, cómo los soldados y los guerreros tlaxcaltecas y huexotzingas forman filas y se preparan para iniciar el combate. Algunos caballos relinchan, mientras los perros hociquean con los belfos llenos de espuma.

Es la señal para que los mexicas se muestren. Salen de sus escondites, y con alaridos y el estrépito de los atabales, arrojan sus lanzas y disparan sus arcos y piedras sobre los invasores. Por segunda ocasión el cielo se nubla con el manto de las flechas. Aunque están lejos y su esfuerzo resulta inútil, Tizoc y Tlacateótl arrojan piedras desde su atalaya. Con gritos destemplados colaboran en la lucha. No es mucho lo que pueden hacer y se desesperan.

La reacción de los españoles es inmediata. Lanzan venablos y cañonazos. Con feroz puntería disparan sus arcabuces y ballestas. Muchos aztecas caen heridos o muertos. No hay dardo que no dé en el blanco. Los estragos son terribles. Los mexicas se ven obligados a *culebrear* y a andar de lado para evitar ser un blanco fácil. Sin embargo, los tiros continúan siendo certeros: «[...] pegan en lugar peligroso, ya sea en la frente o el cuello; en el corazón, el pecho, el vientre, la cadera, las piernas o bien sobre los hombros». Los guerreros caen a tierra como si fuesen mazorcas segadas por una hoz gigante.

Cuatro días dura la batalla. Cuatro días en los que la muerte engorda, se



regocija y patalea en los charcos de sangre que empapan el recinto sagrado del Templo Mayor. Los tenochcas y los tlatelolcas acuden a medidas extremas con el objeto de que sus deidades los ayuden a vencer al enemigo. Seleccionan a los capitanes con mayor experiencia en el arte de la guerra, a muchos soldados viejos y valientes para que suban al *teocalli* de Huitzilopochtli y desde ahí ataquen a los españoles. Trepan por la escalinata a toda prisa. Llevan consigo dos enormes vigas y muchas mazas de encino rollizas llamadas «palos divinos» con el propósito de arrojarlas sobre las Casas Reales, hundir sus techos y quebrar los muros para que sus guerreros puedan penetrar y luchar cuerpo a cuerpo con sus contrincantes. Todos los sacerdotes reunidos en la plataforma superior del templo, entre ellos Tizoc y Yolatl, los ayudan a subir las vigas.

Hernán Cortés y Tonatiuh advierten la estratagema. Forman a sus soldados y los hacen subir al templo despacio y en orden. Van por delante los arcabuceros; detrás, los hombres provistos con rodela y espada; enseguida, los lanceros y alabarderos. Las armas de fuego imponen su ventaja. Cada disparo hace mella. Los mexicanos se defienden arrojando troncos y *palos divinos*, mismos que los españoles desvían con sus escudos sin que lleguen a causarles daño.

La lucha es muy desigual y los mexicas no pueden impedir que sus contrarios alcancen la cima. Yolatl, que se sabe indefenso, ve que Tlacateótl y Tizoc se esfuerzan en colocar una viga a fin de poder cruzar al *cu* de Tláloc. No titubea: es la única forma de salvar el pellejo. Los sigue sin pensarlo dos veces, y una vez que han cruzado los ayuda a retirar la tabla que les ha servido de puente. Desde ahí, los tres sacerdotes contemplan la infame matanza que los españoles hacen de los suyos. Nada más llegar, Tonatiuh ordena a gritos que los acuchillen, que claven sus espadas en la carne inerme de quienes intentan defenderse con las manos o con palos que se hacen astillas al primer mandoble. Muchos se despeñan desde la plataforma del adoratorio. Caen como si fueran vasijas de barro sobre las losas de las terrazas del templo, donde sus cuerpos quedan fragmentados. Prefieren perecer en la caída que bajo las puñaladas de sus enemigos. Otros, simplemente son arrojados para que los perros, abajo, los rematen. No logra escapar ni uno solo.

La masacre es total. Cortés hace sonar el cornetín para ordenar la retirada. Sus hombres bajan y se meten en las Casas Reales, que saben inexpugnables, para guarecerse.

Los mexicas dan comienzo a la infausta tarea de recoger los cadáveres de los guerreros inmolados en el Templo Mayor. Tizoc y Yolatl, que apenas pueden soportar el dolor clavado en sus entrañas, se abocan a la tarea. Los apilan por montones para después colocarlos en fila. Los deudos acuden en pequeños grupos a fin de reconocerlos, pues todos eran gente principal. Luego, los llevan para hacer sus exequias y quemarlos en las casas de los diferentes colegios diseminados en la ciudad.

—Es curioso no haber encontrado el cuerpo de alguno de los españoles, Yolatl —comenta Tizoc con tristeza—. Me resisto a creer que nuestros guerreros no hayan matado cuando menos a uno de los blancos.

—¡Tienes razón, Tizoc! —replica su amigo con asombro—. Hay muchos tlaxcaltecas, huexotzingas y zempoaltecas tirados, pero los españoles, si es que alguno murió, se han desvanecido. Aunque no podemos descartar que sus propios compañeros los hayan recogido para sepultarlos en los patios del palacio de Moctezuma.

—Si es así, Yolatl, no tardarán en aparecer sus sombras, que recorrerán la ciudad embarrándose a los muros de las casas y los templos. Van a gemir, desconcertadas, porque no sabrán dónde están ni podrán reconocer el camino que las conduzca a sus lares.

—¡Ese será el momento oportuno para atrapar alguna! Podemos colocar redes en los lugares adecuados; por ejemplo, cerca de los *tzompantlis*, para que se enrede con los hilos tejidos por las arañas del Mictlán y poder llevarla con un nigromante para que la ausculte e interrogue.

—¡Sería magnífico, Yolatl! ¿Te imaginas lo que podría contarnos de su mundo, del cual ignoramos todo?

No pueden hacer más comentarios. Tlacateótl los urge para que regresen al templo gemelo y ayuden a otros sacerdotes en su limpieza. Las escalinatas quedaron pegajosas por la sangre derramada y los adoratorios fueron parcialmente destruidos.

Los últimos meses del año 2-Pedernal transcurren llenos de sobresaltos. El día 1-Venado, cuatro días después de la cruenta batalla, unas mujeres encuentran los cadáveres de Moctezuma y del *Tlacohtcalcatl* de Tlatelolco, Izcuauhtzin. Yacen tirados junto al agua en un sitio llamado Teoáyoc, sobre una roca labrada con la imagen de una tortuga. Al parecer, los españoles, después de asesinarlos, los arrojaron de las Casas Reales como si fueran un par

de sacos de basura. El cuerpo de Izcuahtzin presenta varias puñaladas en el tórax, pero los rastros dejados en el de Moctezuma mueven a confusión. Amén de una cicatriz supurante en un costado del cráneo, su cuello tiene las escoriaciones de una soga, como si se le hubiese ahorcado. Pero todavía peor, es indudable que alguien, con una saña enfermiza, le introdujo una espada por el ano y la revolvió para destazar sus tripas. Los sacerdotes están desconcertados. ¿Cuál de los extranjeros pudo tenerle un odio de tal magnitud, cuando él les había cumplido todos sus caprichos? ¿Hernán Cortés? No, él no, de ninguna manera. ¿Un fulano conocido como el fraile de la Merced que no se le despegaba y hasta se llegó a pensar que, en lo oscuro, se hacían las *quiricias* que acostumbran los sométicos o putos?

—Ese puede ser que lo haya ahorcado —aventura Tlacateótl—, pero no lo creo capaz de atentar contra su culo, sobre todo si se presume que al fraile le resultaba un delicioso manjar. Más me inclino por el asesino rubio...

—¿Tonatiuh? —interrumpe Tizoc—. ¿Ese desalmado?

—¡Un matarife sin escrúpulos, un homicida que se solaza con el dolor ajeno, Tizoc! ¿No te parece probable?

Tizoc asiente, mas no agrega comentarios. Les ha caído encima la ingrata tarea de incinerar sus restos y estos tienen un olor nauseabundo, quizá por haber convivido tanto tiempo con los españoles. Sin mayores trámites, pues quienes fueran sus vasallos lo aborrecen, lo arrojan sobre una pira de madera a la que le prenden fuego. «Comienza a restallar la lumbre, crepita como si estuviese chisporroteando. Como si fueran lenguas se alzan las llamas, un haz de espigas de fuego. Se levantan las lenguas de fuego. Huele a carne chamuscada». Los presentes lo insultan, le cobran el rencor acumulado gracias a las ofensas, a los males que les hubo ocasionado con su conducta déspota y caprichosa. Nadie se atreve a elogiarlo, tampoco Tizoc y Yolatl que, sin manifestarlo, celebran su muerte.

Itzcuahtzin, en cambio, es objeto de la veneración de quienes fueran sus súbditos. Su cuerpo es transportado en una barca hasta el corazón de Tlatelolco, donde es recibido con cariño por su pueblo. Nadie lo censura, nadie siente desprecio por su persona. Al contrario, se le alaba y rinden honores. Tlacateótl participa en sus exequias. Lo embalsaman con papeles bendecidos. Luego, lo llevan al patio sagrado del lugar llamado *Cuauxhicalco* y lo colocan encima de una pira propia de un príncipe. Su cuerpo es envuelto

por las llamas. Exhala el perfume de aquellos que han muerto con dignidad y valentía. La gente lo llora compungida.

Los españoles y sus aliados, mientras tanto, permanecen encerrados a cal y canto. No dan señales de vida, como no sean algunos alaridos de los tlaxcaltecas para darse valor y las órdenes que los capitanes de Cortés dan a sus soldados y que se escuchan afuera como si fuesen latigazos. Están sitiados de nueva cuenta por los guerreros mexicas, solo que ahora son muchos más y los alimentos se agotan. Es patente que el hambre los aprieta. Tres días después, Tizoc, desde su punto de observación en la terraza del *cu*, ve cómo algunos salen a hurtadillas para no ser notados y corren hacia unos maizales. Llevan consigo varios sacos que rellenan con mazorcas y cañas de maíz. No se entretienen, pues si son sorprendidos nadie podrá salvarlos de ser sacrificados.

Tizoc le cuenta a Yolatl lo que ha visto.

—No tardarán en salir para escapar del cerco —comenta este—.

El consejo de ancianos, los *huehuetque*, ha designado a Cuitláhuac, señor de Iztapalapa, como *Huey tlatoni*, y al mismo tiempo le ha otorgado el grado de *Tlacateccatl*, «el que manda a los guerreros», para que combata a nuestros enemigos y los arroje de la ciudad. Cuitláhuac, se dice por todos lados, es un guerrero valiente y un gran estratega. Está dispuesto a exterminarlos, a no dejar pájaro con cabeza.

Tizoc, a pesar de la tristeza que le provoca lo acontecido, se permite un alarde de optimismo:

—Si salen a campo abierto, Yolatl, a nuestras calles y calzadas, creo que nuestros guerreros podrán derrotarlos y cobrar con creces las afrentas que nos han ocasionado. No podrán cruzar los canales porque se han destruido los puentes. Caerán en una ratonera y morirán aplastados.

Yolatl sonrío. Le agrada saber que Tizoc todavía conserva un atisbo de esperanza que les es muy importante.

—Oye, y si aprovechamos el tiempo para colocar algunas redes para capturar sombras —propone Yolatl con entusiasmo.

—¡Claro, por qué no! —responde Tizoc—. Podemos aprovechar que, dadas las circunstancias, hay escasez de cautivos para ser sacrificados y las tardes nos quedan libres. Conozco a un hechicero que vive en Tláhuac y entiende de los artilugios de la magia negra.

Parten al pueblo chinampero ese día por la tarde. El nigromante los recibe en una choza enorme construida con adobe y paja. Deben agacharse para no golpearse la cabeza con la infinidad de colgajos que penden del techo ni con las piernas de una pareja momificada que el mago Tlahuicole mantiene bajo castigo por haber cometido adulterio y no haberlo confesado a la deidad Tlazoltéotl antes de su fallecimiento.

Tlahuicole tiene un aspecto tenebroso y repulsivo. Es notorio que la limpieza de su cuerpo lo tiene sin cuidado. Tampoco le preocupan su atuendo ni la delicadeza de su entorno. Vive en una pocilga donde todo está revuelto. Sin embargo, tiene una peculiaridad atractiva: uno de sus ojos es de color verde, mientras el otro es negro azabache.

—¿Redes para atrapar sombras? —masculla—. Es complicado, pero puedo hacerlas —remata con el tono de un profesional que sabe bien de qué se trata—. ¿Cuántas?

—¡Cinco! —responde Yolatl, quien ha contemplado dónde deberán ser colocadas.

Tlahuicole lo mira con el ojo verde y chasquea la lengua.

—Muy bien —acepta—. ¡Ayúdenme! —ordena.

Toma a Tizoc de una mano y lo conduce a un rincón de la choza.

—Ese huacal contiene crisálidas de la sabandija *pinauiztli* —explica—. Son de mal agüero, pero la baba que sueltan es translúcida y pegajosa. Llévalo hasta esa mesa. Ponlo encima.

A Yolatl le encarga que disponga de una vasija que tiene la boca sellada con cera de Campeche, en cuyo interior se mueven varios *epatl*, animalejos muy hediondos que, al ser hervidos, proporcionan una especie de jalea que con su olor atrae a las *tonas*, o ánimas desbalagadas.

Tlahuicole prepara sus menjurjes, mismos que echa dentro de otro huacal que contiene varios nidos de tarántulas construidos con barro negro. Las arañas son de color morado y —explica— son las mejores tejedoras de urdimbres. No tardan en aparecer para engullir con voracidad el caldo que les ha dispuesto. Las tarántulas se inflan. Sus vientres semejan pequeñas calabazas. Sus cabezas giran sobre el eje de sus cuellos. Tlahuicole, atento, las mira con su ojo negro y les habla: *Cuix nixilotl nechititzayanaz*, que Tizoc traduce en su mente como: «Nadie se lo sacará ni por bien ni por mal», y le parece un conjuro adecuado. Las redes, ante sus ojos asombrados, comienzan a

perfilarse. Las arañas fijan sus babas en una de las tablas y, enseguida, corren de un lado a otro para hacer la trama. Tlahuicole las anima con otros sortilegios: «¡Oh pez, oh pececico de oro, mira por ti quién podrá guardar de tantos lazos y redes como hay en este mundo, *oc nocetona!*».

Un par de horas transcurren para que Tizoc y Yolatl puedan reunir en sus morrales las madejas suficientes de unos hilos sedosos y translúcidos que les servirán para tender las redes. Tlahuicole está satisfecho. Acepta, en pago, dos *chalchihuites* de color verde esmeralda y cinco granos de cacao. Cuando se despiden los enfoca con sus pupilas bicolors. Ambos sienten, por segundos, un intenso mareo que les permite verse a sí mismos rodeados de un arcoíris intenso.

Regresan a Tenochtitlan en medio de un embeleso que los enajena y aparta de los horrores de la guerra. Pasan la noche entera colocando las redes en los sitios seleccionados previamente por Yolatl: alrededor del Templo Mayor, en un muro de las Casas Nuevas, entre los barrotes de una ventana del palacio de Axayácatl, en la pared frontal del *Hueitzompantli*, y en unos mojonos colocados en la entrada de la calzada de Tacuba.

—¡Ninguna sombra podrá escapar de nuestras redes! —asevera Tizoc con una certeza que le hace agua la boca.

Yolatl le da una palmada en el hombro y exclama:

—¡Ninguna, hermano, puedes estar seguro!

Cuatro días después, al filo de la madrugada y bajo una llovizna ligera que más parece rocío, los españoles y sus aliados comienzan a desalojar las Casas Nuevas. Al principio lo hacen con cierto concierto, sobre todo los capitanes y soldados de Hernán Cortés que marchan en formación. Los siguen los tlaxcaltecas, quienes cargan consigo puentes portátiles de madera. Toman rumbo por la calzada de Tacuba. Logran, gracias a la neblina que los hace imperceptibles, cruzar tres acequias. Llegan al canal de *Mixcoatechialtitlan*, y en dicho lugar son vistos por una mujer que en ese momento acarrea agua para su vivienda, quien de inmediato y a todo pulmón da la alarma:

«¡Mexicanos! —grita—. ¡Corran hacia acá! ¡Ya se van, ya se van atravesando los canales nuestros enemigos! ¡Se van a escondidas! ¡Vengan de prisa!».

Tizoc, que en ese momento dormita en el adoratorio de Huitzilopochtli, despierta desconcertado al escuchar los gritos. De alguna forma se siente

responsable de que estén huyendo sin que él lo haya advertido. Reacciona con rapidez y aúlla, más que proferir gritos, para que todo mundo lo oiga: «¡Guerreros, capitanes mexicanos! ¡Se van nuestros enemigos! ¡Salgan a perseguirlos con barcas defendidas con escudos! ¡Con toda la fuerza disponible! ¡No les permitan seguir su camino!».

La voz de alarma sacude a Yolatl, quien se incorpora, agita el cabello y abocina la boca con sus manos para, como si fuera el eco de Tizoc, proclamar: «¡Ah, valientes guerreros, ya se escapan los *teules*, nuestros enemigos! ¡Deben perseguirlos y atajarlos de inmediato!».

Los mexicas reaccionan con presteza. Los capitanes forman sus escuadrones y se lanzan sobre los que huyen. Al mismo tiempo, surgen en la laguna cientos de canoas ocupadas por arqueros, quienes encajan en las aguas sus remos para adquirir velocidad y deslizarse por los canales. Otro tanto hacen los tlatelolcas que azotan sus barcas hasta sacar chispas que las iluminan como si fuesen ánades con el pico listo para dar el picotazo. Se empeñan en cortar la retirada de sus enemigos. Los que van a pie corren rectamente hacia Nonohualco y ahí se plantan para recibirlos. Consiguen detenerlos en un sitio llamado Mictlantongo. Los españoles y sus aliados se revuelven con desconcierto. No atinan a formar cuadros defensivos. Los caballos son inútiles para dar la batalla. Quieren correr, huir a como dé lugar, pues comprenden que son presas fáciles.

Los arqueros mexicas que tripulan las canoas guarnecidas con escudos disparan sus flechas. Cientos de dardos caen sobre las espaldas de los tlaxcaltecas, otros se encajan en el suelo enlodado de la calzada. Los ballesteros españoles contestan. Arrojan sobre los tenochcas decenas de pasadores, *tepuzmitl*, o flechas de hierro. Los tiros de arcabuz relampaguean entre las canoas. Hay muertos y heridos en ambos bandos. La mayoría de los proyectiles dan en el blanco.

Los hombres de Cortés padecen calambres de pánico. Dos o tres caballos se paran de manos y relinchan despavoridos. Se sacuden a sus jinetes, y sin que nadie pueda sujetarlos caen al agua donde se hunden en el cieno. Los tlaxcaltecas, cargados con el oro y las joyas que los españoles robaron del tesoro de Moctezuma, no pueden moverse con agilidad. Su torpeza y el miedo los deja al descubierto. Muchos pierden la vida bajo los cuchillos y macanas de los mexicanos. Otros, de plano se arrojan a la laguna donde mueren ahogados.

Hernán Cortés y los capitanes que van a la vanguardia, entre ellos Gonzalo de Sandoval y Cristóbal de Olid, espolean a sus corceles y salen a todo galope para cruzar el siguiente canal. Los soldados de a pie, muchos de los cuales trajeron el Malinche después de su enfrentamiento con Pánfilo de Narváez, corren despavoridos. Revueltos con ellos, algunas mujeres, Malitzin y doña Luisa, así como muchos tlaxcaltecas, hacen lo mismo. En la retaguardia, con una lentitud pasmosa, los siguen Pedro de Alvarado, Tonatiuh, y Juan Velázquez de León.

Consiguen llegar hasta la acequia de *Tlantecayocan*, llamada también Canal de los Toltecas. Solo logran pasar por un pelo los que van a la vanguardia, antes de que los de Tlatelolco terminen de destruir el puente. Los que siguen, empujados por los que vienen detrás, caen en su cauce. Hombres, mujeres y bestias se precipitan en sus aguas turbias, como si se despeñaran desde un cerro. Forman capas de carne palpitante. Son pisoteados y aplastados por aquellos que ya vienen ciegos, que tienen los ojos cubiertos por legañas mortuorias y el entendimiento cagado de miedo. No tarda el canal en henchirse de caballos muertos, de tlaxcaltecas y de *Tliliuhquitepec* de ambos sexos, naborías y fardaje, así como con petacas y bultos repletos de bienes sustraídos de las Casas Reales.

Tizoc y Yolatl, que desde el inicio de la persecución se sumaron a los escuadrones de guerreros mexicas que atacan a sus enemigos con lanzas enormes, aprovechan para arrojarles piedras e insultarlos, y no sin una dosis de humor negro, gritarles: «¡Oh, cuilonos, y todavía están vivos!».

La matanza adquiere los visos de un aquelarre. Los gritos de dolor se confunden con las gárgaras de aquellos que se ahogan en el lodo entintado con sangre. Una cabeza de caballo flota entre un remolino. Sus ojos semejan platos de vidrio. Parece que no quieren perder ni un detalle; ser testigos del momento en que Yolatl atraviesa el pecho de Juan Velázquez de León con una lanzada fortuita y lo deja tendido como si fuese un muñeco de hojalata destartado; otro, de la caída de la yegua alazana de Pedro de Alvarado perforada por infinidad de flechas y con el cráneo partido, derrota que da permiso a Tizoc para herir malamente a su jinete, al mil veces maldito Tonatiuh, quien, Tizoc nunca entenderá cómo, logra escurrírsele de las manos cuando estaba a punto de rematarlo.

Alvarado, en adelante nadie dudará de su buena estrella, seguido de cuatro



soldados malheridos y ocho tlaxcaltecas que escurren sangre por sus heridas, cruza el canal apoyándose en los cientos de cadáveres hacinados, entre los que los mexicas contarán ochenta españoles, y consigue llegar a Tacuba donde se reúne con Cortés y sus pares, que lloran desconsolados.

Tizoc y Yolatl se sienten satisfechos. De alguna forma creen haber vengado los asesinatos del Templo Mayor. Quieren regresar a Tenochtitlan y celebrar la victoria. Sin embargo, Tlacateótl los encuentra y les pide que lo sigan.

—La persecución aún no ha terminado —informa—. El *Huey tlatoni* Cuitláhuac quiere acabar con ellos para que no vuelvan a importunarnos. Todavía no podemos descansar, muchachos.

Enseguida, pasa un escuadrón de Caballeros Águila y ellos se unen a la retaguardia. El amanecer los descubre en Popotla. Los españoles se han detenido para tomar un refrigerio, y en lo posible restañar sus heridas. Los mexicas atacan profiriendo alaridos. No les dan descanso. Apresan a muchos tlaxcaltecas y matan a algunos soldados. Los hombres de Cortés huyen como Dios les da a entender. Llegan a *Tlilyuhcan*, donde caen heridos de muerte los servidores de Moctezuma que les han servido de guías: uno de sus hijos, el señor de Tlacopan, así como Tlaltecatzin, príncipe tepaneca, y Tepanecatltecutli. No saben hacia dónde dirigirse. Se meten en un pueblo llamado Tlacopan. Ahí, Tizoc y Yolatl atacan con valentía. Van armados con unas rodelas y macanas que recogieron en el campo de batalla. Intentan salvar al señor Chimalpopoca, a quien ven caer atravesado por un pasador de ballesta. Lo reconocen por sus ricos atuendos y por su prestancia. Es inútil, cuando llegan a su lado ya agoniza. Empero, impiden que unos tlaxcaltecas se lleven su cuerpo.

Cuitláhuac ordena que algunos de los escuadrones regresen al canal de los toltecas. Es necesario rescatar los cuerpos hacinados en sus aguas para evitar que estas se contaminen, así como el botín que quedó desperdigado. Tlacateótl reúne a sus discípulos y les pide que se sumen a la tarea. En el canal decenas de guerreros y *macehuales* han comenzado a sacar los cadáveres del lodo. Los tlaxcaltecas y zempoaltecas ahogados en la acequia son desnudados, despojados de sus atuendos y joyas, y transportados en canoas hasta donde crecen unos tules blancos y unas juncias pardas. Ahí, sin contemplaciones, se les arroja para ser comidos por las aves carroñeras y los perros salvajes.

Hacen lo mismo con los cuerpos de las mujeres, los que, por alguna razón

que los jóvenes sacerdotes desconocen, están desnudos y pintados de amarillo. Muchas de ellas habían sido naborías, mujeres destinadas al placer de los invasores, y a pesar de estar muertas conservan algunos rasgos de belleza. No sin desagrado y repugnancia Tizoc se percata de que algunos nigromantes, entre los que se agazapan Chilli y sus compinches, Tomatl y Etl, aprovechan la confusión para escamotear dos o tres cadáveres, meterlos entre las matas y hacer con ellos verdaderas cochinadas.

Los españoles, fáciles de reconocer por ser blancos y barbados, reciben diferente trato. Una vez desprovistos de sus armaduras, cotas y yelmos, se les coloca en hileras en una cuneta aparte. A Yolatl, que participa en la tarea, le parecen «blancos brotes de caña, brotes de maguey, y sus pieles semejantes a las espigas blancas de las cañas». Son translúcidos como imagina que pueden ser los fantasmas y sus venas de un color azul pálido que no corresponde al color rojo quemado de las manchas de sangre que los cubren.

—Difieren de nosotros solo en su coloratura —murmura para sí—. Por lo demás, son hombres iguales a nosotros.

La extracción de los fiambres de los caballos es pesada y muy trabajosa. Quedaron apresados entre el lodo y todavía están cargados con las sillas de montar, las armas y las bolsas y fardos repletos con la avaricia de sus dueños. Guerreros y *macehuales* se apiñan alderredor para desgarrar los bultos y pepenar aquello que aparece frente a sus narices: arcabuces, ballestas con todo y pasadores, espadas, adargas, lanzas y albardas, así como capacetes, coseletes y cotas de hierro, y muchas rodelas de madera pasan a formar parte del botín que corresponde a los Caballeros Águilas y Tigres. Un par de cañones se separan para ser entregados al *Huey tlatoni*. Los bultos que contienen pólvora son abiertos y su contenido desparramado en el agua.

El oro en barras, las vasijas que contienen oro en polvo, los discos de oro y las joyas provistas con *chalchihuites* y otras gemas engarzadas van a parar a manos de los *macehuales*, quienes no satisfechos con lo adquirido, riqueza de la que nunca soñaron ser propietarios, se meten al agua y rebuscan con cuidado, con manos y pies, los objetos abandonados por los españoles y sus aliados.

Tizoc está sorprendido del volumen del tesoro robado a Moctezuma por los españoles; pero más por la acumulación de bienes preciosos que este conservaba en sus casas y palacios, producto de los tributos de los pueblos avasallados por los mexicas.

—Con razón —medita—, muchos de estos señoríos, entre ellos los xochimilcas y los pueblos chinamperos, se unieron a los invasores, más que nada para cobrar revancha de lo que nosotros, los mexicas, les hemos hecho.

Yolatl se reúne con él cuando ya se ha terminado el reparto del botín y el saqueo de los bienes desperdigados. Viene arrastrando con una cuerda el cadáver de uno de los mastines traídos por los extranjeros, en especial por una mujer blanca llegada con ellos, a la que nombran María de Estrada, y de la que sabrán, en algún momento, que tiene carácter y costumbres varoniles, y a la que le fascina que sus perros maten y devoren a los pobres mexicas que caen bajo su férula.

—Quiero saber cómo son estos animales, Tizoc —explica—. Por qué, si ya han sido domesticados se comportan con una ferocidad semejante a la de los tigres y jaguares que viven en las selvas del sur. Creo que nuestros curanderos, o quizás algún hechicero puedan explicármelo. Además, pienso que su cabeza se verá atractiva si se le coloca en algún *tzompantli*.

—Puedes aprovechar que las cabezas de nuestros enemigos serán espetadas ahí —señala un bordo del canal—, para que, junto con las de los caballos, le hagan un huequito.

Yolatl no queda conforme. Él quiere conservar el cráneo y la piel del animal a manera de trofeo. Pide a Tizoc que lo ayude a desollarlo a fin de colocar sus restos en el adoratorio de Tláloc.

Al día siguiente, retornan a Tenochtitlan. Las calles y las plazas vibran con la efervescencia de la gente. Si bien la expulsión de los españoles es motivo suficiente para celebrar festejos, los mexicas están por un lado de plácemes y por el otro de luto. Felices porque Cuitláhuac ha sido confirmado en el cargo de *Hueytlatoani* y se le han otorgado todos los poderes inherentes al mismo. Se ha comportado con un valor y sagacidad excepcionales y se le respeta y quiere como el héroe de la resistencia. Después de que la gran ciudad estuvo ocupada doscientos treinta y cinco días por los extranjeros, de los cuales solo ochenta y cinco fueron de paz y amistad, sus habitantes sienten alivio y orgullo por haberla recobrado. Sin embargo, antes de hacer cualquier festejo deben realizar las exequias e incinerar los cuerpos de los guerreros inmolados durante la persecución y derrota de sus enemigos. También, proceder a las honras fúnebres del señor Cacamatzin, de dos de sus hermanos y tres hermanas, quienes fueron arteramente asesinados por los españoles horas antes de salir

huyendo y sus cuerpos abandonados.

—Los blancos se han refugiado en Tlaxcala —comenta Tlacateótl con Tizoc—. No creo, al igual que muchas personas principales, que se atrevan a regresar. Pienso que, por lo pronto, podemos estar tranquilos y recobrar nuestras fiestas y costumbres.

—¡Nuestra vida plena de esplendor y gloria! —se atreve a decir Tizoc, aunque intuye que se adelanta al devenir de los hechos en una forma un tanto inocente.

Transcurren más de seis meses durante los cuales los extranjeros no dan señales de vida. Se ha divulgado la especie de que un capitán español, llamado Francisco Hernández, ha llegado a Tlaxcala acompañado de trescientos soldados, muchos caballos, armas, munición y tiros de artillería. También, que Hernán Cortés y sus capitanes se han mostrado contentos, y sin que pase a mayores, afilan sus dientes y hacen bravatas. Nada para ser tomado en cuenta.

Las veintenas de días se suceden. Tizoc y Yolatl, amén de sus obligaciones sacerdotales, revisan las redes para atrapar sombras en forma periódica, sin poder sentirse satisfechos.

—¡Me niego a aceptar que no haya caído ninguna! —reniega Yolatl, levantando un puño al cielo—. Después de tantos españoles muertos me parece imposible que no ande por ahí un ánima en pena, Tizoc. ¿O será que estos desalmados carecen de espíritu y sus *tonas* solo se conservan en salmuera, igual que los *chorizos*, ¿así se llaman?, que tragan con el mismo placer que empuñan los nigromantes cuando devoran carne humana?

Tizoc no se desespera. Él está convencido de que tarde o temprano una sombra gorda y con los ojos desorbitados caerá en sus trampas. No tiene prisa; no, mientras el objeto que conserva en un morral continúe trinando y vibrando. Para él, esas señales que cada vez está más convencido de que le llegan del más allá son indicios de que quedará vinculado a una experiencia singular, aunque presente que será escalofriante.

El templo de Huitzilopochtli ha quedado reparado después de varios meses de trajín en los que los sacerdotes a su servicio han trabajado con esmero. El séptimo mes del calendario azteca, correspondiente al dos de junio del de los españoles, llamado *Huey Tecuilhuitl*, llega propicio para celebrar una

gran fiesta. Es la primera que los mexicas realizan después de la expulsión de sus enemigos. Todos los habitantes de México-Tenochtitlan desean participar en ella.

Los sacerdotes de muy diversos *teocallis* sacan a las plazas del recinto del Templo Mayor las esculturas de barro y piedra de sus respectivas deidades. Ahí quedan expuestas las efigies de Huitzilopochtli, Tezcatlipoca, Tláloc, Quetzalcóatl, Chicomecóatl, Xochipilli y muchas otras. Tizoc es responsable de vestir a Huitzilopochtli con ropajes divinos hechos con plumas de quetzal, papagayo amarillo, águila, y adornarlo con collares de piedras preciosas, pulseras y una máscara elaborada con pequeños mosaicos de turquesa, cuyo color destella y hace destacar los símbolos que, adheridos a su ropaje, lo distinguen como el dios solar de la guerra. Yolatl, por su parte, hace lo mismo con la estatua de Tláloc, después de recibir los atuendos que, como una tradición arraigada, guardan y conservan los señores principales.

La fiesta, cuyo primer día está dedicado a la diosa de la sal, Huixtocihuatl, hermana mayor de los dioses de la lluvia, o *tlaloques*, exige el sacrificio de una mujer que debe ser vestida con los mismos ornamentos con los que se le representa en imagen. Tlacateótl, auxiliado por otros discípulos, le echa encima un *huipil* de color amarillo bordado con unos *chalchihuites*. Luego, le ponen en la cabeza una mitra de oro de la que surgen penachos de plumaje verde, y unas orejeras de oro fino y resplandeciente que semejan flores de calabaza. En los tobillos le sujetan unas tiras de piel de tigre con cascabeles de oro y caracolitos blancos, a fin de que estos suenen con estruendo durante los bailes. Los *cacles*, o sandalias, son de algodón amarillo preciosamente tejido.

Tlacateótl está contento, más cuando Yolatl se presenta portando una rodela pintada con hojas de una yerba llamada *atlacuezona*, de la que cuelgan plumas de papagayo y flores hechas con plumaje de águila y de otras aves como el quetzal y el pajarillo colorado *zaquan*.

Los bailes y cantos comienzan tan pronto como Yolatl le entrega un bastón adornado con flores con el que debe dirigir la danza. Muchas mujeres, viejas, mozas y muchachas dedicadas a la preparación de la sal, unidas por unas cuerdas, bailan y cantan alderredor para proporcionarle alegría. Sus voces son agudas y estridentes, imitan el trinar de los mirlos, e invitan a los viejos a que se les unan y les entreguen unas guirnalda hechas con ramas de *iztauhyatl*, cuyo olor es muy parecido al ajeno, para llevarlas sujetas sobre el cabello. La

gente del pueblo se arremolina a su vera y participa en los cantos. Todos llevan en las manos ramos con flores amarillas de *cempoalxochitl*, mismos que agitan a su paso.

Diez días dura el baile sin ser interrumpido. En el ínterin los sacerdotes, Yolatl entre ellos, se visten con papeles amarillos en la garganta y unos plumajes de águila en los brazos con los que imitan las piernas y garras del ave. Asimismo, ciñen sus cuerpos con vendas de manta coloradas, de la anchura de dos manos. Los cautivos y esclavos que han de ser sacrificados junto con la mujer, llamados *uixtotin*, son incorporados al baile en el que participan hasta el momento en que los sacerdotes los conducen al adoratorio de Tláloc. La última noche, las mujeres velan junto a la que ha de morir, y al mismo tiempo cantan y bailan hasta que amanece.

Yolatl sube al *cu* muy de mañana. Se afana para que todo esté listo. Su responsabilidad es enorme, pues Tlacateótl le ha pedido que se encargue de realizar los sacrificios en honor de Tláloc y de la diosa Uixtocíhuatl. No le preocupan los cautivos; para él son pan comido. Es la mujer que, conducida por sus compañeros, ya sube por la escalinata y no puede ocultar el horror que le come la entraña. Nunca le ha gustado sacrificar mujeres y siempre que puede lo evita. Solo que esta vez... Cuatro mancebos la toman por los brazos y piernas. Uno más sostiene y estira su cabeza. Con la espada dentada de un pez sierra, Yolatl corta su garganta y la decapita. El cuerpo se convulsiona y la sangre lo empapa a él y a los otros. Enseguida, sin perder ni un segundo para que su cuerpo no flaquee y su pulso sea certero, toma el cuchillo de pedernal con las dos manos y lo clava entre los pechos. Abre el tórax y extrae el corazón aún palpitante. Lo ofrece al Sol y lo coloca en una jícara llamada *chalchiuhxicalli*, misma que entrega a su maestro, quien tan solo sonríe.

El sonido de muchas cornetas y caracoles acompaña el descenso de sus restos. El corazón va cubierto con una pequeña manta. Los señores principales y el pueblo dan por terminada la ceremonia. Se retiran a sus casas para comer, holgar y beber pulque, sin llegar a emborracharse. La noche transcurre entre libaciones de *cochiotli*, residuos del pulque, cánticos y alabanzas de los más espabilados a las deidades que les han permitido un espacio de solaz después de haber arrojado a los españoles y sus aliados, mientras otros duermen.

El tiempo corre sin que la paz se vea alterada. La normalidad se ha restablecido y los mexicas dan por sentado que su futuro es promisorio. Llega

el mes llamado *Tepeihuitl*, que corresponde a fines de septiembre del año siguiente, y sin aviso previo les cae encima una calamidad terrible: una pestilencia pegajosa, apelmazada, que les produce bubas y granos, para la cual no conocen remedio.

—Comenzó en el pueblo de Cuautlan, y sin que lo supiéramos se mantuvo agazapada —comenta Tizoc con voz trémula—. Parece que la traje consigo un soldado negro que vino con las huestes de Pánfilo de Narváez y murió en dicho poblado.

—Eso dicen —acota Yolatl—. Luego, se difundió a través de las caravanas de *pochtecas* que comercian en esa zona y no tuvimos escapatoria. La muerte está de visita en México Tenochtitlan, Tizoc. Solo espero que no se nos eche encima.

Una esperanza infundada, porque aunque logra salvar la vida, Yolatl contrae la enfermedad, y como muchos queda con la cara cacarañada, cacariza, marcada con cicatrices.

La peste, a la que algunos llaman «viruela» sin saber por qué, se extiende sobre la población desprotegida. Los curanderos, hechiceros y nigromantes no entienden de qué se trata ni cómo atacarla. Sus yerbas, emplastos, pócimas y oraciones no sirven para maldita la cosa. Las medidas profilácticas ordenadas por el *Huey tlatoani* y los señores de Tlatelolco y Texcoco resultan inútiles. En todas las casas y palacios hay sahumeros encendidos con copal y ramas de plantas cuyas propiedades han probado su eficacia curativa en otras enfermedades, sin que den resultado alguno. La peste se enquistaba en todas las partes del cuerpo, en los sobacos e ingles, la cabeza y el pecho. Las bubas son dolorosas, impiden que la gente camine. Muchos yacen tirados encima de sus petates. No pueden moverse ni voltear el cuello. No encuentran alivio en ninguna posición y mueren en una agonía lastimosa.

Nadie, por supuesto, es capaz de procurarse comida. Los campos de cultivo y las chinampas quedan baldíos. Muchos labradores están enfermos e impedidos. No llegan provisiones de ningún lado. Nadie está dispuesto a arriesgarse. A la peste se suma la hambruna. Las personas mueren de hambre.

La puntilla se da en las Casas Reales. Cuitláhuac contrae la enfermedad y muere a consecuencia de ella. Los aztecas quedan desamparados en una orfandad desdichada. «¡No somos hijos de nadie! ¡No tenemos padre que nos proteja! ¡Mexicanos somos, tlatelolcas somos! ¿Quién nos tenderá la mano?»,

se lamentan en las calles, en las plazas, en las explanadas de los templos.

Yolatl aúlla por el dolor que le causan las pústulas y la fiebre. Tizoc lo cuida y atiende con cariño fraterno. Él, no lo entiende ni cuestiona, se conserva inmune. La peste no lo ha tocado. A él que ha visto a muchos deambular ciegos, con granos en los ojos que se han comido las pupilas, las retinas, y por ende la orientación y no pueden reconocer ni dónde viven ni la cara de sus familiares.

Coloca en la frente de su amigo compresas de agua helada. En sus sienes, chiqueadores de yerbas medicinales con el objeto de paliar el dolor que, por momentos, es infame. Yolatl delira. Se le aparecen en la niebla del sudor que se evapora las caras de los cautivos y esclavos que ha sacrificado. Ve cómo su cuerpo se cubre de llagas que forman tatuajes con figuras que no corresponden a su tiempo ni al arte de los *tlacuilos*. Siente en su rostro el aliento de la cabeza de Romeo que quiere morderlo. Un velo de granizo le impide avanzar por un callejón, un túnel, en cuya salida hay un haz de luz deslumbrante. Se arrastra y se desprende las costras por más que Tizoc quiere impedirlo. Masculla frases ininteligibles. Luego, cae en el silencio pasivo de un largo resuello.

Dos meses, sesenta días infaustos, dura el reinado de la peste, la terrible *hueycocoliztli*. Se aleja despacio hacia el señorío de Chalco. La ciudad está devastada, los ejércitos diezmados, el orgullo y la fortaleza de los mexicanos resquebrajados sobre un suelo de guijarros. Aquellos que logran sobrevivir se deslizan, aunque no lo son, como si fueran sombras que no quieren, de ninguna manera, enredarse en las redes de los jóvenes sacerdotes.

Yolatl se recupera lentamente. Tizoc, sentado en el suelo y con las piernas cruzadas, lo alimenta con caldo de guajolote. Con los dedos mete en su boca pequeños grumos de masa de maíz y semillas de amaranto que le ha proporcionado Tlacateótl, quien, como él, se salvó de caer enfermo.

—Muchos sacerdotes sucumbieron, Tizoc —le dice—. Debemos salvar a aquellos que aún puedan recuperarse. No podemos dejar a nuestros dioses desvalidos.

Tizoc se conmueve con la bondad de su maestro. Sin duda no es solo un sacerdote ejemplar, sino un gran hombre. Atiende con gusto sus indicaciones y se planta en el *calmecac* para auxiliar a quien lo necesite.

Tan pronto como puede hablar, Yolatl le relata que durante los espasmos que le produjo la fiebre tuvo un sueño en el que un personaje idéntico al que



habían visto en la pantalla del artefacto mágico, le habló, en una lengua parecida a la que han escuchado parlotear a los españoles, y le dijo: «Me llamo Pedro y, al igual que tú, me dedico a decapitar y descuartizar seres humanos. Me gusta mucho hacerlo. Ya sé que a ti no te agrada causar dolor a tus víctimas y que los matas por razones que desconozco. A mí, en cambio, el dolor que pueda causarles me tiene sin cuidado. ¿Entiendes, sátrapa del demonio? ¡Sin cuidado!».

Yolatl, a pesar de que pudo repetir las palabras de memoria, por supuesto que no pudo comprenderlas. Tizoc menos, aunque el término *sátrapa* no le resultó desconocido. Lo había escuchado de labios de Hernán Cortés, mientras hablaba con el fraile de la Merced en el *cu* de Huitzilopochtli.

—En algún momento, cuando sea oportuno —dice—, creo que debemos volver a sacar la cara de ese fulano y a tratar de averiguar cómo funciona el aparato y lo que significan sus imágenes.

El momento oportuno va a dilatarse varios meses, por aquello de que los males cuando se empecinan atacan en bola, en jauría, los muy cabrones. Apenas han quedado limpios de la cara, con las bubas cicatrizadas, los guerreros mexicanos, cuando por el rumbo de Texcoco aparecen los ejércitos españoles.

Vienen divididos en dos cuerpos. Uno bajo el mando del odiado Tonatiuh sobre el camino de Tlatelolco. Otro a las órdenes de Cortés, quien se adueña de Coyoacán, donde establece su campamento.

Cuauhtemotzin, un príncipe tlatelolca que siempre se ha distinguido por su valor en la guerra y por la animadversión demostrada al pusilánime Moctezuma Xocoyotzin, ocupa el cargo de *Huey tlatoani* de los tenochcas. Cortés sabe que es un hueso muy duro de roer. Sin embargo, no le da importancia y decide atacar a los mexicas, y si tiene buena suerte y fortuna, recobrar la ciudad de México-Tenochtitlan. La guerra se inicia en el cenicero de Tlatelolco o Punta de los Ailes.

Es un día soleado, propicio para los mexicanos que los enfrentan en Nonoalco y los hacen huir en desbandada, sin la pérdida de un solo hombre, hasta las inmediaciones de Acachinanco. A partir de ese momento, Tizoc y Yolatl presencian las escaramuzas y batallas de manera fragmentaria. Les es imposible estar en todos los frentes y solo acuden a los lugares donde son

requeridos para sacrificar a los enemigos que caen cautivos de las huestes mexicanas.

Los Caballeros Águila y los Tigre hacen prisioneros entre los escuadrones de tlaxcaltecas, huexotzingas y zempoaltecas en cada encuentro que sostienen. Tizoc debe darse prisa para sacrificarlos en las aras de Huitzilopochtli. Lo mismo le sucede a Yolatl. Trabajan todo el día sin descanso, y al final de la jornada están literalmente exhaustos.

Los sonidos atronadores de cañones y arcabuces los orientan para saber a dónde dirigir la vista. Desde las alturas del *teocalli* los sacerdotes presencian algunos encuentros feroces en los que caen guerreros de ambos bandos. No tardan en advertir una novedad que jamás habían presenciado. Hernán Cortés ha hecho construir doce bergantines, mismos que son trasladados desde Texcoco sobre los hombros de sus aliados. Después de mucho batallar, consiguen meter dos en el cauce de la acequia que bordea el camino de Xoloco. La guerra adquiere un nuevo cariz. Un aspecto naval cruel y devastador. Cada bergantín lleva en la proa un cañón que, al ser disparado en contra de las canoas mexicas, causa estragos desastrosos. Las canoas se fragmentan en astillas y los flecheros que las ocupan son lanzados al aire con los miembros destrozados. La mortandad es horrenda. El agua se tiñe de rojo. Forma un manto espeso que, al moverse, causa espanto a los pobladores de los caseríos ribereños, quienes abandonan sus casas y huyen en sus barcas sin llevar nada consigo. La rapiña y el saqueo se producen de inmediato.

Los demás bergantines no tardan en surcar las aguas. Tizoc se embelesa ante el hermoso cuadro que contempla. Las velas sujetas a los mástiles y los estandartes que algunos soldados portan sobre el casco ondulan con los soplidos del viento. Desde su atalaya, él y Yolatl son testigos de los momentos en que con tres disparos del cañón más grande, los españoles derrumban el grueso muro de Xoloco que parecía inexpugnable. Demuestran, así, que no habrá muralla que se les resista ni grupos de guerreros que no sean arrasados.

Los mexicanos aprenden rápidamente cómo evadir los tiros de los cañones. Dejan de aglomerarse en un solo punto. Ya no pretenden atajar las balas con el pecho o con sus frágiles escudos. Ahora no caminan en línea recta, sino que zigzaguean o se tiran al suelo. Tratan, dentro de lo posible, de combatir cuerpo a cuerpo, debido a que en dichos encuentros sus armas defensivas y ofensivas resultan más eficaces. Cuidan también la trayectoria de las flechas de

hierro lanzadas por las ballestas, que al dar en el blanco producen una muerte inminente y la exhalación del aliento final.

Los tlaxcaltecas acuden en masa al sitio donde fue destruido el muro. Ciegan el canal, lo aplanan con piedras, adobes y palos, y permiten que los españoles penetren en la ciudad. Los caballos y sus jinetes provistos con lanzas avanzan por la calzada. Tizoc baja la escalinata del templo y corre hasta las Casas Reales a fin de prevenir a los guerreros de un escuadrón tlatelolca acantonado en su interior. Los tlatelolcas salen al patio y se topan de frente con los hombres a caballo. Un capitán español que por casualidad va a la vanguardia, clava su lanza en el abdomen de un guerrero tlatelolca. Este, no obstante estar herido de muerte, se aferra a la lanza y se la disputa al jinete. Tizoc sujeta la brida del animal y lo obliga a retroceder. El jinete cae de espaldas. Los tlatelolcas se le echan encima y lo apuñalan, lo golpean por donde pueden. Yolatl, con la sangre hirviendo de coraje, le cercena la cabeza; la toma por los cabellos y la muestra en señal de triunfo.

No tiene tiempo de disfrutar de su pírrica victoria. La contienda se generaliza. Tizoc lo toma por un brazo y lo conmina a que vuelvan al *teocalli*. El sonido de los atabales, percutidos con todo ímpetu por sus compañeros, demanda ahí su presencia. Ambos corren de prisa. Dos soldados españoles, perros de presa que quieren apagar los pálpitos de sus corazones y vengar a su capitán, los persiguen sin que ellos se den cuenta. Llegan jadeando a la terraza superior del templo. Quienes los persiguen no tienen tiempo de arrepentirse. Un grupo de sacerdotes ya los espera con piedras en las manos. Caen en una trampa improvisada por las circunstancias. Los muelen a golpes, los despojan de sus espadas, y con las barbas entintadas de sangre son precipitados desde las alturas.

Ya con la tarde encima, los soldados de Cortés y sus aliados toman la Puerta del Águila, donde colocan dos cañones grandes. Los defensores de la ciudad se reparten en grupos. Unos se agazapan detrás de la escultura enorme hecha con piedra maciza de un águila con las alas extendidas. Otros esconden el cuerpo entre las aristas de un tigre gigante que funge como consorte del águila. Los de Tlatelolco se escurren por debajo de las piernas de un oso mielero y templan sus arcos. La lucha se traba con encono. Los españoles disparan el cañón a bocajarro, el humo oscurece el entorno y los mexicas se lanzan a una desbandada general.

Tizoc está preocupado. Sus facciones muestran un semblante deprimido. Uno de sus ojos lagrimea a causa de una astilla que rozó su retina. Escucha con impaciencia las noticias que Tlacateótl saca de sus morrales. No son, para nada, alentadoras. La superioridad de las armas de los extranjeros es abrumadora. Muchos guerreros mexicas han muerto sin siquiera enterarse cómo. Los grandes capitanes y los guerreros que luchaban en las canoas han debido abandonarlas porque no pueden hacer daño alguno a quienes tripulan los bergantines. El olor putrefacto del desastre flota en el aire.

Están en eso cuando ven a un contingente de españoles llegar a la plaza del Templo Mayor y colocar encima de la piedra de los sacrificios gladiatorios uno de sus cañones. Una afrenta no solo de carácter militar sino religiosa. Afortunadamente, no tardan en presentarse varios escuadrones mexicas, a los que se unen los jóvenes sacerdotes, y que, al grito de: «¡Eh, guerreros, vengan a seguir la cosa!», los atacan y los hacen huir. El cañón, que han dejado sin custodia, es retirado, arrastrado por un grupo de guerreros con el grado de *otomíes*, los más valientes de todos, y arrojado al agua en un sitio llamado *Tetamazolco* o Sapo de Piedra.

Después de esta penetración en el Ombligo del Mundo, los tenochcas no se sienten seguros en la ciudad y comienzan a buscar refugio en Tlatelolco. Se trata de familias enteras, algunas cuyos miembros andan desperdigados en los distintos frentes de batalla. Lloran y se lamentan, buscan entre las arrugas de sus rostros las huellas de una pizca de esperanza, pero no ven ninguna. Tizoc, Yolatl y otros sacerdotes reciben la orden de trasladar la efigie de Huitzilopochtli a Tlatelolco.

—¡Pero cómo! —protestan al unísono—. Desde aquí podemos defenderlo de los *teules*. Preferimos morir que dejar a la ciudad sin sus deidades. Este lugar, el sagrado Templo Mayor, es el hogar donde siempre han vivido. ¿Qué nos pasa mexicanos?

Tlacateótl los escucha con calma. Él también tiene la *tona* destrozada y no cuenta con argumentos para rebatirlos. Tienen razón, la verdad es suya, pero...

El *Huey tlatoani* Cuauhtémoc, por razones estratégicas, se ha mudado a la población de Acacolco. Las órdenes del traslado del dios de la guerra han salido de su boca. Deben cumplirse, así se abra la tierra y se los trague a todos.

Huitzilopochtli es depositado en la Casa de los Muchachos que está en

Amáxac. Con él van los sacerdotes a su servicio. Tizoc y Yolatl tiene que apechugar el cambio y prepararle un adoratorio acorde con su prestigio y dignidad.

Cuauhtémoc y los señores principales hacen una exhortación al pueblo tenochca: «Señores nuestros, mexicanos, tlatelolcas: un poco nos queda. No hacemos más que guardar nuestras casas. Los invasores no se han de adueñar de los almacenes del producto de nuestra tierra. Aquí está nuestro sustento, el sostén de la vida, el maíz. No se desanimen, no pierdan el espíritu de lucha. ¿Adónde hemos de ir? ¿Mexicanos somos, tlatelolcas somos!».

Nadie pone en duda sus palabras. Todos acuden a instalarse en Tlatelolco. En sus casas, sus plazas, el mercado y en las azoteas. En ellas se aposentan y esperan el desenlace de la guerra.

Grandes guerreros tlatelolcas, entre ellos Tzoyectzin, Temoctzin, y el más notable, Tzilacatzin, seguidos por sus escuadrones se encaminan a Tenochtitlán para continuar la batalla.

La resistencia mexicana alcanza la estatura de una epopeya. Los combatientes celebran encuentros singulares en los que demuestran su valor y sus aptitudes guerreras. Tzilacatzin, un gran capitán, «muy macho», amedrenta a sus enemigos armado con piedras redondas de cantera blanca o rosada. Tiene el grado de *otomí*, y por ello lleva el cabello trasquilado. No respeta a contrario alguno. Le da lo mismo si es tlaxcalteca o español. Acostumbra disfrazarse con distintos atuendos, y en ocasiones ataca vestido con una armadura de algodón, un casco de plumas multicolores y un colgajo con la cabeza de un águila en el pecho, como si fuese «un echador de víctimas al fuego, como el que va a arrojar al fuego a los hombres vivos». Nada más verlo, sus contrincantes salen corriendo empavorecidos; sin embargo, muchos caen destrozados por las piedras que arroja con singular puntería.

Otro capitán destacado es el *tlapaneca otomí* Hecatzin. Enfrenta a los españoles al grito de: «¡Tlatelolcas, ahora es cuando! ¿Quiénes son esos salvajes? ¡Que se dejen venir acá!», al tiempo que los desmonta de sus cabalgaduras y los azota contra el suelo donde quedan despatarrados. Empero, uno de ellos reacciona y se le echa encima. Es un hombre joven, imberbe, pero también valiente. Se traban en una lucha a mordidas porque han perdido sus armas. El español se defiende como un basilisco, solo que las quijadas del *tlapaneca* son más poderosas. Los compañeros de Hecatzin arrastran el cadáver

y lo arrojan en una cuneta.

Tizoc y Yolatl son testigos de algunos encuentros en los que los mexicas salen victoriosos. Se unen a un escuadrón de guerreros que han dejado sus canoas enfrente de la Casa de la Niebla, *Ayahcalco*. Los españoles atacan con furia. Van armados con espadas, lanzas y ballestas. Los defensores tocan sus trompetas, golpean y blanden sus escudos. Los capitanes gritan: «¡Ea, pues mexicanos! ¡Ea, mexicanos!», para darse valor. Tizoc empuña una macana. Yolatl un puñal enorme que apenas puede sostener con la mano derecha. Ambos bandos embisten y chocan con rabia. Los españoles confían en que recibirán ayuda de la artillería emplazada en la proa de los bergantines. Sin embargo, esta no les llega y comienzan a flaquear. La fuerza de los mexicas es arrolladora. Sus enemigos echan a correr al grito de: «¡Sálvese quien pueda!».

Los bergantines se separan de la orilla y se colocan en medio del agua a fin de evitar las flechas que lanzan los mexicanos. En tierra, los *teules* son perseguidos, acosados, hasta que se les da alcance. Son incapaces de defenderse. El terror los paraliza. Quince caen prisioneros y son hechos cautivos. Tizoc y su amigo capturan a otros tres y los suman a la cuerda.

Petlauhtzin, intendente de la Casa Negra y capitán de un escuadrón de Caballeros Tigre ordena que se les traslade a la Casa del Arsenal localizada en Tlacoachcalco para ser sacrificados en el *cu* del dios Macuiltótec. Pide a Tizoc, que aún viste sus atuendos de sacerdote, que se apreste. Tizoc acepta complacido. Echa una mirada a Yolatl para que lo auxilie. Los prisioneros son despojados de sus armaduras, cotas de algodón, espuelas y de todo lo que traen puesto. Quedan desnudos frente a la piedra de los sacrificios. Tizoc blande el puñal de obsidiana y lo encaja en el pecho de cada uno de los prisioneros, a los que extrae los corazones. Yolatl advierte que los tripulantes de los bergantines observan con horror el sacrificio de sus compañeros. Toma una por una las vísceras con sus manos y se las muestra, al tiempo que lanza un aullido estremecedor, capaz de acobardar a los mismos lobos. Los guerreros hacen coro y elevan sus estandartes.

Los tenochcas se mueven hacia el barrio de Xocotitlan. Llegan a tiempo para presenciar el encuentro que sostienen Tzilacatzin y otros *otomíes* en contra de unos españoles que bajaron de dos bergantines y se adentraron para asesinar a los habitantes de unas casas y apropiarse de sus bienes. El castigo que reciben es ejemplar. A Yolatl le da un gusto tremendo ver cómo

Tzilacatzin les machaca las cabezas en el fango y las deja enterradas igual que si fuesen gusanos de maguey aplastados con sus *cacles*. Los que sobreviven, son precipitados al agua, donde mueren ahogados.

Los españoles también tienen actos de heroísmo. Llevan sus bergantines hasta Coyonacazco y ahí descienden a tierra. Los dirige el capitán Rodrigo de Castañeda y los guía el señor de Tlaxcala Xicoténcatl, ataviado con su penacho de plumas de quetzal. Un grupo de mexicas los enfrenta. Castañeda dispara su ballesta y el pasador da en la frente de un guerrero, matándolo al momento. Los aztecas enfurecen y se defienden a pedradas. Es tal su arrojo que los españoles huyen y se refugian en el agua. Castañeda queda atrapado por dos guerreros que sumergen su cabeza adentro del agua. Empero, hace un esfuerzo tremendo y consigue zafarse y asirse con las manos a la pasarela de uno de los bergantines, mismo que lo remolca hasta la orilla de Xocotitlan.

Tizoc no quiere perderse ningún hecho de armas. Su espíritu de guerrero sobrepasa, por momentos, a su formación sacerdotal. Yolatl lo sigue con entusiasmo. Ambos se dejan guiar por sus intuiciones y por las señales que van recogiendo en sus andanzas. Alguien les ha dicho que se avecina una batalla en el barrio de Tlioacan y dirigen sus pasos hacia ese lugar.

Llegan al camino que conduce al sitio donde se vende la sal y se esconden detrás de unos matorrales. Marcha sobre la calzada un contingente nutrido de españoles en orden de guerra y tocando el tambor y el pífano, así como muchísimos tlaxcaltecas y otros aliados, quienes entonan cánticos guerreros al son de sus instrumentos. El sendero es estrecho y los de Acolhuacan y Chalco lo ensanchan con tierra, adobes y maderos para que los caballos no resbalen en el borde y caigan al agua.

Los guerreros *tlatilulcanos*, así como los tenochcas, están embozados por temor a la artillería española y en espera de que sus capitanes den la orden de ataque. Los españoles se adentran confiados por las calles del pueblo. Creen que no hay nadie que se les oponga. Es el momento en el que el capitán *tlapaneca* Hecatzin da voces para esforzar a los suyos. Se traba una batalla muy recia. Los mexicanos se abalanzan sobre sus adversarios. Estos, desconcertados, reaccionan como si estuviesen borrachos. Titubean y no ofrecen resistencia. Una plaga de manos, puñales y macanas les cae encima. La pepena de cautivos es fácil y nutrida. Caen prisioneros muchos españoles con todo y caballos. Los que intentan huir resbalan en el lodo, y si no están muertos se les arrastra y

confina con los demás cautivos. Muchos tlaxcaltecas y xochimilcas quedan tendidos en el campo de batalla. Otros, quedan sometidos. Los españoles pierden la bandera insignia de su batallón a manos de Tizoc, quien lucha a la par de sus compañeros de armas. Algunos españoles logran huir hasta el barrio de Colhuacan, a la orilla del lago, donde se refugian.

Cincuenta y tres *teules* y cuatro caballos, amén de muchos de Tlaxcala, Acolhuacan, Chalco y Xochimilco, es la cosecha que recogen los mexicas. Los prisioneros, maniatados, son llevados en procesión hasta Yacacolco para ser sacrificados en el *cu* llamado *Mumuzco*. Unos van llorando, otros cantan y se dan palmadas en la boca. Saben que van a morir, pero no imaginan cómo.

En Yacacolco ya los esperan Tlacateótl y otros *tlenamacac* para dirigir la ceremonia de los sacrificios. Dado su número, impresionante por cierto, no pueden dejarlos en manos de Tizoc y Yolatl ni de cualquier *tlamacazqui*. Los cautivos son colocados en filas. Adelante los españoles y atrás sus aliados. Los hacen subir al templete del adoratorio. Primero van los extranjeros que, eso sí y por exigencia de Tlacateótl, pasan bajo los puñales de los sacerdotes amigos. Sus gritos pidiendo clemencia y sus aullidos de dolor son ensordecedores. Los corazones son depositados en cestos y las cabezas decapitadas por Tizoc encima de unas tablas. Las cuentan, las vuelven a contar y no dan crédito de la matanza que han hecho de los soldados de Hernán Cortés. Ha sido un golpe maestro. Los demás cautivos son sacrificados a granel por Chilli, Tomatl y sus compinches, quienes no caben en sí de gusto.

Terminada la inmolación, se procede a la armazón del *tzompantli*. En hileras de diez en diez son espetadas en las varas de madera las cabezas blancas y barbudas de los españoles, algunas con los ojos azules desorbitados y helados, y las bocas semiabiertas en un rictus con el que preguntan: «¿Y para esto vinimos a estas tierras?». Chilli, entonces, las orienta hacia la Cara del Sol para que, aunque estén deslumbradas, sepan que Huitzilopochtli ha quedado satisfecho. Por debajo, se ensartan las testas de los cuatro caballos que expresan su horror con el último relincho.

Por alguna razón que desconocen, quizá porque se les considera traidores, esta vez las cabezas de los cautivos de los pueblos aliados en su contra no son ensartadas ni pasan a conformar el *tzompantli*. Van a pudrirse en algún lugar que carezca de escaleras para subir al *Tlalocan*.



El sitio que Cortés ha impuesto a la ciudad de México-Tenochtitlan es infame. No puede entrar bastimento alguno. Los mexicas padecen hambre y sed. Beben el agua de la laguna y enferman de disentería. Comen sabandijas, lagartijas, golondrinas, rastrojo de las mazorcas y ratones. Muchos, el hambre es más cabrona que bonita, mastican semillas de colorín asadas, lirios acuáticos chamuscados, relleno de las construcciones, y cuero y piel de venado quemado. Nada se parece a ese tormento; es tremendo estar sitiados.

Tizoc y Yolatl no son la excepción. Durante días rebuscan en las madrigueras de las alimañas por un grumo de comida con un resultado estéril. Trepan a las copas de los árboles y escarban en los nidos de las aves con la esperanza de encontrar un huevo, un polluelo que pueda mitigar el hambre. No encuentran nada, ni siquiera los gorgojos que cohabitan en su plumaje. Desesperados, penetran en la ciudad y en la plaza sagrada del Templo Mayor. Constatan que las redes que tendieron aún permanecen adheridas a los puntos de los lugares seleccionados por Yolatl. Luego, van al *calmecac* y Tizoc recoge el envoltorio donde guardó los objetos cuya naturaleza es un misterio. Suben por la escalinata del templo de los adoratorios gemelos y llegan a la cúspide. No se atreven a lamer los restos de sangre coagulada porque puede envenenarlos. Se sientan para contemplar un paisaje desierto y desolador. La ciudad está vacía. Un manto de tristeza la empaña.

Tizoc saca el aparato que tiene el espejo. Pulsa el botón negro y despierta al animal que lleva adentro. Yolatl se asoma sobre su hombro. Los dos miran unas figuras y caracteres que parpadean. Aparece, por fin, la imagen del individuo cuya facha es aborrecible. Los dedos de Tizoc actúan por su cuenta. Vuelven a picar la tecla y la imagen es sustituida por otra que muestra al mismo fulano, solo que esta vez está parado frente al *Hueitzompantli*, y con una sonrisa de orgullo enseña dos cráneos perfectamente pulidos que lleva en las manos. A sus pies, está la mochila encontrada por Chilli.

—Un mensaje —articula Tizoc con temor— que nos llega desde las profundidades de una realidad paralela...

—Y que quizá tiene que ver con el sueño que tuve mientras me debatía entre la fiebre que me provocó la peste.

La imagen se desvanece lentamente en la pantalla y se convierte en una sombra de color café azulado, en el negativo de una impresión revelada en sus mentes.

## XI

El asesinato del dirigente del Frente Popular Revolucionario, Alejandro Gustavo Salgado, en la zona montañosa del estado de Guerrero, donde se producen las cosechas más notables de amapola y otras opiáceas del planeta, ha revuelto las aguas en el mundo del narcotráfico. No se sabe qué cártel ha sido el responsable de ordenar su muerte, ni quién o quiénes se hicieron cargo de desmembrarlo y decapitar su cuerpo, mismo que fue descubierto en el paraje llamado Las Huilotas localizado en el kilómetro 27.5 de la carretera Moyotepec-La Piedra, en el municipio de Ayala, Morelos.

A pesar de que el homicidio ha sido adjudicado por la Policía Federal a la banda denominada Los Victorinos, los rastros dejados en el cuerpo, en especial el tajo que cercenó su cabeza, apuntan a las manos de un sicario profesional que sabe hacer su trabajo con limpieza y se cuida de no dejar ninguna huella.

«Uno de esos *puros* que, como los *Jacks destripadores* que militan sin estar en nómina, mercenarios al servicio de los cárteles que los contratan, actúan por la libre con métodos personales, siempre rápidos y eficaces», es la especie que circula y se comenta en las celdas de las prisiones, en las casas de seguridad y en las madrigueras de los capos, sin que alguien, vaya, ni la Tuta, el Z-40 o *el Mencho*, sea capaz de precisar sus datos y menos adivinar su nombre.

El Quetzal anda de un humor de los mil diablos. Una llamada de atención de *la Narcomami* exigiéndole que descubra y elimine al autor del atentado le ha quitado, por el momento, el gusto por las francachelas y las mujeres hermosas que acostumbra tirarse, al grado de que el pito no se le para ni con raciones dobles de Viagra. Él sabe que ella maneja los montos multimillonarios del dinero del cártel de Tijuana con el que se financian las acciones de muchísimos grupos de macro y narcomenudeo. Que el

reclutamiento de los *kaibiles* depende de sus indicaciones y su buena voluntad. También, que, como la ha retratado el periodista Ricardo Ravelo, no es una mujer «matona ni la dama obsesionada por el poder y la belleza. Que es escurridiza, mecánica, discreta e inteligente», y que por eso una sugerencia de ella es una orden inapelable que debe atenderse con la mayor diligencia.

Sin embargo, está desorientado. La Jefa le indicó que buscara entre los Caballeros Templarios y los Zetas dada la ubicación de la región donde fue asesinado el líder del movimiento «revolucionario», pero sus hombres no encontraron nada tangible ni una delación que pudiese darle una pista. No quiso meterse con los miembros del cártel Jalisco Nueva Generación porque estos están en plena guerra con el gobierno federal, el Ejército y todos los grupos policiales que existen, y no considera prudente menearles los tanates y provocar una reacción que puede ser devastadora. No le ha quedado otra opción que enviar al Cuchillo a las zonas marginales de la Ciudad de México para ver si por ahí salta la liebre.

Pedro Chimalli y el Matracas, que están enterados de lo que sucede y de que sus huesos, por así decirlo, están en capilla, vegetan, y cuando les da la gana se mueven despreocupados y hacen de las suyas. Confían en la protección de la Santísima Muerte, y después de su viaje al norte, en los poderes de Jesús Malverde, a los que no han dejado de venerar y dedicarles oraciones y ofrendas para que los protejan de cualquier mal que quiera darles un zarpazo en las verijas.

Chimalli, surrealista como todos los tepitenses, está obsesionado por empezar su *tzompantli*. Ya cuenta con dos cráneos, pero no son suficientes. Los capos no dan color, pues prefieren despilfarrar las calaveras en tonterías como si fueran bolos cuarteados de un boliche regenteado por un munícipe panista. Uno de esos que, en público, levanta las faldas de sus edecanes para agarrarles las nalgas. Entonces pide al Matracas que lo acompañe «al sur más salvaje» de la ciudad, al desarrollo urbano Quetzalcóatl, enclavado en Iztapalapa, para recolectar *cocolisos* de *juanitos* y *juanitas*.

—¿Por qué te interesan los cráneos de esos fulanos, Pedro? —inquire el Matracas.

—Porque son una cábula de descerebrados fanáticos de una izquierda inexistente, una parodia inventada por una bola de aprovechados exentos de ideología, y como carecen de sesos es más fácil limpiar y preparar sus cráneos,

mi Matra. Ya viste lo que hicieron las *juanitas* con las curules que les regalaron. ¡No me digas que...!

El Matracas no agrega nada. Chimalli sabe su cuento. Se lanzan a recorrer las cuatrocientas sesenta y siete manzanas del infierno por todos tan temido. Una aglomeración de casuchas construidas con tabicones grises porosos, techos de lámina y cartones de asbesto, carentes de agua potable, drenaje y luz, aunque esta ha sido suplida con una maraña de cables unidos por *diablitos* que penden de postes de concreto o de madera de los que roban la energía y que dan un aspecto caótico y amenazante.

Cruzan varios terrenos baldíos donde pululan perros famélicos que se disputan los restos de comida amontonados en pequeños muladares. Evitan, en lo posible, a los teporochos y las bandas de pandilleros que vegetan en las esquinas donde se intoxican con tiner, estopas empapadas con gasolina y amoniaco, y otras sustancias tóxicas que utilizan como *chemo*, así lo llaman, para enajenarse y evadir la marginación angustiante y desoladora en que viven.

Ellos van a lo suyo. No quieren llamar la atención ni enfrentar el ataque, furioso y enloquecido, de cualesquiera de esos chamacos diestros en el manejo de puñales, picahielos y otras armas punzocortantes. Buscan, entre las callejuelas de lodo y tierra apisonada, a veces parchadas con remedos de pavimento, los reductos donde, presumen, acostumbran reunirse los hombres y mujeres que ejercen cierto proselitismo político.

Un letrero colocado encima de una accesoria que colinda con un changarro donde se venden jugos de frutas y nieves artesanales, anuncia las oficinas de una central de servicios populares en la que, así dice la pancarta, es posible tramitar la credencial de elector y obtener los vales y las despensas que un partido político regala a aquellos que estén dispuestos a votar por sus candidatos.

El Matracas lo lee con detenimiento y sonrío:

—Hoy en la noche se van a reunir con una diputada del PRD, Pedro — comenta—. Están citados para las nueve. Parece que les van a repartir camisetas que llevan estampadas el logotipo del partido y el nombre del candidato, un tal Rafael Ponfilio, alias *Juanito*, dizque apoyado por *el Peje*.

—¡Lo que nos va de pelos, mi Matra! —completa Chimalli—. ¡De ahí saldrán nuestras víctimas! ¿Oye, por cierto, podemos utilizar tu coche?

—¡Podemos!

Son las once de la noche. La calle donde están estacionados y desde la que vigilan la puerta del local es una boca de lobo. Lúgubre y sombría. Perfecta para sus planes. Pedro Chimalli tiene sus instrumentos a la mano. Tres individuos, dos mujeres y un hombre, salen y platican con euforia. Se les ve convencidos, contentos con las promesas que escucharon de labios de los organizadores del evento. Se muestran entre sí unas bolsas amarillas de plástico y ríen. Luego, echan a andar por una callejuela, hasta que salen a un lote parcialmente bardeado. La barda es larga pero presenta derrumbes en algunos puntos. Pedro y el Matracas se colocan sendos pasamontañas y descienden del auto. Calzan zapatos tenis para no hacer ruido, y en caso de ser sorprendidos poder huir a toda velocidad. No tardan en acercarse a sus víctimas, en oler el aroma de la brillantina Glostora que despiden sus nuca. Estas, a pesar de que caminan rápido, van desprevenidas. En un agujero les dan el esquinazo. Las amagan con una pistola y las meten al baldío. Las obligan a hincarse con la cara en dirección a las piedras. Las mujeres chillan y el varón tiembla. Ellas están aterrorizadas. Él ofrece dinero, todo lo que trae encima. Pedro les aplica un trapo empapado en éter hasta que pierden el sentido. Sus puñales oaxaqueños están más afilados que una hoja de rasurar. Tres tajos limpios son suficientes para decapitarlos. Meten las cabezas en un saco y dejan los cuerpos abandonados. Ahí que las autoridades se hagan bolas.

Se largan del lugar sin decir ni pío. Dos horas más tarde, el Cuchillo y dos de sus lugartenientes arriban al sitio. Inspeccionan los cuerpos. Constatan que se ha hecho un trabajo limpio y que el ejecutor y sus cómplices, si es que los tiene, son profesionales. No entienden, aunque lo discuten, cuál ha sido el motivo. No hubo robo ni otra clase de ultrajes. Revisan las bolsas que quedaron tiradas en un charco de sangre y deducen que se trata de tres aspirantes a un huesito delegacional; personas comunes y corrientes que ni están metidas en el narcomenudeo ni pueden tener importancia para cualesquiera de las bandas que se mueven en la zona, menos para un cártel de alto calibre.

El Cuchillo reflexiona y saca sus conclusiones. Los cortes son demasiado parecidos a los que se hizo al cadáver de Salgado. En sus ojos de tigre brilla la luz remota de una pista. «¿Será posible?—masculla—. ¿Pero...?». No, no puede desentrañar el móvil. Necesita más datos, información que le permita descubrir quiénes son esos depredadores. No puede salirle al Quetzal con una

batea de babas. Mientras no los atrape está prácticamente jodido.

Pedro Chimalli ejecuta otros trabajos en solitario. El Matracas ha sido contratado para el asalto a un cuartel del Ejército y una emboscada a unos judiciales. Anda con un grupo de matones que, entre otras cosas, disputan una aduana fronteriza al cártel de Sinaloa.

—Voy a tardar varios meses que me servirán de descanso, Pedro. Aunque te parezca que exagero, lo que hacemos juntos me drena los nervios y no puedo dormir de una tirada. Necesito alejarme un rato, darme una espabilada.

Chimalli no hace comentario alguno. Trata de entender a su compañero y amigo con la frialdad que lo caracteriza. Él puede solo con aquello que se ha propuesto. Dedicar su tiempo a limpiar los cráneos y, cuando está de vena o siente necesidad de un buen buche de sangre, sale a la caza de una víctima cuya captura no represente peligro. También, una faceta novedosa en su carácter introvertido, se ha vuelto un visitante asiduo a los burdelitos de Tepito, en los que las putas lo tratan con cariño, más que nada porque es proclive a desatar la bolsa y repartir dinerito.

Falta un mes para que se celebre la cuaresma y Pedro ya cuenta con ocho calaveras, además de sus dos favoritas: las de Rosaura y Enedino. Un mes para que, durante el sábado de Gloria, se haga la quema de judas. Es cuando recibe la visita de Gabriel Linares, el maestro cartonero.

No obstante que ha transcurrido mucho tiempo desde la última vez que estuvieron juntos, Chimalli lo reconoce nada más verlo. Lo hace pasar sin remilgos y, como buen mexicano, ofrece: «¡Está usted en su pobre casa, don Gabriel! ¡Siéntase a gusto!».

El cartonero sonríe complacido. Pedro le cae bien porque, como comenta con sus amigos, es el cliente más loco que ha tenido. También, porque es el poseedor del esqueleto de la Santísima Muerte armado por él, definitivamente su obra maestra.

—¿Todavía te interesa hacer un judas, Chimalli? —pregunta.

—¿Por qué? —replica este.

—Porque si es así, estoy dispuesto a colaborar contigo. Mira, me explico: un compañero que tiene un local en la calle de Colombia, ahí por el centro, me dijo que le habían encargado hacer unas figuras de cartón, creo que de Elba Esther Gordillo, Madero, *el Pejelagarto*, Fox y otros políticos para ser

quemados, junto con varios *toritos*, durante el próximo sábado de Gloria en las calles de Tacuba. Este artesano, de apellido Gutiérrez, me ha pedido que lo ayude pues no puede darse abasto. Me ofreció una buena lana, y así como andan las cosas me entró el gusanito. Hay poco trabajo en el taller. Entonces, me acordé de ti y de aquella plática que tuvimos. Y si antes dudé, hoy estoy dispuesto a entrarle. Un poco más de cartón y engrudo, y todos contentos. ¿Cómo la ves?

Chimalli se queda meditabundo. Tarda un rato en acordarse del guía del Templo Mayor, Palomón Palomares, cree recordar su nombre, que tan gordo le había caído con la descalificación de sus comentarios y de quien juró vengarse. Se acuerda también de la proposición que le hizo al maestro Linares. Solo que sus planes son demasiado siniestros y nunca se los explicó con detalle.

—¿Los muñecos que se queman están vacíos por dentro?

—pregunta antes de que Linares se comprometa.

—Bueno, sí. Aunque hasta donde sé se les rellena con ropa, zapatos, cinturones, cajetillas de cigarros, máscaras de luchadores y otras chucherías que, al explotar y quedar despanzurrado, se desparraman por el suelo, y a pesar de que están medio chamuscadas son recogidas por la gente que mira la quema y que de alguna forma se siente recompensada.

—¿Una especie de piñata que en lugar de ser destrozada a palos se quema y hace explotar con cohetes?

—Si lo quieres ver así, vale tu comparación, Pedro.

—¿Y qué pasa si yo quiero que adentro del monigote metamos al fulano representado?

—¿Quieres decir... —titubea Linares— ...que adentro de la armazón de carrizos forrada de cartón metamos un cadáver, lo colguemos y lo hagamos explotar?

—No precisamente —responde Chimalli, con los ojos inyectados de sangre.

—¡No te entiendo! —replica el cartonero, francamente escandalizado—. ¿Puedes...?

—¡A ver, a ver, no se me espante, don Gabriel! Yo quiero meter al cabrón vivo. Sí, dormido, inconsciente, vamos, y verlo reventar envuelto en llamas.

Linares queda horrorizado y se persigna. Lo que Pedro le propone es obra

del mismito diablo. Una maldad incalificable. Sin embargo, no se niega. Ni siquiera protesta, porque intuye que la propuesta vendrá acompañada de un titipuchal de dinero.

—¡Yo me encargo de todo! —asegura Pedro, quien ya olió la vileza que acompaña a la codicia—. Preparo a la víctima y usted se hace cargo de la envoltura y la entrega a los organizadores de la quema. ¡Tengo cien mil pesos en efectivo!

—¿Dónde y cuándo? —indaga Linares, quien ya se las pela por salir corriendo.

—Aquí, el viernes de Semana Santa.

—No, Pedro —replica Linares, calculando el tiempo—. Mejor el jueves para que no nos agarren las prisas.

—¡Sale! —acepta Chimalli.

Reafirman su pacto con un apretón de manos. Gabriel Linares sale de ahí deslumbrado. Piensa que son las estrellas y la locura de su cliente las que se han conjugado para configurar su destino e involucrarlo en acciones portentosas que sobresalen por encima de todo aquello que los demás se han atrevido a realizar. Únicas, singulares, no obstante ser macabras y obviamente reprobables. «¿Pero qué puedo hacer, si ya estoy metido en el ajo?».

De sopetón, Pedro comienza a extrañar al Matracas. Va a necesitar su ayuda para llevar a cabo el secuestro del guía. Como no tiene forma de localizarlo, recurre a los artilugios que considera eficaces. Compra un montón de veladoras negras y las dispone, con los pabilos encendidos, alderredor de la figura de la Santísima Muerte y del retrato de Jesús Malverde. Con devoción, prende un churro de mota, le da una calada profunda, se hinca y ruega a ambas potestades que se comuniquen con el Matracas y le indiquen que es necesario su inmediato regreso. Que no pierda el tiempo, que él lo está esperando para que lo ayude en un asunto que, amén de ser peligroso, puede resultar de lo más divertido. Luego, entona una mezcolanza que hace con la estrofa de uno de los corridos: «¡Oh, Malverde milagroso, / oh, Malverde, mi señor, ilumina su camino, / pa' que llegue donde estoy!», misma que repite tres veces, y después ofrece una manda a cada uno de sus valedores que no desmerezca o los deje insatisfechos.

Esta vez los efectos de la mariguana son más amables de lo que él esperaba. Los ojos de la Flaca irradian una lucecilla verde que le infunde tranquilidad.



Los labios de Malverde sonríen y su lengua le propone que se atice hasta que vea el polvo que los pies de su amigo levantan en los senderos de la sierra y el momento en que se da la media vuelta y emprende el retorno por él solicitado. Chimalli atiende la recomendación y fuma la mitad del tabuco sin que le ofenda el sabor a pólvora con que mezclaron la yerba en Badiraguato. Consigue, así, no solo ver al Matracas en el instante anunciado por Malverde, sino estrecharle la mano y pedirle que no sea mula, que no se dilate.

Más tarde, hace sus cálculos. Si bien le va su amigo llegará a la vecindad en un par de semanas. Él puede y debe adelantar un poquito. Se agencia ropa para cambiar de fachada. Un traje de franela gris que lo adelgaza y le da el aspecto de un empleado bancario. Camisa blanca con el cuello almidonado y una corbata pirata de la marca Bugata-Pecanins con un estampado de mariposas monarca. No cambia de calzado. Los zapatos nunca han sido su fuerte y se deja puestos los tenis.

Al día siguiente acude al Zócalo del Centro Histórico con la intención de meterse en el recinto del Templo Mayor y comprobar si Palomares sigue haciendo recorridos turísticos entre los vestigios arqueológicos. Antes, en una tienda Kodak compra una cámara fotográfica digital y se la cuelga al cuello.

Es sábado y el recinto está lleno de gente que lo visita. Pedro se mezcla entre un grupo de turistas argentinos y se entretiene escuchando comentarios que apenas entiende debido al voseo que emplean y a los giros en lunfardo. La guía, una mujer gorda de mediana edad que porta unos anteojos al estilo de la *China* Mendoza, los arrea e insiste en que no se detengan ya que tienen el tiempo medido. Pedro empieza a odiarla pero guarda una sana distancia. Su *target* es Palomón y provocar un escándalo sería una tarugada. Recorre con la mirada todos los espacios que están a su alcance con el propósito de detectar a su víctima. Varios grupos están parados frente a los restos de la escalinata del templo de Huitzilopochtli y otros atienden las indicaciones que les dan sus guías respecto del *Hueitzompantli*. No ve a Palomares por ningún lado y comienza a ponerse nervioso. «¿Será que ya no trabaja aquí? ¿Que ya lo corrieron? ¿Que hoy es su día de descanso?», muchas preguntas acuden a su mente con absoluta impertinencia.

Los argentinos avanzan por el corredor que conduce a la Casa de las Águilas. Alcanzan a un grupo de españoles que se deleitan en la contemplación de la enorme cabeza del ave emblemática y de los relieves tallados en las

banquetas. Y ahí, parado encima de una plancha, Palomón Palomares parlotea y gesticula con falsa elocuencia. Chimalli, por fin, respira. Es más, aprovecha la posición del fulano para, con disimulo, tomarle un par de fotografías. El guía no advierte su presencia. No puede verlo gracias a la estatura de los argentinos que lo ocultan. Entonces Pedro se percata de que le faltó calarse un sombrero, pero ya es demasiado tarde.

Palomón se lleva a su grupo a otro lugar para que admiren la figura de un Chac-Mool localizado en lo que fuera el acceso al templo de Tláloc. Chimalli lo ve caminar con el odioso bamboleo de sus nalgas. Le toma otra foto. Quiere contar con varias para enviarlas a Linares a fin de que pueda reproducirlo en cartón con la mayor fidelidad posible. Le interesa, sobre todo, captar sus facciones: el cabello relamido hacia atrás, las cejas protuberantes teñidas con tintura negra, el bigotito bien recortado sobre el perfil de sus labios, así como esas chapas coloraditas en sus mejillas que, en conjunto, le recuerdan a un títere llamado Titino que siempre le cayó en la punta de los güevos.

La adrenalina duplica su dosis en el cerebro de Pedro. El peligro, el riesgo, es su mejor acicate. Ahora, quiere acercarse más a Palomares. Escuchar su voz de cretino diciendo sandeces, y no da crédito a sus oídos: imita el ceceo para ganarse la simpatía del grupo que conduce. Pedro advierte que los españoles, aunque no se atreven a decirlo en voz alta, ya están cagados con las sandeces de ese *gilipollas* y sus meneos de marica. Piensa que no sería mala idea invitarlos a presenciar la quema de su judas. Piensa... no, se recrimina: «Estoy imaginando puras pendejadas». Hace otras dos impresiones sobre los hombros de un vasco. Debe cuidarse del *flash*, no sea la de malas y resulte que lo delate. El anuncio de Palomares dando por terminada la visita le causa un sobresalto. Empero, no se retira. Aguarda, y hace bien, a que el guía reparta tarjetas y pida que, si han quedado satisfechos, lo recomienden con sus amigos: «Pueden contar conmigo, con excepción de los lunes, todos los días de la semana, en el horario que señala el catálogo».

Pedro considera que ya es suficiente. Ha podido reunir la información que necesita para realizar sus planes. Se dirige a un comedero, recomendado en una nota del *Esto* por Carlos Monsiváis, en la colonia Portales. Después de una comilona hartamente sabrosa, aprovecha que es sabadito alegre para visitar a una de sus putas favoritas, *la Nalgona* por más señas, en el congal de la comadre Lupita.

Tal y como esperaba, el Matracas regresa de su incursión en la Sierra Madre Oriental dos semanas más tarde. Viene cariacontecido, con los hombros colgados y un mal humor que da miedo. Pedro lo recibe con los brazos abiertos, pero no se excede. Espera, siempre lo hace, a que su compañero se desfogue. Algo dice el Matracas de que lo preñaron. Esta vez no fueron madrazos ni una cuchillada en la jeta:

—¡Me pegaron una gonorrea, Chimalli! —protesta—. Una chamaquita, no creas que una mujerzuela, que conocí en Orizaba. ¡Pinche vieja! Traigo el pito igual que una charamusca, embarrado de no sé cuántas chingaderas que me puso un *doitorcito* y que duelen como si me hubiera metido un alfilerero en el glande.

Sin más, Pedro lo dirige al altar de Jesús Malverde.

—¡Rézale, cabrón, para que te cure y no se te caiga el tentáculo de calamar! —ordena—. Luego te llevo con la enfermera Conchita para que te aliviane con un *pergamano* de no sé qué carajos, bien efectivo, mi buen.

El Matracas tarda tres días en aliviarse de su monserga. En el ínterin, Pedro lo convence y alecciona para que lo ayude en la «operación Palomares».

—El maestro cartonero cuenta con las fotografías del susodicho, y hasta donde sé está trabajando en el monigote. Me pidió un adelanto. Veinte de los grandes. No, Matra, no me dolió nada soltarle la pasta. Para eso trabajamos, ¿no? Si no nos damos nuestros lujos, pues para qué carajos nos sirve la lana, ¿no crees?

Entre los dos preparan el «anfiteatro» con los requerimientos exigidos por Linares: una mesa de buen tamaño que apenas cabe en la salita y permite cerrar la puerta de la habitación de Pedro. Una cubierta de linóleo de color blanco. Un pedazo de viga que será usado a manera de almohada. Dos bateas de lámina acanalada. Unas botellas de suero con todo y cánulas para que el fulano no se muera de hambre. Sábanas y vendas para el envoltorio del cuerpo y unos calcetines de lana, gruesos, pa' que no le vaya a dar frío y comience a gritar en el momento en que lo cuelguen en la cuerda de los judas.

Chimalli duda sobre si debe o no rentar un equipo que les permita monitorear los signos vitales de Palomón hasta el momento de su envoltura final e introducción en su «traje de fiesta». El Matracas lo convence de que es una tontería:

—No sabemos manejar un aparato de ese tipo y menos hacer la lectura de

las rayitas que aparecen en sus pantallas —arguye—. Tú concéntrate en darle éter cada vez que boquee. Lo que aguante para que duerma el tiempo que se le dé la gana. Total, ese cabrón se va a morir en el limbo; para qué le mueves.

El miércoles de Semana Santa se unen al *tour* que hace Palomón Palomares por la tarde. Calculan que terminará a las diecinueve horas. Ambos van disfrazados. Pedro con su traje de franela color rata y una camiseta en tonos anaranjados, y el Matracas con un overol de mezclilla azul manchado de grasa, que le da la pala de ser un mecánico en su día de asueto. Los dos, cada uno por su lado, se mantienen a distancia y simulan estar embobados con la labia de su guía.

La visita termina a la hora prevista. Esperan afuera del recinto del Templo Mayor a que Palomares salga. Lo siguen por la calle de Donceles en dirección al Eje Lázaro Cárdenas. Pedro conoce a la perfección el itinerario que repite día con día. Se trata de un individuo con hábitos invariables. Cruza el eje, recorre la parte trasera del Palacio de Bellas Artes y se introduce en la Alameda Central. Se sienta en la misma banca que, se presume, seleccionó hace mucho tiempo, quizá cuando tenía una noviecita que luego lo dejó plantado, y quedó fija en su rutina. La banca mira hacia la avenida Hidalgo. Palomón lleva consigo una bolsa de papel estraza que contiene: una torta de tamal, una mandarina y un plátano. Pedro se sienta a su lado y cubre su rostro con el ala de un sombrero que, no podía fallarle dos veces, esta vez sí lleva puesto.

Palomón se remueve inquieto por la presencia de un intruso, a quien desconoce y le da mala espina. No entiende por qué escogió su banca habiendo tantas vacías. El auto del Matracas, con las luces intermitentes puestas, se estaciona enfrente del lugar predilecto del guía. Todo, como en las películas, sucede en un instante. Pedro encaja el cañón de su pistola en las costillas de su presa. Esta se atraganta con el pedazo de plátano que acaba de meter en su boca. Casi en vilo, Palomón es arrojado al interior de la parte trasera del carro. Un esparadrapo impregnado con éter le cubre la cara. En un santiamén pierde la conciencia. Un levantón perfecto. Nadie se dio cuenta y no hay testigo alguno que pueda dar señales de los secuestradores.

Entran a la vecindad pasada la medianoche. Aparentan cargar a un borracho y entre los dos lo arrastran al interior del cubil de Chimalli. Palomón continúa dormido y ronca con un silbido. Lo tienden sobre la mesa cubierta con la pieza de linóleo. Amarran brazos y piernas para que no caiga al suelo.

El Matracas le conecta en una vena la sonda por la que gotea el suero. Se permiten un descanso.

—Menos mal que no pesa mucho —comenta el Matracas—. No fue tan difícil apañarlo.

—Es una piltrafa, mi Matra. Un tipejo despreciable que abusa de nuestra ignorancia para darse paquete, y por eso está bien que lo destripemos —sentencia Pedro antes de quedarse dormido.

Hacia el mediodía del jueves, Palomares escapa de su letargo. No sabe dónde se encuentra ni por qué está maniatado. Intenta pedir auxilio, pero su voz es un chisguete que solo pueden escuchar sus captores: «¡Mamá! ¡Mamacita!», clama sin poder continuar. Una nueva dosis de éter lo manda a dormir la mona.

—¡Ya se babeó! ¡Mira nada más qué cochinado! —exclama el Matracas enojado—. ¡Voy a limpiarle la buchaca y el cuello no sea que comience a apestar!

Pedro le pasa un trapo mojado. Luego, desamarra las agujetas de sus zapatos y se los quita.

—¿Qué, lo desnudamos? —pregunta.

—No sé. ¿Qué te dijo Linares?

—No le dije nada —informa este en el momento en que se cuele en la vivienda con un muñeco de cartón que carga sobre los hombros.

—¡Ya llegué, cabroncetes! —anuncia—. Listo para hacer la talacha. A ver, a ver.

Gabriel Linares arrumba en un rincón las dos piezas del monigote, mismas que están unidas con un alambre delgado. La que corresponde a la espalda y la nuca está cubierta con pintura negra hasta donde arranca el cuello de color rosado y el cabello en tono castaño. La parte frontal tiene las piernas del pantalón de color azul, un cinturón con hebilla plateada, un saco blanco con las solapas coloradas, y la cara perfectamente bien calcada de las facciones del interfecto. Pedro queda maravillado. Linares ha hecho un trabajo estupendo. Ahora solo falta que Palomón quepa adentro.

Linares le echa un ojo y sonrío. Lo mide de arriba abajo con la cuarta de su mano, y luego a lo ancho.

—Quedó bien —musita—. Tenía miedo de mis cálculos, pero ahora veo que son correctos. Cabrá con holgura, Pedro. Pierde cuidado. Lo único que

debe preocuparnos es que se muera antes del espectáculo. Pues si eso nos pasa, no va a tener el mismo chiste.

¿Cómo van con el suero? ¿Tienen suficiente?

El Matracas asiente.

—Hasta ahora lo está absorbiendo como indican las instrucciones: tantos miligramos cada dos segundos. Llevo la cuenta, sabe. Bueno, solo cuando estoy despierto y no me distraigo. Pero, mírele el color, ¿a poco no está rozagante?

El cartonero da una palmada en la panza de Palomares. Este arroja un flato. Los tres se tapan las narices.

—¡Jijo de su puerca madre! —rezonga Chimalli, quien enseguida ríe y comenta—: Así no va a necesitar que lo coronen con cohetes.

—Arrímame las tinajas, Pedro —ordena el maestro—. Vamos a preparar el engrudo. Ah, necesito dos litros de agua tibia.

El mazacote cobra textura poco a poco. Linares mueve y remueve la pasta con un cucharón y la prueba con una espátula.

La tarde avanza pero todavía tienen tiempo. Pide que lo despojen de la ropa. «Vamos a dejarlo en chones y con camiseta», explica. Pedro le coloca los calcetines de lana. Palomón no siente nada. No se queja ni despierta. Su respiración es acompañada. Don Gabriel comienza su tarea por las piernas. Embarra la pasta y de inmediato la cubre con los jirones que ha desgarrado de las sábanas y con las vendas.

—Va a quedar como si fuera una momia —aventura el Matracas, al tiempo que se persigna y echa un ojo a la figura de la Santísima Muerte.

—Más bien como el relleno de una pasta de hojaldre —corrige Pedro y se relame los labios.

—Bien acolchonadito para que no le den calambres, mis cuates. No queremos que sufra hasta que se fragmente en el aire.

Linares es un artista al que no se le va detalle. Ciñe con fuerza los brazos, pero el tórax y la espalda los cubre antes con unos carrizos para que la malla que ha preparado ex profeso quede holgada y no interfiera con la respiración del sujeto. La cabeza queda libre.

—La voy a cubrir con un pasamontañas en el momento en que lo metamos a su estuche —advierte—. Eso lo haremos hasta mañana por la tarde. Contraté una camioneta para que lo lleve a la calle de Tacuba y lo deje

junto a los otros judas. Tenemos que cuidar que no le falte la anestesia. No vaya a ser que despierte y...

Viernes de Semana Santa. Veintiún horas pasado meridiano. Mientras los fieles católicos dan fin a sus procesiones y a las visitas de las siete casas, y aquellos que no están briagos se recluyen en sus casas para las oraciones nocturnas, una camioneta de redilas que lleva en las puertas el nombre de la curiosa razón social del transportista: «López hermanos: todos menos Juan, que es un pillo de mierda. Movemos todo tipo de carga», se detiene en el portal de la vecindad y toca tres veces el claxon.

El cuerpo inerte de Palomón Palomares ya está embonado en la parte posterior del monigote de cartón prensado. Pedro y el Matracas proceden, bajo las instrucciones de Gabriel Linares, a colocar con especial cuidado la parte superior que sirve de tapa. Linares revisa que las junturas hayan quedado perfectas, y espátula en mano las sella con una capa de engrudo a la que ha agregado una buena dotación de resina epóxica. Los agujeros de la nariz están lo suficientemente abiertos para que penetre el aire. El judas ha quedado listo. Luce con primor, y los tres están seguros de que llamará la atención de todos los que presencien la quema.

El sábado de Gloria amanece radiante. Es un día festivo en el que no caben ni la beatitud ni las mojigaterías. Chimalli y el Matracas se levantan temprano, desayunan en la fonda de Doña Catrina, que ostenta en la puerta una reproducción del famoso grabado de Posadas, y desde ahí, maleta en mano, viajan al Peñón de los Baños para tomar un baño de vapor, cortarse el pelo y acicalarse como si fuera domingo.

A las once de la mañana ya se encuentran parados en la esquina que forma la calle de Tacuba con la de Ignacio Allende. Una multitud abigarrada pulula alderredor de donde serán colgados los judas. Los vendedores ambulantes hacen su agosto. Globos multicolores y con figuras variopintas compiten con matracas, espantasuegras, cornetas, pitos y flautas. Botellas de agua y refrescos con billetes de la lotería, teléfonos celulares de segunda mano y bisutería que atrae y deslumbra a las muchachitas. Los gritos de los tenderos, cuyos puestos provistos con lonas invaden las calles adyacentes, saben a chicharrones de harina, jícamas, zanahorias y pepinos cubiertos con sal y chile piquín. También, a gorras de beisbolista, sombreros de pana que pretenden servir

como camuflaje en la selva de asfalto, cinturones de todas texturas, así como a una variedad insólita de chucherías de plástico.

Dos camionetas de la Compañía de Luz y Fuerza del Centro, provistas con *telescopios* que rematan en sendas canastillas están estacionadas junto a unos postes del alumbrado público. Los empleados arrojan varias cuerdas de una canastilla a la otra, mismas que amarran a los postes con unos ganchos de metal sumamente resistentes. El tendido queda listo media hora más tarde. Al cuarto para las doce, las exclamaciones del populacho anuncian la llegada de los monigotes que serán quemados. La tensión nerviosa comprime los músculos de los dos amigos. El Matracas cruza los dedos y Pedro ora en silencio. Comienza el colgado de los judas. El señor Julio Gutiérrez se equivocó con los nombres que dio al cartonero Linares. No cuelgan a Vicente Fox, al Pejelagarto ni a Salinas porque estos fueron exhibidos y quemados durante la época en que contendieron para la presidencia de la República. Esta vez, conforme los van colgando, los muñecos corresponden a Marcial Maciel, al *Góber Precioso*, al exregente de la ciudad, a quien se responsabiliza de los desaguizados de la Línea 12 del Metro, tres delegados políticos, cuatro connotados *chapulines* y *el Niño Verde*.

A Pedro y al Matracas se les queman las habas porque no han visto que cuelguen a su monigote. Deben esperar a que suban a la Maestra Gordillo, efigie que queman todos los años desde que la metieron al bote por aquello, lo dice un voceador de periódico, de que más vale prevenir que lamentar: «¿Se imaginan si logra escapar de las llamas del infierno? ¿Del escarnio público que se ganó a pulso con todas sus trácalas?».

—¡Ahí está! ¡Ahí está, mi Matra! —vocifera Chimalli al ver cómo dos pelados fortachones, no sin hacer un gran esfuerzo, enganchan en la cuerda a Palomón Palomares.

El Matracas brinca de gusto. Aplaude a rabiar y se enfrenta a una fulana que inquiere quién es ese cabrón que no se parece a nadie que conozca. «¿Será el hermano de Godoy? ¿El constructor de la *casa blanca*? ¿Quién, con un maldito demonio?».

—Es un líder sindical, señora —dice con aplomo el Matracas—. Un pillo corrupto que esquilma a sus agremiados; dueño de un yate y muchas propiedades en México y el extranjero. Un ojete que ha hecho con nuestro petróleo una fortuna que causa vergüenza. Un...



—No se parece al que estoy pensando —replica la gorda—. Pero si usted lo dice, pues será melón, será sandía, será la vieja del otro día.

Viene a distraerlos el estallido del primer judas. El jefe de la Delegación Cuauhtémoc, acompañado de dos rubias oxigenadas, destetadas y con minifalda, así como de un grupo de granaderos que hacen valla e impiden que la gente se acerque y se exponga a una quemadura, enciende las mechas con una antorcha sujeta a una vara larga.

Uno por uno, los judas se inflaman y luego explotan. La algarabía es estruendosa. Aplausos, silbidos y toda clase de imprecaciones surgen igual que las fumarolas de un volcán. Para muchos ciudadanos es el momento del desquite. La forma, inocente si se quiere, de manifestar su repudio a los corruptos que gozan de absoluta impunidad, mientras el pueblo se muere de hambre y no le queda otra alternativa que cruzar al otro lado para caer en las garras del capitalismo salvaje. «¡Hijos de la chingada!», grita una mujer que lleva tomados de las manos a dos pequeños lombricientos.

El estallido de Palomón Palomares, que al igual que otros monigotes oscilaba en la cuerda, es soberbio, y con mucho el más vistoso. Gabriel Linares le agregó cohetes de colores, buscapiés y palomas rellenas de pólvora, para producir el efecto de un castillo, artilugio pirotécnico que nunca falta en las ferias. El mismo jefe delegacional, es evidente, queda impresionado. Las «señoritas» de su séquito, más pendientes de cuidarse las nalgas que del entusiasmo del populacho, ni siquiera notan el olor a carne asada que se eleva de la humareda. Pedro Chimalli vive una epifanía. Golpea su pecho con ambos puños y lanza gritos como si fuera el Tarzán del barrio. El Matracas entona un corrido de Jesús Malverde en lengua huichol que nadie comprende, pero que, sin embargo, capta la atención de un grupo de adolescentes que acaban por hacerle coro.

La quema de judas termina en un cochinerero que no tardan en recoger los trabajadores de limpia de la Delegación Cuauhtémoc. Pedro y el Matracas revisan y remueven con los pies la basura acumulada. Salvo unos fémures retorcidos y astillados que parecen mangueras chamuscadas, no hay huella alguna que pueda delatarlos. La dentadura de Palomón quedó pulverizada, al igual que todos sus huesos. Terminan su inspección y van a recalar en el Café de Tacuba, donde quedaron de verse con el cartonero Linares.

Este llega poco después de que han dado mate a unas tostadas de pata a la

vinagreta que les sirven para asentar la barriga.

—Con tanto susto y emoción, mi Matra, traigo más gases que un globo de Cantolla —confiesa Pedro—. Voy a seguir con unos pambazos de papa y chorizo para que se me tape la cola y no me dé la pedorrera.

El Matracas lo mira con asco. Su amigo no sabe de delicadezas ni entiende de buenas maneras; empero, así lo acepta y tolera.

—¡Yo también voy a entrarle a los pambazos, mi buen! —confirma más que nada para ser solidario.

Linares bebe un vaso con agua de horchata. No tiene hambre. La quema lo dejó alterado y con la boca reseca. Su conciencia le recrimina haber participado en un asesinato. El más cruel que jamás hubiese imaginado. Una salvajada de la que ha comenzado a arrepentirse. No hace comentario alguno, pero su mirada triste, apesadumbrada, lo delata. Cuenta los billetes que Chimalli le entrega con desgana. Los reparte en ocho montones de diez mil y cada vez que hace uno se persigna, suspira y reza un avemaría.

El Matracas, con la frialdad de un sicario avezado, le dice que no se preocupe; que, al fin, en el tugurio de Lucifer hay lugar para todos y que ahí sus pecados serán bien aceptados.

—El chamuco es bien generoso, don Gabriel. Dicen que sus pachangas son de poca madre, tanto que hasta los ángeles bajan para divertirse.

Linares no está de humor para soportar sandeces. Se despide con un: «¡Espero no volver a verlos!», y se marcha dando zancadas. Solo se detiene a la salida para comprar unas conchas y unas roscas de canela que, no puede evitarlo, se le han antojado mucho.

Pedro sugiere a su amigo que caminen por la calle de Tacuba, misma que cambia de nombre por tramos, para ver si consiguen dar con el lugar donde estuvo el Árbol de la Noche Triste.

—Caminar hasta ahí nos va a llevar como dos horas, Pedro. Eso queda en la colonia Popotla.

—Entonces, mi Matra, ¡tomemos el metro!

Es un trayecto corto. Salen de la estación Popotla y caminan unas cuadradas por la calzada México-Tacuba en dirección a Mariano Escobedo. Sobre la acera izquierda encuentran un pequeño parque donde, detrás de unas rejas en las que está adosada una placa que reza: «Aquí lloró Hernán Cortes después de salir huyendo derrotado por los aztecas de Tenochtitlan», está el tocón de un

ahuehuete fantasmal e impresionante.

Chimalli se toma de los barrotos e intenta moverlos. Estos permanecen incólumes. El Matracas lanza una carcajada.

—¿Pues qué creías, pinche Chimalli? ¿Que iban a ceder ante tu fuerza bruta? Ni que fueras Sansón de Peralvillo, mi buen.

Pedro hace una mueca de coraje.

—¡Aquí es donde quiero hacer mi *tzompantli*! —expresa con energía.

—¿Y por qué aquí, precisamente? ¿Se puede saber? ¡Cada vez estás más loco!

—Unas voces, Matra, que me llegan en los sueños, me han dicho que busque los sitios donde fueron sacrificados los gachupines y sus cabezas ensartadas en las varas. Que ahí coloque el mío. Este, aunque no estoy seguro, es el único que conozco. En mi libro de texto gratuito...

—¡Mamadas, mi buen! Cualquier lugar es bueno. ¿Por qué no en el Paseo de la Reforma o en la plaza del Templo Mayor, ahí donde pusiste la cabeza de Romeo?

—Porque son dos propósitos diferentes, Matra. Un *tzompantli* para los ocho cráneos de las *juanitas* y otros pelagatos que ya tengo listos, a los que iré sumando los que caigan, y otra cosa es lo que haré con los de Rosaura y Enedino. Esos son especiales, ¿sabes?

—¡Hum, hum! —refunfuña el Matracas—. ¿Unas voces que te dicen lo que tienes que hacer con las calaveras? ¿No crees que te vendría bien tomarte unas gotas de pasiflora antes de meterte a la cama?

—¡Me cae de madre que lo de las voces es cierto, Matra! No sé si ya me estoy quedando chorizo, o si con tanto muerto en mi haber mis sesos ya solo sirven para hacer quesadillas.

—Bueno, mientras lo decides, yo te aconsejo que tomemos un descanso. Sí, un respiro, porque después de lo que hoy hicimos con Palomares, la verdad...

—Vamos a tomarlo. Pero no te me vayas a rajar cuando te pida que me ayudes a resolver estas chingaderas.

La temporada de lluvias dura más de cuatro meses en los que permanecen agüitados. Se involucran en otros trabajos para el Quetzal, quien no se huele que lo que tanto ha buscado le ronda por debajo de las narices, así como en

asuntos de los capos de varios cárteles. El dinero continúa cayendo en cantidades importantes. El Matracas se compra un Mercedes Benz 500 SL, descapotable y con interiores de piel, y se cambia de cantón a una propiedad, con piscina y todo, en la colonia Bondojo. Pedro, por su parte, no quiere cambiar de hábitos. Alquila, cuando tiene la oportunidad, la vivienda que colinda con la suya, une las dos, y les hace algunos arreglos que le proporcionan un espacio más amable, suficiente para acumular triques y más triques hasta quedar atestado.

Transforma, como Dios le da a entender, el altar de la Santísima Muerte y lo cubre de ofrendas, entre las que no pueden faltar algunas calaveras que ha venido recolectando en sus correrías. Un día no puede esperar más y se contacta con el Matracas para que lo acompañe a levantar su *tzompantli*.

Con un soplete de acetileno, Pedro, que porta una mascarilla de soldador a fin de proteger sus ojos, corta los barrotes de la cerca que rodea los restos fosilizados del ahuehuate milenario. Es noche cerrada, y para su fortuna no hay ningún rondín de policías. El Matracas deposita en el suelo una lámpara Coleman que irradia una luz difusa. Luego, saca de la cajuela de su *Meche* varios tubos que Chimalli preparó de antemano, así como unas varillas delgadas de metal corrugado.

Lentamente, Pedro une las piezas. Levanta una especie de trapecio de cinco metros de longitud y tres de altura. La estructura golpea con una rama del Árbol de la Noche Triste y se ve en la necesidad, a pesar de que le duele, de serrucharla.

—Podemos llevarnos el pedazo, mi Matra, y agregarlo al altar de Jesús Malverde —dice para su consuelo.

Terminado el armazón, encaja sus patas en el césped a una profundidad de treinta centímetros. Prueba que esté bien sujeto y que no se vaya a abrir con el peso. Cubre las puntas con una mezcla de cemento que lleva en una cubeta y que, se supone, debe fraguar instantáneamente. Espera quince minutos. El Matracas mueve sus piernas con impaciencia, mientras gira la cabeza:

—Tengo que echar una meada —dice—. ¿Tú crees que aquí mismo, del otro lado del árbol? ¿No cometeré un sacrilegio?

Pedro responde con un empujón, al tiempo que suelta:

—¡No te la jales, cabrón! ¡Anda ve y apúrate!

El Matracas regresa en cinco minutos. Pedro le pide que le pase el costal

que contiene las calaveras. Son diez y las ha agujereado previamente. Cuatro cráneos llevan pintada una «J» de color rojo en la frente. El Matracas sostiene una de las varillas y Pedro ensarta con cuidado cada una de las mulleras. Comienza con la de un desconocido y luego intercala una de las *juanitas*, hasta completar un ábaco de cinco cabezas. Luego, embona la varilla en los agujeros de la parte alta del armazón y comprueba que esté bien sujeta.

Engarza los demás cráneos en la siguiente baqueta. La fija cuarenta centímetros por debajo de la primera. El *tzompantli* está terminado. Ambos lo contemplan con admiración, y Pedro, con la cara radiante de felicidad, exclama:

—¡Quedó bien chingón, mi Matra! Vamos a ser la envidia de todos los pinches sicarios. A ver, tómale unas fotos.

El Matracas dispara el obturador de una Polaroid. La primera fotografía que arroja la cámara tiene un hálito verde debido a un efecto del *flash*. Los dos la desechan:

—¡Se ve horrible! —exclaman al unísono como si fueran los sobrinitos del Pato Donald. El Matracas, que detesta sacar fotografías, le entrega la cámara a su compañero.

Pedro la activa de inmediato. La fotografía sale nítida, no tiene defectos. Solo un pequeño detalle: detrás de las hileras de cráneos está la cabeza amenazante de un mastín que los mira con ojos enrojecidos y llameantes y cuyo hocico semeja una trituradora.

El peligro inminente de ser atacados por esa bestia espantosa hace que retrocedan unos pasos. Los dos echan mano de sus respectivos revólveres. Sin embargo, por más que lo buscan e intentan determinar dónde está, no consiguen ubicarlo. En su opinión, una vez pasados los primeros instantes, se trata de una alucinación compartida o de un espectro del pasado.

Toman otra instantánea que, al ser revelada, presenta la misma imagen. El perro no se ha movido. Sigue ahí, con la disposición de saltarles encima. A pesar del miedo que se les ha metido en el tuétano de los huesos, cada cual rodea el *tzompantli* con la intención de perforarle las tripas. No lo encuentran.

—¡Aquí no hay nada, Matracas! —exclama Pedro.

—Ni siquiera una cagarruta de perro —confirma este.

Entonces proceden a recoger sus tiliches y a limpiar las sobras de grava y cemento que quedaron esparcidas. No quieren dejar señales con las que

puedan ser identificados, sobre todo por el Cuchillo, que no ha cesado en su búsqueda, y aunque ellos no lo tienen claro, anda ya sobre sus pasos. Pedro suelda los barrotes de la reja. El Matracas mete a la cajuela las herramientas. El primero, a pesar de la reticencia de su amigo, insiste en tomar otra fotografía. La luz del *flash* se prende dos veces. La impresión contiene dos imágenes sobrepuestas: una de los cráneos con las mandíbulas desencajadas y, ¡qué horror!, con unos ojos azules enormes que rebasan sus respectivos arcos ciliares y los miran con un odio profundo. La otra vuelve a reproducir la cabeza del mastín en el momento en que aúlla.

El sonido es sobrecogedor. A los dos se les eriza el cuero cabelludo y la piel se les pone chinita. No solo es el aullido el que los deja paralizados. Son las voces extremeñas y ceceantes que surgen de las calaveras para quejarse de la derrota y muertes que les han ocasionado los mexicanos.

Están a punto de que la chirimoya les explote. Empero, se aferran a las estampas de Jesús Malverde y a los colgajos de la Santísima Muerte que cada cual lleva encima, y eso los salva. Abordan el Mercedes y el Matracas mete el acelerador a fondo. No se atreven a hablar durante el trayecto que los conduce a la vivienda de Chimalli. Temen, cada quien por su lado, haber despertado el mal fario de una maldición o haber profanado territorios no delimitados en el espacio o bajo el dominio del diablo.

Es hasta que llegan que Pedro se atreve a preguntar:

—¿Ahora sí me crees, Matracas? ¿Lo que dije de las voces?

Por respuesta, este toma la última fotografía, la mira con detenimiento, hace un puchero y se suelta llorando.

—Creo que es un aviso, mi buen —dice entre hipidos—. Una señal de que no tarda en llevarnos la puritita chingada.

Pasan una cuarentena encerrados en la propiedad del Matracas. No quieren saber nada de los mensajeros de los cárteles y evitan leer los periódicos para no toparse con las noticias sensacionalistas y desagradables provocadas por el descubrimiento del *tzompantli*. Lástima, porque las redes sociales se han alimentado de cientos de elucubraciones que discuten sobre una actitud macabra, sanguinaria, que las actividades criminales de los cárteles han despertado entre la población mexicana, y ellos no se enteran. Como tampoco, presente Chimalli, de las *adjudicaciones* que grupos tan disímbolos, como los

Caballeros Templarios, los Matazetas y Jalisco Nueva Generación, han hecho de los cráneos espetados.

—Hemos sacudido, con nuestras tarugadas, las entrañas del México profundo, las vísceras de nuestra raza bronca y desalmada. ¡Ahora, a ver quién lo para! —comentan entre ellos.

Nadie, de eso pueden estar seguros. Matanzas, decapitaciones y decenas de cuerpos desaparecidos, como el caso de los cuarenta y tres normalistas de Ayotzinapa masacrados por los sicarios del cártel Guerreros Unidos en los alrededores de Iguala, en el estado de Guerrero, mismo que con variantes se reproduce en los estados de Michoacán, Oaxaca y Jalisco, y que se imbrican con cadáveres colgados en los puentes peatonales, alimentan por meses las notas escandalosas que, por reiterativas, pierden impacto y caen en la indiferencia. Sin embargo, en lo que a ellos compete, la aventura del *tzompantli* sí tiene repercusiones.

El Cuchillo, presionado por el Quetzal para que de una vez por todas resuelva la incógnita del asesinato salvaje del dirigente Salgado, hace sus propias pesquisas y llega a la conclusión de que el responsable de las calaveras del Árbol de la Noche Triste es el mismo sujeto que su jefe contrató para eliminar al diputado Enedino Cué y a su pareja en el rancho del Chipotle.

—Si te fijas bien, los cortes son idénticos a los que hizo con aquellos fulanos —explica a su subordinado, el Pichangas—. Son tajos dados con un solo golpe que no dejan estrías en la base de unión con las vértebras cervicales. Se trata de un experto y, que yo sepa, no hay nadie mejor que ese carnicero de Tepito.

—¿Quiere que lo apañe y se lo entregue para que pueda interrogarlo, jefe? —inquire el Pichangas—. No me costará trabajo averiguar dónde vive y se lo traigo en un chico rato.

El Cuchillo da su anuencia. El Pichangas recluta a otros dos sicarios y prepara el operativo. Todo apunta a que Pedro Chimalli caerá pronto en sus garras. Empero, ni el guarura ni su superior cuentan con que está protegido por potestades divinas.

Mientras la camioneta de los matones se dirige a su vivienda, Chimalli y el Matracas preparan una ofrenda a la Santísima Muerte en el altar que ambos han levantado en la casa del segundo, con el propósito de exorcizar la imagen del mastín negro que los persigue en sus sueños y el aullido siniestro que aún

retumba en sus oídos. La visten con su túnica negra y la rodean con veladoras del mismo color. Rezan para que no los desampare y los libre de todo mal, en especial de los espectros de ojos azules que los acechan y auguran situaciones adversas. No quieren caer en una trampa que les pase inadvertida por no haber estado abusados y saber descifrar a tiempo los signos que la vaticinen.

La Flaca, la Bonita, atiende sus ruegos. Es evidente que así lo hace, a pesar de que nunca se enterarán del accidente fatal en el que pierden la vida el Pichangas y sus secuaces. Este, quién se lo iba a decir, es a su vez perseguido por un comando del cártel de Los Rojos, que dirige Leonor Nava Romero, alias *el Tigre*, con los que tiene una vieja cuenta pendiente. Se meten tras de él en el barrio de la Lagunilla, y en un cruce le dan un cerrón que lo obliga a girar el volante y a estrellar su camioneta en la barda de una accesoria donde se expende petróleo. La explosión es suficiente. El Cuchillo deberá esperar por otra oportunidad que le permita tener a Pedro Chimalli en la mira de sus balas.

Las imágenes macabras los continúan perturbando. Ha llegado un momento en el que ni siquiera se pueden rasurar por temor a mirarse en el espejo y enfrentar un cúmulo de ojos azules y desorbitados que los miran con intención despiadada y los obligan a tragar la jabonadura como si fuera merengue. A instancias de Pedro toman la decisión de ir una temporada a vivir en su casa.

—Tu cantón está embrujado, mi Matra —reclama Chimalli—. Vaya a saber a quiénes se lo compraste y qué clase de chingaderas hacían en sus cuartos.

El Matracas le sigue la corriente. Acepta, a pesar de que no le complace la idea. Su casa, comparada con la vivienda de su amigo, es una mansión cómoda y espaciosa. Además, él no comparte los argumentos de Pedro. No es la casa la que está encantada. Es él por insistir en sus truculencias. Es a él a quien persiguen esos espantajos salidos del clóset del chamuco. Empero, prefiere no discutir porque él también se ve afectado.

La vivienda, ahora más grande y atiborrada, continúa siendo sombría. No ayudan para hacerla más amable, *alivianada* es la palabra correcta, los altares dispuestos por su dueño ni la infinidad de porquerías dispersas al desgaire en todos sus rincones. Huele a sangre descompuesta y al polvo acumulado durante su ausencia. Pedro la ha convertido en un verdadero chiquero, pero



no tiene por qué decirlo, es notorio que ahí se siente muy a gusto y a sus anchas.

El Matracas, en cambio, extraña las comodidades a las que se ha ido habituando recientemente. Se ha vuelto consentido, tiene que admitirlo, y por ende, intolerante. No obstante, se recrimina haber caído en debilidades propias de un niño malcriado, un pinche *mirrey*, y hace un esfuerzo a fin de convivir con su amigo sin que este se sienta ofendido.

Trascurre así un par de semanas, y la convivencia, al principio compleja, retoma la camaradería a la que siempre han estado acostumbrados, misma que les permite compartir inquietudes, por muy locas que estas sean, y sobre todo disfrutar con la ausencia, ¿será cierto?, de los sobresaltos ocasionados por las ánimas indeseables. ¡Han desaparecido!, constatan ambos una madrugada en la que despiertan alterados por la ausencia del aullido lobuno, que se fue desvaneciendo en sus sueños como si alguien, una presencia benigna, hubiera cerrado el grifo de una toma de agua.

—¡Oye, Matra, he dejado de escucharlo! —confirma Chimalli—. Es la primera noche que no me hago pipí de miedo. ¿Tú?

—¡También! Creo que hemos salido de la pesadilla. Jesús Malverde, a quien tanto le he rogado, ¿será que nos hizo el milagro?

No dicen más. Los dos corren hasta donde está un espejo. Uno junto al otro ven sus caras sonrientes.

—¡Ufff! —bufa el Matracas.

—¡Sí! —afirma Pedro—. Los oclayos de esos ojetes ya se fueron al carajo. Nos han dejado en libertad, mi Matra. ¡Putá, reputísima madre! ¡Sí!

Las mejores vacaciones que han disfrutado. Mutan los colores grisáceos de sus rostros por otros lozanos. Se ven rozagantes, rejuvenecidos. Celebran con sendos carrujos de mota y una botella de Chivas Regal que empinan hasta el codo. Un *pasón* que no solo les levanta el ánimo, sino que los induce a hacer travesuras. Asaltan la fonda El Pollo de los Huevos de Oro y se retacan de pechugas y muslos rostizados. Luego, se van a refinar la yerba en el café Dony Donas, en la avenida Bucareli, que a esas horas congrega a todos los pachecos del rumbo, muchos de los cuales exhiben sus preferencias sexuales con apapachos y besitos de lengüita.

Las grageas de chocolate y el azúcar glas que cubren las donas resbalan por las comisuras de sus labios y caen al suelo dejando rastro en las calles por las

que transitan para regresar a la vecindad y echar un sueño. Hansel y Gretel en un bosque de concreto. ¡Qué barbaridad! Han bajado la guardia y descuidado sus espaldas. El Cuchillo, disfrazado de gitana, los sigue paso a pasito. Toma nota de la dirección. No se les va a despegar hasta que consiga hacerlos pomada. ¿Y la Santísima Muerte y Jesús Malverde, qué?

Duermen como benditos durante dos días seguidos. Cuando el Matracas despierta, Pedro Chimalli termina de cocinar unos huevos con tocino. Antes, ha puesto la mesa. Jugo de ciruela, café con leche, conchas rellenas con nata, y frente a cada plato una calavera limpia y brillante.

El Matracas no oculta su curiosidad.

—¿Y ahora qué mosquito te picó, Pedro?

—Hoy quiero llevar los cráneos de Rosaura Gordillo y Enedino Cué al Templo Mayor y empotrarlos en el *tzompantli* donde coloqué la cabeza de Romeo. Es lunes y no está abierto al público. Por la noche no hay vigilancia. ¿Te acuerdas? Podemos colarnos y trabajar sin prisas.

El Matracas menea la cabeza. «¡Va de nuez!», piensa, pero no deja de mover las muelas. El desayuno está regio. Las conchas con nata son una delicia y no encuentra palabras para hacer el elogio debido.

—Son de El Cardenal que está junto a la estatua de El Caballito —dice Chimalli, y con ello complace la curiosidad de su amigo.

Una vez satisfechos, Pedro busca y rebusca por todos los rincones de la vivienda hasta que encuentra la mochila adecuada. La sacude y limpia con una franela. Comprueba que los cierres funcionan y no se traban. Mete en ella un marro de tamaño mediano, un cincel de cincuenta centímetros que tiene la punta bien afilada y unas tenazas de acero. Luego, en un compartimento, introduce un encendedor corriente de plástico y de color verde transparente, al que agrega la pequeña estatuilla de la Santísima Muerte, la primera que tuvo y que usa como talismán en los trabajos que él llama especiales y que, cuando las cosas se le dificultan, lo calma con el brillo de la luz azul que emana de sus órbitas.

«¿Qué más necesito?», se pregunta, mientras recorre con la vista el resto de los aposentos. «¡Ah!—exclama—. ¡Lo más importante!». Toma los cráneos de la mesa, les da un beso en la frente y los introduce con cuidado en el interior de la mochila.

Considera que ya ha empacado todo lo que le hace falta. Sin embargo, tiene un pálpito. Sin proponérselo, el cráneo de Rosaura le recuerda la dedicatoria grabada en la chapa del reloj que apareció en su muñeca de la manera más extraña y decide llevarlo consigo. Encuentra el Rolex en el primer cajón que abre. Lo coloca en la muñeca de su brazo izquierdo. «Sí —discurre—, es un reloj muy hermoso, pero no puedo llevarlo encima porque va a llamar la atención y me expongo a que algún matacuás me lo robe. Además, pesa mucho y me va a resultar estorboso. ¿Qué hago? —se cuestiona con el cronómetro en la mano—. ¡Ya sé! —murmura, y lo mete en el apartado donde puso la figura de su valedora—. Así lo llevo conmigo y no puede estar mejor cuidado».

Enseguida se desnuda y se mete con los calcetines puestos en la regadera. Enjabona su cuerpo y lo frota con un zacate áspero y duro para quitarse la mugre que ha acumulado durante los últimos días. Ya para terminar, desprende con las uñas los molotes que cubren sus pies y los arroja al basurero. «Nunca pensé —reflexiona— que el cemento iba a fraguar encima de mis patas y menos en esa forma tan asquerosa».

Escoge su ropa con cuidado. Quiere vestir con colores alegres y con trapos ligeros que no le estorben a la hora de embutir los cráneos. Selecciona una playera anaranjada a fin de que le dé el aspecto de una mandarina, su fruta favorita. También, unos pantalones negros con las perneras entubadas, y no podían fallar los zapatos tenis que solo se quita, aunque no sin refunfuñar, para dormir y cuando se lo exigen las putas que, además de cuidar su higiene, son bien remilgosas.

Ya vestido, procede a peinarse con esmero. Frente al espejo nota que sus ojos están rojos e irritados. Una conjuntivitis por el exceso de mota. «Necesito unos lentes ahumados —medita— para que no me moleste el cardillo del sol ni me deslumbre la luz de la lámpara que llevará el Matracas». Casualmente, tiene unos anteojos oscuros que traía puestos una de sus víctimas. Se los cala y comprueba que le van de pelos.

El Matracas se ausentó después del desayuno con el pretexto de hacer unas reparaciones a su Mercedes en el taller de un maestro hojalatero de toda su confianza. Algún pelafustán había rayado con una navaja la puerta del conductor, a la que hizo un grafiti con figuras obscenas y términos amenazantes. «¡Un envidioso de mierda!», calificó, sin ponerse a elucubrar que

la mano autora de las advertencias pudiese ser la del Cuchillo, porque hasta ese momento ignoraba que fuera él quien, además de vigilarlos, por pura mala leche estaba detrás del desaguisado. No dio importancia al mensaje, y sin más comunicó a Chimalli:

—Voy a que lo arreglen —y se lanzó a la calle.

Regresa a las siete y media de la tarde. Encuentra a su amigo tronándose los nudillos. La impaciencia de Pedro Chimalli bulle a punto de desbordarse. No solo está encabronado, sino inquieto y angustiado. Quiere llegar al recinto del Templo Mayor antes de que oscurezca.

—¡Vámonos de volada, Matra! —ordena—. No pensé que fueras a perder tanto tiempo en la reparación de tu carcacha —añade, más que nada para molestar a su amigo con el uso de una palabra que demerita al automóvil recién adquirido y del que este está sumamente orgulloso.

—¡Carcacha, tu chingada madre! —protesta el Matracas; empero, y ya sin chistar, lo sigue con otra mochila en la mano. Ya conocen bien el caminito y se introducen en la plaza como si fuesen siluetas humanas de un pretérito insondable, habituadas a moverse a sus anchas y a disimular su presencia entre los pliegues de las rocas y los altorrelieves y las figuras tenochcas adosadas a los muros.

Tal como previó Chimalli, no hay vigilantes haciendo rondín entre los templos. Nada se mueve y el silencio es sobrecogedor. Llegan al *Hueitzompantli* y buscan entre los cráneos espetados la cabeza de Romeo que debe servir a Chimalli como referencia para embocar las que trae consigo. Recorren las filas de calaveras pero solo encuentran el hueco y los restos de la mezcla usada, en su momento, por Pedro. Al parecer, la cabeza se ha esfumado. Ambos se muestran sorprendidos y al mismo tiempo furiosos.

—¡Se la robaron, Matracas! Algún turista, o de plano un cabrón ratero se la llevó. Si no, no puedo explicarme qué pudo haber sucedido.

—Quizá fue un guía o un arqueólogo al que le llamó la atención y la entregó al laboratorio del museo para que la examinaran —completa el Matracas. Luego, titubea y agrega—: La verdad es que no tengo una explicación que darté, Pedro. Con tantos visitantes que pasan por aquí, pues vete tú a saber. Se esfumó, y como no sea a nosotros, creo que a nadie le importará un carajo.

Chimalli se queda mudo. No tiene caso continuar especulando. Piensa, sin

entender por qué, en la región de los muertos y evoca, ¿de dónde le viene esa palabra o quién se la sopló?, el concepto *Mictlampa*. Sacude la cabeza y constata que está oscureciendo y que no les queda mucho tiempo. Sin parar en mientes, deposita la mochila al pie del *tzompantli*, toma los cráneos que lleva guardados y revisa que sean del mismo tamaño que los que están junto al boquete que correspondió a Romeo.

El Matracas extrae de su bolsa la misma lámpara Coleman que usaron en el cerco del Árbol de la Noche Triste. La enciende y la coloca en el suelo. Cuentan, así, con iluminación suficiente. Pedro le entrega su teléfono celular y le pide que le tome una fotografía mostrando los cráneos de Enedino y Rosaura. La cámara registra la imagen de Pedro que verán, no sin temor y asombro, los ojos de los sacerdotes aztecas Tizoc y Yolatl cuando en el *calmecac* pulsen el botón que la proyecta en la pantalla.

Chimalli, a fin de poder moverse con soltura y sin la inquietud de que su celular pueda estropearse, lo mete en la mochila. Procede a embocar los cráneos. Repite la misma operación que ejecutó con la cabeza de Romeo. Está parado frente a las hileras de cráneos cuando siente que una amenaza se cierne sobre sus espaldas. Voltea. El Cuchillo, esta vez sin acompañantes, empuña un *cuerno de chivo* y avanza dispuesto a dispararlo. El Matracas ha desenfundado su revólver y se ha movido hacia una esquina del templo. Suenan los disparos. Pedro ve cómo las balas de la metralleta se estrellan, sin lograr perforarlo, contra un muro de cristal que se ha levantado frente a él. Ve, también, cuando el Matracas y el Cuchillo se acribillan entre sí y ambos caen agarrotados en las losas que, de inmediato, comienzan a teñirse de rojo.

No puede ver más detalles. Una columna de vapor incandescente, formada con el aliento de miles de abejas, captura su cuerpo y su mochila y los hace girar a una velocidad vertiginosa. Los átomos de su estructura molecular se separan y viajan por el espacio sideral. El sonido que provoca la fricción semeja el tañido de mil campanas concertado con el de otras tantas flautas, chirimías y atabales. Entiende, porque es lo único que puede imaginar, que el tiempo, al igual que los fuelles de un acordeón, se ha encogido hasta entreverarse con las coordenadas elípticas de lo que podría ser el pasado y dar, ¿un salto cuántico? El tiempo y el espacio en ese proceso no admiten la irrupción de la conciencia hasta que queda encapsulado en una trampa: una red para atrapar sombras, que es en lo que se ha convertido.

## XII

Las calamidades de la guerra los tienen descoyuntados. No solo el hambre, sino la terrible mortandad que ocasionan los encuentros entre las facciones en lucha, a las que se aúnan la destrucción de templos, palacios y casas de Tenochtitlan y Tlatelolco, les han robado el paisaje y esquilado la cordura. Tizoc anda como si lo hubiesen apaleado, y Yolatl con una grima que no le da tregua ni cuando ambos comentan que no todo está perdido, que todavía Cuauhtémoc y los guerreros aztecas y tlatelolcas pueden transformar la situación y darle la vuelta para convertir la derrota en victoria.

Están hartos con el cúmulo de sacrificios que deben practicar en los templos en donde la captura de prisioneros obliga al uso de los cuchillos de pedernal, de los puñales de obsidiana. Andan de la ceca a la meca para cumplir las órdenes de su maestro Tlacateótl, afanado en alimentar a los dioses con la sangre de sus enemigos.

Los españoles y sus aliados entran en la ciudad de Tlatelolco. Cuatro jinetes se meten por los corredores del *tianquiztli*, o mercado, y con sus espadas dan estocadas a los guerreros mexicanos que se les enfrentan y arrollan a los comerciantes y a las mujeres que atienden los puestos. Muchos mueren porque no están preparados para defenderse. Una entrada imprevista que toma a todos por sorpresa y que se resuelve cuando un escuadrón de Caballeros Águila acude al lugar, y no sin esfuerzo hace huir a los extranjeros.

Tizoc, Yolatl y otros de sus compañeros, desde las alturas del adoratorio de Huitzilopochtli ven con agrado cómo huyen. Sin embargo, se trata de una medida para distraerlos e impedir que se percaten de que un grupo compuesto por soldados de Cortés y un batallón de tlaxcaltecas, guiados por otros jinetes, se aproximan al templo con la intención de incendiarlo. Los arqueros tlaxcaltecas, excelentes flecheros, arrojan de inmediato las saetas que, a manera

de antorchas, llevan en sus puntas lengüetas de fuego. Estas caen alderredor del *cu* mayor, a los pies de los jóvenes sacerdotes, que no cuentan con agua para apagarlas. El fuego se expande sobre las estructuras de madera con estruendo. Las llamaradas se levantan y los golpes de calor trastornan la mente y el comportamiento de los *tlamacazqui*. Algunos intentan apagarlo con mantas, con sus propios cuerpos, con lo que tienen a mano. Es inútil, el fuego los abrasa con sus múltiples manos y algunos perecen convertidos en teas.

Tizoc y Yolatl escapan por una de las escalinatas. Van completamente tiznados y con el cabello chamuscado. Sus lágrimas escurren y dejan surcos sobre el hollín adherido a sus rostros. Cuando llegan al suelo, semejan espectros escapados del Mictlán y la gente, al verlos, se espanta y les saca la vuelta. Corren y se refugian en el interior del mercado, detrás del murete que separa el sitio donde se vende la cal.

Una multitud se congrega alderredor del templo. Lloran amargamente porque consideran el incendio, no sin razón, de mal agüero. Este es la señal para que los españoles inicien un ataque frontal bien orquestado y penetren con sus arcabuceros y artillería entre las casas de la ciudad y abatan a los defensores de los puntos donde se vende el incienso, donde están los caracoles del agua, la casa de las flores y todos los reductos que sirven de trinchera a los guerreros mexicas. «Se traba una batalla muy recia».

Los sacerdotes, armados tan solo con piedras, abandonan su escondite y se mueven, calle por calle, entre las guaridas que los guerreros han horadado en los muros de las casas para protegerse del embate de los caballos que los pisotean y dan coces, hasta salir a una acequia.

Tlatelolco, a pesar de la resistencia de sus habitantes y del valor con que la defienden, es una ciudad abierta que no tardará mucho tiempo en caer. Un lugar peligroso del cual deben alejarse. Toman una canoa abandonada al garete y se dirigen hacia Tenochtitlan.

La destrucción ha sido terrible. Sin embargo, muchos edificios del recinto sagrado del Templo Mayor se conservan de pie, y aunque han sido asaltados y saqueados, aún sirven para cumplir con el destino para el cual fueron contruidos. Nadie los vigila y los habitantes todavía los usan. El *calmecac*, por ejemplo, es utilizado por Tlacateótl para hospedar a sus sacerdotes y, cuando es posible, proporcionarles algún alimento. Tizoc y Yolatl se guarecen en las habitaciones que siempre ocuparon.

Ahí se agazapan varios días. Tlacateótl los provee, a cada uno, con una *tilmatl* de color negro sin otra decoración que la flor de *Xochipilli* en el pecho, y un *maxtlatl*, o taparrabo, en tonos bermejos para que, como él dice, recobren la dignidad de su rango y no anden causando lástima.

Vuelven a sus respectivos adoratorios y hacen lo posible por recuperar las piedras y maderos derruidos, así como los fragmentos de las efigies de sus deidades que están desperdigados sobre los templetes. Pulen y limpian las piedras de los sacrificios y las dejan listas para complacer las demandas de su maestro, quien no ha dejado de proveerse de cautivos para hacer ofrendas a los dioses.

—No podemos dejarlos desamparados —dice enfáticamente—. Tenemos que alimentar al Sol para que siga alumbrando el Anáhuac y los dominios de nuestros *tlatoanis*. A Tláloc, para que no falten lluvias y el agua que nos da la vida.

Tizoc y Yolatl están de acuerdo. Solo les preocupa contar con las víctimas, pues sin estas...

—Nuestras funciones perderán sentido y los dioses caerán en el olvido —acota Tizoc con cierta amargura.

Yolatl, al igual que Tlacateótl, es más optimista.

—En el peor de los casos —dice—, siempre existirá la posibilidad de adquirir esclavos de algún señor importante o hacer las ofrendas en las fiestas que celebramos cada mes del año. Me resisto a pensar que nuestra civilización está agotada; que hemos llegado al final de nuestro tiempo y que nos convertiremos en arena, en salitre, en el recuerdo de nuestras lágrimas y dejaremos como herencia una red de agujeros.

—Eso no sucederá mientras haya un mexicano de pie —afirma el maestro y se retira del *calpulli* para acudir a donde lucha ferozmente Cuauhtémoc y hacer cosecha de los prisioneros tlaxcaltecas y huexotzingas que este derrota en los enfrentamientos.

Los cautivos llegan, a veces a cuentagotas y otras en forma numerosa, a los *cúes* del Templo Mayor. Los sacrificios son ejecutados con precisión y los corazones embarrados sobre los rostros de las efigies. Tlacateótl, cada vez que se presenta, les relata los sucesos de la guerra, como el infructuoso intento de los españoles de emplazar y maniobrar una catapulta en el mercado de Tlatelolco; aparato levantado para provocar tormentas de rocas y piedras sobre



los guerreros mexicas situados en las azoteas de las casas y palacios, que resultó un fracaso y produjo gran decepción y enojo entre Cortés y sus capitanes, mismos que acabaron echándose la culpa y agarrándose de la greña.

También, les cuenta en forma pormenorizada cómo Cuauhtémoc, desesperado porque no logra derrotar a sus enemigos, recurre como último recurso al artilugio de enviar al frente de batalla al gran capitán Opochtzin, tintorero de oficio, a fin de que, disfrazado con los atuendos del *Tecolote de Quetzal*, insignia de su bravísimo padre, el *Huey tlatoani* Ahuizotzin, espante y aniquile a los españoles y a sus aliados. Lo vistieron con una máscara y ropajes que causan espanto. Le dieron el emblema de mago, un dardo colocado en una vara larga que tiene en la punta un pedernal. Pidieron a cuatro capitanes que lo acompañaran para su resguardo, y el propio Cuauhtémoc, en presencia de siete capitanes, le dijo: «Nada es aquello con que ha existido México. Con que ha estado perdurando la nación mexicana. Se dice que en esta insignia está colocada la voluntad de Huitzilopochtli: la arroja sobre la gente, pues es nada menos que la Serpiente de Fuego, *Xiuhcōatl*, el Perforador del Fuego, *Mamalhuaztli*. La ha venido arrojando contra nuestros enemigos».

—El *Tecolote de Quetzal* —continúa el maestro— avanzó contra los españoles. Sus plumas de quetzal se abrieron en un abanico y estos quedaron aterrorizados, tanto como si se hubiese derrumbado un cerro. Luego, trepó en una azotea y les mostró la insignia. Sin escuchar las voces de Cortés y Tonatiuh que los conminaban a luchar, sus soldados huyeron despavoridos. Opochtzin, entonces, se adueñó de los quetzales y piezas de oro que ahí habían acumulado los tlaxcaltecas y bajó del tapanco. Nadie murió en esa acción, pero sí se hicieron estos tres prisioneros tlaxcaltecas. La guerra entró en un punto muerto, y durante ese día y el siguiente ambos bandos solo estuvieron observando a las pulgas que brincaban en sus ombligos.

Los prisioneros son conducidos al adoratorio de Huitzilopochtli. Tizoc ordena que los preparen y los sacrifica. Yolatl toma una porción de sangre para ofrecerla a Tláloc. Una lluvia menuda comienza a caer sobre la ciudad. Al día siguiente, cerca de la medianoche, los mexicanos ven en el cielo un fuego enorme que, al igual que un torbellino, arroja grandes brasas y otras menores, así como muchas centellas. Se mueve como un remolino, hace giros y espirales. Va echando chispas, como si restallaran las brasas. Semeja a un tubo de metal al rojo vivo. Hace ruidos, retumba y chisporrotea. Rodea la muralla

cercana al agua. Se mete a los corrales de los mexicanos, pasa sobre Coyonacazco y enfila derecho hacia la parte media de la laguna, donde desaparece.

Los pobladores, por más que el portento es siniestro y mete miedo, se mantienen mudos. Nadie chista una palabra. No emiten gritos ni hacen ruido alguno por temor de que los enemigos los escuchen y les caigan encima. A los niños se les tapa la boca con cera; a los viejos se les atan unas vendas en las bocas; a los ebrios, si es que hay algún atrevido, se les agarrota. El fenómeno es el último presagio de la derrota. El silencio, la mortaja que comienza a sepultar a los mexicas.

Tizoc, pero sobre todo Yolatl, presienten que algo importante ha sucedido. Aprovechan que no hay víctimas en espera de ser inmoladas y bajan a la plaza. Poco a poco revisan las redes que dejaron tendidas. Un sobresalto sacude sus cuerpos y les eriza el cuero cabelludo. En la red colocada alderredor del *Hueitzompantli* está prendida, ¡oh, no pueden creerlo!, la crisálida de una sombra. Es enorme. Tiene el tamaño de un ser humano de mediana estatura. Está cubierta por una espesa baba de color bermejo y se sacude como si padeciera espasmos. No saben qué hacer. La observan y hasta se atreven a tocarla. Más que una sombra es un ser vivo que palpita y se revuelve.

—Llegó con el remolino de fuego, Tizoc —apunta Yolatl—. Bajó del cielo envuelta en la turbulencia del agua. Los fragmentos de las centellas al rozarse son los suyos que al final se unieron. Quedó en estadio larvario...

—Y hay que esperar a que madure para que podamos saber a qué cosa nos enfrentamos, Yolatl. Por lo pronto, tenemos que desprenderla con cuidado y llevarla al interior del *calmecac*. Nadie debe verla, nadie tocarla.

Tardan un buen rato en desprenderla de la red. Los hilos son demasiado resistentes. El trabajo del nigromante Tlahuicole fue, en verdad, estupendo. La crisálida conforma un bulto pesado. Su traslado es una tarea que requiere de toda su fuerza. La cargan entre los dos, y por fin consiguen depositarla en la habitación de Yolatl encima de varios petates.

Pasan varios días pendientes de sus movimientos. Como si se tratase de una mujer embarazada, la auscultan con las manos, e inclusive intentan escuchar algún sonido a través de la parte más abultada. La envoltura comienza a secarse. Forma una cáscara membranosa que despellejan

paulatinamente. Una noche, por cierto de plenilunio, escuchan que algo se desgarró. Dos dedos humanos han abierto un agujero. Sus uñas son anchas, y a todas luces robustas. Están manchadas con una sustancia negra semejante a la grasa de la carne de los guajolotes. La huelen y respingan con gestos de repugnancia. Hiede a excremento de zorrillo. Esperan. Pasan la noche en vela. Al amanecer, hay un brazo de fuera. Está igual de sucio, pero lo limpian con agua. El brazo tiene un tatuaje de muchos colores. Con ayuda de una antorcha pueden mirar sus contornos: se trata de una calavera.

Tizoc toma el brazo y lo mueve. Un gemido surge de la parte alta de la membrana, mientras el resto se hincha y adopta la forma de una sirena gorda. Las estrías cada vez son más patentes. Saben que en algún momento, y al igual que sucede con las orugas, la crisálida se partirá y saldrá a la luz su contenido.

La ansiedad que padecen está a punto de trastornarlos. Sin embargo, esta se ve interrumpida por el arribo de Tlacateótl, quien los ha estado buscando y por fin los encuentra. Les pide que lo acompañen al *cu* de Huitzilopochtli. Quiere hablarles a cielo abierto. Suben las escalinatas y se detienen frente al adoratorio.

—Traigo muy malas noticias —dice con voz compungida—. Los españoles han capturado a nuestro *Huey tlatoani* Cuauhtemotzin y la guerra está perdida. «El tlatelolca, el gran tigre, el gran águila, el gran guerrero quedó vencido». De nada sirvió que nuestras mujeres tlatelolcas, en un último esfuerzo, lanzaran sus dardos, y provistas con sus insignias de guerra se dieran de golpes con los invasores. Fueron avasalladas. Los mexicanos se han rendido.

Tizoc lanza un grito desgarrador.

—¡No, no puede ser! —gime—. ¡Estamos acabados! —Golpea su rostro con los puños, se araña el pecho con las uñas.

Yolatl los ve impávido. Con voz apenas audible pregunta si Cuauhtémoc y los señores principales que lo acompañaban han sido asesinados por los tlaxcaltecas.

—No —responde el maestro—. Cuauhtémoc, el capitán Teputztitóloc, así como su criado Iaztachímal y el remero Cenyáutl, fueron conducidos por el capitán García de Olguín ante la presencia de Hernán Cortés, quien los recibió sentado debajo de un dosel que le levantaron encima de un templete. Estaban con él doña Malitzin y Pedro de Alvarado, el terrible Tonatiuh.

—¿Esa bestia? —inquire Tizoc.

—Que tuvo que estarse quieto porque Cortés lo aplacó con un grito: «¡No te atrevas a tocarlo, Alvarado —le espetó—; lo necesitamos vivo para recuperar el tesoro!».

—¿Y Cuauhtémoc? —pregunta Yolatl—. ¿Qué hizo, cómo reaccionó?

—Nuestro *Huey tlatoani* se comportó como lo que es, un gran señor — responde Tlacateótl—. De inmediato, y sin que Cortés pudiera evitarlo, echó mano del puñal que este traía prendido en la cintura. El capitán creyó que iba a atacarlo, pero cuál no sería su sorpresa cuando Cuauhtémoc le rogó que con ese puñal le quitara la vida: «¡Ah capitán! —le dijo—. Ya yo he hecho todo lo que estaba en mi poder para defender mi señorío y librarlo de tus manos, y pues no ha sido mi fortuna favorable, quitarme la vida sería lo más justo. Con esto acabarás con el reino mexicano, pues a mi ciudad y vasallos los has matado y destruido». No pude escuchar más. Los soldados españoles me impidieron hacerlo. A golpes nos echaron de ahí a todos los que los rodeábamos. Antes de que me capturaran, me escondí en una casa de Tlatelolco y esperé a que cayera la noche para salir huyendo y refugiarme en Tenochtitlan. Mientras las cosas estén revueltas, aquí estaremos seguros y podremos continuar practicando nuestros rituales a fin de conservar la existencia de nuestros dioses. Los hombres han muerto, sí, pero nuestros dioses deben mantenerse vivos.

—¿Quiere decir, maestro, que continuaremos haciendo sacrificios? — pregunta Tizoc.

—¡Por supuesto!

—¿Y las víctimas? —añade Yolatl—. ¿Quién nos las va a proporcionar?

—Esa será nuestra tarea, muchacho. Tendremos que hacer cautivos dondequiera que se encuentren. Tlaxcaltecas, huexotzingas, zempoaltecas, en fin, todos nuestros enemigos que, con el afán de obtener botín, vagarán por la ciudad desprevenidos.

—¿Inclusive soldados españoles? —acota el joven sacerdote.

—¿Por qué no? ¿Acaso son especiales o sus corazones no agradan a nuestras deidades? ¡Todos, Yolatl! ¿Entiendes?

Tlacateótl se retira. Tiene que visitar otros *calpullis* y conferenciar con los sacerdotes que han sobrevivido. Tizoc y su amigo regresan al *calmecac*. Penetran con sigilo en la habitación del segundo. Llegan a tiempo porque en ese momento la crisálida se parte en dos y deja al descubierto el cuerpo

completo de un individuo que respira y balbucea palabras ininteligibles.

No alcanzan a digerir la naturaleza del portento. Lo que ha sucedido es asombroso y fueron ellos quienes lo propiciaron con las redes que dejaron tendidas durante meses. Si no hubiese sido por ellas, lo que ahora presencian jamás hubiera sido posible. Muchas sombras escurrieron el bulto, pero esta cayó redondita.

Desprenden los restos de la envoltura que aún permanecen adheridos al cuerpo del hombre y lo ayudan a incorporarse. Pedro Chimalli queda sentado y con la mirada perdida. No tiene conciencia del lugar donde se encuentra ni de lo que le ha pasado. Permite que limpien su cara. Sus facciones afloran. Respira profundamente y parpadea. Poco a poco, la luz del entorno le ayuda a definir siluetas y figuras. El hemisferio izquierdo de su cerebro comienza a deshincharse. Las neuronas responsables de organizar el lenguaje se activan y se comunican con estímulos eléctricos. Algunas sílabas se unen y forman palabras. Las emite a través de sus labios resecos. Un proceso de traducción simultánea le facilita el uso de los términos en lengua náhuatl que articula, y lo más admirable, entiende. Suelta un par de oraciones que, aunque pronunciadas con cierta deficiencia, Tizoc y Yolatl comprenden.

—Estás en el *calmecac* del recinto sagrado del Templo Mayor de Tenochtitlan —informa Tizoc de manera espontánea porque no las tiene todas consigo y todavía no comprende un fenómeno que escapa, con mucho, a su inteligencia—. Has llegado aquí a través de un torbellino de fuego. Los dioses trajeron tu sombra desde el Mictlán, el mundo de los muertos, y en el camino te dieron, no sé por qué, la forma de un hombre de nuestro tiempo.

Pedro agita la cabeza como si esta estuviese descompuesta. El atisbo de una escena en la que golpea un refrigerador que contiene refrescos le recuerda que para hacer que un aparato funcione hay que zarandearlo. Menea la choya y se da golpes con las palmas de las manos. Comienza a prefigurar un problema de identidad. «¿Quién soy?», inquiera con angustia.

A Yolatl le cae, por así decirlo, un *chalchihuite* en el coco. Sin mucho pensarlo, busca y encuentra el atado que contiene las pertenencias extrañas que él y su amigo sustrajeron del palacio de Moctezuma. Pepena el artefacto en cuya pantalla vieron aquella imagen que los dejó perplejos, pica con un dedo el botón «mágico» y lo coloca en las manos de Pedro. Aparece la fotografía que le fue tomada después de haberle injertado un colmillo dorado. Tarda mucho en

reconocerse, y cuando lo hace se carcajea y da manotazos sobre sus propios muslos. Trae puesta la misma playera anaranjada con la que viajó en el tiempo. Empieza a reconocerse, más cuando vuelve a pulsar el botón de su celular y en la pantalla aparecen los *selfies* que se tomó y las imágenes que fueran captadas por su cuate el Matracas.

Los jóvenes sacerdotes asisten a un espectáculo inédito. No cuentan con un referente con el cual compararlo. Sí, han vislumbrado, más con la imaginación que con sus sentidos, algunas figuras fantasmales, la transfiguración de los rostros de las deidades a las que hacen ofrendas, los desfiguros de los cráneos espetados en los *tzompantlis*, en particular los de la cabeza de Romeo, pero la galería de las fotografías del sujeto que tienen enfrente rebasa todo lo imaginable.

—Me llamo Pedro Chimalli —expresa con voz ronca y contundente, antes de que los sacerdotes saquen sus cabezas a flote—. Ah, y tengo hambre.

Tizoc le alcanza un cuenco que contiene algunos restos, y Chimalli los engulle sin reparar en qué es lo que come en un par de bocados.

Ayudado por ellos, se para sobre sus piernas. Tienen que sostenerlo para que se le pase el mareo y sea capaz de adoptar una postura vertical. Por fin, se yergue en toda su estatura. Tizoc la admira. Es una cuarta más alta que la que ostentan los mexicas, solo comparable, quizá, con la de los hombres de las tribus chichimecas que incursionan en las fronteras del norte. Aunque regordete, es fornido. Sus brazos son musculosos y sus piernas duras. Él y Yolatl lo palpan por todos lados. Sonríen y hacen comentarios que lo halagan. Pedro se deja hacer hasta que le dicen que debe limpiarse, de ser posible tomar un baño en alguna de las fuentes del recinto, y cambiar sus atuendos que hieden a cadáver descompuesto.

Se huele a sí mismo y hace una mueca de asco. Sí, los jóvenes tienen razón. Se despoja de la playera y la arroja en un rincón. Yolatl elogia el tatuaje que tiene en el pecho. Le gusta mucho que se trate de un corazón que escurre sangre. Presiente cierta afinidad que les permitirá convivir dentro de una relación adecuada.

Pedro, por fin, empieza a preocuparse por ellos. ¿Quiénes son? ¿Cómo se llaman? ¿A qué se dedican? Muchas horas van a dedicar Tizoc y Yolatl para darle, aunque sea superficialmente, la información necesaria para que conozca el entorno, los sucesos por los que atraviesa la nación mexicana y las actividades

que desempeñan en su calidad de sacerdotes.

El baño nocturno en la fuente, prácticamente una alberca llamada *Tezcaapan*, es una delicia para la piel de Chimalli. La jabonadura perfumada de las yerbas que le proporciona Tizoc es un regalo para sus axilas, su entrepierna y los dedos de los pies que le quedaron pegajosos. Quieren rasurarle los pelos que, como si fuera un manchón de tizne, usa a manera de bigote, pero se niega.

—¡Así me gusta y así se queda! —exclama con acento contundente.

Lo visten a la usanza de los *macehuales* con *tilmatli* y *maxtlatl* sin adorno alguno: algodón blanco en crudo. Le ofrecen unos *cacles*, estos sí preciosamente tejidos, pero los rechaza en primer lugar porque le quedan chicos y en segundo porque no está dispuesto, de ninguna manera, a quitarse los zapatos tenis que, amén de ser sumamente cómodos, le fascinan.

—Te vas a ver muy chistoso, Pedro —comenta Yolatl—. ¡Vas a parecer un pato!

Chimalli no se inmuta. Lo que ha visto y lo que le han platicado hasta ese momento le resulta tan extraño que, está seguro, deberá hacer un esfuerzo tremendo para poder adaptarse. La magia, el arte de los nigromantes y hechiceros, algo en lo que coinciden los tres, lo ha conducido, en palabras de Yolatl, a una realidad paralela, a un estadio en el que todo sucede en tiempo presente y el pasado y el futuro no tienen la menor importancia. Si ha logrado materializarse en el universo mexicana es por razones, así intenta explicarlo, que se gestaron el día que por primera vez pisó el recinto sagrado del Templo Mayor y quedó deslumbrado con el concepto pragmático de los *tzompantlis* contruidos para vincular a los vivos con los muertos cuyas *tonas* vagan en el espacio, y al mismo tiempo establecer una advertencia sagrada y política de carácter coercitivo: «Así como me ves te verás si no acatas los mandatos del señor de estas tierras», es la divisa aparente que, sin estar escrita, priva en la sociedad azteca y ha seducido a Pedro al grado de trastocar su vida.

Tlacateótl y varios de sus discípulos pasan delante del *calmecac* con disimulo. Caminan hacia el *teocalli* de Huitzilopochtli y llevan con ellos a tres cautivos a los que sorprendieron robando unos lienzos en el palacio de Axayácatl. Los entrega a Tizoc y Yolatl, y les ordena que procedan a su sacrificio. Pedro Chimalli los sigue y sube con ellos al adoratorio. Yolatl toma al primero por los brazos y lo tumba sobre la piedra de los sacrificios.

Enseguida, pide a Pedro que lo sujete de las piernas. Tizoc empuña el cuchillo de obsidiana, y con un golpe lo clava en su pecho. Pedro lo mira hacer fascinado. La sangre que escurre, por efecto de la refracción de la luz tiene un color tornasolado. La extracción del corazón es un alarde de pericia. Sale completo, sin adherencias que le darían un aspecto desagradable. Tizoc procede a embarrarlo en la efigie del dios y Pedro, podría jurarlo, cree advertir el regocijo que ello le causa. El rostro de Huitzilopochtli, capaz de horrorizar a los españoles en el momento en que lo vieron, es para Chimalli mucho más amable que las caras del Quetzal, la Tuta, el Z-40 y otros capos y sicarios que manifiestan una crueldad desmedida frente a la tortura y el descuartizamiento de sus enemigos.

Continúan con el sacrificio de los otros cautivos. Mientras lo hacen, Pedro reflexiona que el procedimiento que utilizan es ajeno al dolor. Que a los sacerdotes no les interesa hacer sufrir a sus víctimas ni causarles daños innecesarios. Que dicha actitud es la que hace la diferencia entre un ritual religioso y un asesinato gratuito, artero, que se comete solo para complacer la sevicia de un *señor de los cielos* o de las potestades desalmadas del narco. Que él mismo, no puede negarlo, a pesar de que muchas veces le provocó repugnancia, ha actuado con saña en los casos de desmembramiento que le han encomendado. Que no ha sido compasivo y se ha dejado llevar por la enajenación que provocan los gritos, las súplicas, los aullidos trepidantes y los gemidos agónicos de aquellos que han caído en sus manos para ser inmolados. Solo lo salva, considera, el hecho de que sus decapitaciones son limpias: un solo tajo, y ¡zas!, se acabó. Ha sido en esos casos en los que se ha comportado con la misma asepsia de los sacerdotes. No ha infligido dolor ni ha sentido placer alguno en su ejecución, como no sea la conciencia de haber cumplido con la tarea encargada y recibir una retribución por ello. Las comparaciones que hace le dejan un resabio amargo en la boca. Ha venido a la región más transparente del aire para aprender de los sacerdotes aztecas los métodos que pueden reivindicarlo ante la imagen que tiene de sí mismo; para asumir los sentimientos y las emociones que operen a manera de eximentes de responsabilidad en su mente acartonada de homicida. Para que pueda, aún no es tarde, decapitar a los cautivos sin quedarse con ese sentimiento de culpa que, quiéralo o no, es sumamente jodido.

Tizoc le da una palmada en el hombro. Han terminado. Le pide que los



ayude a arrojar los cuerpos a la parte trasera del templo. Luego, proceden a limpiar los puñales y las vasijas que, si los planes de Tlacateótl resultan, pronto deberán estar repletas de corazones.

Yolatl aprovecha que están en lo alto para enseñarle la ciudad y sus contornos. Pedro, como cualquier otro «extranjero», queda deslumbrado. Comienza, eso sí, a reconocer los edificios y los barrios cuyos vestigios han perdurado a través del tiempo y el espacio de los cuales fue segregado. Reconoce el lugar donde está la Lagunilla; la calzada que corre desde el centro hacia Tacuba; los templetos que se conservan en Tlatelolco, así como los pueblos chinamperos: Xochimilco y Tláhuac, y los terrenos de Texcoco que se urbanizaron después de la desecación del lago. Una mirada de águila, cuyo vuelo y cuyos ojos están empalmados en un marco que reverbera a quinientos años de distancia.

Regresan al *calmecac* para reposar un rato. Tizoc abunda en la descripción de su mundo y en los desastres que sobre él se han cernido.

—Nubes del polvo de la destrucción nos han caído encima —dice con la voz ahogada—. Calamidades que a pesar de haber sido presagiadas nunca creímos vivir para poder contarlas.

Pedro escucha y selecciona. Su escasa cultura y la precariedad de sus conocimientos le impiden comprender muchos de los conceptos y argumentos que los sacerdotes esgrimen para dotarlo con un barniz que le permita, aunque sea por encimita, vincularse con la sociedad de la que lleva sangre en las venas, pero cuya trascendencia ignora.

Él está entusiasmado, y así lo manifiesta, en participar en la captura de enemigos y llevarlos al sacrificio. Explica a Tizoc cuál ha sido el entrenamiento, derivado de su propia experiencia, que lo ha convertido en un experto en el campo de las decapitaciones. Que a él le fascina degollar a la gente, y a últimas fechas ensartar sus cráneos en los *tzompantlis*. Habla de corrido, con las comisuras de los labios pringadas de espuma, y relata cómo espetó la cabeza de Romeo, y más adelante los cráneos de Rosaura y Enedino en el *Hueitzompantli*. «El mismo que está aquí a un lado en la plaza», confirma, y tanto Tizoc como Yolatl comienzan a vislumbrar lo que ha sucedido y cómo se tendió el puente entre dos esferas remotas en el tiempo.

Yolatl, avisado por lo que Pedro plática, le hace entrega de los objetos que, ya no tiene dudas, son de su propiedad. Chimalli, entonces, les explica el

funcionamiento del encendedor de gas y su utilidad práctica. Enciende unas pajas y el pabilo de lo que parece ser una veladora. Luego, procede con el Rolex, un asunto mucho más difícil de discernir. No les habla de la forma en que lo obtuvo, porque ni él mismo la entiende. Se concreta a explicar el significado de la carátula, de los números que la rodean, de las manecillas que caminan en círculos y de lo que indican cada vez que dan una vuelta. Yolatl se ayuda para comprender de unos trazos que hace con un palo sobre la tierra del piso, y a pesar de la dificultad, algo entiende de su mecanismo. El periplo que el Sol hace todos los días, y que Pedro utiliza para ilustrar lo que dice, ayuda para que los jóvenes entiendan la medición del tiempo que con él se hace. Omite, con toda intención, hablarles del teléfono celular porque, como sea, ya han visto de lo que es capaz. A fin de cuentas, al igual que les resulta a ellos, para él los *chips*, los circuitos integrados, los diodos y su funcionamiento electrónico corresponden al reino de la magia blanca, al mundo de los demiurgos de Apple, más lejano e incomprensible que en el que se encuentra.

Transcurren dos días y Tlacateótl reaparece. Viene con el rostro desencajado. Su congoja es tan profunda que no advierte siquiera la presencia de Pedro Chimalli, a quien confunde con un bulto arrinconado en un muro. Habla con dislates y su discurso es un tanto incoherente.

—Este año, 3-Casa, el día 1-Serpiente o *Tlaxochimaco* del calendario mágico, se bajó el escudo y quedamos derrotados en Tlatelolco. La gente comenzó a dispersarse por todos los rumbos; en los caminos yacen dardos rotos, los cabellos están esparcidos. Destechadas están las casas, enrojecidos tienen sus muros... —confirma lo que sus discípulos ya saben y se da golpes en el rostro. Luego, avanza unos pasos, levanta los brazos, los sacude con ira, y en tono de reclamo, relata:

—Hernán Cortés ha puesto en tormento a nuestro *Huey tlatoni* Cuauhtemotzin. Lo ataron a un palo en la casa de Ahuizotzin, en Acatliyacapan, y le quemaron los pies y las manos porque, según el Malinche, no quiere entregarle el tesoro que sus soldados y capitanes perdieron en el Canal de los Toltecas. Cuauhtémoc no puede dárselo porque desconoce, si es que existe, dónde quedó resguardado. ¿Ay, qué vamos a hacer para que no lo torture? ¿Para que le perdone la vida? ¿Ay, nuestro desamparo es terrible!

Tizoc trata de consolarlo, pero sus palabras rebotan contra la piel lacerada

del maestro. Con un gesto, Yolatl le indica que lo mejor es dejarlo llorar hasta que su corazón se calme. Pedro está consternado. Sin embargo, ha leído que los conquistadores son crueles, que recurren al suplicio, a la tortura de los vencidos para obtener la información que les permita robar el oro, jades, mantas ricas, plumaje de quetzal, todo aquello que es precioso y que los mexicas tienen en alta estima. Habrá que vengarse de ellos, piensa, pero no lo expresa, pues teme ser descubierto por el sacerdote que llora.

Los lamentos del *tlenamacac* pierden fuerza. Sus ideas se aclaran, y después de un último gemido insiste en que no deben dejar sin alimento a los dioses.

—Cada día va a ser más complicado hacernos de cautivos, por lo que les ruego que sean ustedes quienes provean a los suyos —recomienda—. ¡Búsqúenlos en las calles, en las casas y palacios, en las acequias y los canales, en donde se les ocurra, pero no dejen de hacerlo! —exige.

Sus palabras abren los oídos de Pedro y le producen alegría. Los ha conminado a hacer lo que a él más le gusta. La cacería previa a cualquier ejecución, en este caso sacrificio, y para ello él se pinta solo.

Tlacateótl se retira como si fuera un cometa con la estela hecha jirones. Pedro Chimalli ofrece sus servicios a los sacrificadores. Plantea que, al principio, operen a semejanza de un comando. Tizoc lo mira con una interrogación en las cejas y él se lo aclara con palabras sencillas:

—Una vez que aprenda a moverme en la ciudad y conozca sus recovecos trabajaré solo. Yo me encargaré de conseguir a las víctimas —remata.

De común acuerdo salen a la plaza a fin de que Chimalli pueda ver el *Hueitzompantli* y constatar si todavía permanecen adheridos los dos últimos cráneos que dejó encajados. Los sacerdotes lo plantan frente al muro frontal que mira hacia el templo de los adoratorios gemelos. A diferencia de las ruinas que él recuerda, el túmulo está recubierto con estuco policromado que le da un aspecto majestuoso. La cenefa que remata el techo y rodea el edificio está compuesta por grecas pintadas en color azul. Los cráneos están retocados con el objeto de dar al conjunto un equilibrio armonioso. El único detalle que desentona y sirve a Pedro de guía está en la esquina donde él, de una manera burda, embocó los cráneos de Rosaura y Enedino, y el agujero que dejó la cabeza de Romeo al desprenderse del nicho.

Tizoc y Yolatl repudian con la mirada los desperfectos causados por Chimalli. Él trata, con todos los medios expresivos a su alcance, de explicar el

estado en que encontró el *tzompantli*, así como la devastación del recinto sagrado del Templo Mayor ocasionada por los efectos de la carcoma del tiempo y la implacable destrucción perpetrada por los españoles. Sus acompañantes lo miran como si estuviese loco. No entienden a cabalidad qué es lo que trata de dar a entender. Pedro tiene que repetir varias veces la descripción que les hace y poner énfasis en el hecho de que esta corresponde a la realidad que pervive en los lugares de los que procede.

Transcurren varios minutos para que Yolatl, después de hacer un gran esfuerzo mental en el que se permite especular con dualidades paralelas y con senderos que se bifurcan, perciba, con cierta certeza, la excusa de Pedro y lo que sucedió con la irrupción de un extraño en los tejidos de una armazón que refleja con nitidez los paradigmas de su cultura.

Tizoc, en cambio, no se mete en vericuetos. Él se aproxima a los cráneos señalados por Pedro y los mira con detenimiento. Aprecia, al primer intento, el trabajo de pulimento que presentan.

—Has hecho un trabajo magnífico —dice—. Se ve que te tomaste tu tiempo para descarnarlos y cubrirlos con una capa de resina de oyamel. Parecen figuras talladas en grandes trozos de ámbar. Los responsables de nuestros *tzompantlis*, amén de que no tienen tiempo para hacerlo, nunca se preocupan del cuidado de las cabezas que ensartan. Lo hacen con mucha rapidez y con absoluto descuido. Un poco a lo bestia. No me imagino a Chilli y a sus secuaces preocupados por estas sutilezas. ¡Te felicito!

Yolatl escucha las palabras de su amigo, se encadena con ellas y agrega:

—Este —dice señalando el *Hueitzompantli*—, es un caso especial. Fue levantado durante el reinado del *Huey tlatoni* Ahuítzotl para conmemorar la ceremonia del Quinto Sol, en la que se sacrificaron más de tres mil cautivos. Se trata, como puedes ver, de un adoratorio recubierto en tres de sus muros con doscientas cuarenta representaciones de cráneos perfectamente alineados. En él trabajaron los mismos artesanos de lujo, conocidos con la designación de *toltecas*, que construyeron los Templos Rojos. Esos que están ahí y cuyos muros están recubiertos con pinturas inspiradas en los murales policromos teotihuacanos, de una gran belleza y alusivas a lo que sucedió durante el imperio de Axayácatl... ¡Pero, oh, ya me distraje! —se excusa.

—Esos artesanos *toltecas*, *pulidos* y *curiosos* —interviene Tizoc para sacarlo del apuro—, fueron seleccionados por Ahuítzotl porque pertenecían a una

sola familia en la que unos eran pintores, lapidarios, carpinteros y otros albañiles, encaladores y oficiales en muchas artes, como el tallado del jade para hacer *chalchihuites* y la fundición del oro o *teocuitlapitzaia*. Reunían en su grupo todas esas virtudes, pero además, y esto es muy importante, llevaban en su estirpe, al igual que el *tlatoani*, el símbolo del dios Perro, *Xólotl*, hermano gemelo de Quetzalcóatl, señor de las artes, *toltecayotl*, y los conocimientos. Esta deidad, que heredamos de los toltecas que habitaron Tula, es venerada por los mexicas y...

Tizoc interrumpe su discurso. La confusión generada por tanta información es tremenda y Pedro la demuestra dando saltitos y tronándose los nudillos. Se siente avergonzado porque no puede seguirles el hilo. Es un hombre simple, rústico, y debe aceptarlo. Su coco está próximo a sufrir un cortocircuito. Sus compañeros ríen a carcajadas. Se han excedido en la dosis.

—Como te dije, Pedro, este es un *tzompantli* especial —agrega Yolatl para reconfortarlo y aliviar sus complejos—. No todos son iguales. Muchos son burdos y están mal hechos. Otros se han construido al fragor de las batallas para demostrar poderío y amedrentar a los enemigos, como fue el que levantamos con las cabezas de los españoles y de sus caballos que capturamos en Tlioacan y sacrificamos en Yacacolco. Ya te llevaremos para que lo veas. Lo más frecuente es que las cabezas se espeten tal y como se desprenden de los cuellos, con piel y cabello, con ojos y lengua. Son horribles, para qué te cuento. Nada que tenga que ver con lo que tú has hecho ni con este templo.

La cacería de cautivos resulta infructuosa en los primeros intentos. A diferencia de Chimalli, los sacerdotes son inexpertos. No saben agazaparse en las sombras ni evitar el ruido que puede delatarlos. En dos, no, tres casos, los resultados fueron desastrosos. No solo se les pelaron los tlaxcaltecas, sino que estuvieron a punto de ser heridos con las flechas que les dispararon. Les falta malicia, pues no fueron entrenados para capturar prisioneros. Ellos solo saben, y lo hacen bien al cumplir con los requisitos rituales, practicar los sacrificios.

Pedro comienza a desesperarse y los conmina a variar la estrategia que han venido utilizando. La ciudad está revuelta y para él es difícil distinguir entre un tlaxcalteca y un tlatelolca o entre un zempoalteca y un azteca. Todos se parecen entre sí y no sabe reconocer las diferencias de sus tocados o símbolos distintivos.

Tizoc y Yolatl se esmeran en instruirlo, pero con vanos resultados. Su confusión es enorme y él debe esperar a que los sacerdotes señalen a las presuntas víctimas antes de proceder a su captura. Les propone, entonces, acudir a los campamentos que los enemigos tienen instalados en las inmediaciones de Tlatelolco.

—Eso es demasiado arriesgado —argumenta Tizoc—. Cuentan con vigías y con grupos de guerreros que recorren sus linderos para que ningún extraño pueda acercarse. Además, lo que tú sugieres rompe con nuestros hábitos. Estamos acostumbrados a pepear prisioneros en las batallas campales, en las que los Caballeros Águila y Tigre se distinguen por su destreza y su valor, y más que matar a los contrincantes los debilitan y sujetan, para después entregarlos en las aras de los dioses.

Pedro se toma su tiempo antes de formular otro tipo de maniobra. Para él, el elemento sorpresa resulta definitivo. Hasta ahora, por sugerencia de sus compañeros, solo se han atrevido con enemigos que deambulan en grupo. No han esperado a que se separen y cada cual tome el rumbo de su preferencia. Deben esperar a que se dispersen, y en alguna forma queden indefensos.

—Tenemos que capturarlos —dice— mientras estén distraídos o se rezaguen para tomar un descanso, o en el mejor de los casos para desahogar el vientre. Así, si los agarramos cagando no podrán defenderse. Vamos, ni siquiera entenderán qué es lo que sucede cuando les caigamos encima.

Yolatl lo mira con sorna. No puede reprimir una carcajada. La propuesta de Pedro no puede ser más bellaca. Advierte que el tipo es más mañoso que un zorro. A él y a Tizoc nunca se les hubiera ocurrido. Ambos, aunque les parece una cochinada poco ortodoxa, aceptan ponerla en práctica.

Dedican un par de días para observar el comportamiento de sus enemigos. Detectan, más o menos rápido, los lugares a los que estos acuden para aligerar sus tripas. Pedro, todo un profesional en materia de acechanzas, se sirve del Rolex para computar el tiempo promedio que tardan en dichos menesteres. Consiguen unos costales para cubrir las cabezas de aquellos que atrapen y unas sogas para amarrarles los brazos. Su problema más acucioso es que hay que llevarlos vivos hasta la *Techcatl*, o piedra de los sacrificios, e impedir que griten o que den la alarma. Un golpe bien dado en la nuca parece ser la respuesta.

Días más tarde, los frutos empiezan a ser satisfactorios. A pesar de que la provisión es a cuentagotas, la remesa de corazones y sangre en el *cu* de

Huitzilopochtli es constante y razonable. Tlacateótl está gratamente sorprendido. Al principio llama su atención cierto tufillo desagradable que impera en el adoratorio, pero no hace preguntas y no tarda en acostumbrarse.

La presencia de Pedro Chimalli en el *cu* pasa desapercibida para el *tlenamacac*. Él es el responsable de trasquilar el cuero cabelludo de las víctimas, y como una exigencia que concertó desde el inicio de sus correrías, el único que puede decapitarlas antes de que sus cuerpos sean arrojados al vacío. Así, su colección de cabezas, mismas que limpia y curte durante las noches hasta transformarlas en cráneos mondos y lirondos, se incrementa día con día.

Llega, por fin, el momento en que ya puede actuar solo. Puede, por así decirlo, distinguir las variables lingüísticas que usan los guerreros de las distintas naciones, y algo que lo singulariza: oler los humores que expelen sus cuerpos y que a él le sirven de rastro.

—Mi olfato es mi brújula —suele decir a los sacerdotes, y como se los demuestra, ellos no pueden más que admirar sus aptitudes y destreza.

Pedro se regodea y disfruta con sus cacerías. Un caudal de adrenalina invade su cerebro en el instante en que detecta a su presunta víctima. «Este cabrón huele a *huexotzinga*», elucubra antes de seguirle la huella y arrinconarlo en una callejuela donde le propina una madriza tremenda que lo deja inconsciente. Ha dejado de hacer la captura en los cagaderos porque le resultaba nauseabundo y algunas veces hasta salió embarrado. También, una novedad: Tizoc y Yolatl, que se declararon poco aptos para dichos menesteres, lo pusieron en contacto con Chilli, Tomatl y Etl a fin de que ellos se encarguen del acarreo de los cautivos y su traslado a los adoratorios del templo.

La compañía de Chilli y sus secuaces le resulta simpática aunque desconcertante. Esos fulanos tienen más de sicario que de sacerdote. Se comportan con brusquedad y violencia, y tratan a los prisioneros con una crueldad y desparpajo que no corresponden a la conducta profiláctica y sagrada inculcada mediante su educación en el *calmecac* al gremio de los sacrificadores. Sin embargo, Pedro está acostumbrado a lidiar con actitudes peores, y mientras cumplan con su tarea no osa reclamarles nada.

—Sé que tú eres el responsable de colocar las cabezas en los *tzompantlis* —dice a Chilli una tarde mientras están desocupados.

—Sí —responde su interlocutor—. ¿Por qué?

—Porque me resultan muy atractivos. Siempre he querido dedicarme a hacerlo. Creo que es la expresión más bella para conmemorar la muerte de aquellos que han sido asesinados. No —se corrige—, sacrificados.

Chilli piensa que el tipo está tocado y se burla de él en sus narices.

—No sabes de lo que hablas, Chimalli. No tienes idea de lo desagradable que es mi trabajo. Me lo impusieron como castigo por violar mi voto de castidad, por meterme con las viejas y gozar de sus vaginas. Los *tzompantlis* son un cochinerito, Pedro, un mugrero que solo gozan los zopilotes y otras aves carroñeras. ¡Puf, qué asco, cómo pueden gustarte!

Pedro lo escucha en silencio. Le cuesta trabajo congeniar con la vehemencia de Chilli, con el desprecio que expresa por una actividad que a él le parece soberbia. Deja que se desahogue, que el caudal de aguas turbias que bañan su *tona* encuentre la atarjea propicia.

—Pero, si tú quieres, te puedo enseñar uno que no me resulta para nada desagradable. ¿Y quieres saber por qué?

—¿Por qué? —inquire Pedro en tono bilioso.

—Porque en ese armatoste fueros espetadas las cabezas de los extranjeros, y además las de sus caballos.

Pedro cavila que es el mismo del que le hablaron Tizoc y Yolatl, y en forma contundente dice a Chilli que sí, que quiere verlo tan pronto como sea posible.

El *tzompantli* de Yacacolco aún permanece erecto. Por alguna razón, lo más probable debido a un descuido o a los avatares de la guerra, los españoles no lo han destruido ni rescatado las cabezas de sus compañeros de armas. Ahí continúan ensartados los restos putrefactos que todavía ostentan mechones de cabello rubio y de barbas rojas o ennegrecidas. Los cráneos de los caballos, descarnados en los belfos, parecen relinchar con las mismas risotadas equinas, diabólicas y desorbitadas que alguna vez le llamaron la atención en el fotograbado de un periódico que dedicó una plana entera a un cuadro llamado *Guernica*.

Pedro está parado frente al ábaco del horror. Chilli tiene razón, es un espectáculo nauseabundo que denigra a los seres humanos, aun a los más degradados, vamos hasta a los sicarios que asesinan a los migrantes que se trasladan en los lomos de *La Bestia*. Sin embargo, no deja de serle atractivo, más ahora que se le ha metido un gusanillo en los güevos: quiere, a toda costa,



recabar víctimas entre las huestes de los españoles. Un reto difícil, pero no imposible.

A pesar de que Hernán Cortés ha sentado sus reales temporales en los palacios de Tlatelolco y su residencia personal en una quinta localizada en Coyoacán, muchos de sus soldados recorren las calles de Tenochtitlan en búsqueda de botín y de mujeres hermosas, antes de que los alarifes empiecen a meter picota en los templos y palacios y perpetren una destrucción ignominiosa para, sobre sus ruinas, trazar y levantar una ciudad cuadrículada al estilo herreriano que dará al traste con la belleza original y será el asiento del gobierno de los usurpadores.

Pedro no es ajeno a lo que sucede y decide aprovechar para su peculio la desfachatez de los conquistadores. Constata que muchos de ellos, acuciados por satisfacer su lascivia, persiguen a las mujercitas que llevan las carnes de la cadera desnuda, las arrinconan en los quicios de las casas o las meten en algún recoveco donde les abren los *huipilli*, les arrancan las *cueitl* que llevan sujetas a la cintura con un ceñidor bordado y les meten mano por todos lados: por sus orejas, sus senos, sus cabellos, hasta dejarlas en cueros. Luego, desprenden la cota de malla que protege su pecho, desamarran sus calzones y se les echan encima para, con los mismos movimientos y gruñidos que emiten los cerdos, penetrarlas. La violación es breve, dura unos cuantos minutos, los necesarios para que el rufián se venga y quede derrengado. Ese es el momento que Chimalli emplea para, como él dice, darle una *apergolladita*: se le monta en las espaldas para inutilizar sus brazos; le hace una pequeña punción en el cerebelo que no lo mata pero lo deja turulato, y enseguida le cubre la cabeza y lo amarra con una soga. No le da oportunidad siquiera, valga la expresión, de cagarse en la hostia ni en los santos que venera.

Chilli y sus secuaces esperan agazapados a que caiga la noche para recoger el bulto y llevarlo al templo de los adoratorios gemelos. Ahí, es recibido con harta alegría por Tizoc y Yolatl, quienes proceden a su sacrificio. La cabeza, tal y como está acordado, pasa a manos de Pedro Chimalli, quien, siguiendo su costumbre, la adobará para que quede preciosa.

Su método con los violadores es infalible. En cambio, con los saqueadores es más trabajoso. Espera a que salgan cargados, con los brazos ocupados en sostener los objetos robados, para meterles zancadilla en un lugar despoblado.

Los hace caer de bruces, así lo tiene previsto, y los golpea hasta que se desmayan. Luego, los empaqueta y entrega a los porteadores. Sin embargo, le han tocado casos en que sus víctimas logran esquivar sus golpes y se defienden como gatos bocarriba. Él, aunque no le gusta hacerlo porque los fiambres no sirven como ofrenda a los dioses, se ve constreñido a matarlos. Bueno, reconsidera cada vez que eso sucede, no todo está perdido porque los decapita y se guarda las cabezas.

La cosecha de víctimas, aunque variopinta, complace a sus amigos sacerdotes durante varias semanas. Tizoc y Yolatl permanecen a la expectativa debido a los rumores que esparcen borregos que pacen en diferentes praderas: unos susurran que Hernán Cortés ha ordenado que nadie puede permanecer en la ciudad de México-Tenochtitlan, que sus habitantes deben trasladarse a Tlatelolco y acomodarse ahí como puedan. Otros, los más convincentes, relatan cómo en Coyoacán Tonatiuh y otros capitanes, acatando las órdenes del Malinche, ahorcaron a Macuilxochitl, rey de Huitzilopochco, y a Pizotzin, señor de Culhuacan. Que, también, hicieron que los perros devoraran al mayordomo de la Casa Negra, y a tres sabios sacerdotes de Ehécatl que llegaron de Texcoco para hacer entrega de unos papeles con pinturas primorosas. Al parecer, pocos se salvan de la cólera e inclemencia de Cortés y sus capitanes, y los que por casualidad son perdonados, se les envía desposeídos de sus bienes al señorío de Azcapotzalco.

—También, se dice que ahí en Coyoacán —abunda Tlacateótl—, los españoles se pusieron de acuerdo para llevar la guerra a Metztlán, a Oaxaca y a otros reinos, y que Cortés obligará a Cuauhtémoc y a otros señores principales a que lo acompañen en un largo viaje a una región que llaman las Hibuera, con la intención perversa de matarlos tan pronto como se le presente un pretexto. Es inminente, por tanto, que tomemos providencias para salvar el pellejo y proteger las efigies de nuestros dioses.

—Sé de unas cuevas... —aventura Tizoc.

—¿Las cavernas donde viven los nigromantes transformados en animales? —interroga Yolatl.

—No lo sé aún, pero déjenme pensarlo —responde el maestro antes de retirarse.

Para Pedro Chimalli la situación es distinta. Él tiene otras preocupaciones que consumen su energía. Quiere, a toda costa, construir su *tzompantli* con los

cráneos que ha reunido. Cuenta con treinta y dos calaveras totalmente limpias y descarnadas, listas para ser espetadas. Se reúne en conciliábulo con Chilli y Tomatl para determinar dónde pueden montarlo y cuándo es el momento oportuno.

Tizoc y Yolatl no quieren saber del asunto. Bastantes problemas tienen para organizar la forma de preservar sus adoratorios, como para prestar atención al capricho frívolo y a todas luces inoportuno de su proveedor de víctimas. Empero, no lo objetan ni le ponen traba alguna.

Chilli está convencido de armarlo a un costado del *Hueitzompantli*, como si fuera una extensión del mismo. «Podemos aprovechar uno de los muros y colocar la estructura en diagonal para que mire al palacio de Axayácatl». Tomatl, en cambio, sugiere una estructura autónoma que pueden levantar frente a las Casas Reales de Moctezuma Xocoyotzin o en la parte anegada que surge por debajo de la Casa de las Águilas.

La discusión es larga y por momentos álgida. Cada uno cuenta con argumentos de peso en pro de la defensa de su postura. Es Pedro quien, a fin de cuentas, inclina el fiel de la balanza a favor de la opinión de Chilli. Él quiere erigirlo de forma que se vea desde lejos y desde cualquier rincón de la plaza del recinto sagrado del Templo Mayor.

—Pues si no qué chiste. Si lo escondemos será un desperdicio. Quiero que los extranjeros se topen con él en el momento en que entren a tomar posesión de los palacios y los templos. Ya verán la jeta que ponen cuando se den cuenta de que entre los cráneos están los de sus paisanos. ¡Uh, uh, se van a acalambrar del coraje!

—¿Y cómo van a distinguirlos, Pedro? ¿Se puede saber o nos estás tomando el pelo? —inquire Chilli, cada vez más convencido de que el sujeto está loco de remate.

—¡Fácil! —exclama Chimalli—. Se los tenía guardado como un secreto, pero ya que estamos en el ajo les cuento que a los de los españoles, ¡les dejé la barba colgando!

Chilli no puede dar crédito a las extravagancias que se gasta su compinche. Tomatl se revuelca de risa.

—¡Qué puntada —dice—, qué puntadón, Pedro Chimalli! ¡Con razón me caes de pelos!

Arman la estructura en el lapso de dos noches. Tizoc, por un lado, y

Yolatl, por el otro, los alumbran con antorchas. Chilli y Tomatl aportan los troncos y las varas que guardan almacenados en el *Teutlalpan*, un bosquecillo cercado con cuatro paredes, en el que tienen plantados arbustos de tierra fragosa, duros y muy resistentes. Durante la tercera noche, bajo la dirección de Pedro y el escrutinio de su mirada, Chilli ensarta los cráneos en tres hileras de diez. Van entremezclados. Uno de tlaxcalteca y uno de español, uno de zempoalteca y otro de conquistador, y así sucesivamente hasta que quedan completas. Los dos cráneos restantes, los más grandes, son espetados cada uno en un borde de la segunda hilera. «¡Una obra de arte!», exclama Pedro orgulloso. «¡Nunca antes vista!», exagera Tomatl, quien durante todo el tiempo destinado a ensartar las calaveras no dejó de alabar los orificios occipitales preparados por Chimalli.

El sueño de quien fuera un sicario a sueldo, alimentado durante tanto tiempo y dentro de realidades que no por conjugarse dejan de ser complicadas, por fin se ha hecho realidad. No puede olvidar, eso ni siquiera pensarlo, tomarle varias fotografías con el teléfono celular que le coloca en la mano Tizoc. Para su fortuna, todavía tiene carga en su batería y el *flash* relampaguea como si fuera una luciérnaga gigantesca. Sus dedos se mueven con presteza por encima del teclado y, a pesar de que no tiene idea de a dónde puedan ir a parar las imágenes, las tuitea a su lista de seguidores.

Pasan la noche en vela. Pedro añora, con las papilas y el gaznate, una cerveza Corona. «¡Qué ganas de un tequilita o un mezcal de gusano!», piensa, mas no se atreve a expresarlo enfrente de los sacerdotes, pues además de que esas bebidas no existen, le han enseñado que en ese mundo la embriaguez se paga con la muerte a base de garrotazos.

Todos se muestran contentos con la erección del *tzompantli*; todos menos el endriago en que se ha convertido la cabeza de Romeo. Nada más verlo y saberse excluida de las preferencias que influyeron en la selección de su contenido, siente unos celos terribles. Aparece de repente y se materializa haciendo tronar sus mandíbulas. Reclama a Chilli su abandono e intenta morder a Yolatl en el cuello. Ve a Pedro y lo reconoce. Sus insultos no tienen límite. Amenaza con ir a contarle a Hernán Cortés las barbaridades que ha hecho con sus soldados desvalidos. Lo intimida con la furia de Tonatiuh, «quien es mi contlapache y te va a arrancar los güevos a purititas mordidas. Te va a quitar los tatuajes, los mismos que yo te hice, a punta de chingadazos».

Chilla y aúlla más fuerte que un *coyotl*, que Tezcatlipoca convertido en una loba recién parida. La gente comienza a acercarse. Ha creado una situación peligrosa.

Pedro la aplaca con un sopapo. La envuelve en su camiseta de color naranja. Le ofrece colocarla en el nuevo *tzompantli*. Tizoc y Chilli se oponen. No pueden confiar en un cráneo fementido. «¡Va a alebrestar a los demás! ¡Va a hacer que se solivianten, Pedro! No conoces los aquelarres que arman los muertos cuando andan perdidos en el Mictlán y sus cabezas expuestas en un escaparate». Pero él los ignora. Ordena a Chilli que la ensarte. ¡Uh, no lo hubiera hecho!

La barahúnda se desata en un instante. Espetada en una cuarta ringlera, la de más abajo, la cabeza de Romeo se siente discriminada. «¡No soy apéndice de ninguna cola! —reclama a gritos—. ¡Exijo que se me coloque en medio! ¡Soy señorita de alcurnia y no merezco ser sobajada por la runfla de pelados que me quedaron encima!». Los demás cráneos, que hasta ese momento se han comportado con educación y mesura, quizá por estar atolondrados, reaccionan furiosos, de manera virulenta: «¿Quién se cree esa piltrafa melenuda?», protesta un barbudo que en su tiempo y en calidad de fijo hidalgo sirvió como edecán a los hermanos Pizarro que, hasta donde él sabe, andan enfrascados en la conquista de Perú. «¡Sí, quién se siente, ese gilipollas de mierda!», se une otro. Y así, cada cual apostrofa epítetos, ya sea en español o náhuatl, y exigen su expulsión, hasta que los alaridos, y es de no creerse, los escupitajos, afloran igual que una granizada.

La estructura se zangolotea de lo lindo. Chilli y Yolatl, no sin razón, temen que se venga abajo. Tizoc y Pedro la sostienen con los hombros. La cuarta ringlera se parte en dos y la cabeza de Romeo sale disparada. Rueda en círculos y no se detiene hasta que Pedro le planta una pata encima y la aplasta contra el suelo. Por un momento queda inmovilizada. Tomatl no espera ni un segundo. Se abalanza y la cubre con una tela de ayate. La envuelve con rapidez, hace un nudo en las puntas y la entrega a Pedro para que este disponga lo que, a su entender, resulte conveniente.

Chimalli, con el bulto en las manos y mientras los cráneos lo miran a la expectativa, duda si embocarla de nuevo en el muro del *Hueitzompantli*, en el mismo boquete del cual escapó, o azotarla contra la escultura de una rana que flanquea la escalinata del templo que les queda a un lado. Opta, al fin, por lo

segundo, para que sirva de ejemplo y como escarmiento a los demás alebrestados. La cabeza se parte a los primeros golpes. Se fragmenta con los segundos. Queda hecha añicos, casi convertida en polvo. Chimalli sacude la manta y las partículas se arremolinan en el suelo. Quieren volver a juntarse pero les es imposible. Una ráfaga de viento las recoge entre sus velos y se las lleva con dirección al Popocatepetl, donde, si bien les va, quedarán incorporadas a las cenizas de sus fumarolas y Romeo podrá ascender al *Tlalocan* en el momento menos pensado.

La calma reina en el *tzompantli* recién armado. Los espetados han aprendido la lección y no se atreven a menear ni un hueso. Chilli y Tomatl refuerzan la trabe rota y la estructura recobra la vertical y su solidez primigenia. Sin embargo, el escándalo que armaron, además de atraer a algunas personas atrevidas, llamó la atención de un piquete de soldados que, con sus perros, avanzan amenazantes.

Pedro y sus compañeros los ven venir pero no se mueven. Saben que la escapatoria es improbable. Los españoles los rodean de inmediato y los concentran frente a la escalinata del Templo Mayor. Tres mastines, sujetos con correas por uno de los soldados, vigilan sus movimientos. Gruñen, jadean y se muestran nerviosos, listos para saltar sobre las gargantas de los mexicas. El capitán del piquete, a quien sus soldados llaman Bartolomé, camina entre los prisioneros, los toma por las quijadas y les escupe en el rostro. Luego, con paso cansino que demuestra que no lleva prisa, se dirige a donde está el *tzompantli*. Su primera reacción es de horror. Queda con las mandíbulas desencajadas y no acierta a formular palabra. Pedro clava la mirada en su espalda, que se estremece con espasmos peligrosos pues están por dar paso a una furia descontrolada.

—¿Pero qué carajos han hecho estos gandules? —vocifera, al tiempo que palpa las barbas de los cráneos de los gachupines—. ¿Quién se atrevió a asesinarlos? ¿Dónde y cuándo que nos pasó desapercibido?

Nadie le responde. Sus soldados, aterrorizados por lo que ven, tienen las lenguas trabadas. No pueden reconocer a quiénes pertenecen los cráneos. En sus mentes ruedan algunos nombres como si fuesen piedras arrastradas en el lecho de un arroyo. Los de aquellos que desaparecieron de pronto pero que nadie se preocupó de averiguar su paradero.

Bartolomé prende por un brazo a Yolatl y lo arrastra al pie de las ringleras.

—¿A quiénes habéis matado, engendro del demonio? —grita sin obtener respuesta. Empuña su espada y la levanta. Yolatl presiente el golpe y agacha la cabeza. Anticipa el dolor del tajo, mas este no se presenta.

Pedro Chimalli se adelanta. Sin medir las consecuencias, nunca lo hace, da un salto entre los soldados, aprovecha un descuido del capitán y le clava su puñal en el pecho.

—¡Así te quería agarrar, gachupín de mierda! —aúlla y lo arroja al suelo.

Los soldados están sorprendidos. No atan ni desatan. Chilli y Tomatl se lanzan contra los perros al mismo tiempo. Derriban al hombre que los sujeta, y con sus mismas correas los ahorcan. Chillidos, sangre y esputos se arremolinan ante los hombres blancos y barbados. Estos se desbaratan, se orinan en sus calzones. Los mexicas sacan raja de su atolondramiento, y a los que no corren o logran escapar los pasan rápidamente a cuchillo.

Pedro decapita a los que puede. Segrega adrenalina al cien por ciento. Para él es una orgía. Varias cabezas quedan con los ojos abiertos mirando al cielo. Otras con un postrer «¡Ay, madre mía!» enredado entre las barbas. Suenan, nadie sabe quién los tañe, los atabales, las chirimías y las flautas. La tierra se estremece y otorga su beneplácito.

El murmullo de una multitud que se aproxima por los cuatro puntos cardinales y converge en un sitio convenido de antemano se esparce por todos los rincones de la plaza y entre los espacios íntimos de los setenta y ocho edificios agrupados en el recinto sagrado del Templo Mayor. Entonan loas al dios del Sol: «*Huitzilopochtli yaquetl aco in ai in ohvihvihvia. Anec niccuic tozquemitl quen ya noca o ya tonac*», y anuncian que vienen preparados para llevar consigo a sus manes y abandonar para siempre la ciudad de México-Tenochtitlan, el ombligo del mundo.

Tizoc, Yolatl, Chilli y Tomatl esperan su llegada. Han adivinado que es su maestro, Tlacateótl, quien conduce la procesión en compañía del Ometochtzin, *venerable dos conejo*, al mando de los cuatrocientos sacerdotes de los templos dedicados a las deidades del *octli* o pulque, así como de los seiscientos consagrados al culto de Tezcatlipoca.

Tlacateótl habla en privado con sus cuatro alumnos. Les da indicaciones para que empaqueten y saquen las efigies de Tláloc y Huitzilopochtli de sus respectivos adoratorios. También, para que reúnan los objetos sagrados que no hayan sido robados por los invasores y los entreguen al *tlaquimiloltecuhtli*, o

tesorero, que viene con ellos.

—Partiremos mañana por la tarde hacia Amáxac —informa—. Ahí, entre los cerros y los breñales, existen unas cavernas que solo conocen nuestros grandes sacerdotes *Serpiente de plumas de nuestro señor Huitzilopochtli* y *Serpiente de plumas de Tláloc*. Unas grutas más grandes y mejor acondicionadas que las de Cacahuamilpa, cuyos pasadizos y túneles conducen al inframundo. Ahí nuestros dioses estarán libres de la mancilla y humillaciones que los dioses de los extranjeros han querido infligirles.

No tiene que decir más para que Tizoc y Yolatl trepen a toda velocidad por las gradas del templo y hagan su mejor esfuerzo para cumplir con lo que les ha ordenado. Chillí y Tomatl, por su parte, ayudan a Pedro Chimalli a recolectar las cabezas tiradas y trasladarlas al *calmecac*, a fin de que este pueda proceder a descarnarlas para, no cabe duda de que es necio, agrandar con ellas su *tzompantli*.

Tizoc y Yolatl se ayudan mutuamente. Hacia la tarde han terminado de reunir lo que van a llevar consigo. Tlacateótl los ha provisto de porteadores y estos, con sumo cuidado, bajan la carga y la concentran en la casa donde atiende el tesorero. Los cinco amigos, ya pueden llamarse así después de lo que han compartido, se juntan en el *calmecac* por la noche con la intención de subir al templo y desde ahí contemplar por última vez la grandeza mexicana.

La bóveda celeste es maravillosa. Millones de estrellas cruzan el firmamento. El valle de Anáhuac duerme en paz y a pierna suelta. Las siluetas de los templos y palacios destacan con una majestuosidad que sobrecoge los ánimos. Callan, meditan sumergidos en sus pensamientos. La tristeza los abrumba. Cada cual, a su manera, inicia un duelo que perdurará una eternidad. Pedro Chimalli, sin embargo, y eso solo él lo sabe, está indeciso. Para él la ciudad todavía tiene muchos encantos, cabezas cabría decir, y no está seguro de abandonarla. Tomará la decisión en el último momento.

Ha llevado consigo su teléfono celular. Quiere, y así lo hace, tomar algunas fotografías. Las enseña a sus amigos, que quedan encantados.

—¡Tómame otra! —insiste Chillí, excitado por los colores que refleja la cubierta del celular.

Muchas imágenes desfilan por la pantalla. Tizoc se aventura a pulsar otras teclas y Pedro le explica con paciencia cada una de las funciones del artefacto



mágico. Cuando terminan, Pedro se lo entrega y le explica que desea que lo conserven.

—Quiero que tú y Yolatl me tengan presente y no se olviden de mí. Que puedan verme cada vez que me recuerden —dice con tono enigmático—. ¡Quién quita y en algún momento hasta podamos comunicarnos!

No dice más. No quiere adelantar vísperas. De todas formas, está pelón que lo entiendan. Decide esperar hasta la tarde siguiente en que comenzará su partida.

Tlacateótl congrega a la pléyade de sacerdotes en un punto de la plaza. Los arenga para que mantengan la fortaleza y la esperanza de volver algún día. Pide a un *tlacuilo* y a un artesano *tolteca* que labren, para la posteridad, una inscripción en uno de los muros del templo:

Este fue el modo como feneció el mexicano, el tlatelolca. Dejó abandonada su ciudad. Allí en Amáxac fue donde estuvimos todos. Y ya no teníamos escudos, ya no teníamos macanas, y ya nada teníamos qué comer. Ya nada comimos. Y toda la noche llovió sobre nosotros.

Luego, en procesión ordenada por el luto, salen por una calzada hacia el oriente. Avanzan por el campo, entre las milpas de maíz estragado, pisando flores con corolas marchitas y deslavadas, por acequias que lloran a su paso. Suben por las montañas de la sierra. Se pierden entre las nubes que cubren las cimas de los volcanes, en la nieve que resplandece bajo la luz del ocaso, sin dejar otra huella que no sea la de un dolor inmenso.

Todos se han ido. Bueno, todos menos uno: Pedro Chimalli, dueño indiscutible, nadie se atreverá a rebatirlo, del mejor de los sueños que puede tener un sicario dotado con una vocación siniestra y de la que nunca querrá desprenderse.

FIN

## Acerca del autor

**EUGENIO AGUIRRE** (México, D. F., 1944). Novelista, cuentista y ensayista. Ha sido maestro de la escuela para escritores de la Sogem durante más de quince años. Coordinó la publicación de algunas de las colecciones literarias más destacadas en el ámbito cultural nacional, tales como *Lecturas mexicanas* (primera y segunda serie) y *¿Ya le ISSSTE?*

Entre sus obras destacan *El rumor que llegó del mar*, *Los niños de colores*, *Lotería del deseo*, *Gonzalo Guerrero* (Gran Medalla de Plata de la Academia Internacional de Lutèce en 1981), *Pasos de sangre* (Premio de Literatura José Fuentes Mares en 1986), *Victoria*, *La cruz maya*, *Isabel Moctezuma*, *Hidalgo*, *Leona Vicario*, *Pecar como Dios manda*, *La gran traición*, *Cantolla*, *el aeronauta* y *El abogánster*; también es autor de los volúmenes de cuento *Cosas de ángeles* y *Los perros de Angagua*. Varias de sus novelas y cuentos han sido traducidos al francés, portugués, inglés y alemán. Actualmente colabora con los escritores Francisco Martín Moreno, Alejandro Rosas y Benito Taibo en el programa de televisión *El refugio de los Conspiradores*.

Diseño e ilustración digital: Estudio la fe ciega/ Domingo Martínez  
Fotografía de pirámide: © Shutterstock, Fer Gregory

© 2016, Eugenio Aguirre

Derechos Reservados

© 2015, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2  
Colonia Polanco V Sección  
Deleg. Miguel Hidalgo  
C.P. 11560, México, D.F.  
[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición: enero de 2016  
ISBN: 978-607-07-3202-7

Primera edición en formato epub: enero de 2016  
ISBN: 978-607-07-3224-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Hecho en México  
Conversión eBook: TYPE

## TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

### Planetadelibros.com

 Planeta



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE